
ELOÍSA DÍAZ
ARREPENTIMIENTO
emecé

Arrepentimiento

Arrepentimiento

Eloísa Díaz

Índice de contenido

Díaz, Eloísa
Arrepentimiento / Eloísa Díaz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé Editores, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
Traducción de: Agustín Pico Estrada. ISBN 978-950-04-4195-7
1. Novelas de Suspenso. 2. Novelas Políticas. I. Pico Estrada, Agustín, trad. II. Título.
CDD 863

Título original: Repentance
Traducción de: Agustín Pico Estrada

Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2022

Digitalización: Proyecto451

ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4195-7

Para Frau Holz,
que supo que yo era escritora antes que yo misma.

“Ni el pasado ha muerto,
no está el mañana —ni el ayer— escrito”.
ANTONIO MACHADO, *Campos de Castilla*

Arrepentimiento
1. m. Acción o efecto de arrepentirse.
2. m. Pint. Enmienda o corrección que se advierte en la composición y dibujo de los cuadros y pinturas.
Diccionario de la Real Academia Española, 2021

—Se durmió —dice ella cuando entra al *living*.

Desde su lugar en el sofá, él le señala la cerveza helada que la espera. Antes de que pueda sentarse a su lado, el rugido de un motor. Un auto se aproxima. Frenos chirrían. Parece cerca. Él corre a la ventana. Un auto color verde alcaucil. En medio de la calzada, con el motor encendido, el Ford Falcon de sus pesadillas.

De cada una de las puertas sale un hombre. Las cuatro puertas se cierran. Blam. Blam. Blam. Blam. Se vuelve hacia ella. No hay nada que decir. Mira hacia la calle.

Quizá vinieron a buscar a otro.

Caminan hacia su cuadra.

La puta la puta la puta la puta.

Uno de los hombres alza la vista. Sus miradas se encuentran.

1
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 8:30

En cualquier otro país, habría habido una guerra.

Pero este no era cualquier otro país. Era la Argentina. El inspector Alzada avanzaba a toda velocidad por la avenida Belgrano, el pie derecho con fuerza sobre el acelerador, la vista nublada. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿O dormido? *Ya no sos joven, Joaquín.* Podía oír a Paula con tanta claridad como si la tu- viera a su lado. Se acomodó los Ray-Ban sobre el puente de la nariz y suspiró.

Era cierto. Necesitaba un descanso. La semana pasada había sido convocado a Recursos Humanos, donde le explicaron la "situación". El inspector entendió perfectamente a la señora, de una cortesía excesiva, cuando esta le dirigió una mirada de complicidad. Así y todo, le hizo decírselo: aunque tenía derecho a jubilarse, el fondo previsional de la Policía no estaba en condiciones de cumplir. Lo que había deseado durante décadas tendría que esperar "un poquito más", había dicho la mujer sin convicción. Por supuesto, era libre de renunciar a su cargo cuando quisiera, agregó, pero no era algo que le aconsejara, dado el clima actual. *Curiosa elección de palabras, "clima", cuando lo que querés decir es "quilombo".*

Alzada se inclinó sobre el volante. A esta altura del verano, habría correspondido que el cielo luciera un insolente tono lapislázuli. En su lugar, una neblina cargada de polvo sumía Buenos Aires en un ambiente pegajoso y coloreaba la atmósfera de un homogéneo gris opaco. La tapa metálica, lisa y pulida, de una olla a presión. *Sin duda, no es el clima de siempre.* En el horizonte, sobre las aguas turbulentas del Río de la Plata que los conquistadores habían descrito como "color de león", todos los semáforos abiertos. Alzada puso tercera.

Se había levantado con el pie izquierdo. Después de una noche inquieta, se despertó tarde, y tuvo en consecuencia que decidir entre ducharse o desayunar. Al final, no hizo ninguna de las dos cosas, sino que cayó de lleno en una conversación complicada con su esposa. Llegado a ese punto, y en un intento de mitigar su aparente mala suerte, decidió ponerse su camisa preferida, la celeste de cuello blanco, pero incluso ese pequeño placer le fue negado: la camisa no estaba planchada. Ahora llevaba una gris, una compra impulsiva de la que se había arrepentido casi al momento, y Alzada podría haber

jurado por Dios —si el católico devoto que era a ratos se hubiera atrevido— que, en esta atmósfera sofocante, la camisa brillaba.

Y luego, la llamada del forense. Alzada había reconocido inmediatamente al doctor Petacchi cuando le telefoneó a primera hora de la mañana —¿cómo podía olvidar esa voz?— e hizo cuanto pudo por evitar tener que ir a la morgue, sugiriéndole que le diera los detalles por teléfono. El doctor se aclaró la garganta: “No sé, inspector. No es lo mismo que verlo en persona”. Alzada se quedó en silencio, lo que empujó al forense a añadir: “Por supuesto que mi trabajo es ayudarlo a *usted*. Así que, si es demasiada molestia, mando el informe a comisaría”.

Está bien.

De modo que, ahora, en lugar de estar tomándose un café en el patio de su casa, estaba camino al lugar de Buenos Aires que menos le gustaba. Bueno, el segundo lugar que menos le gustaba.

Alzada giró a la izquierda y admiró la amplitud de la avenida 9 de Julio. *Un campo de batalla.* El fino barniz de normalidad había desaparecido de las veredas, que ahora rebosaban con la energía nerviosa de una guerra inminente. Gente. Mirara adonde mirara, gente. Era fácil distinguir a los que tenían prisa por tomar una calle lateral y escapar: iban pegados a las persianas metálicas bajas que enmarcaban los estantes vacíos de los negocios. Caminaban a buen paso, la cabeza gacha.

Además de la perenne protesta semanal de las Madres, la ciudad últimamente vivía incontables marchas y manifestaciones. Las calles de Buenos Aires estaban colmadas de una rabia constante. Con todo, ese día había algo más. Alzada no podía decir exactamente qué.

Encendió la radio. Otra reunión de emergencia del gobierno para imponer nuevas medidas. *Por eso la policía está cortando el tránsito. Esperan disturbios.* Por delante del enjambre de autos, Alzada observó los ríos de gente convergiendo. Sabía que cualquier intento por contener a la muchedumbre sería en vano: los retenes no podrían evitar que la turba viscosa e insistente se filtrara hasta la Casa Rosada. Los manifestantes estaban contrarrestando la estrategia policial con una propia. Caminaban entre los autos, donde controlarlos era difícil, y capturarlos, imposible, en particular si eran lo suficientemente avezados en esas lides como para ir con el torso desnudo. Se trataba, en esencia, de guerra urbana: los manifestantes estaban obstruyendo las arterias clave de la ciudad, robándole así a la policía su espacio de maniobra y privándola de su ventaja estratégica. *Esto no es casualidad.*

Alzada se rascó lo que venía intentando que se convirtiera en una barba. ¿En qué momento una tragedia se volvía inevitable? *Ni la sirena va a salvarme.* Iba a llegar tarde.

¿Cómo era posible que *todavía* no hubiera habido una revolución? Desde que De la Rúa había decidido precipitar confiadamente la economía al abismo, los argentinos venían sufriendo su particular ineptitud en dolorosas etapas: primero, se les limitó el acceso a sus ahorros; después, no tuvieron más remedio que quedarse mirando mientras la inflación frenética multiplicaba el costo de la vida de un día para otro; ahora, vivían bajo crecientes restricciones a la extracción de dinero, en un país en el que se manejaban casi exclusivamente con efectivo. Y la población se había mantenido estoica. Sí, había saqueos a supermercados y estaciones de servicio. Incidentes aislados, limitados a las provincias más pobres, lejos de la capital. Al ver esas imágenes en el noticiero de la tarde, Paula había dicho: "Dios aprieta, pero no ahorca". ¿Cómo habían sobrevivido tanto tiempo a esa lenta asfixia? "Hemos pasado cosas peores", era un consuelo habitual, seguramente nacido de la memoria colectiva de sucesivos golpes militares. *¿Será por eso que la gente no se levanta? ¿Porque no quieren darle la excusa a los militares para que vuelvan a tomar el poder?*

Alzada se detuvo ante un semáforo en rojo. No tenía prisa: el cuerpo ya estaba frío. A su izquierda, el inspector vio a dos muchachos parados junto al semáforo, los únicos que no cruzaban la calle. El mayor era adolescente, el otro todavía lucía el aspecto regordete propio de la infancia, ¿ocho años, quizás? Dos gotas de agua. *Hermanos.* Soñadores con sendas camisetas de Boca, la diez, la de Maradona. Alzada conocía el modelo: creían que, antes de ellos, nadie había tratado de cambiar el mundo. Creían que habían inventado la ira, creían que querían pelear. *Creen que pueden ganar.* Eran víctimas de las mentiras de hombres respetables, encanecidos, que predicaban cómo podrían ser las cosas, hombres que, reclinados en sus sillones de cuero, dejaban que esos muchachos ingenuos hicieran el trabajo sucio. Muchachos con hambre, pagados en arroz y pan y porotos, y, a veces, en chocolatines y cigarrillos.

Los más pequeños eran particularmente valiosos, porque no tenían la mancha de los antecedentes policiales. Y, más importante, todavía no inhalaban pegamento, lo que los rendía leales solo al mejor postor. Su cometido era hacer mandados de diversa importancia para "la causa" —*¿qué mierda de causa*?—, desde transmitir mensajes hasta distribuir armas. Antes, y para evaluar su potencial, una iniciación en una esquina: mantenerse alerta e informar de cualquier cosa fuera de lo común. Y, en días como este, una misión más precisa: averiguar qué calles están bloqueadas con barricadas y por quién, y cuánta policía está siendo desplegada.

Estos dos son nuevos. Aún no habían aprendido a mirar sin mirar y

estaban dedicando demasiada atención al grupo antimotines bajándose del furgón policial al otro lado de la calle. El inspector podía ver al mayor moviendo los labios: estaba contándolos. *Diez. Son diez.* Alzada resistió la tentación de gritar. A lo largo de su vida, había aprendido a contar muchas cosas: la cantidad de discusiones con Paula; la cantidad de dólares para llegar a fin de mes; la cantidad de cadáveres que había visto en la morgue, y en la calle; la cantidad de días, semanas, meses y años que su sobrino había vivido sin padre. A diferencia de otros argentinos, nunca había tenido que contar policías. Eso decía más de él de lo que Alzada estaba dispuesto a admitir.

Miró a su derecha. El furgón policial estacionado en la esquina estaba acondicionado para albergar cuatro filas de bestias sedientas de sangre; a seis por hilera, veinticuatro. A juzgar por lo que informaba Radio Nacional, los manifestantes estaban agrupándose simultáneamente en distintos puntos de la ciudad. Las unidades policiales tendrían que dispersarse mucho, mucho más de lo que cualquier jefe de policía habría considerado aconsejable. La formación antidisturbios básica requería diez hombres, así que eran diez.

Aunque con la policía antimotines, saber cuántos eran no cambiaría nada una vez que bajaran las viseras de sus cascos vikingos y gritasen “¡Carguen!”. Ni la banda amarilla de la camiseta de Boca sobre el pecho de los muchachos los salvaría.

Alzada intentó abrir la ventanilla. Estaba trabada. Forcejeó con la manija hasta que logró bajar el cristal a medias.

—¡Pibe! —Le hizo una seña al mayor de los chicos de que se acercara.

El adolescente ni se movió. *Es vivo.*

—¡Pibe! —lo llamó otra vez.

El chico volvió solo la cabeza hacia Alzada. Miró al inspector como para memorizar su cara, la misma chispa desafiante que había mostrado Jorge cuando se le cuestionaba. Cualquier intento de disuadirlo sería en vano.

—¿Por qué no te llevás a tu hermanito a casa?

El menor estaba comiendo un helado. Todo un lujo en los tiempos que corrían. *Esta esquina debe de ser importante para ellos.* Alzada estudió el cruce. Y sí, el semáforo especialmente largo les facilitaba posicionar sus tropas entre la multitud. Peones en un ajedrez humano.

Sin pestañear, el muchacho dijo:

—Andá a cagar, viejo.

Esa es una *manera de llamar la atención.* Desde luego había captado la de Alzada. De unos dieciséis años, su mirada combativa no se correspondía con un físico enclenque que sin duda le había valido las burlas de sus compañeros. *Tendría que estar en la escuela. Así es como uno sabe que está haciéndose viejo: los revolucionarios te inspiran*

ternura. Para compensar, el chico hinchaba el pecho como una paloma. La mano izquierda en el hombro de su hermanito, dos nutrias cerciorándose de que la marea alta no las separara; la mano derecha firme, vengativa, blanca de tanto apretar un adoquín. *Que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha.* Alzada sonrió.

Pero ¿un adoquín? Era obvio que estaba calculado para desviar la atención de… *Ahí está.* Un bulto mal disimulado en la cintura de unos vaqueros demasiado amplios. *Hay que ponérsela detrás, boludo.* Lo habría visto en una película. *Por eso no te querés mover. Tenés miedo de que se te caiga.*

Veinte años atrás, Alzada no habría dudado. Habría bajado del auto —fanfarrón, habría dejado las llaves puestas, le habría abierto la cabeza al adolescente contra el poste de luz, habría confiscado la pistola y habría seguido camino. Habría quedado helado en la vereda.

El semáforo se puso en verde.

2
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre, 9:05

—¡Pero si es el ilustre inspector Alzada! —anunció el forense con el gesto grandilocuente propio de un maestro de ceremonias de circo. En lugar de una levita roja con botones dorados, vestía un guardapolvo blanco con las mangas gastadas y “Dr. E. M. Petacchi” bordado en el bolsillo del pecho. *La madre, lo más probable.* Bajo el guardapolvo, traje y corbata negros.

Alzada le estrechó la mano y comenzó a subir los escalones del edificio, cuando Petacchi lo retuvo con firmeza por el hombro. Sorprendido por su energía y afecto, Alzada se quitó los Ray-Ban y sonrió.

—¿Qué está haciendo usted acá? —preguntó Petacchi.

—Mire, Elías, voy a tratar de no ofenderme —contestó Alzada. Bajó un par de escalones hasta quedar a la altura de Petacchi y se detuvo en una vereda que, con los años, se había visto reducida al absurdo por el caótico planeamiento urbano y el exuberante tránsito de peatones—. ¿No fue usted el que me llamó a *mí*?

—Lo que quiero decir es que… Me sorprendió que, cuando llamé a comisaría, me dijeran que lo contactara a usted. Hace mucho que no anda por la morgue, ¿no?

—Desde que me mandaron a Robos.

—Entonces, ¿veinte años?

Alzada tardó un poco en responder. *Como si no hubiera contado los días.*

—Algo así. Aparentemente hoy están todos ocupados. Imagínese: hizo falta una revolución para sacarme de mi escritorio. Y usted, ¿cómo está? ¿Mucho trabajo estos días?

—La calma antes de la tormenta. Cuando caiga la noche, la cosa va a cambiar…

Alzada carraspeó. *Con este hombre, hasta la charla más intrascendente es macabra.*

El ruido de un helicóptero hizo que el inspector alzara la vista. El edificio de la antigua Facultad de Medicina. A pesar de su considerable altura, su aspecto distaba de ser majestuoso: alguien había decidido mezclar el estilo renacentista italiano con los materiales sobrios y las líneas definidas de la tradición germánica. El

resultado era un pariente pobre de la familia haussmanniana. *No estaría fuera de lugar en una callecita de París.* En cambio, el jacarandá que florecía junto a la entrada, sí.

—¿Cómo sigue su sobrino, inspector?

—¿Sorolla? —La mención a su familia lo tomó por sorpresa—. Bien, bien —dijo con aire ausente.

—Le gustaba jugar al ajedrez, ¿no? ¿Ya le gana?

Alzada estudió a Petacchi. *Inofensivo*. El inspector relajó los hombros.

—Eso querría él.

Por cierto, ¿a qué estaban esperando? Cuanto antes entraran, antes terminarían con esto.

Justo en ese momento, el agente Estrático apareció en la esquina, caminando hacia ellos con paso ágil. *Ah, qué bien. Por supuesto que lo llamaron a él también. ¿Por qué carajo viene tan contento?* Al parecer, el comisario Galante pensaba que no podía arreglarse solo ni en una simple visita a la morgue. *Seré insubordinado, pero soy buen policía, qué mierda.*

—Buen día. Soy Orestes Estrático —dijo, tendiendo una mano entusiasta al forense, quien la estrechó con cordialidad. *Tenés que decir tu rango cuando te presentás*.

—Sí. —fue el saludo de Alzada.

—Bueno. Ya estamos todos. Conocen el camino —indicó Petacchi —. Tengo algo para mostrarles.

—Alguien, Elías. Alguien.

—Claro. Eso fue lo que dije.

Pasillo abajo, azulejos del piso al techo. Quien hubiera diseñado el edificio no había tenido en cuenta que los civiles, en ocasiones, también van a la morgue. Parecía una clínica veterinaria. Olía a limpio de un modo tóxico. *Agua caliente y lavandina*. El olor iba infiltrándose en sus cerebros conforme seguían el taconeo de los pasos del forense en la luz tenue del pasillo. Doblaron a la izquierda, después a la derecha, otra vez a la izquierda. El tiempo parecía haberse detenido. Alzada pensó que, si pasaba mucho más tiempo sumergido en ese hedor, nunca más podría volver a distinguir otro olor.

Ni el de la carne en la parrilla. Ni el de un melón maduro. Ni el de la nuca de Paula.

Petacchi abrió las dos puertas de vaivén con ojos de buey que daban paso a sus dominios.

—Acérquese, inspector. Tiene que ver los detalles —ofreció. Su voz reverberó contra el océano de azulejos. Petacchi estaba en su elemento, parecía que la situación casi le divertía. Un hombre de unos

cuarenta y cinco años, llevaba su pelo, de un negro profundo, con mucha más gomina de la necesaria. Sus ojos de pájaro inquisitivo nunca se posaban en nada más de un par de segundos. Cuando lo hacían, parpadeaba desde detrás de sus gruesos anteojos, la cabeza ladeada. *Cómo se anima cuando entramos al mundo de los muertos.*

La sola idea de lo que estaban a punto de ver fue suficiente para que al inspector Alzada se le revolviera el estómago. Paseó la vista por la sala en busca de algo que sirviera de recipiente. Azulejos, azulejos, azulejos, más azulejos y, en el centro, como un trono reluciente —*un altar de sacrificio*—, una mesa de trabajo del tamaño de una cama de una plaza bañada por focos. Junto a ella, un carrito metálico sobre el que el forense había escrupulosamente alineado las herramientas de su oficio. Alzada reconoció un par de tijeras grandes, un espéculo, un formón, una pinza, un compás macabro, diversos escalpelos y una aguja que indicaba, con su inmaculada presencia, que Petacchi, o había tenido tiempo de coser el cadáver y lavarlo, o estaba a punto de hacerlo, en cuyo caso el cuerpo ante ellos tendría una enorme incisión. *En alguna parte.*

En una esquina, Alzada detectó un tacho de metal. Serviría. *Tendría* que servirle. Su mirada vagó de regreso a la mesa. Encima de ella, el cuerpo estaba cubierto por una sábana blanca. *Tiene que haberte ido muy mal en la vida si terminás tirado en un volquete detrás de la morgue*. Estaba procurando no juzgar —y no estaba lográndolo. Petacchi corrió la sábana y, plegándola con prolijidad sobre el torso, reveló la cabeza y las clavículas de la víctima. Al momento, al inspector le entraron náuseas.

—Como puede ver, no estaba nada mal —fue el primer comentario del forense. *¿Qué carajo le pasa a este tipo?*

Alzada agarró el pañuelo de seda que llevaba en el bolsillo. Al menos, no había tenido tiempo de darse el gusto de comer su desayuno habitual, una medialuna con dulce de leche: habría lucido como el guiso que le obligaban a comer en la cantina de la escuela secundaria; habría habido pedazos, como los que Paquita le había servido en su plato con tanto amor, cincuenta años atrás. Por suerte, hoy todo lo que tenía que lamentar era bilis.

La voz abrasiva de Petacchi le hizo regresar al presente. Recitaba sus conclusiones con el fervor y la diligencia de un niño conjugando verbos en latín:

—Un femenino. De tez blanca. Entre veinticinco y treinta y cinco años. Un metro sesenta y cinco. Sesenta y ocho kilos. Sin identificación ni efectos personales. —*¿Ni siquiera ropa?* El forense adoptó un tono más coloquial y prosiguió—: Como le dije por teléfono, inspector, esta es la que encontramos esta mañana.

—Pero *¿cómo* la encontraron? —preguntó Estrático. Vestía el

único traje barato que parecía poseer, arrugado sobre una camisa igualmente arrugada. Claramente, había hecho un esfuerzo por dominar su pelambre con gel, pero para este momento de la mañana los indisciplinados rulos rubios ya habían logrado liberarse y enmarcaban la cara del agente, atractivamente, tuvo que admitir Alzada.

—Bueno, ya que me lo pregunta…

—Elías. —Al inspector Alzada no le gustaba especular sobre los vivos, mucho menos sobre los muertos. Lo consideraba una costumbre sumamente perniciosa. Sin querer, su voz retumbó en la sala de autopsias—: Que usted comente que a esta pobre desgraciada la sacaron de un volquete, ¿tiene *alguna* importancia para este caso?

—No, pero… es algo tan fuera de lo común. Diría que es la primera vez en mi carrera que me encuentro un cadáver en un contenedor de basura… —*Hemos visto cosas peores*—. Y es más, justo al lado de la morgue… —Petacchi estaba entusiasmándose—. Yo creo que…

—Preferiría que no me lo dijera —dijo Alzada con tranquilidad—. *Yo* soy el inspector. *Usted* es el forense. Diría que ambos somos razonablemente competentes en lo que hacemos, ¿no? —Petacchi asintió con la cabeza, obediente—. Y, como inspector, le recomiendo que se abstenga de toda conjetura o teoría conspirativa. Al menos por el momento. Ahora sí, díganos qué encontró.

Petacchi carraspeó y volvió a sus notas.

—La víctima presenta múltiples signos de violencia. Tabique fracturado. Hematomas en rostro, cuello, brazos, tórax. Varias costillas rotas, en ambos lados. Luxación del tobillo izquierdo. No hay indicios de violencia sexual.

—¿Qué nos dice eso del atacante, Estrático? —le preguntó Alzada al agente, que escuchaba abstraído—. ¿Va a tomar notas o de eso también tengo que encargarme yo?

—Sí, sí, eso estaba por hacer. —Estrático sacó una libreta del bolsillo—. Y respondiendo a su pregunta, inspector: ¿nos dice que el agresor estaba apurado?

—No, no. —Alzada desestimó la idea con la mano—. Hacer todo esto debe haber llevado bastante tiempo. ¿No le parece, Elías?

El forense asintió de nuevo.

—Lo que podemos deducir de lo que nos acaba de presentar el doctor Petacchi es que estamos ante una contradicción. Por un lado, es evidente que había una intención clara de matarla, pero, al mismo tiempo, y de una manera bastante jodida —disculpe el lenguaje, Elías— decidieron mostrar cierto respeto por la víctima. ¿Por qué? —*Órdenes. Estaban cumpliendo órdenes.*

Estrático garrapateaba fervientemente.

—Son muchas lesiones para infligir a una sola persona. —Alzada consideró a la mujer por primera vez. *Y tan menuda*. Sobre la mesa de autopsias, parecía descansar sin preocupación alguna. Tenía una cara muy pálida, muy dulce. Debía de haber sido linda. *Debe de haberse defendido con todas sus fuerzas*.

—También presenta varias contusiones, todas *post mortem* —continuó Petacchi.

—¿*Post mortem*? ¿Le pegaron después de muerta? —preguntó Estrático.

—No, no. —El forense meneó vigorosamente la cabeza—. No es eso. Lo más probable es que se produjeran como consecuencia de dejar el cuerpo en el volquete. Después de muerta.

—¿Cómo lo sabe? —Parecía la primera vez que Estrático venía a la morgue: un *nerd* de visita al museo de historia natural. *Ya que me encajan una niñera, podrían haber elegido una que sirva para algo.*

Petacchi miró a Alzada en busca de permiso. *Adelante, por qué no*.

—Cuando una persona está viva, la sangre circula permanentemente por el cuerpo. Eso es obvio. Ahora bien, existen dos tipos de trauma. En primer lugar, las lesiones punzocortantes: tajos o puñaladas —cortes, básicamente— de distintos tamaños. Cuando un corte es lo suficientemente profundo como para atravesar la epidermis y llegar hasta el tejido subcutáneo, la persona sangra. Hacia *fuera*. En segundo lugar, tenemos las contusiones. Podemos llamarlas “golpes a un mamífero con un objeto que no sea punzante ni afilado”: provocan ruptura de vasos sanguíneos, pero la sangre no tiene por dónde salir del cuerpo. Ese sangrado *interno* es lo que da lugar a los hematomas. En este caso, hay algunas instancias —parte superior de los muslos, codos, base de la espalda— de abrasiones en la piel sin sangrado que las acompañe. Eso me dice que, cuando las causaron, la sangre ya no estaba circulando. *Ergo*, ella ya estaba muerta. La ubicación de esas lesiones es la que nos indica que manipularon el cuerpo sin cuidado, porque, déjeme que le diga, es muy, muy difícil producir hematomas en un cadáver.

—Muy bien. —Alzada tragó saliva—. En síntesis: primero, la matan. Lo hacen en un lugar seguro, donde pueden tomarse su tiempo, donde pueden trabajar a conciencia. Pero después se deshacen del cuerpo de un modo que sugiere que de repente hubo algo que hizo que se apuraran.

—¿Dos grupos distintos? —aventuró Estrático. *¿Hablás en serio? ¿Se puede ser tan estúpido? Paciencia, Joaquín.*

—A mí me parece más bien que pasó algo inesperado. Algo que los hizo cambiar de plan y deshacerse del cuerpo lo más rápido posible. Esto no es un camposanto: eligieron el primer lugar que encontraron.

Alzada paseó la vista por el recinto. Una mazmorra aislada del mundo exterior. *Es como estar dentro de una pecera*. Pero en las calles, la tormenta era inminente.

—Pensaron que estarían solos. En este barrio, muchos edificios son oficinas del gobierno.

—Muchas veces, cuando salgo de trabajar, soy el único en la calle —confirmó Petacchi.

—¿Ve? —Alzada le hizo un gesto a Estrático—. No contaban con que los manifestantes fueran a pasar la noche en la calle. No lo había previsto ni el gobierno. Así que están haciendo lo que vinieron a hacer. Profesionales. Metódicos. Eso explica la primera parte. Y, de pronto, tienen público. Se ponen nerviosos. Cambio de planes. Ven el volquete. La dejan ahí. ¿Porque hace cuánto que…?

—A ver. —Petacchi consultó su reloj pulsera—. Son las nueve y veinte. La lividez cadavérica todavía no se manifestó del todo, pero ya está a temperatura ambiente. —Alzada contuvo una arcada—. Diría que en algún momento antes de medianoche. Sin duda, después de la cena… *—Por favor, no explique cómo sabe eso.*

—¿Causal de muerte? —intervino Alzada. Iba a resultarle imposible no vomitar si seguían por ese camino. Y no tenía intención de hacerlo delante de un novato. Le indicó a Petacchi que cubriera el cuerpo.

—Lesión perforante en el occipucio.

—Traduzca… —Alzada señaló a Estrático, quien dejó de tomar notas.

—No hace falta que me lo explique —dijo el agente—. Un tiro en la cabeza, ¿no?

—Una herida de contacto —especificó Petacchi, una leve nota de irritación en su voz. Sin embargo, explicó—: Sí, le dispararon en la nuca. *—Sin lugar a dudas, un encargo*.

—¿Una sola vez? —preguntó Estrático.

—Tres en total. Y muy de cerca: a no más de veinte centímetros de distancia. Pero dije “lesión” en singular, porque la segunda y la tercera no las notó.

—¿Una ejecución? —arriesgó Estrático.

—Es posible… —respondió Petacchi con cautela.

—¿Calibre? —Alzada volvió a interrumpirlos.

—Recuperé los proyectiles. Todos de una misma arma. Nueve milímetros. Estándar.

—Qué bien. —Estrático suspiró—. Podemos sospechar de la mitad de Buenos Aires.

—Bueno, podemos excluir a todos los que no la conocían —farfulló Petacchi.

—¿Qué ha sido eso, Elías? —Alzada estaba interesado.

—Podemos establecer con razonable certeza que esto no fue un accidente, ni un robo que salió mal, ni un chico que jugaba con un arma… Alguien realmente quería eliminarla. Tomé muestras de tejido, claro, pero diría que no tuvieron apuro, como usted apuntó antes —dijo Petacchi—. Al contrario: si te tomás el trabajo de hacer todo esto, te tomás el tiempo de “limpiarla”. Por eso, no tengo esperanzas de que los estudios revelen nada, ni de que encontremos nada en el volquete. Sí hay una marca característica…

—¿Marca? —preguntó Estrático.

—Mejor dicho, dos: tatuajes. Dos golondrinas idénticas, una en cada articulación coxofemoral, mirando hacia dentro. Tinta negra. La decoloración hace suponer que tienen unos cuatro años. Por si sirviera para identificarla.

—¿Por qué está entera la cabeza? —soltó Estrático.

Alzada se encogió de disgusto. *Tiene razón.* No había ningún indicio ni de las heridas de bala, ni de la posterior incursión de Petacchi para recuperarlas. *¿Usará el compás para eso?*

El forense sonrió, dirigiéndose a Alzada.

—Qué muchacho más curioso nos tocó, ¿no, inspector?

—Qué le puedo decir, Elías —Alzada fingió resignación—. Los jóvenes de hoy en día.

Alzada vio que Estrático observaba el intercambio amistoso con interés. *No te imaginabas que nos conocíamos tan bien, ¿eh?* “Nos conocemos de otra vida”, era la única respuesta que los dos daban siempre. Como si se hubiesen puesto de acuerdo. Nadie se animaba a preguntar más. Profundizar habría resultado doloroso para Alzada y, suponía, embarazoso para Petacchi.

No obstante, Alzada siempre veía que esa reticencia solo llamaba a que le hicieran más preguntas, especialmente los jóvenes. Para ser justos, también él, hace mucho, se había preguntado cómo había sido el mundo antes de su tiempo. No el de la Antigüedad, el de los hombres de las cavernas y los conquistadores —no, irónicamente, ese era más fácil de imaginar: había recibido un funeral con féretro cerrado en los libros de historia. No, lo que a la gente le costaba visualizar era el pasado reciente, uno en el que Alzada y Petacchi habían sido jóvenes, se habían conocido y, de algún modo, habían entablado amistad. *Eso* les parecía más difícil de entender. *Eso* les producía más incomodidad. Porque seguía vivo en las personas que todavía estaban en este mundo. Porque sangraba peligrosamente hasta el presente.

—Bueno, al contrario de lo que vemos en las películas, que, voy a decir, es una soberana tontería la mayoría de las veces —dijo el forense, sacudiendo la cabeza en desaprobación—, la cabeza no siempre “revienta”, por utilizar una terminología que usted pueda

entender. Depende en gran medida del calibre del proyectil, la distancia del objetivo, el ángulo de entrada, etcétera… —Con sorprendente delicadeza, Petacchi tomó la cabeza de la mujer en ambas manos y la rotó ligeramente para mostrar una herida limpia no más grande que el botón de una camisa—. No es infrecuente que la bala atraviese tejidos, e incluso hueso, sin causar daños estructurales mayores. —Usó la misma finura para volver la cabeza a su posición anterior.

—Gracias, Elías. Un trabajo impecable. —*Meticuloso como siempre.*

—De nada. Le hago saber en cuanto esté listo el informe toxicológico, y le mando el juego completo de fotos y el análisis de huellas dactilares del volquete.

El inspector Alzada le estrechó la mano y se apresuró a salir. Apenas oyó la despedida de Petacchi:

—Que tenga un buen día, inspector.

Detrás de él, Estrático se esforzaba por seguirle el paso. La calle estaba tranquila, pero a un par de cuadras se oía crecer la multitud. *Hacia el oeste. Hacia la Casa Rosada*. ¿Cómo era posible tomarse en serio un país cuya sede del gobierno era un edificio rosa llamado “la Casa Rosada”?

—Estrático.

—Sí, señor.

Alzada oyó la voz del agente, pero no se dio vuelta.

—Tengo que hacer algunas cosas. —*Para empezar, tomarme un café. No es como si este caso fuera una prioridad*—. ¿Puede ir yendo a comisaría?

—Muy bien, señor.

Estrático desapareció tan furtivamente como se había materializado antes. Alzada buscó un lugar al que ir. *Carajo*. Sus zapatos nuevos en un charco oscuro. *No es lluvia.* Aunque ojalá todas sus preocupaciones fueran agua sucia.

3
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 10:00

Cuando Alzada llegó a comisaría, había empezado a llover. Más que lluvia, era garúa: la llovizna implacable, casi imperceptible, que acababa calando hasta los huesos. El inspector entró a la oficina de planta abierta. Originalmente había sido una recepción con un elegante escritorio de caoba y una bella secretaria peinada como Evita. Luego, la comisaría comenzó a sufrir las sucesivas reducciones presupuestarias impelidas por la recesión. La Policía Federal se había visto obligada a alquilar los pisos superiores del edificio a una sofisticada agencia publicitaria internacional, y la recepción se había transformado en una oficina en la que trabajaban los jóvenes como Estrático. Era un espacio estrecho, pintado de un mostaza dudoso y estructurado como un Tetris, en el que convivían escritorios de madera contrachapada, sillas desvencijadas e incómodas, una máquina de café temperamental y la joya del mobiliario de la comisaría: un sofá verde que le era familiar a cada maleante del barrio de Monserrat. Su pana sintética verde no discriminaba entre policías de civil y delincuentes que esperaban a ser fichados, y recibía a sus ocupantes con la memoria de cigarrillos y café. Treinta años después de su compra, había perdido casi todo el color y lucía manchas amarillentas, como pasto al final de un verano seco.

Encaramada al sofá esa mañana estaba —como casi todas las mañanas— la Dolores, quien una vez más había perturbado la paz de este respetable vecindario. Tenía treinta y siete años, parecía cuarenta y siete, y manifestaba una dificultad persistente en comprender por qué los mismos clientes que le prometían amor incondicional durante sus encuentros privados después se comportaban como si no la conocieran, en particular cuando se la cruzaban durante el ocasional paseo dominical con sus familias. Sus “otras familias”, como ella insistía en llamarlas.

—Buenos días, Dolores.

A Alzada, su *modus operandi* le divertía.

—Buenos días, inspector. —Daba la impresión de haber pasado la noche en el sofá y estaba, su maquillaje corrido, envuelta en una frazada.

—La mañana en que no te vea por acá —dijo Alzada al pasar

frente a ella.

—Eso espero yo también, inspector.

—Avisame si los muchachos se demoran con tus papeles. Ya sé que les gusta tenerte acá, pero es hora de que te vayas a casa. Especialmente por cómo viene la cosa hoy.

—Gracias, inspector. —Nunca decía una frase sin dirigir- se a él por su rango, en una combinación perfecta de burla y reverencia.

—¡Estrático! —gritó Alzada.

Una cabeza rubia asomó de uno de los cubículos. Para horror de Alzada, el agente se había sacado el saco —*¡qué descaro!*— revelando, para peor, una camisa de manga corta.

—Puede llamarme Orestes, señor. Visto que vamos a ser compañeros…

—Estrático, yo ya tuve un compañero, y no pienso tener otro. —Alzada miró a su alrededor, súbitamente preocupado. *Parece domingo a la tarde*—. ¿Mandaron a todos a la calle?

—Refuerzos —confirmó Estrático—. Hay desplegados setenta y cinco mil entre personal policial y militar. Una medida sin precedente.

Sí que hay precedente, y no terminó bien. La última vez que los militares habían salido a la calle, los muertos se habían contado por miles.

—¿Y a nosotros no nos convocan? —dijo Alzada con una risita—. Yo sé qué hice para que no me destinen a esa heroica misión, ¿pero *usted*? ¿No es un poco pronto para que lo excluyan?

Estrático apenas sonrió.

—Bueno. —A Alzada le producía cierto placer incomodar a su subordinado, pero la cosa no estaba para bromas—. Imagino que hoy no pasan lista… ¿Hay noticias de la morgue?

—Todavía no, señor. Aparte de la NN de hace un rato, la mañana viene tranquila.

—Por ahora —refunfuñó Alzada.

—Eso sí, hay una pareja que vino a verlo.

—¿A mí? —Alzada dejó caer los brazos en un gesto de decepción —. ¿Dijeron mi nombre? ¿Está seguro de que quieren verme *a mí*?

—No preguntaron por usted en concreto. —*Ya me parecía*—. Dijeron que necesitaban hablar con el oficial de más alto rango de la comisaría, y, como usted sabe… —El agente fingió una tosecita—. Recién son las diez…, así que es usted.

—¿Qué quieren? —Alzada decidió ignorar la referencia de Estrático a la famosa laxitud del comisario.

—No quisieron decirme. Los hice pasar a su oficina.

Había perdido demasiado tiempo esta mañana entre ir a la morgue y estacionar su obsoleto Clio. Tampoco es que tuviera tanto para hacer: sin identificación, sin informe toxicológico, sin escena del

delito, por el momento la única esperanza era que alguien llamara para denunciar la desaparición de una mujer cuya descripción física coincidiera. *Las instrucciones para hoy son claras*. Al comisario le gustaba llamarlo “la ley del mínimo esfuerzo”: cualquier asunto que pudiera ser postpuesto, se postponía. Pero incluso si tuviera tiempo para atenderlos, estaba claro que esa gente no estaba en sus cabales: ¿elegir hoy para pasar la mañana en comisaría?

—Acompáñeme.

—Buenos días —saludó Alzada al entrar a su oficina.

La pareja farfulló una respuesta que el inspector no entendió.

Desde su oficina, el inspector podía lidiar con estas dos imperfecciones en su día “inmejorable” y simultáneamente dominar el resto de la comisaría: un gran panel de vidrio ámbar le permitía vigilar todo lo que ocurría sin necesidad de tener la puerta abierta. Así, se ahorraba el ruido del torpe tecleo de sus subordinados, las charlas intrascendentes sobre cosas que no le importaban una mierda y los chistes de mal gusto. *La última concesión de Galante. Si no, estaría calentando silla en el sector de las secretarias.*

En una esquina de la oficina, había una mesa redonda descuajaringada, cargada con minaretes de carpetas, a la que solía sentarse uno de los subordinados que se turnaban para trabajar con él. El inspector sabía que la presencia de esos jóvenes oficiales no era de cortesía: su función real consistía no tanto en brindarle asistencia —como le había asegurado el comisario Galante—, sino en informar de cualquier cosa irresponsable en que pudiera andar el rebelde del destacamento, en lo posible *antes* de que pasara. Últimamente, el designado para esa tarea era Estrático. *Seguro que piensa que no puedo corromper a semejante chupamedias*.

Alzada culpó al caos generalizado de la maraña de asuntos feos que invadía su escritorio —figurada y literalmente—, y que, si no, nunca habría llegado a sus manos. Deseó encontrar una palabra mejor que “feo”, algo elegante, algo en latín. Pero, en este caso, la palabra adecuada era esa: “feo”. Tener que buscar una explicación razonable a encontrar un cuerpo en un volquete detrás de la morgue. Feo. Si las cosas funcionaran con normalidad en comisaría, un oficial de robos y hurtos no estaría a cargo del homicidio de una NN. Pero, en fin, ¿cuándo habían sido “normales” las cosas en ese distrito? ¿O en Buenos Aires?

Alzada estaba a punto de colgar su paraguas en el perchero, cuando se detuvo.

—¿De quién es este saco?

Los dos civiles frente a él no emitieron sonido.

—Mío, señor —murmuró Estrático.

—Esa no es manera de colgar el saco, ¿vio? —Alzada tomó la prenda gris—. Hay que colgarlo de una manga. Así —demostró—. Si no, cuando quiera darse cuenta, va a tener una joroba permanente en el saco.

—Sí, señor.

El inspector Alzada maniobró para colocarse detrás de su escritorio sin acelerar el desprendimiento de la pintura de la pared descascarada, se dejó caer en su silla y se restregó las manos.

—Muy bien. A trabajar.

Miró atentamente a la pareja, que permanecía inmóvil, y sintió un repentino agradecimiento por el zumbido del ventilador de mesa.

—Soy el inspector Alzada. Este es el agente Estrático. —Se- ñaló la otra mesa, a la que se había sentado el joven—. Es mi colaborador. Deben saber que es uno de los oficiales más prometedores del cuerpo.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Estrático hinchaba orgulloso el pecho. *Qué idiota. Cree que esto va de él. A los civiles hay que amansarlos, aunque vengan por voluntad propia.* Alzada lo había visto en infinidad de ocasiones: llegaban a comisaría con intención de ayudar, solo para quedarse mudos, como si en algún punto entre que Basilio, el guardia de seguridad, les daba la bienvenida con una inclinación de cabeza, y el momento en que se sentaban frente a un oficial, hubieran caído en la cuenta de dónde se encontraban. *Atontados, como si los hubiera mordido una yarará.*

—¿En qué puedo ayudarles?

El hombre parecía un ingeniero, de esa forma en que la gente parece un ingeniero aun sin serlo: anteojos gruesos de marco de carey y, a pesar del calor sofocante del verano porteño, corbata de moño bordó haciendo juego con la camisa a cuadros y el suéter. La mujer podía haberse ataviado para combinar con su marido: un cárdigan color crema sobre un vestido a rayas bordó. *Maestra o profesora*. Gente de buen pasar.

—Mi hermana desapareció —dijo ella. Sin vueltas. La mayoría necesitaba cuarenta preguntas para llegar a ese punto. *Al grano. Me cae bien*. Su labio inferior temblaba ahora que estaba en silencio.

Alzada abrió un cajón y corrió su petaca buscando papel y birome. *Cómo cambiaron los tiempos.* Menos de veinte años atrás, esto habría sido impensable. Menos de veinte años atrás, habría sido impensable que alguien entrara en una comisaría, pidiera hablar con el oficial de mayor rango e informara de una desaparición. *No, impensable no: temerario, peligroso, letal.* Y ahí estaban, estos dos —denunciando la desaparición de su hermana abiertamente, sin temor. En la misma manzana donde antes funcionaba la Coordinación Federal, donde habían hecho desaparecer gente. Muchos tenían tal miedo que daban un rodeo para no pasar frente al edificio.

—¿Cuándo la vio por última vez? —*¿Cómo habrían sido* nuestras *vidas, si hubiéramos podido poner una denuncia? ¿Si nos hubiera atendido un policía bien dispuesto, que hubiera hecho las preguntas correctas?*— Alzada se preguntó si a él también le temblaba el labio.

—El fin de semana pasado. ¿El sábado?

El inspector tuvo que hacer un esfuerzo por no poner los ojos en blanco. No quería que pensara que no la tomaba en serio. No quería asustarla. Pero tampoco quería decirle a esta mujer que el momento de encontrar viva a su hermana había pasado. *En medio de semejante caos, y después de cinco días…* Alzada miró más allá de la pareja al recinto común. *¿No hay nadie a quien pasarle esto?* La oficina tenía un aspecto deprimente: un árbol de Navidad solitario en la entrada y dos policías sentados detrás de sus escritorios. *Agentes. No tienen rango como para manejar esto.*

Tan bueno como Alzada creía que era simulando interés, ella debió de percibir algo, porque de inmediato intentó recuperar su atención:

—Pero hablé por teléfono con ella.

—¿Cuándo?

—Ayer a la noche.

Alzada alzó las cejas y depositó su birome sobre el escritorio.

—Tiene que entender, señora, que eso nos coloca en una posición singular. Si usted efectivamente habló anoche con ella, el protocolo indica que es demasiado pronto como para establecer que, en efecto, está desaparecida. No podemos…

—Soy muy consciente, inspector —interrumpió ella.

Alzada fingió mirar el reloj; no necesitaba saber qué hora era para hacer el cálculo.

—Pasaron menos de veinticuatro horas. Cuando se trata de adultos, dejamos que pase al menos un día entero desde la última vez que tuvieron contacto…

—A no ser que haya buenas razones para creer… —intervino ella. *Otra vez.* La mujer hizo una inflexión—: Que pueda haber sido una desaparición forzada.

—Preferimos usar el término “involuntaria”.

—De eso no tengo duda. —*Qué bien. Una lista*—. Estuve informándome.

—Me alegro, señora. —No lo hacía. Aun así, prosiguió—: Entonces, sabrá que nuestro método considera el hecho de que una persona esté “desaparecida” no como un evento en sí mismo, sino como una indicación de algo más amplio. Un síntoma, por así decirlo. La gente desaparece, sí, y no siempre voluntariamente —concedió—, pero siempre, *siempre*, por una razón. En nuestra experiencia, las investigaciones dan mejor resultado cuando priorizamos esa razón. Ir

a la raíz del asunto nos facilita recuperar a la persona a la mayor brevedad. Así que, veamos, ¿qué le hace suponer que la desaparición de su hermana pueda ser…?

—Involuntaria. —*Buena chica*—. Bueno, ayer, cuando hablamos por teléfono, parecía ansiosa.

—No quiero ser… ¿cómo decirlo? —*Sí, ¿cómo vas a decirlo, Joaquín?*—. Vamos a necesitar algo más que eso.

La mujer bajó la mirada, apoyó las manos sobre el regazo y pareció hurgar en su memoria. Alzada aprovechó la pausa para estudiarla. Podía visualizarla quince años atrás, de estudiante: primera fila, postura impecable, notas irreprochables. *Una persona a la que acudir en una crisis*. Entonces, ¿por qué estaba costándole tanto presentar un relato claro y coherente? Había algo que no cuadraba, pero Alzada no podía decir qué.

—Bueno… —continuó, para seguirle la corriente—. Cuénteme de su hermana.

—Es maravillosa.

—Quiero decir… Empecemos por su nombre.

—Norma. Norma Eleonora Echegaray.

Alzada vio que Estrático levantaba la mirada de sus notas.

—De los Echegaray… —dudó el inspector. *¿De unos de los terratenientes más importantes del país?*

—Sí, esos. —*Qué cagada. Imposible delegar el caso en Estrático: esta gente espera que se encarguen los altos mandos*. Inmediatamente agregó —: Y no, ya no vivimos en ese edificio. —La mención a la riqueza de su familia había despertado en la mujer un súbito matiz de frialdad.

—Está desocupado desde hace un tiempo, ¿no? —preguntó Alzada, siguiéndole la corriente casi sin darse cuenta.

Como si le leyera la mente, ella dijo:

—Disculpe. La costumbre. Todos preguntan lo mismo. Usted estaba diciendo… Sobre mi hermana.

—Norma, sí. ¿Es la primera vez que hace algo así? ¿Nunca se fue un par de días sin decir adónde iba?

La mujer negó con la cabeza. El marido parecía aburrido con la interacción; también parecía que quería hablar, aunque más no fuera para terminar. *Es él el que me va a decir de qué se trata esto*.

—¿Ni una vez? —insistió Alzada—. ¿Puede decirse, entonces, que su desaparición es totalmente inesperada?

—Mi cuñada siempre fue… —El hombre se movió en su silla, el cuero debajo de él se quejó. *Ahí va*—. Complicada.

—¿“Complicada”? —La señora Echegaray estaba indignada—. ¿Qué querés decir con “complicada”?

El marido la calló de un gesto. Las pupilas de Alzada se dilataron. Si él hubiera intentado algo así con Paula, habría pasado una semana

durmiendo en una reposera en el patio —y después habría tenido que suplicar permiso para volver a entrar. En cambio, la mujer obedeció.

—En el tiempo que la conozco —llevamos casados seis años— Norma se metió por sistema en situaciones en las que inevitablemente necesitó nuestra ayuda. Solo el mes pasado tuvimos que ir a buscarla a una comisaría, porque la habían detenido con una cantidad enorme de detergente: por lo visto, quería llenar de espuma la Fuente de las Nereidas. —Inesperadamente, el hombre lanzó una risita. Hasta ese momento, Alzada nunca lo habría creído capaz de sonreír, menos aún de reír—. Fue muy gracioso —agregó, como para justificar su repentina hilaridad—. Ella es así, le gusta divertirse. ¿Qué vamos a hacer? Eso no significa necesariamente que esté en peligro.

—Facundo, por favor.

El ingeniero tenía razón. Así y todo, este hombre tenía algo: una de esas caras —en otra época, Alzada habría disfrutado encontrando una excusa para pegarle. En cambio, le preguntó a la señora Echegaray:

—¿Tiene una foto de su hermana?

—Por supuesto. —Al momento, extrajo una foto carnet de su cartera. En ella, Norma Echegaray posaba con un diploma—. Esto fue hace dos o tres años, pero está igual —justificó su elección la mujer.

Una muy buena elección. Por injusto que fuera, la policía siempre estaría más dispuesta a dejar de lado homicidios, robos, violaciones y asaltos para buscar a una estudiosa graduada que a una millonaria a la que le gustaba la fiesta. *¿Eso es la Facultad de Economía de la UBA?* Alzada se trajo la foto más cerca.

Es ella.

La misma serenidad, como los rostros en los antiguos retratos en sepia. Su sonrisa era explícita, algo expectante.

¿Es ella?

¿Era la mujer de la morgue? Ciertamente era tan pálida y hermosa y de cabello tan oscuro como el cadáver. Pero también lo era la mitad de la población de Buenos Aires. *Dale, Joaquín. ¿Hace cuánto que sos policía? Esta* mujer no estaba destinada a terminar así. *Esta* mujer había desaparecido por su propia decisión y por sus propios medios —que eran bastantes—, y reaparecería en un par de días sin un rasguño. Todo quedaría en una anécdota, algo que contaría en fiestas, para horror de su hermana.

¿Era su opinión profesional o una expresión de deseo? De pronto, Alzada se sintió mareado.

—¿Inspector?

—Sí, señora.

—¿Está bien?

—Sí, sí. —Alzada recuperó la compostura—. Estaba por decir…

Su esposo está diciendo algo lógico, señora. —*Concentrate*—. ¿Por qué preocuparnos? O, más bien, ¿por qué preocuparnos *tan pronto*? Si, como usted sugiere, descartamos que se trate de una broma o de una escapada imprudente, ¿sospecha que puede haber un móvil económico para su desaparición? —*Improbable*. Si ese fuera el caso, y se la hubieran llevado ayer por la noche, los Echegaray ya habrían recibido un pedido de rescate. *Un secuestro bien ejecutado se resuelve en menos de un día*. Alzada no pudo sino recordar a su profesor de derecho penal explicando que era el delito más difícil de ejecutar. Le había chocado el tono fáctico con el que Iraola describió los inconvenientes: el riesgo de crear un vínculo con la víctima y no poder tomar decisiones racionales, la vigilancia constante que requería y, sobre todo, que, una vez terminado, quedaba un testigo en vida.

La señora Echegaray alzó la ceja izquierda.

—El dinero no siempre lo explica todo, inspector. Ni siquiera para gente como *nosotros*.

Ella tenía razón. Había un "nosotros" y Alzada claramente no estaba incluido. Eran personas que tenían guardaespaldas y detectives privados. *¿Por qué venir a la policía?* En cualquier caso, décadas de experiencia le habían enseñado a Alzada cuándo presionar y cuándo relajar. Le había costado aprender esa lección, pero la había aprendido bien. Probó otra vez:

—¿Puedo suponer que su hermana tenía custodia?

—Suponga nomás —concedió, tensa, la señora Echegaray.

—¿Dónde estaban?

—A ella le encanta despistarlos, especialmente cuando…

—Ya le dije, le gusta divertirse —interrumpió el marido.

Alzada decidió ignorarlo.

—Cuando…

—Bueno, ya sabe, cuando quería encontrarse con un novio o algo así. Son unos incompetentes. —*Esto responde una pregunta: no confía en ellos para encargarse de esto.*

—¿Está saliendo con alguien en este momento?

—No. —Como si percibiera el escepticismo de Alzada, la señora Echegaray agregó—: Me lo habría dicho. —*No creo*.

—¿Tiene alguna marca que nos permita identificarla? —habló de repente Estrático. Furtivo como siempre, se había acercado al escritorio y sostenía la fotografía—. ¿Alguna marca de nacimiento? ¿Un tatuaje, tal vez? —*Qué sinvergüenza*.

—No. *Eso* sí que no —dijo la señora, mientras el agente volvía a su asiento. *Entonces, de lo del novio no estás tan segura*.

—Resumiendo —intervino Alzada, intentando evitar que la situación se convirtiera en una telenovela—. Me inclino por abrir una investigación, pero para eso voy a necesitar al menos una mínima

evidencia de que aconteció algo. ¿Qué me dice?

—Dijo: “Te llamo de vuelta”.

La sutilidad de su reclamo. Apenas en 1982, cuatro desconocidos que entraran a la fuerza a su casa en medio de la noche y se la llevaran no habría sido considerado motivo suficiente para iniciar una investigación. Habría sido catalogado como “incidente” y archivado.

El hombre puso los ojos en blanco.

Sin mirarlo, la mujer dijo:

—Ya sé qué cara está poniendo mi esposo. Pero estábamos hablando por teléfono y mi hermana me cortó. Alguien había tocado el timbre. Me dijo que me llamaba de vuelta. Y de mi hermana se podrán decir muchas cosas, pero cuando dice “te llamo de vuelta”, cumple. —La señora Echegaray hizo una pausa—. Nunca me llamó.

Por el modo en que fruncía el ceño, Alzada supo que la mente de la mujer estaba produciendo pensamientos a mayor velocidad de la que podía digerirlos. *Ah, la mente. Qué herramienta poderosa. Qué arma peligrosa.* La señora Echegaray estaba preguntándose: ¿qué podría haber hecho diferente? ¿Podría haberle preguntado quién era? ¿Podría haberme quedado esperando en el teléfono mientras ella abría la puerta? ¿Podría haber vuelto a llamarla antes? ¿Podría haber ido anoche en vez de esta mañana? *No importa lo que pase, ya está.* Alzada conocía bien esos procesos mentales. *El remordimiento nunca te abandona.*

—Es difícil de explicar. —En su voz, ni rastro del tono altanero. Se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre el escritorio de Alzada. Manicura francesa, anillo de compromiso de brillantes, alianza en oro adyacente—. Sabe qué pasa, inspector. No sé si usted tiene hermanos. Si los tiene, ¿conoce esa sensación? ¿La sensación de preocuparse por ellos? La sensación de que… cuando usted *sabe* que pasó algo.

Alzada sabía.

4
(1981)
Viernes, 4 de diciembre; 17:30

Habían tomado tanto que era media tarde y aún no habían almorzado.

Joaquín, Paula y Adela estaban confortablemente sentados a una mesita de madera con cerveza y aceitunas, a la espera de que el carbón alcanzara la temperatura ideal para asar la carne. Jorge, el anfitrión, atendía la parrilla con un delantal inspirado en el vestido de una bailarina de flamenco, balanceando los volados de lado a lado.

—¿Vieron? —Con la mano izquierda en la cadera, blandió la pinza de la parrilla que sostenía en la derecha. Gotas de grasa sobre las baldosas de la terraza—. Al final, la dictadura no es *tan* mala.

En el camino, Joaquín le había prometido a Paula que ni discutiría, ni sacaría ningún tema que pudiera turbar los ánimos. Era viernes, el verano se aproximaba y hacía tiempo que no se veían, pero, con Jorge, mantener la paz implicaba eludir muchísimos asuntos. Joaquín miró a Paula, quien apretó su copa de vino tinto con un poco más de fuerza de la necesaria, pero no dijo nada.

—¿Se acuerdan de cuando pensábamos que tendríamos que exiliarnos? —prosiguió Jorge.

Eso había sido hacía cinco años, y, para entonces, la mayor parte de los militantes de la izquierda argentina había pasado a la clandestinidad o estaba en el exilio. Jorge y Adela habían evaluado irse a Río de Janeiro o París. Joaquín recordaba con precisión ese momento: el escalofrío que lo recorrió, como cuando, al atardecer, se siente frío después de pasar todo el día en la playa. Al final, su hermano había decidido quedarse y resistir, significara eso lo que significase.

—Y ahora, miranos. —Decir que Jorge estaba borracho era poco —. Contribuimos a la causa trayendo al mundo una nueva generación de argentinos dejados de la mano de Dios. ¿Qué clase de mundo va a heredar Sorolla?

Adela le chistó para que se callara. Joaquín sabía que no lo hacía por el bebé.

—¿Y la vecina? ¿Al fin se dio por vencida?

—Bueno, sigue coordinando sus salidas con las nuestras —respondió Adela.

—Debe de creer que a los intelectuales peligrosos como nosotros

hay que vigilarlos —agregó Jorge.

Joaquín detectó un atisbo de miedo en la broma.

—Joaco, no empecemos…

—¿Qué? ¡Si no dije nada!

—No, pero me miraste… —Jorge lo conocía demasiado bien.

—Mirá, lo que creo…

Adela decidió intervenir.

—Paula, ¿me ayudás con las ensaladas? A este paso, va a llegar la Navidad y no vamos a haber comido. Joaquín, ¿otra Quilmes?

—Sí, gracias.

Cuando se quedaron a solas, Joaquín se acercó a Jorge en la parrilla.

—Siempre te queda quemada la entraña —se burló y trató de arrebatarle la pinza.

—¡Y vos siempre la servís cruda! —replicó su hermano.

Joaquín lo soltó.

—Y, hermanito, ¿cómo andan las cosas?

Sabía perfectamente cómo andaban las cosas: justo cuando Joaquín pensaba que el susto de una detención que había podido impedir había hecho recapacitar a su hermano, su nombre había salido en el tipo de conversación en la que a nadie le gustaría ser mentado. Por menos, muchos habían terminado en una zanja.

—Bien, bien. Estamos haciendo un buen laburo.

—¿En el sindicato?

—Sí, Joaquín, en el sindicato. —Jorge pinchó un bife que no necesitaba ser pinchado.

—Tenés cuidado, ¿no? —Sabía que parar a su hermano del todo era imposible. Cada vez que Jorge le daba su palabra, tardaba una semana en volver a las andadas—. Lo único que te digo es que te cuides de las malas compañías —insistió—. Bajá el perfil un tiempo. Como para que no haya malentendidos. Hasta ahora venís bien.

—¿“Malas compañías”, Joaco? ¿“Malentendidos”? —Jorge se rio —. ¿Estás hablando como ellos?

—No soy uno de ellos —respondió Joaquín, ofendido.

—Tenés razón, tenés razón, perdoná —se disculpó Jorge—. Pero tenés que entender que yo tampoco soy “uno de ellos”. No estamos en la lucha armada. No patrullamos por la calle en *jeeps*, con ametralladoras, buscando colimbas para matar. No ponemos bombas. Somos profesores universitarios, no terroristas. Quizás en lo político coincidamos con ellos. Pero el fin no justifica los medios. Y lo mismo puede decirse de los tuyos.

—¿Los *míos*?

—Y… reconocé que a veces parecés convencido de lo que dicen ellos.

—Solamente quería orden —protestó Joaquín. Su hermano respondió con una risa burlona—. ¿Qué?

—¿Orden? ¿Te parece que es eso lo que está pasando?

—Mirá, no puedo decir que esté de acuerdo con todo lo que hacen. Pero siempre supimos que habría que hacer algunas concesiones…

En 1976, la tapa de todos los diarios había celebrado la llegada del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, proclamando el fin de toda subversión, corrupción y anarquía. A fin de cuentas, el principal motivo para el golpe militar había sido detener la guerra civil encubierta que desgarraba el país. Así que, sí, era de suponer que iban a aplicar algo de firmeza para detener los secuestros, robos, asesinatos y tiroteos. Si eso significaba que Joaquín podía dejar de preocuparse por que estallara una bomba cada vez que Paula iba al centro, tanto mejor.

—¿Concesiones? ¡Joaquín, ya no te reconozco! ¿Dónde está el Joaquín que me animaba a leer a Marx y Galeano? ¿El Joaquín que me hizo conocer al padre Mugica, el que me prestaba libros sobre la revolución? ¿El hombre que formó parte de ese movimiento *él mismo*? ¡En algún momento creíste en algo!

—Maduré. Y conseguí trabajo. —Joaquín estaba decidido a no discutir con su hermano. Al menos, no antes del postre—. Y el mío es un trabajo como cualquier otro.

—¿Te parece?

Silencio.

—En serio, Joaco. Quizá lo fuera al principio, ¿pero ahora? ¿Sabiendo lo que sabemos?

Joaquín detestaba sentirse obligado a defender un régimen con el que él ni siquiera estaba de acuerdo. Tampoco le parecía que tuviera que darle explicaciones a Jorge acerca del camino que había elegido para su vida: se había reformado, había encontrado un trabajo respetable que lo mantenía lejos de cualquier problema, o casi. Finalmente, repuso:

—No soy uno de ellos.

—Así me lo decís una y otra vez. ¿Por qué entonces sigo preocupado?

—¡Y yo que venía a decirte que estoy preocupado por *vos*! —dijo Joaquín, medio en broma, medio en serio—. Sea como sea, me alegra saber que tu compromiso con la revolución del proletariado te deja tiempo para pensar en mí —agregó, sarcático—. Aparte de pensar en estrategias para liberarnos del yugo de los explotadores capitalistas y preocupándote por tu hermano inspector de policía, ¿encontrás algún momento para pensar en tu hijo?

—Sí. —Últimamente, Joaquín había percibido un cambio en su

hermano, ya no mostraba su habitual ligereza—. Me preocupo por él todo el tiempo. Rezo para que no se convierta en un fascista como su tío.

—¿Así que ahora soy un fascista? —Joaquín fingió indignación—. Bueno, por lo menos me ascendiste. ¿Qué era antes? Ah, sí: un espectador apático. Hasta me regalaste un libro la Navidad pasada, el de la banalidad del mal. ¿Quién era la autora? Pero pará. ¿Te oí bien? ¿Acabás de decir que *rezás*? ¿Vos?

Jorge sonrió.

—Esto es en serio, Joaco. Estamos en guerra.

En guerra. Joaquín no recordaba la última vez que habían conversado sin caer en posiciones polarizadas. *Por esto evito venir a verlo*. Hablar de política con Jorge era imposible. Mejor dicho, hablar de cualquier cosa, porque su hermano tenía una curiosa capacidad para llevar todas las conversaciones a su terreno.

Del Alzada más joven podían decirse muchas cosas, pero no que fuera estúpido. ¿Por qué entonces seguía insistiendo? La capacidad militar de los Montoneros era ahora prácticamente inexistente: sus miembros habían sido aniquilados, sus armas confiscadas, sus recursos económicos consumidos. Y a Jorge probablemente también lo presionaban desde el interior de la organización. Ser uno de los pocos que no había desaparecido tenía que despertar sospechas en sus propias filas. ¿Y si se les metía en la cabeza que era un colaborador? No sería el primer montonero juzgado sumariamente por traición y fusilado por sus compañeros. *¿Así que es esto ser un verdadero creyente*? Joaquín nunca había creído en algo tan profundamente como Jorge en su causa.

—La cuestión es que, si nos rendimos, si yo me rindo… van a ganar *ellos* —continuó Jorge.

De eso se trata. Joaquín lo vio claro. Por supuesto, la retórica trillada y el tono defensivo, alimentados por el agotamiento de tener que justificarse constantemente ante su hermano "responsable". Pero también, la posibilidad de liberarse de una carga insoportable. Él *quería* contarle más. Jorge Rodolfo abrió la boca en silencio, como un pez fuera del agua. Luego, en un tono más suave:

—Este no es momento de abandonar la lucha. Hoy siento, más que nunca, que podemos cambiar las cosas. Y para eso necesito estar cerca de la acción.

—Querés decir, cerca del peligro —corrigió Joaquín.

El semblante de Jorge se oscureció, pero después esbozó una sonrisa:

—Sí, eso también.

Todo lo que quería Joaquín era que Jorge sobreviviera esta dictadura de mierda. *¡Ya no puedo seguir intercediendo por vos, Jorge!*

Tenía ganas de gritar. En vez, respiró hondo y dijo:

—Mirá, lo único que quiero es que no te pase nada. O, por lo menos, que seas inteligente.

Jorge se restregó las manos en el delantal para limpiarse la grasa antes de abrazar a su hermano:

—Eso trato.

—Cuidate, por favor —le dijo Joaquín al oído. Sintió que suplicaba.

—Sí, me voy a cuidar. Ya sabés —susurró su hermano— que digo todas estas cosas porque te quiero.

—¿Ah, sí? —se burló Joaquín, apartándose para mirarlo a los ojos.

—Siempre —confirmó Jorge, estrechándolo más. Ni una gota de sarcasmo—. No te preocupes por mí. Estoy a salvo. —Joaquín quería creerle—. ¿Sabés por qué estoy a salvo?

—Decímelo vos.

—Porque elegí de qué lado estar.

Joaquín lo miró, desconcertado.

—Siempre hay lados, Joaco. Nunca lo olvides. Siempre hay lados.

—No sé… —A Joaquín le estaba resultando difícil seguir el razonamiento de su hermano.

—Algunos juegan para ambos bandos. Es un juego peligroso. ¿Conocés la frase, "Estos son mis principios, y si no le gustan, tengo otros"? La dijo Marx.

—¿Karl?

—Groucho —dijo Jorge, alzando las cejas y sonriendo, el gesto que siempre lo sacaba de cualquier lío—. Bueno. Se equivocaba, y mucho: principios solo tenemos unos. Y tenemos que defenderlos. Y esa, hermano, es la forma de mantenerse a salvo.

5
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 10:30

El inspector decidió no acompañarlos hasta la salida: no tenía tiempo de ejercer de anfitrión. Si no la encontraban por sus propios medios, alguien los guiaría por el laberinto de mal gusto y moqueta maloliente que era la comisaría. Aun así, cuando la señora Echegaray se puso de pie, los tres hombres la imitaron al momento. Estrático se dispuso a realizar un gesto caballeroso hacia la puerta, pero Alzada le indicó que no, y el agente se quedó quieto hasta que ambos quedaron solos.

—Bien. Supongamos que ella se… —Alzada carraspeó— se fuera. ¿Dónde podría estar?

—La señora Echegaray dijo que su hermana le había cortado para atender la puerta. Eso fue aproximadamente a las nueve de anoche. —Estrático consultó sus anotaciones—. Cuando ella fue al departamento hoy a la mañana, la hermana ya no estaba. Ahora mismo, eso le da una ventaja de… más de doce horas. Así que, para contestar a su pregunta, señor: en cualquier lugar. Podría estar en París.

—Y podemos asumir que la señora Echegaray revisó a fondo el departamento. —Una mujer como ella habría entrado a la casa de su hermana sin dudarlo, lo cual no era común. La mayoría no se animaba a entrar a una posible escena del crimen. El miedo a lo que podrían encontrar ni siquiera era lo que más les preocupaba, nadie pensaba en eso. Lo que los aterraba era dejar huellas, ser acusados falsamente por la policía y pasar un tiempo valioso en el sistema judicial. El daño que habían hecho las series estadounidenses a su trabajo—. Si hubiera encontrado algo, lo habría mencionado. Así que lo único que sabemos es que, en algún momento entre ayer a la noche y esta mañana, por su propia voluntad o no, Norma se fue del departamento. ¿Dirección?

—Castex 2640. —*Una cuadra glamorosa, pero discreta. Buena elección para una mujer rica y soltera en una ciudad en la que la más mínima muestra de riqueza te convierte en un blanco.*

—¿Dónde vive la hermana?

—En el mismo edificio.

—¿Son dueños de todo el edificio? —bromeó Alzada.

—De toda la manzana, señor. Lo más probable es que en esta época del año esté vacío. Todo el que se precie está en Punta —dijo Estrático con una inflexión.

¿Punta, eh? No necesitás disimular, Estrático. El agente probablemente había veraneado un par de veces en Punta, quizás hasta había jugado al rugby con alguno de los Echegaray. *No se puede creer*. Desde hacía tres semanas, nadie podía sacar más de doscientos cincuenta pesos por semana de su cuenta, y, cada día que pasaba, esos doscientos cincuenta pesos daban para menos cosas. En paralelo, unos pocos afortunados no solo habían hecho sus compras navideñas, sino que habían cambiado el calor de la ciudad por paraísos en la playa. Alzada todavía tenía en la cabeza, imborrables, las imágenes de un grupo de amas de casa empujando a un periodista a un lado, después de saquear con éxito el supermercado local en busca de arroz, harina y porotos. "¡Queremos comer!", había sido su grito de guerra. Un delito nacido de la desesperación.

—Quiero saber cuántas entradas tiene el edificio. Y si alguien puede haberla visto. Sí, es cierto lo que usted dice de la época del año, pero algún vecino debe de quedar. Y en ese barrio, es muy posible que el edificio tenga cámaras de seguridad. Y portero. Quiero hablar con él.

—Me pongo en campaña, señor. —Estrático empezó a caminar hacia la puerta—. Y respecto a la NN de esta mañana…

—Puede esperar —dijo Alzada.

Estrático se quedó mirándolo.

—¿Por qué tan sorprendido?

—¿No vamos a hacer nada sobre eso? —*Cuidado, Estrático*.

—En primer lugar, creo que usted quiso decir "ella", ¿no? —Alzada respiró hondo. No tenía intención de pelear, el comisario lo mataría—. Es un error muy común, especialmente cuando no se tiene experiencia. Sé lo que está insinuando y usted jamás me va a oír decir que algunos casos son más importantes que otros. Pero tiene que tener en cuenta que hay familias que van a llamar a comisaría a cada hora para ver qué estamos haciendo y normalmente son las mismas que tienen amigos en altos cargos. Otras ni llaman, porque tal vez ni siquiera saben que hay un problema. Así que no me voy a disculpar con usted por querer sacarme *esto* de encima cuanto antes.

—¿Cree que hay algo ahí? —*Linda gambeta*. Estrático era insoportable. Para Alzada, lo único que lo redimía era su interés genuino por la profesión.

—Espero que no. Una mujer como esa… —Paula lo mataría si lo oyera hablar así. *El problema de los estereotipos, Joaquín, no es que no sean verdad. Es que no son* toda *la verdad*. Pero en su línea de trabajo, la verdad era una cuestión de probabilidades—. Una mujer como esa sale de fiesta una noche, la detienen por alterar el orden público, a lo mejor también por posesión de estupefacientes, y todo queda reducido a una contravención que le encajan al novio de turno. Quizá, *quizá*, si

realmente cae en desgracia, se hace un aborto. Puede darse el capricho de tomarse unas vacaciones y desaparecer sin dejar mensaje. Pero… ¿sin decirle nada a la hermana que sabe que va a preocuparse? Eso *sí* me parece improbable. ¿Tiene hermanos, Estrático?

—No, señor. —Estrático se apresuró a cambiar de tema—: Cuando ella nos mostró la foto, ¿no tuvo la impresión de que la había visto antes? *—Así que te llevás mal con tu familia.*

—Estrático.

—¿Sí, señor?

—¿Cree que no me doy cuenta de lo que está intentando hacer?

—¿Perdón?

—¿Cuánta gente vive en Buenos Aires?

—¿Unos tres millones? —aventuró Estrático.

—Dos millones ochocientos mil. Pero sí, digamos tres. Bueno, de esas, ¿cuántas son mujeres de entre veinticinco y treinta y cinco años?

—¿Doscientas mil?

—Impresionante. Voy a considerarlo una estimación muy ajustada. Entonces, doscientas mil. Y de esas doscientas mil, ¿cuántas tienen pelo oscuro y pueden considerarse “lindas”?

—Entiendo lo que quiere decir, inspector.

—No creo.

—Solamente quería saber…

—Sí, claro, su comentario fue totalmente inocente. Tan inocente como la pregunta sobre una marca que nos permita identificarla, ¿no? Un poco más de esto —Alzada se señaló la sien— antes de ponerse a hablar de alguna teoría loca. Especialmente a alguien que quiera escucharlo. Una Echegaray en un volquete. Justo lo que necesitamos. No. Hasta que no podamos establecer algo que al menos se *parezca* a un hecho —Alzada se encontró repitiendo una frase que usaba el comisario Galante—, quiero que tratemos esto con la máxima discreción. ¿Entendemos?

—Sí, señor. Solo pensé que sería perfecto que la mujer que buscan fuera justo la misma que vimos esta mañana.

—¿Perfecto? *¿Perfecto?* —Alzada fue *in crescendo*—. Perfecto sería que la mañana no hubiera empezado con una mujer asesinada y tirada a la basura. ¡A la basura! ¡“Perfecto”, dice!

Estrático se quedó petrificado.

—Vaya ahora mismo a Castex —ladró Alzada—. No quiero volver a verle la cara hasta que no me encuentre al portero. Y, ya que está, mire el departamento, hable con los vecinos, todas esas cosas.

—¿Yo solo, señor? —Partes iguales de terror y orgullo en la voz del agente.

—Sí, Estrático. Usted solo. Estoy seguro de que puede arreglarse sin mí: es un departamento vacío. Y cuando vuelva, sáqueme la lista

de todos los casos de NN que sean mujeres. Todos los de la ciudad. No, mejor los del conurbano también.

—Pero, señor, deben de ser muchísimos. —*Este chico necesita que lo pongan en su lugar.*

—Sí. Y usted va a chequear, uno por uno, que ninguno coincida con Norma…

—Echegaray —completó Estrático.

—¿Cómo dice?

—Sí, señor.

Mejor así.

—Y ocúpese de la Dolores. A esta hora ya tendría que haberse ido. —A Alzada se le cruzó un pensamiento—: Y, ya que estamos, dígale que esta noche no "trabaje".

6
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 00:05

En la noche suburbana, el timbrazo del teléfono beige de la mesa de luz de Paula Aranguren cortó el silencio como un cuchillo de carnicero. Paula lo dejó sonar dos veces, mientras liberaba la almohada de debajo de Joaquín y se incorporaba. No podía ver el rostro de su esposo en la oscuridad, pero sabía que estaba allí, bajo la jungla de rulos negros que se negaba a cortar para darle el gusto. Se aclaró la voz con ceremonia. El teléfono sonó una tercera vez. Paula dijo un sereno:

—¿Aló?

—¿Quién mierda llama a esta hora de la…? —clamó un adormilado Joaquín, tratando de discernir la hora en la oscuridad.

Repentinamente alerta, Paula lo acalló con un gesto.

Él se dio vuelta para mirar el pequeño Casio en su mesa de luz y descubrió que el despertador le sonreía insolentemente, un gato de Cheshire de agujas fluorescentes. Las doce y cinco. *Nunca pasa nada bueno después de la medianoche*. El eco de la explicación de la hora límite de llegada impuesta a los hermanos Alzada.

—Atendé, es para vos —dijo Paula muy seria, pasándole el tubo.

Ese fue el momento en que lo supo.

Joaquín entrevió la alianza de oro de su esposa. Sin incorporarse, estiró el brazo bronceado por encima de Paula y tomó el auricular, el cable tenso en una vuelta forzada sobre sus nudillos blancos.

Era la vecina de su hermano. Incluso en esa circunstancia tan peculiar, su voz le era lo suficientemente conocida como para que no necesitara identificarse. Desde que Jorge Rodolfo y Adela se mudaron al edificio, los había espiado sistemáticamente. Joaquín recordó cómo su hermano la imitaba saliendo al pasillo y arrastrando los pies hasta la puerta del departamento de Jorge, para luego volver al suyo.

Se acordó de que Jorge describía la voz de la mujer como tilinga. Ahora, en un tono mucho más grave, le dijo a Joaquín:

—Se llevaron a tu hermano.

No era la primera persona que recibía un llamado así. Antes que él, muchos habían sufrido la misma incertidumbre, el mismo miedo, el mismo enojo, la misma impotencia. Después de él, muchos harían las mismas averiguaciones, gritarían los mismos insultos, contendrían las

mismas lágrimas. Años más tarde, las ondas concéntricas de lo que estaban viviendo se consolidarían en el mantra de una generación perdida. Habría manifestaciones, habría juicios. Habría ensayos y largos discursos acerca de qué se podría, o no, haber hecho. Por el momento, Joaquín cortó y anunció:

—Voy para allá.

—No —fue la única palabra que Paula se sintió capaz de decir. En parte, para detener a su marido, en parte para postergar tener que aceptar la nueva realidad. La repitió cuando Joaquín se levantó de la cama de un salto, esperando que la acumulación de “noes” surtiera el efecto deseado. La repitió para sus adentros cuando Joaquín corrió a la cocina. Seguía diciéndola cuando él volvió, zapatos en mano.

Estaba inmerso en su propio ritmo. “¡Malditos!” e “¡Hijos de puta!” hacían apariciones a intervalos regulares. A medio vestir, Joaquín se asomó al pasillo.

—¿Dónde está mi saco?

—¿Tu saco? ¿Con el calor que hace?

—Lo necesito para que no se vea la pistola.

Paula se quedó en silencio. Respiró hondo antes de responder:

—Creo que lo dejaste en la silla al lado de la puerta.

Oyó cómo las pisadas apresuradas de su marido por el pasillo iban ralentizándose poco a poco, hasta finalmente detenerse: encontrar sus cosas estaba tranquilizándolo. A ella le ocurría lo contrario.

—¡Vení! —lo llamó Paula.

Joaquín se paró enseguida en el marco de la puerta del dormitorio. Paula no pudo sino recordar la primera vez que lo vio: apoyado, como lo estaba ahora, contra la puerta del auditorio de la facultad. La conferencia había terminado un par de minutos antes. Probablemente había estado esperando a otra chica, nunca lo había reconocido. Diecinueve años y ya cansado de ser adulto, su físico nervudo cubierto hasta las canillas por un impermeable color camel, los dedos largos continuamente buscando un cigarrillo en el bolsillo, la sonrisa de alguien que siempre consigue lo que quiere. Desde entonces, se había afeitado la barba y había ganado unos cuantos kilos, agregando autoridad a la apariencia del inspector de policía más joven de la ciudad de Buenos Aires. Joaquín no pestañeó ante la presencia de su mujer en camisón.

Silencio.

Fue directamente al cajón de la cómoda en el que guardaba su Walther.

—Esperá. —Lo agarró del brazo.

Para Paula había sido muy difícil acostumbrarse a una convivencia tan estrecha con el arma reglamentaria de Joaquín. De

una familia acomodada —por vía de la industria metalúrgica—, originalmente sus creencias habían oscilado entre una vaga fe en el imperio de la ley y un firme desdén por los miembros de las fuerzas del orden. Solo lentamente se había hecho a la idea de que alguien tenía que hacer cumplir la ley, y de que ese alguien podía ser su marido.

Para su sorpresa, aceptar la presencia del mortífero pedazo de metal en su hogar no había sido tan complicado. La rutina había salido ganando: se había habituado a ver cómo Joaquín la enfundaba solemnemente en la pistolera, cuando se vestía para ir a trabajar; a sentir el peso en la cintura de su esposo, cuando lo despedía con un beso; y a suspirar aliviada, cuando cada noche la encerraba bajo llave en su sarcófago.

Intentó convencerlo otra vez:

—Joaquín, pensemos bien qué vamos a hacer.

No, lo difícil había sido lidiar con las posibles versiones del futuro que el arma encarnaba. Que un día él se viera obligado a usarla. O peor: que alguien usara un arma como esta contra Joaquín. Ahora, viéndolo en el vano de la puerta, entendió que no había palabra que pudiera disuadirlo. No iba a ir al departamento de su hermano como el inspector de policía sereno, cuidadoso, reflexivo que ella sabía que era. Arrasaría con todo lo que se interpusiera en su camino con tal de recuperar a Jorge.

—Llegás a lo de Jorge Rodolfo, ¿y qué? No van a estar esperándote. Se habrán ido.

—No tengo tiempo para esto —dijo despectivo.

—¡Y justo hoy estuvimos ahí!

Joaquín no necesitaba que se lo recordara: la cabeza todavía le zumbaba por la cerveza y el vino.

—¿Y si ya estaban ahí, vigilando el departamento? —continuó Paula—. ¿También vamos a estar en una lista?

Joaquín se detuvo en seco. *Ni había pensado en eso. No iban a meterse con un policía, ¿no?* Sintió frío.

—No te preocupes.

—¿Qué no me preocupe? ¿Qué querés decir con “no te preocupes”? ¡No hago más que preocuparme! ¡Me preocupaba por Jorge y ahora tengo que preocuparme por vos también! ¿Y si siguen ahí?

—Mejor. Quiero verlos. Quiero mirarlos a los ojos cuando me contesten. Porque te aseguro que van a responderme. Te digo una cosa: si a Jorge le pasa algo…

—Joaco, por favor.

Él calló, repentinamente consciente de su propio miedo. ¿Qué iba a hacer si se topaba con un grupo de militares bien entrenados? Su

vetusta Walther le ardía como una bolsa de agua caliente contra la cadera. *¿Cuál es el plan, Joaquín?*

—Llamalo a Galante. No le expliques nada por teléfono. Decile que lo espero en lo de Jorge.

—¿No va a preguntar?

—No va a preguntar. Después, llamá a la vecina. La que llamó recién. El número está en la agenda de cuero. Está despierta. —*Todos en ese edificio están despiertos*—. Decile que prenda una luz en cuanto se vayan esos hijos de puta.

—Bueno.

—¿En qué departamento vive?

—Es el tercer piso. Jorge vive en el C, así que ella debe ser el A.

—¿Segura?

—Soy la esposa del inspector, Joaquín, no el inspector.

Joaquín se sentó en la cama junto a ella y le tomó las manos.

—Sea como sea, decile que prenda la luz del *living* cuando se vayan todos.

No bien dijo esas palabras, sintió un peso plúmbeo en el pecho. *Cuando se vayan todos*. Trabajaban rápido. Cuando llegara al departamento de su hermano, eso era lo que iba a encontrar: que todos se habían ido. Su hermano no estaría allí. Adela no estaría allí. El nene no estaría allí. El nene. Joaquín sintió una puntada en el lado izquierdo del pecho.

—¿Y yo, qué? —preguntó Paula.

—Te quedás acá. —Como para evitar toda posibilidad de discusión, agregó—: Necesito que hagas esas llamadas. Y que estés, por si alguien trata de contactarnos. Te aviso en cuanto llegue. Todo va a salir bien. —Joaquín se preguntó si sus mentiras eran tan convincentes para los demás como lo eran para él mismo.

—Está bien.

Joaquín le dio un beso distraído y salió. Tomó las llaves del auto de un cuenco de cerámica que había junto a la puerta de la cocina. *Souvenir* de la luna de miel de Galante en México. Su amistad, aunque momentáneamente tensa, era conocida en el cuerpo. *Mejor no meterlo en esto*. Galante estaba en buenos términos con los milicos, pero una cosa así podía meterlo en problemas. Si los militares le preguntaban, lo mejor sería que su antiguo compañero pudiera contestar honestamente. *No. Cuanta menos gente lo sepa, mejor*.

Joaquín regresó al dormitorio. Paula no se había movido.

—Pensándolo bien —dijo él tan tranquilo como pudo—, no llames a Galante. No quiero meterlo en esto, si no es estrictamente necesario.

Paula asintió con aire ausente.

—Y cerrá con llave.

Se apresuró a salir. No quería que su mujer lo viera llorar.

7
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 11:15

Alzada aprovechó las dos rayas de señal que mostraba su celular en el sótano de interrogatorios para llamar a Paula. Sonó varias veces, le respondió el contestador. Seguramente estaría ocupada en la casa. Le dejó un mensaje:

—Querida, soy yo. Me fui tan apurado que me olvidé de decirte. No quería molestarte, pero al salir me encontré al gato del vecino. —Se puso de cara a la pared y bajó la voz—: Lo metí dentro de la parrilla de ellos, para que Sorolla no se cruce con él. —Miró a un lado y a otro. Ni rastro de Estrático—. Sí, sé lo que vas a decir. Me podés llamar después y gritarme todo lo que quieras. Pero ya sabés cómo se pone Sorolla cuando lo ve. Y me fijé. Le entra aire. ¿Podés soltarlo antes de que Teresita lo extrañe? Bueno. Gracias. Te amo. Chau.

El agente apareció en el extremo del pasillo.

—¿Adónde lo llevaste? —preguntó Alzada.

—Sala tres.

—No te hizo correr, ¿no? —Estrático daba la impresión de estar en condiciones de correr a la mayor parte de la población sin cansarse.

—Estaba en el edificio. Su turno todavía no había terminado. Señor, tengo que hablarle de algo antes de que…

—Ahora no. —Alzada estaba por abrir la puerta con un tres escrito en tiza cuando se detuvo—. ¿De qué ánimo está?

—Cuando lo recogí en Castex, se veía tranquilo. La última vez que miré, estaba transpirado, pero seguía callado —informó Estrático.

—Muy bien —dijo Alzada, acercándose a la puerta. Un hombre inocente protesta con todas sus fuerzas que es eso, inocente. *Al menos hasta que lo convencés de lo contrario*. Si el portero había venido sin chistar, daba para suponer que no estaba limpio al ciento por ciento. *Algo hay ahí*. La transpiración significaba que estaba casi listo: a Alzada sus interrogados le gustaban al punto.

Estrático se interpuso entre el inspector y la entrada a la sala.

—Estrático, por favor. No sé qué quiere, pero ahora no tenemos tiempo —lo descartó Alzada.

—Ya sé señor. Pero… su abogado todavía no llegó.

—¿De qué está hablando? —Alzada lo miró con atención. El agente estaba más erguido que de costumbre. No encorvado y

vacilante, como en el piso de arriba o haciendo mandados, sino con actitud desafiante. *No me lo puedo creer*.

Estrático explicó:

—Hice todo exactamente como nos enseñaron. Desde el primer momento, lo traté con amabilidad. Le ofrecí algo de tomar. Me quedé un rato con él en la celda para tantearlo. Para caerle bien, ¿sabe? —*Esto explica por qué es tan baja la tasa de casos resueltos por la Federal*—. Pero apenas le hice la primera pregunta, se cerró en banda. Así que llamé a Pomada.

—¿Qué?

—Llamé al abogado de oficio.

—No, ya sé quién es Pomada, Estrático. Ahora *sí* que no tenemos tiempo para esto. ¿Hace cuánto lo llamó?

—Pero el protocolo indica que…

—Córtela, Estrático. ¿No entiende que *no* es inocente? Su trabajo es pasarse doce horas al día en la entrada del edificio mirando quién entra y quién sale. Eso es, literalmente, *todo* lo que tiene que hacer. En algún momento de anoche vio a esta mujer…

—Norma.

—Sí, Norma. Gracias… —Alzada intentó no perder el hilo—. Vio salir a Norma Echegaray, con alguien, *quizá*, y no movió un dedo. Se quedó donde estaba, mirando la puerta, hasta que usted llegó. Lo más probable, contando los dolaritos que alguien le dio para que mirara para otro lado. Así que, a menos que eso tan importante que usted quiere contarme es que el portero es ciego, le informo que ese hombre no tiene un "lado bueno". Tiene *un* solo lado: el lado que le miente a la cara y aprovecha que usted respeta la ley. Y por cierto, ¿de qué tiene miedo? Solo voy a hacerle un par de preguntas. Le aseguro que para eso no necesito a Pomada.

Todos pueden hacer la cuenta. Alzada siempre partía de la suposición de que todos la hacían, sobre todo los jóvenes. Había leído en algún lugar que en Bosnia eso era lo primero que hacía la gente cuando te conocía: calcular cuántos años tenías. No por vanidad, sino para saber dónde estabas durante la guerra. ¿Tenías edad de empuñar un arma? De ser así, ¿en qué bando? Incluso Estrático, tan formal y obediente, tenía que haber entendido dónde había estado Alzada en los setenta, lo que implicaba ser policía en aquella época. Tampoco había que ser un genio.

—Con todo respeto, señor… —Estrático parecía casi avergonzado de decirlo—: Si actuamos así, seremos como *ellos*.

Alzada hizo un esfuerzo por serenarse.

—No tiene usted ni la menor idea de lo que está diciendo.

Qué generación tan inteligente, tan formada; cuánto le gustaría confiar en ellos. Pero había algo petulante en su actitud santurrona,

pacata, de quien se siente por encima de todo reproche. Alzada ni siquiera estaba seguro de que lo hicieran a propósito: simplemente exudaban una superioridad moral innata. Les encantaba predicar sobre cómo había que defender las leyes, sobre cuán distintas habrían sido las cosas si *ellos* hubiesen estado ahí. Por supuesto, *ellos* nunca habrían permitido que pasara.

Pero lo cierto era que Estrático estaría completamente perdido sin el manual. No sabía lo que era interrogar a un hombre que no tenía nada que perder, ni descubrir la bestia que vive en el interior de uno y tener que ponerle un bozal en la quijada. No sabía lo que era despertar de una pesadilla, solo para descubrir que no era un sueño, sino un recuerdo.

—Ni la menor idea —repitió.

Alzada le dio una palmada en el hombro.

—No va a pasarle nada. Quédese acá y observe. Esto se hace así.

—Buenos días, señor. Soy el inspector Alzada —dijo, ten- diéndole decidido la mano al portero.

El hombre se quedó sentado, los brazos cruzados. *Está bien. Como quieras.*

—Como usted prefiera. —Alzada acercó a la mesa una silla de metal despintada por el recuerdo de incontables esposas y se sentó frente al portero. Debía de tener unos treinta años. *Seguro que no es porteño. Pinta de indio, a lo mejor del norte. ¿El Chaco?*

—¿Estuvo mirando las noticias? ¿Las barricadas, las manifestaciones? ¿Las vio? Hoy a la mañana, cuando venía con el auto, pasé por una. Qué lío, ¿eh? Déjeme contarle…

—Ya se lo dije al otro. Sin mi abogado no hablo. —*¿Eres lo suficientemente inteligente como para no declarar, pero no tanto como para agarrar la plata y desaparecer?* El portero puso las manos sobre la mesa. Las personas en su situación mantenían los brazos cerca del cuerpo, a veces hasta cruzaban las piernas. Este se pasaba de tranquilo. *Demasiado tranquilo. No es la primera vez que está en cana.*

—Me parece que no me está escuchando —Alzada habló en una voz más baja de lo normal. Podía imaginarse a Estrático detrás de la puerta, acercándose para oír mejor—. No vengo acá para charlar, pedazo de hijo de puta. Solamente lo digo porque, en este caos, ¿sabe cuánto va a tardar en llegar el abogado?

El inspector lo observó hacer cálculos mentales. Estaba seguro de que, en la aritmética de su supervivencia, el portero había olvidado tener en cuenta dos factores fundamentales. Primero, que el tiempo es tan relativo como subjetivo. *Un minuto. Si solo piensas en sobrevivir el siguiente minuto, después el siguiente, y así, estás bien. Pero si te ponés a pensar más allá, la cosa se complica*. Segundo, había una razón por la

que no había ventanas en las salas de interrogatorios de la Policía Federal. Sí, finalmente alguien había cedido e instalado un sistema de audio, pero era casi imposible discernir la verdadera naturaleza de una situación a partir de grabaciones de audio de mala calidad. *Siempre y cuando no deje marcas*… Estrático podía no estar de acuerdo con sus métodos, pero no delataría a un compañero. *Por su propio bien*.

Alzada expandió su caja torácica, subió los hombros hasta las orejas, adelantó la cabeza. Un gato listo para saltar sobre su presa. Con la diestra, agarró la mano izquierda del portero antes de que este tuviese tiempo de reaccionar. La apretó con fuerza contra el metal. El portero abrió mucho los ojos.

—En realidad, no era una pregunta. Yo lo veo así… Con las marchas y todo… va a tardar media hora, cuarenta minutos. Si sale de la oficina ahora mismo. Pero esto sí que es una pregunta. —Alzada apretó más la mano del portero—. ¿Tiene idea de cuántos dedos fracturé en mi vida?

El portero procuró soltarse del agarre del inspector, en vano. Estiró el cuello hinchado fuera del uniforme y boqueó para tomar aire.

—Lo que quiero decir es que no es la primera vez que a usted lo interroga la policía, ¿verdad? Ya sabe qué pasa acá —continuó el inspector—. Pero no queremos hacer lío. Nos podría causar problemas. La "democracia", ¿vio? Hoy en día, tenemos, por lo menos, que mantener las apariencias. Por eso, en su momento, mi jefe tuvo que prohibirme entrar a estas salas. ¿Se imagina? —Alzada sonrió ampliamente—. Pero bueno, hoy es su día de suerte: está demasiado ocupado dando instrucciones para prevenir disturbios. Parece que están llegando a la Casa Rosada. No tiene *ni idea* de qué está pasando entre estas cuatro paredes. Así que, por favor… —carraspeó—. Por favor, no me haga perder el tiempo. No me gustaría pensar que está jugando con mi paciencia a propósito. Porque yo voy a interpretar que lo que quiere es que lo interrogue en un lugar donde haya algo de agua… Sabe lo que quiero. Agarre la birome y escriba lo que se le ocurra.

El portero miró la birome sobre la superficie arañada de la mesa de metal, después, su mano izquierda, pálida bajo la del inspector.

—Soy zurdo —protestó débilmente.

—Lo sé. —El inspector le soltó la mano y se reclinó en su silla. No iba a explicarle que la gente suele posicionar los objetos más cerca de su mano dominante. Al final, el vaso de agua que le había traído Estrático había servido para algo.

El portero se apresuró a tomar la birome y se puso a escribir. *Así me gusta.* Alzada tomó el folio. Tres letras y tres números. Una patente de automóvil.

—¿Eso es todo?

El hombre asintió.

—No era la primera vez que ese auto iba ahí, ¿no?

El portero asintió otra vez.

—Porque, por supuesto, usted ayer a la noche no vio nada. Digamos que, después de la hora de la cena. ¿Nadie entró ni salió?

—Nada fuera de lo normal, señor.

Alzada prefirió no preguntar qué significaba "normal" en un edificio de lujo.

—Muy bien. Ahora, fuera de acá. —El inspector consideró el futuro probable del hombre. *Los buchones terminan todos igual*. En su experiencia, los delatores solo hablaban porque se creían más vivos que los demás. Creían que iban a salir con vida. *Nadie es la excepción* —. No creo que haga falta que le diga esto, pero se lo voy a decir igual. No espere a que venga el abogado. Váyase directamente a su departamento. *Directamente.* No pare a tomarse un café. No visite a nadie. No le diga a nadie adónde va. Haga las valijas y tómese unas vacaciones bien largas. Estoy seguro de que tiene algún primo lejos, un lugar donde pueda quedarse por un tiempo.

—Sí, señor. Mi familia es de Resistencia —admitió el portero, de repente maleable. *El Chaco. Yo sabía.*

Alzada se incorporó de inmediato, provocando que la silla rayara el piso de cemento, y salió al pasillo.

Cuando pasó por al lado de Estrático y Pomada —*qué rápido*—, le apretó el folio al agente en el pecho.

—Me voy una hora, más o menos. Cuando vuelva, quiero saber de quién es este auto. Y vaya en persona, nada de las pelotudeces amables de hacer todo por teléfono que les gustan a los vagos como usted. —Después, sin dignarse a mirar a Estrático, agregó—: Y no se me quede mirando. ¿Nadie le dijo que es de mala educación?

—¿Es verdad? —Estrático se miró la mano mientras subía las escaleras detrás del inspector—. ¿Lo de los dedos?

—No. —Alzada se volvió—. Mi especialidad eran las rótulas.

8
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 11:45

Con dos zancadas decididas, el inspector Alzada cruzó la calle, entró en el café más cercano y dio una palmada sobre el mostrador:

—Un café con leche, por favor.

En el bar, el ruido ensordecedor de la máquina de café, el estrépito de tazas y platos entrechocando como quijadas temblorosas, los impermeables sin usar en una paleta de cautelosos beige, el olor a tostada quemada.

Alzada se acomodó en una esquina de la barra sobre una de las banquetas giratorias de base cromada y ocupó el asiento contiguo con su impermeable. Sonrió recordando el día en que Sorolla lo acompañó al trabajo y después a tomar un café, los ojos gran abiertos durante su inmersión en ese nuevo y fascinante universo. La primera de sus muchas preguntas —un chico callado salvo en los momentos oportunos—: ¿por qué los bancos están pegados al suelo? *La verdad, los dueños de los bares no quieren que los clientes ebrios los usen como arma*. Al niño de siete años, Alzada le había dicho que era para que nadie robara las banquetas tan lindas. Eso, en Buenos Aires, había sonado creíble.

Alzada tomó un sorbo del Duralex, le gustaba tomar el café en vaso. Podría haber hecho como muchos de sus colegas y encontrado a un subordinado que se lo trajera a la oficina, una de las muchas prerrogativas, si no de su rango, de su antigüedad. Pero el inspector nunca se sintió cómodo con la cantidad de recados personales que le habían mandado hacer cuando era subalterno, y se había jurado no perpetuar esa costumbre cuando ascendiera. Además, con Estrático ocupado con la verificación de la patente, podía disfrutar, al menos, de media hora de tranquilidad. ¿Por qué pasarla en comisaría? Con la experiencia de un hombre que había saboreado miles de cafés en su vida, maniobró las yemas de los dedos para apenas tocar los bordes de la superficie caliente.

Qué día se viene. Con semejante comienzo, solo Dios sabía lo que tenía por delante. *Mejor ni pensarlo*. Alzada dio tres golpecitos con los nudillos sobre el borde de madera de la barra. Por lo menos había vuelto a ver a Petacchi. El forense se veía bien —al margen de su acostumbrada palidez—, como si durmiera ocho horas. *¿Cómo hace*

para dormir, sabiendo lo que sabe?

Alguien se acercó al asiento de al lado e interrumpió sus pensamientos. Un hombre de mediana edad con una cortinilla de pelo sobre la calva y un maletín de cuero con las costuras cedidas. *Médico*. Alzada sacó su impermeable del banco; bajo él, el diario del día anterior, doblado sobre el asiento. Hacía tiempo que los Alzada habían dejado de comprar el diario todos los días, la primera de muchas consecuencias de las medidas de austeridad. Antes de que el recién llegado se apoderara del diario, Alzada entrecerró los ojos para leer los titulares sobre la última locura del ministro de Economía Cavallo: "Durante las fiestas de fin de año, el Banco Central autorizará retiros de hasta quinientos pesos". Alzada contuvo una risa sarcástica, con cuidado de no dar pie a que el médico iniciara una conversación. *Quinientos pesos*. Dadas las circunstancias, a los Alzada no les iba tan mal: sus vidas parecían estar a millones de kilómetros de distancia de los habitantes de Las Flores, la barriada emplazada a solo dos docenas de cuadras del vecindario de indudable clase media en el que vivían. Cuando Joaquín, Paula y Sorolla se sentaban en su *living* en Saavedra para ver el noticiero de la tarde, las imágenes que les llegaban a través de su televisor color crema parecían pertenecer a otro mundo, como grabaciones tomadas por un buzo en una cueva submarina. Sí, tenían motivos para sentirse agradecidos. *Uno se acostumbra a todo menos a no comer*. Hablando de no comer, ¿qué había pasado exactamente esa mañana?

Alzada se había precipitado a la cocina, con prisa y con hambre. No tenía tiempo de desayunar, pero al menos podía agarrar un alfajorcito para el viaje. Sorolla ya había salido y Paula sorbía su té sentada a la mesa. Después de un momento, dijo:

—Ayer llevé tus alfajorcitos a la escuela.

Alzada bajó los ojos del estante de la alacena en el que había estado buscándolos y se vio reflejado en la puerta del microondas.

—Se desmayan, ¿sabés? —continuó Paula, mirando al vacío. Desde donde estaba sentada podía haber estado mirando el jardín, pero, incluso sin verla, Alzada supo que tenía la mirada perdida. Se sentó frente a ella y le tomó las manos, entibiadas de acunar el jarro de té.

—Paula.

Estaba en trance.

—Tardé un poco en entender que es porque en sus casas no comen. No sé desde hace cuánto. —Lo miró sin ver, sus anteojos cada vez más empañados—. Y sé que la escuela no es la prioridad. Lo sé.

Alzada apretó suavemente las manos para serenarla. Paula calló.

—Es porque hay poca nafta —prosiguió ella al cabo de un

momento—. Es más importante usar el auto para ir a lo de algún primo que cría pollos. La familia tiene que comer. Y los chicos que siguen viniendo… cada semana son menos. Pero los que vienen, vienen caminando. Cuando me enteré, me enojé mucho. Quién sabe qué peligros le esperan a un nene de ocho años en el camino. Preferí ni pensarlo. ¿Qué podía hacer? Por lo menos, vienen a la escuela, y eso ya es algo. ¿Cómo es el dicho? "Lo perfecto es enemigo de lo bueno". En fin. El lunes estaba leyendo en voz alta las tablas de multiplicar que acababa de escribir en el pizarrón, mi mano aún sujetando la tiza sobre los números. La clase estaba en silencio… Bueno, todo lo callados que pueden estar cuando les doy la espalda. Y entonces, lo oí. Un golpe sordo. Silvina, de la segunda fila. —Sacudió la cabeza con suavidad—. Les dije a los otros chicos que salieran a jugar. Ahí me confesó que no comía de verdad desde antes del fin de semana. Tres días por lo menos, Joaquín…. —dijo, como si él no lo supiera.

Alzada le apretó las manos.

—Se desmayan, Joaco. Se desmayan.

—Escuchame. No me importan los alfajorcitos.

—Y ya sé que llevarles unas galletitas no va a resolver nada. Y que no tenemos plata como para alimentar a veintisiete chicos. ¿Pero eso significa que tengo que quedarme mirando mientras se mueren de hambre?

¿Qué se responde a eso?

Por suerte, sonó el teléfono.

Distraído, Alzada se deslizó sobre la banqueta y estuvo a punto de caerse. Instintivamente, se agarró a la barra, apoyó el pie izquierdo en el suelo y giró el cuerpo para mantener el equilibrio. Y ahí estaba, junto a la ventana, en la mesa más visible, la espalda a la puerta en un gesto de vanidad y desdén: Galante. *El comisario Galante. Tan seguro de sí mismo que se da el lujo de no vigilar la entrada.* Alzada habría reconocido las anchas espaldas de su antiguo compañero en cualquier café de Buenos Aires.

La buena noticia: estaba a horario. En comisaría, solo se llegaba tarde si no se estaba cuando entraba el comisario. Y eso nunca era temprano. Las doce menos cinco. Viéndolo masticar su medialuna, Alzada sabía que tenía un margen considerable. Con una seña, le indicó al mozo que le preparara un carajillo. El hombre, con una impecable corbata de moño, echó una medida de coñac en el vaso medio vacío.

Alzada dio la bienvenida al ardor del licor, se lo imaginó cauterizándole las entrañas. Miró discretamente a Galante. Estaba compartiendo un desayuno reservado, casi subrepticio, con el

arzobispo metropolitano. El clérigo iba vestido de riguroso negro y Alzada estaba casi seguro de que había usado el transporte público para venir. Su nariz larga y solemne se fruncía, expresando las preocupaciones de alguien a cargo de tantas parroquias depauperadas de la ciudad, en las que las recientes restricciones presupuestarias habían golpeado con más fuerza.

A través de la ventana pintada a mano con la palabra “café” en el tradicional fileteado celeste y blanco, Alzada observó el gentío que abarrotaba la calle. En los últimos días, la cantidad de micros que llegaban a la ciudad colmados de gente de la provincia de Buenos Aires se había multiplicado de modo exponencial: sangre nueva para la guerra. En cualquier momento, se darían cuenta de que tenían la suficiente como para tomar el poder y derrocar el sistema, y ese momento no estaba muy lejos. Pero no todo era premeditado. En la vereda de enfrente, un joven pretendía destrozar un cajero automático a golpes de tabla de *skate*, aunque la máquina hacía semanas que no tenía dinero, en contradicción con el mensaje repetido de Cavallo de que los ahorros de los argentinos estaban a salvo. *¿Se pone a hacer eso solo?* A su lado, otro joven: hacía campana.

Momento… ¿Sorolla?

Alzada se levantó de inmediato para ver más allá de las letras en la ventana. El joven le daba la espalda. Mismos rulos negros desordenados, misma campera de jean, misma mochila. *No. No puede ser*. Era casi mediodía, lo que significaba que Sorolla estaba en el trabajo desde hacía tres horas. Y no era el tipo de persona que iría a un cacerolazo… ¿o sí? *Dale, date vuelta*. El muchacho no se movía, entregado a los intentos de su compañero, cuya arma había comenzado a astillarse contra la pantalla del cajero. *¿De verdad es él?* Una cosa era vehementemente discutir de política en la cena —Alzada había conocido el fervor político en su juventud, entendía la llama del idealismo—, pero ¿esto? ¿Vandalismo? *Así empezó el padre*. Alzada sacó la billetera del bolsillo; cuando volvió a alzar la vista, una treintena de encapuchados había tomado la cuadra. *Carajo, se fueron*. Lo había perdido en la multitud. *Mejor vuelvo a comisaría antes de que empiece la revolución.*

—Gracias por soltarme, inspector.

Alzada se volvió hacia la voz. La mujer detrás de él, esperando a ocupar su asiento, era la Dolores. Sonrió.

—Tiene que disculpar a los muchachos. Demoran con el papelerío solo para disfrutar un rato más de su compañía.

—Lo sé, inspector. Por eso le agradezco.

—¿Un cafecito?

—Sí, como no, inspector.

Intercambiaron sus posiciones, a ella le resultaría más fácil llamar

la atención del mozo. Con su vestido negro sin breteles, Dolores se veía totalmente fuera de lugar. *¿Nos está mirando la gente?* A ella no parecía importarle lo más mínimo.

—¿Qué tal su día, inspector?

—Tuve días mejores. ¿El suyo, cómo va?

—Y… el negocio de la pasión no descansa, inspector.

—Sí, me imagino… —dijo Alzada, vacilante.

—Dígame una cosa: su mal humor no tendrá nada que ver con la visita de la Echegaray esta mañana, ¿no? Y no la que anda normalmente por las comisarías.

—¿La conoce? —*Claro que la conoce.*

Dolores sonrió.

—No se preocupe, inspector. Ya va a aparecer.

—Dios la oiga, Dolores. —El inspector rio—. Me encantaría quedarme toda la mañana charlando con usted, pero el deber me llama. —Señaló a Galante con la cabeza.

—Entiendo, inspector. Algo más: si busca un auto de alta gama en el que a lo mejor se llevaron a alguien…

—¿Cómo…?

—Usted será bueno en su trabajo, inspector, pero yo soy buenísima en el mío. Y es una de las primeras cosas que les digo a las chicas jóvenes, que jamás se suban al auto de un desconocido. Para gente como ella, eso quiere decir que el auto lo maneja alguien que no es el dueño.

—Exactamente eso es lo que pensé. Lo voy a confirmar cuando tenga la marca y el modelo.

—¿Controló la patente?

—Mandé a…

—No me diga que mandó al buenmozo en persona… —dijo Dolores con una risita—. No va a tener suerte en la Dirección General de Tránsito. No le van a dar esa información ni siquiera a *usted*. Ni aunque cuelgue al estatal de los talones desde una ventana del décimo piso.

—No entiendo de qué me habla.

—Por supuesto. En fin. Yo apuesto por "gobierno", o algo así. La Echegaray no anda con cualquiera, inspector…

—Pasa demasiado tiempo en comisaría, Dolores.

—En eso estamos de acuerdo, inspector.

—Si yo quisiera encontrar ese auto, supongamos que hoy mismo, ¿dónde lo buscaría?

—Hipotéticamente, ¿no?

—Por supuesto.

—Inspector, como usted bien sabe, en este preciso momento hay una reunión de gabinete…

—Ajá —dijo Alzada, distraído. Miró la calle otra vez. Sorolla no estaba por ninguna parte.

—Toda la gente importante va a estar ahí… Y si una de esas personas fue en auto a la reunión de gabinete, que es lo más probable, ¿dónde estacionaría…?

—Tengo que hacer una llamada.

Alzada puso los quince pesos de rigor bajo el plato.

El mozo le indicó con un gesto que los dos cafés corrían por cuenta de la casa y Alzada se guardó el dinero. En los tiempos que corrían, a los dueños del bar les convenía que el establecimiento estuviera lleno de policías.

—Cuídese, ¿sí?

—Siempre, inspector.

—Lo que le estoy diciendo es que no salga a trabajar esta noche.

Alzada esperaba una réplica cortante, pero Dolores se limitó a asentir con la cabeza.

El inspector le echó un último vistazo al comisario. Era un alivio que estuviese ocupado, así no tenía que hablar con él. En otra época, lo habría saludado. No. En otra época, habían sido compañeros, y amigos, y testigos de casamiento el uno del otro. En otra época, habían desayunado juntos en este lugar prácticamente todas las mañanas. Si alguien estudiara con detenimiento una de las mesas del fondo del café, encontraría las iniciales de ambos, torpemente rayadas en una pata del mueble. Eso había sido hace casi treinta años. Alzada sintió que el corazón se le encogía. En esa época, habían estado en el negocio de mirar para otro lado.

9
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 00:20

Joaquín arrancó el coche y manejó como si no tuviera nada que perder. En un día normal, el trayecto le habría llevado entre media hora y una. El camino era muy similar al que hacía para ir al trabajo: tenía que ir desde Saavedra, donde vivía con Paula en una modesta casa con jardín, hasta el departamento de su hermano en Palermo.

Joaquín recordó la primera vez que se preocupó por Jorge. Pensándolo bien, no había habido una primera vez: preocuparse por Jorge había sido una constante en su vida. Desde el momento en que perdieron a sus padres —Joaquín tenía diez años, Jorge, cuatro—, y a pesar de que sus abuelos se habían hecho cargo de ambos con dedicación, Joaquín sintió la responsabilidad de cuidar de su hermano menor.

No. Lo que Joaquín recordaba era el punto en que la preocupación se tornó en miedo. Poco tiempo después de que Paula y él se hubieran mudado a su nuevo hogar, Jorge y Adela habían ido a ayudarlos a abrir cajas y montar muebles. *La junta hacía poco que había llegado al poder, así que… ¿hace cinco años?*

Ninguno de ellos estaba entusiasmado con el recién autoproclamado triunvirato. Después de todo, un gobierno militar era un gobierno militar. Pero ninguno quería ser alarmista: no era la primera dictadura de sus vidas. Habían sobrevivido a las anteriores, también sobrevivirían a esta.

Si hubiéramos sabido…

La normalidad había terminado. Menos de quince minutos más tarde, Joaquín llegó a Palermo con las calles desiertas por el toque de queda. Protegido por su insignia policial, pasó cada uno de los semáforos en rojo con que se topó a lo largo de la avenida Cabildo —su pie derecho sobre el acelerador, su Renault 6 plateado rugiendo como el auto que no era. ¿Había agarrado la placa? Joaquín se llevó la mano al cinturón. *Mierda*. Sintió un sudor frío. Sin ella, estaba indefenso. *¿Qué hago yo ahora?* Podía volver a casa y… No. No había tiempo.

Cuando se acercó al número 2742 de Aráoz, aminoró la velocidad. Cualquier vehículo que circulara a toda pastilla a esas horas llamaría la atención, pero también lo haría uno que avanzara a

paso de hombre. Miró la pata de conejo que colgaba del espejo retrovisor. Paula se la había regalado en su primer día de trabajo, y él la conservaba, a pesar de que desdeñaba la idea de necesitar un amuleto, y de que Galante se burlaba a diario de ella. Hoy, Joaquín se alegraba de tenerla.

Decidió demorar un par de minutos su llegada y estudiar el movimiento en las calles más cercanas. *No quiero sorpresas.* Joaquín estaba más familiarizado con los procedimientos de los grupos de tareas de lo que le habría gustado. Primero, la comisaría más cercana al lugar del secuestro recibía un télex firmado por un alto oficial de la Armada informándoles de que habría una intervención. Últimamente, eran tan frecuentes que alcanzaba con una llamada de teléfono. Entonces, el operador cómplice asignaba el patrullero al que le tocaría el dudoso privilegio de barrer la zona por adelantado y mantenerse a una distancia prudencial durante el desarrollo del "evento". De ese modo, el grupo de tareas contaba con una zona liberada para actuar con total impunidad. Finalmente, tras unos veinte minutos, y usando el mismo método de comunicación, el patrullero recibía la orden de verificar que todo estuviera "en orden". Por fortuna, Joaquín había ascendido a inspector justo a tiempo de evitar formar parte de esas patrullas más de una o dos veces, poco después de su creación. Habían sido las noches más tranquilas de su carrera.

Dio la vuelta por Canning, la avenida paralela a Aráoz, y vio dos hombres sentados en la parte de adelante de un auto particular, a tres cuadras de la casa de su hermano. Cuatro puertas color azul marino. *Canas*. Cuando llegó a la esquina, aminoró la marcha hasta detenerse a su lado y bajó la ventanilla del pasajero.

—Buenas noches, chicos.

Joaquín, ¿qué carajo estás haciendo? Hasta hacía solo un momento, había estado intentando no llamar la atención, y ahora se ponía a anunciar su llegada a todo pulmón. *No te podés contener, ¿no?* Esta era la impulsividad de la que hablaba Vukić cuando lo amonestaba en la escuela de policía: "¡Alzada! ¡Pensá! Pero sin hacerte el intelectual, ¡idiota! Esa actitud va a hacer que te maten un día. Es estúpido y peligroso y de tipo…". "¿Inmaduro?", bromeó Joaquín.

Vukić le había mandado correr siete vueltas alrededor de la manzana. Una por cada argentino que la madre del comisario había traído al mundo después de abandonar Dalmacia. Según un decreto de 1876, las cuadras de la ciudad tenían 129,9 metros de ancho y de largo, lo que significaba que, cada vez que el cadete Alzada abría la boca sin que se lo pidiesen, disfrutaba de quince minutos de trote para calmarse. Ya que no podía ser respetuoso, por lo menos iba a recuperar la compostura. Palabras de Vukić.

Esta noche, no tenía tiempo para ninguna de las dos cosas. *Pensá,*

Joaquín, pensá.

El conductor estaba fumando y había bajado la ventanilla unos centímetros. Se dio vuelta para examinar a Alzada, y Alzada lo miró: no más de veinte años, su camisa blanca, aun en una vigilancia, impoluta y almidonada. *Recién salido de la academia.* En su cara, un bigote demasiado prolijo y la preocupación por no meter la pata. *Si supieras lo pronto que se evapora ese miedo…* El hecho de que Joaquín lo hubiera identificado con tanta facilidad parecía haberlo sobresaltado.

—¿Cómo supo…?

—Ah… —Joaquín agitó la mano quitándole importancia a la pregunta y agradeció haber tropezado con dos novatos—. No se preocupen, no están haciendo nada mal. Un par de noches más y van a poder reconocer a un compañero del cuerpo hasta en un túnel sin luz.

¿Compañero del cuerpo? La puta madre, Joaquín, no exageres. Mejor no ponerlos en evidencia, ni arriesgarse a ponerlos en evidencia. De lo contrario, les habría explicado que, en vigilancia, jamás debe apostarse el vehículo en el primer lugar de una fila de autos estacionados. Claro que la esquina era más cómoda. Permitía aprovechar que el alumbrado público de Buenos Aires dejaba mucho que desear —incluso con una luna llena como la de esta noche— y podían vigilar sin obstáculos las dos calles que formaban la intersección. Sin embargo, el vehículo quedaba expuesto. ¿Qué hacían dos hombres sentados en un auto estacionado a esa hora? Y visibles nada menos que desde cuatro ángulos diferentes.

—¿Noche tranquila para usted también? —le preguntó el hombre en el asiento del conductor.

Parecía nervioso. Procuraba no perder contacto visual con Joaquín mientras buscaba a tientas otro cigarrillo en el bolsillo de la camisa. Sí, demasiado nervioso —incluso para un novato— y, sin duda, demasiado nervioso para una patrulla de rutina en un barrio como este. Desde luego que, para estos dos, había sido una noche tranquila: no habían visto nada. Para eso estaban ahí. Para no ver nada. Y también —lo más importante— para que, al regresar de su turno, informaran de que no habían visto nada.

No hay peor ciego que el que no quiere ver. La idea descendió desde la cabeza de Joaquín hasta su pecho, como los granos en un reloj de arena: estaban en tema. Tuvo que encontrar una energía que ignoraba que tenía para esbozar una sonrisa. Recientemente, se había embarcado en la hercúlea tarea de leer todos los números atrasados de la revista *National Geographic* que venían acumulando durante años; abarrotaban la sala de estar y la teñían de su característico color amarillo. En uno de ellos, encontró un artículo sobre expediciones al

Ártico, y un detalle le llamó la atención. Aparentemente, cuando se encuentran cadáveres de exploradores desafortunados en los senderos congelados, estos siempre muestran lo que se conoce como “sonrisa de la muerte”, producida no por la dulce y pacífica anestesia de la hipotermia, sino por una dolorosa contracción de la quijada. Un agónico reflejo final. Joaquín aflojó su sonrisa acartonada.

—Sí, a casa. —Saludó con una inclinación de cabeza—. Buenas noches. —Antes de subir la ventanilla, agregó—: Las placas, chicos. En la guantera. —Confundidos, ambos miraron al tablero, sobre el que dormían, descaradamente expuestos, sus salvoconductos.

Dejando a los dos novatos discutiendo por el descuido —como Galante y él durante las interminables noches de patrulla—, dobló y siguió por Aráoz. Su primer instinto fue verificar si había algún auto sospechoso. Los grupos de tareas eran conocidos por usar Ford Falcon de color verde botella, pero si esta noche había habido un vehículo que respondía a esa descripción, ya no estaba. Joaquín apoyó la cabeza sobre el volante y alzó la vista: el edificio entero estaba a oscuras. *Es la última vez en mi vida que llego tarde*.

10
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 13:00

—Qué bueno que llamó, señor. Perf… Justo a tiempo. Recién volví de la DGT —Estrático saludó al inspector, que cruzaba la calle hacia él.

—¿Se le complicó?

—No, señor. —Estrático se apartó de la cortina metálica bajada a medias de una zapatería para permitir que un hombre emergiera de debajo de ella—. Cortaron San José con tambores llenos de basura prendida fuego… ¿Qué estamos haciendo acá exactamente, señor?

—Enseguida le digo, Estrático.

Mientras esperaban a que el hombre se fuera, Alzada aprovechó para tomarle el pulso al vecindario. Al otro lado de la calle, sobre las tablas clavadas para proteger el frente de un negocio, pintada con aerosol, "El pueblo, unido, jamás será vencido", una frase popular últimamente. Le pareció raro que el zapatero hubiera venido al centro. Mal día para atender clientes. Probablemente estaba poniendo a salvo los últimos objetos de valor antes de que comenzara la revuelta.

—Entonces —habló Alzada, cuando el hombre finalmente cerró la puerta metálica de la cortina y se fue apurado—, ¿alguna pista sobre la patente?

—No la patente *per se*, señor. —¿Per se?— Fui en persona a la DGT, como usted me dijo, para… "ejercitar mis poderes de persuasión"… —Estrático parecía incómodo con la insinuación.

—¿Y?

—Nada.

—¿Qué excusa le dieron?

—Auto del gobierno.

Como había predicho Dolores. Alzada se preguntó si debía revelarle que lo había hecho ir a la DGT en vano.

—¿Qué marca es el auto?

—¿El mío? Alfa Romeo.

—¿En serio, Estrático? —Alzada ladeó la cabeza—. Y yo que empezaba a pensar que lo podía sacar buen policía.

El agente se apresuró a sacar su anotador. *Las meticulosas notas de Estrático de cada detalle que se encuentra*.

—Es un BMW X5. Del 99.

—Impresionante. —*Realmente impresionante*. Había trabajado a la

vieja usanza, recorriendo las inmediaciones hasta encontrarlo. *Aprende rápido*—. ¿Color?

—Crema.

—Esto es demasiado bueno para ser verdad. —Alzada se restregó las manos con una sonrisa de regodeo—. ¿Está cerca?

—Estacionado en doble fila muy cerca de acá, en la otra cuadra —dijo Estrático, señalando en la dirección por la que había venido—. ¿A quién se le ocurre venir con semejante nave al centro?

—¡Lo sabía! —lo interrumpió Alzada—. Dolores tenía razón.

Mantener viva a una informante en esa ciudad era todo un desafío, en particular una tan eficiente como la Dolores. Alzada lo había aprendido por las malas. Por eso, desde el momento en que la reclutó, acordaron que jamás se pondrían en contacto fuera de la comisaría.

—¿Dolores? ¿La misma Dolores que…?

—No me irá a decir que lo sorprende que sea informante…

—Un poco, sí —tartamudeó Estrático.

—¿Y por qué cree que jamás damos curso a las denuncias, a pesar de que la detenemos todo el tiempo? ¿Por qué cree que siempre la dejamos irse antes del mediodía? Si se pusiera a buscar su prontuario —porque lo tiene—, va a ver que está en blanco. Diecinueve años de trabajo y jamás un mal dato.

—¿Diecinueve? Pero eso significa que tiene… —Estrático parecía hacer cálculos mentales.

—Demasiados para usted.

El agente se sonrojó, pero no dijo nada.

—Fue ella quien me habló una vez de este lugar —prosiguió Alzada, mirando hacia arriba. Bar La Favorita. Desde 1964—. Pero bueno, como llevo tanto tiempo dedicado a tareas administrativas, me había olvidado completamente. Muchos choferes de políticos paran acá. El café es bueno. Menos famoso, menos concurrido y más barato que el Tortoni. Y no está lejos del Congreso. Si un legislador los necesita, pueden pasar a buscarlo en menos de dos minutos. La policía de tránsito de por acá sabe que no tiene que multar a los autos caros. En fin, antes de que sigamos con esto, dígame, ¿sirvió de algo su visita al departamento de la mujer?

—No había nada.

—No había nada, *señor* —recalcó Alzada.

—No había nada, señor. —Estrático volvió a extraer su anotador. *¿Por qué no memoriza las cosas como un policía normal?*—. El edificio no tiene puerta de atrás. Sí una entrada de carros a caballo. Escalera de mármol. Balaustrada de madera oscura. Clásico, pero renovado. Tenía…

—*Tiene*.

Estrático no parpadeó.

—*Tiene* un ascensor que lleva directamente desde la entrada principal a su departamento, se activa con una llave especial. Me encontré con una señora mayor que se quejó de que el portero no había estado desde la mañana…

—Ni hace falta que me lo diga: las cámaras de seguridad no tenían cinta. Fe en el poder mágico de la disuasión.

—Exacto, señor.

—¿Y el departamento en sí?

—La hermana y el cuñado estaban ahí. El departamento es enorme. Desde la calle es imponente, pero por dentro todavía más. Me dio la impresión de que lo habían decorado para un inquilino de más edad que Norma Echegaray. Mucho dorado. Muchas antigüedades. Algunas muy, muy valiosas. También algunos electrónicos muy caros, un sofá de cuero negro, un armario de madera de los sesenta, tapado de vinilos. Y dentro, un bar muy bien surtido… ¡Tenía hasta angostura! Se ve que le gustaba…

—Le *gusta*.

—Le gusta —se corrigió Estrático.

—Así que su conclusión es…

—Algo más: revisé el vestidor. *—La delgada línea entre un buen policía y un buen mirón—*. Solamente había ropa de mujer. Ni rastros de un novio que pudiera ser una pista, etcétera. Mi conclusión es que heredó el departamento e hizo algunas modificaciones para adaptarlo a su gusto. Es evidente que vivía, digo, *vive*, ahí. Sola.

—Gracias. Pero lo que me acaba de decir es como para una revista de decoración.

—No sabía que usted leía esas revistas, inspector.

—Estrático… —dijo Alzada en tono admonitorio, aunque con una sonrisa—. En fin, nada que sea muy útil para nuestra investigación, ¿no?

—Nada parecía indicar que se hubiera cometido un secuestro.

—Ajá —dijo Alzada, dejando que el agente se escuchara a sí mismo… *A ver si se da cuenta solo*—. Así que ni un indicio, entonces…

—No, señor —confirmó Estrático, tamborileando con los dedos sobre el anotador—. De hecho, debe de ser el lugar más limpio que he visto en mi vida. Ni un vaso sucio en la pileta. Ni un libro en la mesa de luz, ni siquiera una crema. Ni una toalla en el canasto de la ropa sucia. Como del folleto de una inmobiliaria. Como si nunca hubiera vivido ahí. *—Ah, si la gente se escuchara a sí misma…*

—¿No se le ocurrió que no había ningún indicio *precisamente* porque alguien se encargó de que no hubiera?

—¿Quiere decir que…?

—Sí, Estrático. *Eso* quiero decir. Sabían que miraríamos.

—Tiene sentido. —El agente se mantuvo firme, esperando una orden.

—Bueno, sea como sea… —Alzada estaba impacientándose. Tenían que actuar rápido, antes de que Galante, sediento de fama, descubriera que tenían entre manos un caso vinculado a la familia Echegaray y se lo apropiara—. ¿Les explicó?

—¿Que dado su nivel social y económico vamos a priorizar esta investigación, a dejar de lado todo lo demás y a dedicar todos nuestra atención y recursos a encontrarla? ¿O que bajo ninguna circunstancia deben perder las esperanzas, aunque, con la poca tracción que tiene el caso, es muy poco probable que alguna vez la encontremos, y que, si lo hacemos, lo más probable esté muerta?

Alzada sonrió.

—Espero que haya tenido más tacto, Estrático.

—Sí, señor. También tuve cuidado de no mencionar el precio al que está una mujer joven, blanca y hermosa en el mercado negro. Ni la expectativa de vida que tienen las que caen en esas redes.

Alzada tragó saliva; su nuez de Adán subió y bajó. *Cambia de tema.*

—Es hora de hacer lo que vinimos a hacer.

—¿Señor?

—Revisar el auto.

Antes de que Estrático pudiera objetar, Alzada empezó a abrirse paso entre la multitud en la dirección que el agente había indicado, disimuladamente escrutando los rostros de los manifestantes. *¿Fue Sorolla esta mañana? ¿Andará aún por acá?*

—Señor. —Estrático lo alcanzó de inmediato—. ¿Le puedo recordar que no tenemos una orden?

Alzada apenas podía oír al agente por encima del balido ensordecedor de las sirenas de los camiones de bomberos.

—Mire a su alrededor. —Un joven bajaba la calle aporreando con un palo el capó de cada auto estacionado que encontraba a su paso—. ¿Le parece que alguien va a objetar?

—Pero nos ve todo el mundo, señor.

—¿Nunca oyó hablar del efecto del espectador? Va a ser indoloro, se lo prometo. Cuente hasta diez.

Estrático lo miró como si no supiera si Alzada hablaba en serio.

—Acá estamos —el inspector le habló al auto.

Alzada extrajo una cuña de madera del bolsillo de su traje y, de un movimiento raudo, la insertó en el ángulo superior de la puerta del conductor. A continuación, la hundió de un golpe seco con la base de la palma. De otro bolsillo, extrajo un trozo de alambre que, en una vida anterior, podía haber sido una percha.

—¿Quiere probar? —le ofreció al agente.

Estrático se aclaró la garganta.
—Muy bien. Lo hago yo, entonces.
Alzada insertó el alambre por el espacio que había creado y apuntó al seguro. Solo le llevó dos intentos. Irónicamente, cuanto más moderno el auto, más fácil abrirlo.
—Listo.
El inspector abrió la puerta y tiró la cuña y el alambre al cordón. El auto olía a nuevo. *Lo llevaron al lavadero.*
—¿Hizo esto muchas veces, señor?
Alzada ignoró la pregunta.
—No se quede ahí parado.
Estrático dio la vuelta al auto y lo abrió del otro lado.
—Busquemos algo que se parezca remotamente a un indicio, a ver si logramos agarrarlo.
—Pero, señor…
—¿Sí, Estrático? —Alzada abrió el compartimiento bajo la palanca de cambios. Un par de pesos, dos tickets de la autopista Perito Moreno, un paquete de cigarrillos, tazas de café descartables, chicle.
—Acá no vamos a encontrar nada, ¿no?
Alzada sonrió, complacido.
—Exacto.
—¿Quiere que abra el baúl?
—No vale la pena. Si entró al auto, lo hizo por sí misma. ¿Los papeles qué dicen, a nombre de quién está el auto?
Estrático sacó un portadocumentos de la guantera.
—A nombre de… una empresa.
—Muy bien. Suficiente.
Alzada cerró la puerta del auto de un golpe, Estrático hizo lo mismo.
—¿Y ahora, señor?
—Seguimos con el plan B. —El inspector emprendió la marcha de vuelta a La Favorita—. Venga. Me parece que esto hasta le va a gustar.
—Pero, señor, pensé que la idea era hacer una multa y ver quién la paga.
Alzada se sintió casi impresionado.
—Entendió el principio. Está bien. Pero como tenemos muy poco tiempo, vamos a tomar un atajo: vamos a sacudir al chofer lo suficiente para que se queje a su jefe. El jefe, como es algún arrogante infeliz que se cree gran cosa porque está en el gobierno o similar, va a llamar a alguien en la policía para quejarse de que están tratando injustamente a su empleado. Así, sabremos quién es. Además… —El inspector se interrumpió—. Quiero mirarlo a los ojos. Y no tenemos muchas más opciones.
Desde lejos venía un olor inconfundible: neumáticos quemados. El

inspector giró sobre sí, pero no vio lo que buscaba. Tenía que haber una columna de humo negro. *Tiene que estar a menos de diez cuadras de acá. Si no, la veríamos.* Alzada sabía que era obra de alguien verdaderamente comprometido con la causa. *No es fácil hacer arder una goma*. Y a una distancia prudencial, había alguien con cerebro: estaban comunicando su posición a otros grupos sin necesidad de preocuparse por que les interceptaran la señal y, al mismo tiempo, el humo evitaba que los helicópteros de la policía pudieran ver con claridad lo que estaba pasando en tierra. *Muy inteligente*.

Entró al bar.

11
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 00:40

La entrada del edificio estaba abierta: estos hijos de puta se habían vuelto tan descuidados, tan rápido. Joaquín sabía que el ascensor se tomaba su tiempo, así que trepó los tres pisos. Paula tenía razón, estaba perdiendo el estado físico. Un piso más y echaba los bofes.

Joaquín respiró hondo dos veces para serenarse y golpeó suavemente a la puerta de la vecina. Sabía que la mujer no se había atrevido a llamarlo hasta que dejó de oír los pesados pasos de borceguíes en el *palier*. *El ruido que deben de haber hecho*. Joaquín suponía que había estado espiando por la mirilla durante el secuestro, con lo cual la mujer sabía que la escuadra de hombres con pasamontañas ya se había marchado, y que era seguro abrir. Así y todo, Joaquín le concedió un momento para verificar su identidad. Se preguntó cómo se vería a través de una lente de ojo de pez.

—Joaquín —dijo al fin la mujer, la voz amortiguada por la puerta.

Abrió y lo abrazó. Joaquín se vio sorprendido por su efusividad. Se quedaron así un rato, estáticos, en silencio, costillas contra costillas. Muchos años más tarde, Joaquín aún recordaría el delantal azul marino con anclas blancas —por qué llevaba un delantal a esa hora, nunca supo— reminiscente a pescado frito. A Paula le dijo que su súbita aversión a los calamares respondía a una alergia tardía.

—Fue horrible —dijo ella—. Horrible.

Joaquín se volvió y contempló la puerta de Jorge. Por un momento, dudó: no era demasiado tarde. Podía saber sin duda alguna lo que había ocurrido sin tener que verlo con sus propios ojos. Porque, si decidía entrar al departamento, todos los esfuerzos que había hecho hasta entonces habrían sido en vano, y Joaquín había trabajado duro en no saber. Cada vez que alguien sacaba el tema —discretamente buscando su opinión—, eludía la conversación con la excusa de ir a servirse otro trago. Cada vez que un vehículo militar se detenía camino al infierno delante de comisaría, se escabullía por una puerta secundaria y pasaba la tarde en un café. ¿Realmente había creído que esas artimañas serían suficientes para protegerlo de lo que estaba pasando? ¿Como decía siempre Jorge? “No es solo lo que hacés, sino también lo que no hacés”. Joaquín comprobó si la puerta estaba

forzada. Tanteó su pistola, consciente de que no iba a necesitarla: paradójicamente, en este momento, el departamento de Jorge era uno de los lugares más seguros de Buenos Aires.

Cuando fueron creados, los grupos de tareas habían estado bajo un estricto mandato de velocidad, sigilo y secreto. Los militares no tenían ningún problema moral en repartir con ligereza órdenes de asesinar. Así y todo, el gobierno estaba decidido a mantener su último “protocolo de seguridad” alejado del conocimiento del público. La gente quería resultados, no los sucios detalles que conllevaba erradicar subversivos. ¿Qué se suponía que tenían que hacer, matarlos con amabilidad? Alzada mismo le había propinado una paliza a más de un sospechoso para resolver un homicidio. ¿Qué tenía eso de malo?

A pesar de los esfuerzos por mantener estas incursiones en secreto, muy pronto se supo que había gente que estaba desapareciendo. Y, para empeorar las cosas, los revolucionarios no habían renunciado a su beligerancia; al contrario, se habían recompuesto en el exilio y vuelto con un programa que incluía de todo menos un alto al fuego. A su vez, el gobierno había ajustado su estrategia. Reclutaban a lo mejor de cada familia, formando nuevos grupos con cualquier voluntario dispuesto a infligir violencia, criminales convictos incluidos, y soltaban a sus bestias con un propósito muy distinto: en vez de ir selectivamente contra líderes montoneros o adversarios políticos, los grupos eran enviados a crear caos y sembrar terror en una población que ya no los respetaba. Para entonces, la policía había rendido las llaves de la ciudad de Buenos Aires al ejército y se había convertido en poco más que un testigo que no ofrecía ninguna objeción, ningún obstáculo, ninguna resistencia.

Joaquín apoyó las cinco yemas de los dedos de la mano derecha sobre la madera barnizada —era hora de cortarse las uñas— y sintió el peso de la puerta resistirse contra ellas. Empujó y las bisagras chirriaron como si las hubieran torturado. La puerta cedió para dar a un pasillo en penumbra. Una farola bañaba el *living* en una luz tentativa. Si Joaquín nunca hubiera puesto un pie en este departamento, habría necesitado una linterna para moverse por él, pero había pintado las paredes cuando Jorge Rodolfo y Adela se mudaron, había ayudado a su hermano a mover el sofá de acá para allá hasta que Adela finalmente se decidió por el lugar correcto, había colgado cuadros en este pasillo. Tarea a tarea, fin de semana a fin de semana, le había dado a su hermano desorganizado e idealista el empujón definitivo para que se apartara del peligro de sus actividades estudiantiles y sindicales y empezara a llevar una vida confortable propia de un docente. Lo que Alzada más recordaba era la cantidad de libros. Había libros en pilas en el pasillo; libros sobre la mesa del

living, y no de los pesados con abundantes fotografías de monumentos arquitectónicos, no, libros de verdad; libros en los estantes; libros en la cocina, solo algunos de recetas; libros en el alféizar de la ventana del baño; libros en el dormitorio. Entonces había llegado el primer —y hasta ahora único— Alzada de la nueva generación. Joaquín estaba convencido de que el bebé asestaría el golpe de gracia a las veleidades revolucionarias de su hermano y se pasó toda una tarde armando una cuna celeste. No quiso pensar en qué estado encontraría ese cuarto. En las paredes, no quedaba un solo cuadro.

Avanzó despacio. Nadie llamaba a la policía después de una "visita" —al menos, nadie en su sano juicio: los vecinos no, las familias no, los desaparecidos ciertamente no.

Joaquín nunca había visto el fruto de tan particular tarea. Había estado en tugurios, en prostíbulos y en la morgue, pero esto era muy diferente. Recordó la expresión exacta del decreto con el que el gobierno de Isabelita había autorizado el uso excesivo de la fuerza contra los revolucionarios: "aniquilar". Del latín *nihil*, "nada". Reducir a nada. Olía a esfuerzo.

Los sillones habían sido dados vuelta y parecían perros amarillos estirando las patas después de una larga siesta. *Innecesario*. A estas alturas de su "investigación", era improbable que estuvieran buscando algo que no fuera a Jorge Rodolfo mismo: cuando daban luz verde a una misión, ya se había emitido sentencia. Probablemente, habían encontrado que el sofá pesaba demasiado para su gusto —o su destreza física—, así que, en vez de levantarlo, habían acuchillado los almohadones hasta que el relleno emergió como espuma en leche hervida. Vil. Gratuito. Un agente inteligente se habría limitado a entrar y salir rápido, evitando o, al menos, minimizando, todo enfrentamiento: algunos pacifistas se resistían con escopetas recortadas. Encontrarlos, inmovilizarlos, y al auto. Rápido, rápido, rápido. Este grupo de tareas no había tenido apuro.

Los estantes habían sido arrancados de las paredes. *Allí donde queman libros, acaban quemando personas. ¿Eso es de Thomas Mann?* Muchos de los libros habían demostrado poseer cierto instinto felino y habían caído de lado, pero otros no habían sido tan afortunados: habían caído de espaldas, confesando esos pasajes favoritos, o de cara, sus páginas plegadas en olas subversivas.

Joaquín pasó al dormitorio, que había recibido un tratamiento similar. Los cajones habían sido vaciados a conciencia y ahora estaban inclinados hacia el colchón. El colchón. Se asomó al pasillo. Sus ojos estaban comenzando a habituarse a la oscuridad. En las paredes blancas, Joaquín distinguió dos tipos de marca: cerca del piso, en azul y verde y naranja, el arte en crayón del pequeño Sorolla, que seguro había aprovechado algún momento de descuido de su madre para

decorar en sus propios términos. Y luego, huellas esporádicas de suelas, no confinadas a la parte inferior.

Se habían resistido.

Joaquín encontró el teléfono, que ya no colgaba de la pared de la cocina. Lo reconectó con un leve chasquido. *Ya volveré para arreglarlo. Menos mal que no se les ocurrió cortar la línea.* Fue a discar su número, pero aún no había llamado tantas veces a su nueva casa como para sabérselo. Realizó un par de intentos, hasta que, al fin, dio con la combinación correcta.

—¿Aló?

No sabía por dónde empezar.

—Paulita.

Era todo lo que necesitaba decir. Del otro lado de la línea, un veloz y sereno:

—Voy para allá.

Joaquín no tuvo fuerzas para objetar. Cortó, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. De repente, cayó en la cuenta. Había tenido razón en mirar para otro lado todas esas otras veces. *Esto* iba a ser más difícil. Iba a necesitar no verlo. Iba a tener que borrar, borrar, borrar lo que había ocurrido: el timbrazo del teléfono, el rechinar del vidrio roto bajo sus zapatos, el suelo del *living* cubierto de libros, el no saber dónde se los habían llevado.

Porque se los habían llevado. A su hermano. Y a Adela. Y al bebé. El bebé, el bebé, el bebé. Los pulmones de Joaquín demandaban más aire de lo que permitía su caja torácica. Cuanto más pensaba, más larga se hacía la lista de cosas que tenía que borrar. Borrar las infrecuentes ocasiones en las que alguien había llamado a comisaría, la voz del otro lado protestando, suplicando, llorando, y esas otras, aún más insólitas, en las que alguien había irrumpido en comisaría para reclamar en persona. Borrar la respuesta cortés y desapegada a cada una de ellas: "No le puedo decir más de lo que sé, señora". Porque siempre eran mujeres —madres, esposas, hijas, abuelas, hermanas, novias—, sobreponiéndose al temor de ser las siguientes por preguntar. "Si es un malentendido, como usted dice", les había explicado con calma, "mañana va a quedar todo aclarado". O, con más firmeza: "Detenido, dirá. En la Argentina no desaparece nadie". *Siempre con la semántica*. Borrar cada vez que les había sonreído confiadamente.

Cada vez que se había sentido superior a ellas. Joaquín se había sentido a salvo, del lado correcto de la ley. ¿Pero de qué ley estaban hablando, cuando la gente estaba siendo desaparecida en mitad de la noche?

—¿Joaquín?

Solo cuando oyó la voz de su esposa se percató de que estaba en el suelo. Su propio peso había hecho que se deslizara por la pared hasta quedar sentado, la cabeza entre las rodillas.

—Estoy acá. —El frío de las baldosas, que hasta ese momento lo había aliviado, ahora provocó que se estremeciera—. No prendas la luz.

Joaquín no necesitó abrir los ojos para saber que Paula estaba acuclillada frente a él. Había oído el crujido de sus tobillos, podía sentir el calor que emanaba, oler el aroma del suavizante en su ropa. Hacía unos minutos, la presencia de otra persona le habría hecho desenfundar el arma. Ahora, estaba contento de no estar solo.

Un sonido a la distancia.

Joaquín puso instintivamente la mano en la culata. Venía de dentro del departamento. Un sonido de algo arrastrándose sobre el parqué. Se miraron a los ojos. ¿Era posible? Ambos se incorporaron y corrieron a la única habitación a la que Alzada no se había atrevido a entrar.

—¿Sorolla? —dijo.

No estaba a la vista.

Paula señaló debajo de la cama.

Se sentó en el piso y extendió los brazos, las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

—Joaquín. Gordo. —Casi nadie llamaba al niño por su nombre, para evitar confundirlo con su tío.

Silencio.

Joaquín fue hasta la ventana. Vio un auto azul pasar sin apuro por la cuadra y le pareció reconocer a uno de los policías novatos. *Ahí están.* Habían hecho bien en no prender las luces.

—Soy yo, la tía Paula.

Contuvieron el aliento durante lo que Joaquín sintió fueron horas. Y luego: cinco deditos regordetes en una mano rechoncha. El pijama que le habían regalado por su tercer cumpleaños hacía un par de semanas. El chico se acurrucó en el regazo de Paula. Ni siquiera miró a su tío.

—Traele un vaso de agua —dijo ella.

En la cocina estaba entrando la primera luz del alba. *¿Ya? ¿Hace cuánto estoy acá?* El tiempo se había ralentizado hasta casi detenerse cuando entró a la casa de su hermano. ¿O había sido antes? ¿Cuando subía a toda prisa por las escaleras? Quizá cuando agarró el arma en casa. O cuando recibieron la llamada de teléfono. ¿Cuándo se había detenido el tiempo para los Alzada?

—Se olvidaron de él —murmuró Joaquín para sí, mientras abría la canilla y esperaba a que el agua saliera fría. *Tiene que haber sido un*

descuido. Cuando hicieron el informe de inteligencia previo al operativo, a alguien se le olvidó dejar constancia de que el matrimonio tenía un hijito. Rodarían cabezas. *No volverían a buscarlo.* Joaquín contuvo el aliento. *No. Demasiada complicación. Incluso para ellos*. Imaginó brevemente un universo paralelo, uno en el que el niño no se había escondido bajo la cama sino asomado para ver qué eran los gritos.

No serían tan desalmados como para completar el trabajo. Joaquín meneó la cabeza. *No. Se lo habrían dado a un superior que no pudiese tener hijos. En algún lugar habría un pequeño Alzada que no sabía que era un Alzada, criándose con otra gente.* La idea le revolvió las tripas.

Otra gente.

Eso era lo que *él* había pensado. Eso era lo que le había permitido sobrevivir tanto tiempo. Eso era precisamente lo que había estado haciendo: mantener lo que pasaba a su alrededor a tal distancia que era manejable. Porque, para entonces, era *otra gente*.

Por supuesto que había personas que desaparecían. O, mejor dicho, personas a las que se *hacía* desaparecer. Moralmente podía considerarse una política objetable, pero tenía una explicación perfectamente racional, algo que justificaba incluso las medidas más brutales: eran terroristas. Armaban bombas y las detonaban en cualquier lado, secuestraban y asesinaban a empresarios respetables, asaltaban negocios a mano armada para financiar sus actividades, se tiroteaban con la policía. Se lo merecían.

Otra gente.

Nunca le pasaría a alguien que conociera. Nunca le pasaría a su familia. Nunca le pasaría a su hermano. *Siempre es el hermano de alguien*. Joaquín hizo un cuenco con las manos y dejó rebosar el agua. La verdad era que Jorge no era ningún santo. A saber en qué andaba, en qué agenda figuraban los datos del Alzada menor, quién había gritado su nombre mientras le arrancaban metódicamente las uñas con una pinza resbaladiza de sangre.

Joaquín llenó el vaso. Se imaginó a los hijos de puta ya lejos, a Jorge y Adela con los ojos vendados, su hermano en el baúl, la esposa en el piso del asiento de atrás, bajo los borceguíes. *¿Dónde estarán ahora? ¿Qué van a hacerles?* Joaquín se cortó en seco. A partir de ahora, iba a tener que poner cuidado con lo que se permitía pensar. Regresó a la habitación despacio, concentrado en no derramar ni una gota, y le dio el agua a Paula. Ella bebió un sorbo. El niño se había dormido en sus brazos.

Sacaron a Sorolla despacio; aún dormía.

¿Y ahora? No había un manual de instrucciones para una situación así. ¿Qué hacía la gente? El Ministerio del Interior tenía una

oficina exclusivamente dedicada a responder consultas sobre desapariciones. *De lo que son capaces con tal de mantener la farsa de que el gobierno no tiene nada que ver*. Joaquín sabía que la única respuesta que recibiría sería: "Venga el mes que viene, si todavía no volvieron por su propia voluntad".

También estaban las Madres, quienes se habían manifestado, intrépidas, a las puertas de la Casa Rosada, reclamando la reaparición con vida de sus hijos. Casi de inmediato, la junta había hecho desaparecer a las dirigentes. En los últimos tiempos habían estado prudentes.

Y era evidente que no podía llamar la atención en comisaría. Oficialmente, Vukić no tenía las manos sucias, pero cualquier pregunta circularía rápido y casi seguro significaría el fin de la carrera de Alzada. Y no necesitaba que nadie husmeara en lo que había pasado y averiguara que el chico estaba con ellos.

El chico… ¿Qué iban a hacer con Sorolla? ¿Actuar como si la cigüeña se lo hubiera dejado en la puerta? *Paso a paso, Joaquín.*

Cuando salieron del departamento, Joaquín intentó tomar al niño en brazos para aliviar a su mujer del peso. Los dos sintieron cómo Sorolla se aferraba a ella. Paula de inmediato le restó importancia y lo atribuyó a los nervios:

—Quizás en el ascensor.

Pero ni en el ascensor, ni cuando salieron a la calle. Ni cuando llegaron al auto, ni cuando estacionaron en casa. Cuando Joaquín, impaciente, trató de sacar al niño de los brazos de su esposa, Sorolla lo miró, después a Paula, y dijo:

—Con él, no.

Joaquín sintió como si le hubieran golpeado en el estómago. Giró hacia la entrada de la casa y lo deslumbró el sol de la mañana. Se agarró al seto de buganvilla que tantas veces lo había arañado al entrar en la casa y, por una vez, agradeció los pinchazos de bienvenida.

12
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 13:20

El mozo de La Favorita era un hombre que lo había visto todo. En estas banquetas se había sentado todo político establecido, todo revolucionario tentativo, todo conspirador con aspiraciones. Estas banquetas eran populares. Y todos eran saludados sin distinción por el olor a perro mojado del lampazo húmedo siempre en la esquina.

El mozo les dio la bienvenida limpiando dos plazas de la barra. *Este es uno que sabe mirar sin mirar*. Seguramente los había examinado no bien entraron y tomado notas que transmitiría a alguna alta, oscura autoridad. *Algo así como: "Dos federicos, uno joven, uno viejo"*. Alzada era consciente de que era más reconocible de lo que le gustaría, también de que siendo mozo en este establecimiento podía hacerse un considerable adicional, en forma de sobres de efectivo: había mucho que oír en un lugar como La Favorita.

Alzada se apoderó de uno de los taburetes de madera oscura y consideró su altura.

—Jefe, voy a tener que hacer un salto en alto para sentarme en uno de estos…

—Tiene razón. —El mozo esbozó una sonrisa ante la palabra "jefe"—. ¿Café?

Alzada dudó.

—Cortado, por favor.

—Que sean dos —se sumó Estrático, tomando asiento en la banqueta contigua.

El mozo lo miró y asintió.

—¿Y? ¿Qué tal su día? —empezó Alzada.

El mozo se acercó para tomar dos tazas y platos de debajo de la barra, pero no contestó. *¿Ya me estás ignorando?*

—El *mío* viene muy mal. Ni me imagino cómo será para usted, que está apenas a dos cuadras de…

El mozo se puso delante de Alzada y se apoyó sobre la barra.

—Si lo que quiere es que le cuente de cierta reunión de gabinete, está preguntándole a la persona equivocada.

Alzada vio su oportunidad.

—¿Qué? ¿Siguen reunidos?

—Sí. —El mozo adoptó una expresión de resignación. *Dale, querés*

contarme. Si nadie piensa en otra cosa—. ¿Tan difícil es decidir cómo van a cagarnos la vida ahora?

—Y, a esta altura lo probaron casi todo. Necesitan ideas nuevas. Ponerse creativos. Capaz que consultan el *kamasutra* del político. —Alzada dibujó el título y el subtítulo del libro imaginario en el aire—. "Cien maneras nuevas de joder al votante".

El mozo respondió con una risotada áspera. *Listo, te tengo*.

Alzada miró el recinto que se extendía a sus espaldas. Nada en las paredes salvo un palimpsesto de humo de cigarrillo. Seis mesas cuadradas conformaban un altavoz perfecto: a pesar del ruido, cada palabra que pronunciara en la barra resonaría en las cuatro esquinas del salón. *Exactamente como quiero*. Las reglas de enfrentamiento establecían que no podía disparar hasta que lo hiciera el otro. *Y si lo hacés, no dejes que nadie te vea.* Había demasiados testigos en el bar. Iba a tener que usarlos a su favor.

El inspector se dirigió a Estrático sin girarse hacia él:

—¿Vio qué autazos hay afuera?

—Se ve que hay gente que vive bien… ¿Se imagina? —dijo el agente.

—Sí —terció el mozo—. Sueño con manejarlos todos. Aunque no sea más que una vuelta a la manzana. Para sentir por un rato cómo es ser rico, ¿sabe?

—Claro. —Alzada hizo una pausa para beber un sorbo de café. Había un método más amable que daría el mismo resultado de identificar al chofer: ponerse a cantar loas del auto hasta que el hombre no pudiera resistirse a presumir del BMW importado. Pero no era suficiente, necesitaban involucrar al jefe. Y rápido. Y, para eso, solo servía ser contundentes. En un lugar tan concurrido, iban a tener que provocarlo.

Llegó el momento.

—Salvo ese X5.

La reacción fue instantánea.

—¿Qué pasa con el X5? —Una voz en el fondo.

Alzada sonrió y se dio vuelta para estudiar al público monocromático. Había contado con que el chofer fuera inexperto, sí, e ingenuo, seguro, pero no tan *amateur*. *¿Vas a pelearte por un auto que ni siquiera es tuyo? Pelotudo*. Todos los jóvenes portaban diferentes versiones de un traje negro arrugado y mal cortado, y la arrogancia fría que les otorgaban sus uniformes. Todos un poco más ansiosos que de costumbre por terminar sus turnos y volver a sus casas. ¿Cuál era el que había hablado?

—Nada, nada —respondió despreocupado el inspector, volviéndole la espalda al responsable. Después agregó—: Y en crema. ¡Crema! Qué color… —saboreó cada palabra—. Bien de mujer.

El mozo abrió mucho los ojos. Depositó los acostumbrados vasitos de agua junto a las tazas de los policías y miró a Alzada. *Sí, ya sé, ya sé. Pero sé lo que estoy haciendo.* El mozo no parecía convencido.

Alzada volvió a mirar hacia las mesas. El chofer debería saber —por lo menos ahora— que no tenía que entrar. Alguien que te provoca tan abierta, tan descarada, tan injustificadamente, o tiene un plan, o está loco. En ninguno de los dos casos conviene enfrentarse. Pero, la gente emplea choferes por sus habilidades al volante, no por su capacidad de interpretar situaciones.

—¿De mujer? —preguntó Estrático. Alzada había comenzado a preguntarse si iba a contribuir.

El inspector volvió a su posición inicial de cara a la barra.

—Sí, un utilitario de lujo así es *ideal* para llevar a los pibes a la escuela. También oí que tiene suficiente lugar en el maletero para cargar todas las compras…

—Claro, y después de hacer las compras, te vas a almorzar con las chicas —agregó el agente.

Una silla chirrió sobre el piso de baldosas. Estaba fuera de la visión periférica de Alzada, pero indudablemente a su derecha, más cerca de Estrático. *Dale, hijo de puta, vení nomás*.

—Y ese color combina bien con cualquier cartera.

—¿Qué dijiste? —La misma voz desde el fondo.

Era hora. Los policías se miraron: lo tenían. Alzada vio a un hombre de treinta y pocos años levantarse de su silla. Joven para las entradas que tenía, se había dejado crecer el pelo para que pareciera más. Bendecido con una abundante cabellera, Alzada no pudo evitar sentirse superior. El traje del chofer no ayudaba, con el cuello demasiado suelto y las mangas demasiado largas, parecía un mago aficionado.

Ahora. El manual de la policía no sugería ni la coacción ni la fuerza como instrumentos para obtener información. Al menos, ya no. Al contrario, el nuevo texto desaconsejaba vehementemente dejarse llevar por la violencia, y, en cambio, animaba a emplear métodos como la persuasión, los equívocos o las falsas promesas. Lo cierto era que el nuevo sistema era engorroso y no tan eficaz como el anterior, pero tenía una razón de ser perfectamente lógica: la democracia. *Tenemos que comportarnos*.

El inspector evaluó la situación. Estrático daba la impresión de no haber levantado una pesa nunca. En cuanto a él, su cuerpo había evolucionado confiadamente hacia la mediana edad. *¿En qué nos estamos metiendo?* Tal vez esto no había sido la mejor idea. Ahora sí que podía verla con claridad, la “conversación” que tendrían con Galante más tarde. Porque las probabilidades de que esa conversación tuviera lugar eran del ciento por ciento, daba igual cómo acabara esto.

Pero los libros nunca dicen cómo actuar cuando se agotan las opciones. *A la Echegaray no le queda mucho tiempo*. Cuadró los hombros.

—Ya me oíste. —Alzada redobló la apuesta—: ¿Además de sordo sos estúpido?

—Por lo menos no estoy sentado en el bar tomando un *cappuccino* con mi novio —repuso el chofer, señalando a Estrático.

Se produjo un silencio repentino.

Ambos policías bajaron de las banquetas. El inspector no tuvo conciencia de lo que imponía, a pesar de sus sesenta y tantos años, hasta que vio que el chofer se achicaba hacia un costado.

—¿Cómo decís? —dijo Alzada.

El chofer se tomó un momento para considerar las pistoleras en las cinturas de ambos hombres. Era muy posible que no fueran los únicos en el bar que llevaran armas.

—Ya me oíste, puto —dijo.

Alzada estaba familiarizado —demasiado— con las cosas que transcurren en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cuántas veces había oído hablar del instante en que el animal que todos llevamos dentro se hace con el control, sin pedir permiso, sin necesitarlo? ¿De cómo el tiempo parece detenerse? ¿De cómo cada fotograma se funde en una película en alta definición que queda grabada para siempre en la retina? ¿Un recuerdo nítido, cristalino, indeleble? Cada vez que alguien hablaba en esos términos, a Alzada le daban ganas de desafiarlo. Sabía que las cosas eran infinitamente más complicadas. *En cualquier delito. En un simple arrebato. O en algo mucho más complicado, como un secuestro.* Si se hacía bien, eran menos de cuatro minutos. Entrar y salir. *Sin dolor*.

Y, sin embargo, Alzada lo había presenciado incontables veces en comisaría: testigos que brindan descripciones exhaustivas de una situación, pero que comienzan a farfullar no bien los confrontan con otras versiones. De repente incapaces de recordar detalles cruciales, para desesperación de la policía —a veces para su alivio. Cuando esto terminara, ¿cómo contaría el mozo lo que había presenciado? ¿Qué recordaría el chofer? ¿Qué escribiría Estrático en su informe sobre su visita a La Favorita?

En cualquier caso, Alzada pestañeó y estaba hecho. Primero lo oyó: el sonido inconfundible de cuatro nudillos y ninguna duda. Una trompada bien pegada. Sintió como si hubiera sido su propio brazo. Las caderas rotan. Los tobillos ceden. El pecho se adelanta. Los hombros se vienen hacia delante. Los pulgares se curvan bajo el puño. La mano vuela. El movimiento se detiene. Instintivamente, Alzada apretó y soltó los dedos. Abrió los ojos.

Vio al chofer sentado en el piso, las manos delante de la cara.

Vio la espalda de Estrático, tenso y preparado para volver a enfrentarse a su oponente.

Oyó la voz del agente, lenta y deliberada:

—¿A quién le dijiste puto?

¿Quién es este tipo?

El local estaba vacío. Cada parroquiano había encontrado una excusa razonable para salir con velocidad: un compromiso súbito, una llamada urgente de sus jefes, el miedo infundado a una multa por dejar el auto en doble fila. Hasta el hombre al que le sangraba la nariz había tomado un puñado de servilletas de papel para cubrir su deshonor y se había dirigido a la salida a regañadientes. *Ya tenemos lo que necesitábamos de ti.* El mozo había perdido la sonrisa.

El inspector se acercó a Estrático, que estaba apoyado en una de las mesas del fondo, la vista fija en el piso. *¿Tiene vergüenza?*

—Ya no nos quiere más. —Alzada señaló al mozo, tratando de animar al agente, y le puso enfrente una medida de algo color coñac.

—Señor —dijo Estrático abochornado.

Alzada sacó dos pastillas blancas de un bolsillo.

—Tómese esto, también.

—No las necesito —dijo Estrático en tono defensivo.

El inspector lo miró con severidad.

—No se trata de *necesitarlas*. Van a hacerle el día mucho más fácil. Y más corto.

Instintivamente, su subordinado cerró la boca con fuerza.

—Estrático, no sea…

—Bueno, sobre eso —interrumpió el agente, después carraspeó—. Inspector…

—¿Qué?

—Señor, quiero presentarle mis más sentidas excusas. Mi comportamiento fue impropio de un representante de la ley y…

Sí, muy lindo, pero no.

—Mejor cállese, antes de decir algo de lo que vaya a arrepentirse —lo cortó Alzada—. Primero, levante el brazo. Reduce la inflamación. Ya sé que no es nada, pero así se evita que la novia le haga preguntas incómodas. Sé por qué se lo digo. —Le tomó el brazo a su subordinado, quien lo alzó de mala gana—. Segundo, tarde o temprano, alguien iba a romperle la cara a ese imbécil. Me alegro de que haya sido usted. Un hermoso gancho. ¿Le rompió la nariz?

—No sé, señor.

—¿Oyó que crujía?

El agente estaba perplejo.

—Sea como sea, tómese la medida.

Estrático obedeció.

Desde el momento en que le habían asignado al oficial, Alzada había tenido intención de deshacerse de él. Estrático estaba empecinado en seguir las reglas que el inspector hacía mucho tiempo que ya no seguía. Insistía en seguir el protocolo, lo que colmaba la oficina de tareas. En lugar de respetar el *statu quo,* hacía la multitud de preguntas incómodas que el resto de policías prefería evitar. Era inexperto, sí. Pero algún día sería un buen policía. Alzada decidió no decírselo. *¿Quién lo aguanta después?*

—Me pone muy mal pensar que puedo haber comprometido el resultado de una investigación —insistió Estrático—. No sé qué me pasó. —*Claro que lo sabe*—. También va a traernos problemas en la comisaría. Estamos hasta las bolas. —*¡Su primer insulto!* Alzada sintió deseos de abrazarlo.

—Lo hecho, hecho está. Ahora, solo nos queda esperar. Va a ver. —Circunspecto, Alzada le apoyó una mano en el hombro—. Con respecto a Galante, no tengo que explicarle las consecuencias de sus acciones. Pero si tenemos en cuenta que va a estar ocupado con los disturbios, la cagada a pedos va a ser mínima. Y me la va a decir a mí, ya verá. Lo único por lo que tiene que preocuparse ahora es de explicarme cómo hizo el chofer para tropezar y caerse de cara…

El agente lo miró, su mandíbula aún tensa.

—¿A lo mejor no vio que el mozo recién había trapeado el piso? —Estrático lanzó una carcajada.

Alzada se sorprendió: a diferencia de su habitual tono quedo, una risa ronca reverberó en todo el local. Estrático reía y reía, Alzada fue incapaz de contenerse y se le unió.

De pronto, sonó el celular del agente. Un vistazo a la pantalla fue suficiente para hacerlo regresar a su tono sereno:

—Es de comisaría.

—Qué rápido. —Alzada sonrió. *El dueño del auto debe de ser más importante de lo que supusimos.*

Ambos procuraron recuperar la compostura, frotándose los ojos para enjugar las lágrimas. Alzada respiraba en un jadeo sibilante.

—El jefe. Quiere vernos —informó Estrático cuando cortó.

—¿Dijo cuándo?

—Según Pintadini, “hace diez minutos”.

—Vamos, no se quede sentado —Alzada se apresuró a alcanzar la puerta—. ¡Sigue siendo nuestro jefe! ¡Vamos!

13
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 21:10

—¿Dónde estuviste?

Paula tenía treinta y pocos años, pero, cuando Joaquín arrastró los pies por la entrada de la cocina esa tarde y la vio, le vino a la mente su difunta madre. Quizás era el delantal a lunares, semejante a los que solía lucir la señora de Alzada, o el hecho de que estuviera sentada en un banquito bajo, su espalda curvada como recordaba de su niñez: las rodillas, separadas, presionaban una palangana de plástico azul oscuro para evitar que se deslizara sobre las baldosas; las manos, sumergidas en la espuma del agua jabonosa, despreocupadas y a la vez atentas de no derramarla. *Sí.* Era el mismo modo ligero de realizar las tareas del hogar, sin aparente esfuerzo.

—Estaba preocupada. —Paula no despegaba los ojos de la palangana.

—¿Ni siquiera un "hola" para el marido que tanto te quiere? —Histriónico, Alzada intentó aligerar la situación, y se odió inmediatamente por habitar el estereotipo que tanto desdeñaba—. ¿No me preguntás cómo fue mi día?

Obviamente lo había oído luchar con la cerradura, pero no iba a mencionarlo. No, lo suyo era la estrategia a largo plazo: primero, extraería toda la información que necesitara y, recién después, montaría una escena. Con un ritmo conocido, Paula restregó la suciedad del dobladillo de uno de los dos pares de pantalones que Joaquín usaba para ir a trabajar. Sin apuro, se apartó un rulo color caoba que le caía sobre la frente con el dorso de la mano, ahora roja e hinchada de estar a remojo en agua caliente. A Joaquín, la experiencia le había enseñado a callar hasta que ella delatara sus intenciones, y entonces —solo entonces— reaccionar. La mayoría de las veces eso bastaba para aplacarla, pero intuyó que, esta noche, no alcanzaría. *Los peligros de casarse con una mujer inteligente*.

Solo silencio.

—Llamé a comisaría —dijo Paula finalmente.

Imposible. No sería capaz… ¿o sí? La escrutó. *No. No hay forma.* Paula sabía las consecuencias que podía tener una llamada así, en particular si sus preguntas no coincidían con la versión que él habría dado. *No me pondría en peligro solo para demostrar que tiene razón. No,*

de ninguna manera. Aun así, decidió seguirle el juego.

—¿Y? ¿Te dijeron los muchachos que no podía atenderte? Tenía un caso que cerrar. Llevo matándome para que me asciendan, y Galante ya es principal y va camino a que lo hagan comisario…

—No necesito saberlo —lo interrumpió.

Joaquín intentó quitarse los zapatos y tuvo que pugnar por mantener el equilibrio. Estaba resultándole más difícil de lo que esperaba, porque al mismo tiempo trataba de ocultarle a Paula su mano derecha. De costado, bregó por subir el pie izquierdo y sintió cómo la corbata le oprimía el cuello. Cuanto más se esforzaba, más parecía un sapo —un sapo apuesto, con ojos verdes insolentes, pero sapo al fin. *No puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo*. Bajó la pierna y abandonó momentáneamente la lucha por descalzarse para concentrarse en la conversación.

—¿De verdad querés saber dónde estaba?

—No sé, Joaquín. ¿Quiero, *necesito*, saber dónde estuviste hoy? ¿Justo hoy? Probablemente no. —Suspiró—. Pero, al menos, haceme el favor de no insultar mi inteligencia.

La tensión en el tono de Paula delataba que, aunque estaba perdiendo la paciencia, no quería alzar la voz. *Por los vecinos*. Todavía no había internalizado que ahora vivían en una casa, separada de la familia más próxima por un caminito y unos cercos bien podados. *Podés gritar cuanto quieras. Nadie va a oírte.*

—Veo que estuviste tomando —prosiguió Paula.

—No estoy borracho —contestó Joaquín demasiado deprisa.

—También veo que, desde que entraste, venís tratando de que no te vea la mano.

—¿Esto? —Alzó la mano derecha para revelar la palma. Habían pasado horas, pero aún no había vuelto a su tamaño normal—. ¡No es nada! *—Demasiado a la defensiva. Y demasiado alto, Joaquín. Demasiado alto*. De haber seguido en el departamento que alquilaban cuando recién se casaron, su voz habría retumbado contra las paredes azulejadas de la estrecha cocina.

—Chist. —Paula lo fulminó con la mirada—. Duerme. —Joaquín se sobresaltó. Lo había dicho con tanta naturalidad como si llevara practicando cada día desde su nacimiento, como si fuera normal que tuvieran a un infante durmiendo en la habitación de al lado. Paula se incorporó sin alejarse de la palangana—. ¿No es nada? ¿En serio?

Joaquín se encogió de hombros y esperó que ella no hubiera registrado que el dolor lo hizo dar un respingo. Regresó a su intento de descalzarse, esta vez usando el borde del bajomesada como palanca, consciente de que ella lo observaba atentamente. Sus manos palidecieron en el borde de la pileta de la cocina. Se mordió el labio concentrado. Paula contemplaba el espectáculo sin poder contener una

sonrisa. Entonces, resbaló. La suela dejó una marca conspicua sobre el panel color crema.

El zapato seguía en el pie. Paula ya no sonreía.

—¡Joaquín!

—¿Qué?

Paula se le acercó y señaló el arco negro que había dibujado en el mueble.

—¿Sabés lo que va a costar limpiar eso?

—Quizás *sí* que estoy un poquito borracho —concedió.

Ella se acomodó el delantal y volvió a tomar asiento.

—Vení acá. —Le indicó que apoyara el pie sobre su muslo—. Dale —insistió al verlo titubear.

Con cautela, Joaquín obedeció, balanceándose de un lado a otro para mantener el equilibrio. Paula lo sujetó.

—¿Dónde estabas? —preguntó otra vez, mientras le desataba los cordones del zapato izquierdo.

—Nunca sé qué querés que diga.

—¿Qué te parece la verdad?

—Estaba en el trabajo. —Tomando confianza añadió—: ¿Dónde iba a estar? Claro que estaba en el trabajo.

Joaquín sabía que el truco para sonar verosímil consiste en imbricar la mentira en una verdad más amplia. De hecho, esa mañana había salido rumbo a comisaría. *Eso* no era mentira. Sonrió ante la posibilidad de haberse salido con la suya.

—¿O sea, me estás diciendo que, después de la noche que pasamos, fuiste a comisaría, te sentaste en tu escritorio y trabajaste durante ocho horas como si no hubiera pasado nada?

—Sí.

—Un sábado.

—Sí.

—Llevo casada el suficiente rato con un policía como para saber cómo funcionan los tercios. No tenés que ir hasta el lunes.

—Si llevás casada tanto rato con un policía, sabés que no hay que hacer tantas preguntas —respondió Joaquín, brusco.

Paula alzó las cejas.

—Si esa es tu respuesta, entonces realmente no quiero saber. El otro. —Le hizo seña de que entregara el pie derecho. *¿Por qué no se lo decís?*— Listo —dijo ella.

Joaquín desplazó el peso de un pie al otro, dudando sobre cómo interpretar la actitud de su mujer. Tarde o temprano, iba a tener que contárselo.

—Le pegué a Galante.

Paula levantó la mirada.

—Se la buscó —insistió él. Como si con eso bastara. Como si

estuvieran en una película en la que los personajes hablan así. *¿Te creés que esto es* El halcón maltés*?* Joaquín caminó en medias hasta la heladera, abrió la puerta para encontrar milanesas —por fortuna siempre presentes en su hogar—, tomó una y se sentó frente a la mesa de la cocina—. Vení, sentate conmigo.

Paula se acercó.

Permanecieron en silencio mientras mascaba.

Al cabo de un rato ella dijo:

—No podés decirme que le pegaste a Galante y no darme ninguna explicación. Espero que no haya sido en la cara… Joaquín, por favor, decime que no fue en la cara. —Él bajó la vista—. Por el amor de Dios, Joaquín, ¡somos los padrinos de su hijo!

—¿Te creés que no lo sé? —siseó él, y enseguida agregó—: Perdón. Disculpame. Lo sé.

Satisfecha con el cambio de tono, Paula dijo:

—Bueno… ¿Qué pasó exactamente?

Esa mañana, Paula apenas había puesto a Sorolla a dormir en la cama del matrimonio cuando Joaquín anunció: "Me voy temprano, así puedo hablar con Galante en cuanto llegue a comisaría".

—Lo lamento. Qué mala noticia me das —había dicho su excompañero, medio dormido frente a su café, antes de sugerir de inmediato—: ¿Pensaste en presentar un *habeas corpus*?

—¿Un *habeas corpus*?

—Sí. ¿Acaso no sos abogado?

—En cinco años de dictadura… —Alzada bajó la voz. La comisaría comenzaba a llenarse—. ¿Oíste de algún *habeas corpus* que diera resultado?

Galante se mantuvo en silencio.

—En fin. Decime si puedo hacer algo para ayudarte. Porque tengo la sensación de que algo tenés en mente.

Este es el momento. La política había causado una grieta entre ambos: para sobrevivir a la dictadura, Joaquín optó por enterrar la cabeza en la arena; Galante tomó el camino opuesto y cultivó el favor de los militares, lo que le había valido su ascenso al rango de oficial principal. Pero había hecho bien en confiar en su mejor amigo. Joaquín respiró hondo y le explicó.

Horacio se mantuvo impasible. Al fin, dijo:

—Sabés que haría cualquier cosa por vos. Cualquier cosa… —repitió.

—Menos esta —Joaquín terminó la frase de Galante. Luego, cuando se repitiera la conversación en su cabeza, se regañaría por haberle permitido zafar con tanta facilidad. Por servirle las palabras perfectas en bandeja de plata.

—Menos esta —repitió Galante, recalcando cada palabra—. ¿Te das una idea de los problemas que me traería? Y ni hablemos de los que te traería a *vos*, si decidís seguir con esto. ¿Y si te hacen desaparecer a vos también? ¿Y a Paula? ¿Sos tan ingenuo como para creer que van a respetarte porque sos policía, nomás? ¡No sos intocable, Joaquín! —Después del titubeo inicial, Galante había ido encontrando un ritmo que cómodamente reforzaba sus excusas—. Y si, dejame decirte que es un "si" muy grande, *si* salís con vida, sería el fin de tu carrera, ¡Señor Inspector Más Joven de toda la historia de la Policía Federal! Olvidate de llegar a subcomisario, comisario, o cualquier otro cargo al que hayas aspirado. ¿Creés que no habrá consecuencias? En el mejor de los casos, deciden no despedirte, que es casi imposible, ¿o no sabés cómo es el comisario Vukić?, y entonces pasarás todos los días hasta que te jubiles ocho horas al día frente a un escritorio llenando papeles. ¡Y eso, en el mejor de los casos!

Joaquín se tomó un segundo, como si estuviese evaluando las palabras de su interlocutor. Pero ya había tomado una decisión.

—Es mi hermano, Horacio.

—Pensalo bien, Joaco. No cometas el mismo error que él.

Joaquín se sobresaltó por el comentario.

—Querés decir que…

—Sí, Joaquín. Sabés qué quiero decir. Yo lo sé. Vos lo sabés. Y, por el amor de Dios, *él* lo sabía. Fue un boludo. Se la buscó.

Eso fue suficiente para Joaquín.

—¿Esto pasó en comisaría?

Joaquín asintió.

—Pero nadie te vio.

Joaquín se miró la mano.

—Ay, Joaquín… —No necesitaba decir más. Como mínimo, *mínimo*, lo suspenderían. Más probablemente, lo despedirían. ¿Agredir a un oficial superior? ¿En comisaría? ¿Ante varios testigos? No le había dejado opción a Vukić.

—Bueno, sí. —En un esfuerzo por cambiar de tema, y como si se le acabara de ocurrir, agregó—: ¿Hablaste con tu padre?

Paula y él habían considerado si molestarlo siquiera. Cierto que al señor Aranguren no le caía muy bien Jorge Rodolfo, por decirlo con suavidad. "Hay gente que solo está viva porque el aire que respira es gratis", habían sido sus palabras cuando Joaquín le presentó a su hermano. *Qué sutil.* "Y tu cuñado, Dios me perdone, Paula, es una de esas personas". Con eso había decretado al menor de los Alzada *persona non grata*.

"Esto es diferente, ¿no?", había procurado convencerse a sí misma Paula, mientras discaba el número. Paula encontró a su padre antes de

que saliera a dar su caminata matutina. “Deberías probar. Es bueno para la mente y te mantiene en estado”, le había aconsejado a Joaquín una vez, dándole un codazo un poco más fuerte de lo necesario en la incipiente barriga. Paula había puesto los ojos en blanco. Después de que su hija le expusiera la situación con voz entrecortada, él dijo: “Ya lo salvé una vez, ¿te acordás?”. Claro que se acordaba: Jorge había sido detenido en el allanamiento a una casa segura, a la que había ido a dejar pasaportes falsos para guerrilleros que querían volver del exilio para fortalecer la contraofensiva. “Se lo advertí a él entonces, y se lo advertí a tu marido, también. Sabían que iba ser esa vez y ya. Veo que desgraciadamente el susto no le duró lo suficiente como para mantenerlo con vida”.

Joaquín sabía que su suegro tenía buenas intenciones, a su modo bien jodido: trataba de proteger a Paula, y eso significaba mantenerla lejos de todo esto. No obstante, debía de haber sido doloroso para ella oír esas palabras de boca de su propio padre. Le estaba doliendo a Joaquín ahora. Se imaginó a Paula depositando el tubo sobre la mesada de la cocina mientras su padre hablaba, para oírlo solo desde lejos. Un deje de amargura en su voz cuando repitió sus palabras: “¿Cuándo vas a entender que es imposible salvar a alguien que no quiere ser salvado?”

—Ya sabés cómo es… —zanjó el tema Paula. Carraspeó para contener las lágrimas que afloraban en sus ojos—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Querida, pensé que nunca lo preguntarías. —Joaquín se alegraba de dejar atrás el asunto del señor Aranguren—. Tengo un plan de contingencia. Aunque sospecho que no te va a gustar la idea…

—Sorprendeme, Joaco. Porque a esta altura…

—Vukić.

—¿Qué querés decir con “Vukić”? ¿El *comisario* Vukić? ¿Tu jefe? ¿El hombre más peligroso de Buenos Aires?

—De día no da *tanto* miedo. —Un patético intento de hacer un chiste. Ella tenía razón: le tenía *terror* a su jefe. *Y con razón*. El comisario general de la ciudad de Buenos Aires. El príncipe oscuro. Nadie se movía, en la luz o en las sombras, sin que él lo supiera. Sin pedirle permiso. Joaquín tragó saliva—. Me dijo que vendría más tarde a discutir el asunto.

—¿Discutir? ¿Discutir qué, exactamente? Esperá… —Paula cayó en la cuenta—. ¿Lo invitaste a casa?

Joaquín se sacudió las manos para deshacerse de las últimas migas de pan rallado de la milanesa y las puso, palmas hacia arriba, sobre la mesa, esperando que no le temblaran.

—¿Qué podía hacer? ¿Pedirle que quebrantara la ley ahí mismo, en comisaría? ¿Mientras él me gritaba por lo de Galante y yo trataba

de conservar mi trabajo? No sé, Paula. Me pareció mejor que se diera una vuelta después de cenar.

—¿Y qué tal no decirle nada? ¿Pensaste en eso?

—Tarde o temprano iba a enterarse…

—Obvio. ¡Como si él no tuviera nada que ver!

—Para empezar, Paula, no sabés si eso es así. —Paula puso los ojos en blanco—. Además, ¿qué puedo hacer? No tenemos muchas opciones. Para ser precisos: esta mañana teníamos dos opciones no muy sólidas y ahora no tenemos ninguna. Y se nos está acabando el tiempo. —Joaquín se dio cuenta de que estaba tratando de convencerse a sí mismo, no a ella—. Todavía no le conté nada. Solamente le dije que quería hablar de un tema privado. Fue él quien sugirió venir acá.

—A ver… —Ella no tenía respuesta—. Lo invitaste, así que supongo que sabés lo que estás haciendo. Lo único que espero es que entiendas que esto es una locura del nivel de Hernán Cortés…

Bueno, a Cortés le fue bastante bien en su incursión en el Nuevo Mundo, a pesar de su locura. En 1519, al llegar a lo que hoy es México, Hernán Cortés incendió sus naves con el propósito de “incentivar” a sus hombres. Sin opción de regresar a España, se internaron en la jungla y comenzaron la conquista del Imperio azteca. Para él, todo terminó bien. Pero Joaquín sabía que Paula tenía razón. *Con esto hemos quemado las naves*.

—¿Y si le contás tu plan y te denuncia? ¿Y si él mismo te hace desaparecer? ¿O nos hace desaparecer a todos? ¿Y si descubre que tenemos al nene, Joaquín? ¿Pensaste en *eso*? Pero en fin, no hay vuelta atrás.

Él no dijo nada. *Sea como sea, no hay vuelta atrás*.

—Bueno. Si viene —Paula miró el reloj de la cocina; eran pasadas las nueve—. Estará por llegar. —Se puso de pie, se quitó el delantal y se lo pasó a su marido—. Terminá vos de lavar los pantalones. Y Joaquín, bañate antes de que llegue, ¿sí?

Salió de la cocina, volvió a asomarse y señaló la marca en el bajomesada.

—Y mejor que eso no esté ahí cuando llegue Vukić. Aunque tengas que limpiarlo con la lengua.

14
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 14:10

—¡…apenas llegue!

La voz atronadora del comisario se oía desde la entrada de comisaría. *¿Así suena tres pisos abajo?* Alzada recordó las palabras de Paula cuando se quejó por primera vez del carácter volátil de su amigo. Convertido en su superior, Joaquín ya no podía gritarle de vuelta, al menos en comisaría. “Dejalo”, había dicho Paula. “Imaginate un jarro de leche sobre el fuego. En vez de contestarle, dejalo que rebase. No importa lo que diga, ni una palabra. *Ni una sola palabra*. Ni siquiera para darle la razón. Terminará por tranquilizarse. Y después, todo bien. Acordate: leche hervida”.

Galante había preferido instalarse en el piso que ocupaba la agencia de publicidad. Había convencido a sus superiores de que era indispensable, no por él mismo, que, al fin y al cabo, no era más que un humilde servidor de los vecinos de la ciudad de Buenos Aires, sino por sus visitantes. Para ejercer su cargo “con dignidad y decoro”. *Sus palabras textuales de mierda*.

Alzada se aproximó con renuencia a las escaleras que separaban el sector del populacho del piso “ejecutivo”. Estrático lo siguió. No iban a tomar el ascensor: Alzada sabía que, cuando el comisario estaba de un humor particularmente malo, esperaba a sus subordinados en el *palier*. Una vez que las puertas del ascensor se abrían en el tercero, los acorralaba en su interior. La acústica de la trampa metálica provocaba la sensación de que estaba gritándote directamente dentro del cerebro.

Allá vamos. Tres pisos de escaleras de concreto reforzado, cada uno con dos tramos separados por un descanso. Había visto a muchos precipitarse escaleras abajo. Algunos por accidente. Alzada se agarró de la baranda como si no lo necesitara. A medida que subían, el inspector empezó a sudar. Ya casi nunca hacía nada ni remotamente físico. Hoy, entre el apuro en la morgue y la excitación del bar, había sentido una descarga de adrenalina que hacía tiempo que no experimentaba y que casi lo hizo extrañar los tiempos antes de estar perpetuamente atado a su mesa. Alzada empujó la puerta de emergencia para entrar al tercer piso.

—¿Dónde mierda se metió ese forro? —Galante no se atrevería a despedirlo cuando faltaba tan poco para que se jubilara, ¿no?

El comisario había dejado su puerta entornada. Una franja de luz escapaba de la oficina y cortaba la oscuridad del pasillo como un sable. Estrático se adelantó. No lo había hecho hasta entonces —probablemente por pura deferencia, no parecía afectado por el ascenso. Galante no se caracterizaba por patrocinar una política de puertas abiertas. En vez, viajaba a la planta baja cuando consideraba que su opinión merecía ser oída, con lo cual era muy probable que Estrático nunca hubiera estado aquí arriba hasta ahora. *Debe de estar muerto de miedo. Nunca nos llamaron a una "reunión" como esta, ¿no?* Alzada decidió entrar primero.

—Acá estoy, jefe —empezó.

La oficina tenía el aspecto majestuoso que recordaba. A diferencia de los pisos inferiores, este espacio estaba completamente despejado: ni cajas, ni montañas de papel. En el centro del espacio, un descomunal escritorio de ébano. Encima, un legajo impoluto yacía impasible, la tapa de cuero color azul oscuro del escritorio acentuando el tímido verde manzana de la carpeta. Casi quirúrgico. Dos pisapapeles innecesarios completaban el decorado: a la izquierda, una esfera de mármol del tamaño de un puño, a la derecha, una estatuilla de bronce que había acompañado a Galante desde los inicios de su carrera. Su forma era vagamente antropomórfica —al menos, tenía una cabeza, un tronco y lo que podía interpretarse como miembros—, pero sus proporciones distaban de ser humanas. Alzada nunca se había atrevido a preguntar.

—Acá estoy, jefe —remedó el comisario—. ¿"Acá estoy"?

Galante vestía una camisa impecablemente almidonada. *Impoluto como siempre*.

—¿Dónde estabas cuando *realmente* tendrías que haber estado acá? Acá, en comisaría, es donde tendrías que haber estado todo el día. ¿Para qué escribo las normas del departamento si no las respetás? —Era bien sabido que el autor era Pintadini, mano derecha barra perrito faldero de Galante. Al comisario no podrían habérsele ocurrido términos tan políticamente correctos como "técnicas disuasivas para la resolución de disturbios". Su versión habría sido más tipo: "Cagalos a palos a esos hijos de puta, sin dejar marcas".

—Cuando te digo que te quedes en el molde, ¿a qué creés que me refiero? ¿Sos el único que no se da cuenta de que estamos exigidos al máximo, y me quedo corto, con las revueltas que hay en la calle? ¿No sos consciente de que tuve que mandar ahí afuera a todos y cada uno de los hombres que tengo? ¿De que tuve que priorizar las llamadas de emergencia hasta el punto de que no estamos respondiendo a los delitos contra la propiedad? Pensé que estaba haciéndote un favor dejándote fuera de todo esto. Quedate en tu escritorio para atender cualquier emergencia, te dije —continuó Galante—. Pero no. Ni

siquiera pudiste hacer eso. El *gran* inspector Alzada —el jefe lo anunció como lo haría con un célebre ilusionista—, el gran inspector Alzada está más allá del bien y del mal. ¿Se le ocurre ocuparse de una denuncia estúpida que ni siquiera es un caso? Entonces pierde el tiempo, y el del departamento, en vez de resolver uno de los casos que tiene acumulados en el escritorio. ¿Tiene un mal día y quiere romperle la cara a alguien? ¡Se va nomás al centro para hacerlo! —Galante estrelló los dos puños sobre el escritorio, provocando que la bola de mármol vibrara en su elegante pedestal y amenazara con rodar precipicio abajo.

Por el rabillo del ojo, Alzada vio que Estrático escondía las manos a su espalda.

—En mi defensa… —comenzó el inspector.

—¡Qué defensa! Vos no te merecés defensa, Joaquín. —El comisario era la única persona en el cuerpo que se dirigía a él por su nombre de pila. Bajó la voz y adoptó un tono familiar, una sonrisa nostálgica en sus facciones carnosas—. Te tengo por un hombre que sabe cómo comportarse, especialmente en momentos difíciles. Y cuento con que des ejemplo a los jóvenes. —Alzada asintió. *Claro, por eso me pusiste una niñera*—. Estamos ante una situación que superaría a cualquier principiante, pero no a vos, Joaquín. Vimos cosas peores, ¿te acordás? Y nos las arreglamos.

El inspector sonrió con una mueca dolorida. *Sí, demasiado bien*. Para cuando Alzada y Galante cumplieron la treintena, habían vivido cuatro golpes de Estado exitosos y otra media docena de fallidos. ¿Cómo habían aprendido a ser policías en tiempos así? Desde que salieron de la escuela, se encontraron atrapados entre dos bandos en pugna. Los nombres habían ido cambiando con el tiempo, pero la esencia era la misma: de un lado, los militares y su mano dura. Para ellos, cualquier policía que se resistiera a participar del trabajo sucio que implicaba mantener el orden era clasificado en una escala entre "débil" y "enemigo del Estado". En la trinchera opuesta, iteraciones de una misma guerrilla clandestina: para ellos, la policía estaba del lado de los regímenes represivos y era, por tanto, blanco legítimo de sus constantes ataques. Ambos policías habían navegado esas aguas turbulentas con el grado de habilidad proporcional a su limitada experiencia. *Yo no me las arreglé*. Alzada había usado su instinto de supervivencia para no hacerse notar. Era Galante el que se las había arreglado. Más que habérselas arreglado, había prosperado: su excompañero había tenido un ascenso meteórico, hasta convertirse, simultáneamente, en comisario de una de las circunscripciones más complicadas de la ciudad y enlace con el Ministerio de Defensa. Y, en la actualidad, estaba a un paso de que lo nombraran comisario general de la Policía Federal Argentina.

—Hoy tendría que estar ocupándome exclusivamente de la pueblada que está por estallar a pocas cuadras de acá y de cómo la policía como institución va a responder para proteger a los ciudadanos. Pero no, te cuento lo que me pasó: estaba disfrutando mi revuelto gramajo en La Biela, tenía media hora libre antes de una llamada en conferencia con De la Rúa; a lo mejor, finalmente, se iba a dignar a darnos o instrucciones concretas, o carta blanca para manejar la situación. —*"Carta blanca". Más un postre de merengue que un preludio a la represión indiscriminada*—. Y espero que no siga demorándose, porque están prendiéndoles fuego a las palmeras de la Plaza de Mayo. La cosa está fea. —*Tiene miedo a lo que pueda pasar cuando caiga la noche*—. Bueno, volviendo a lo que te estaba contando: me llaman por teléfono. Me llaman a mi puto teléfono, Joaquín. Agradecé a Dios que estuviera solo. Para decirme que uno de mis hombres le había dado una trompada al chofer del diputado Pantera. —*Bingo*—. Decime, Joaquín, ¿tenés idea de quién es el diputado Pantera? —Galante no le dio tiempo a responder—: La respuesta correcta es: ¡no importa! ¡En el Congreso hay sentados doscientos cincuenta y siete idiotas recién elegidos, y no me importan un carajo, ninguno de ellos! Lo que *sí* me importa es que me llame el ministro de Industria, el *ministro*, Joaquín, para quejarse de que al chofer de su amigo le rompieron la nariz, y que fue un policía. ¡Un policía! —Galante recuperó la compostura—. Así que te pregunto, y no vayas a creer que estoy negándote tu presunción de inocencia, porque sé que vos sos un hombre sereno, responsable, de cabeza fría, *incapaz* de cometer semejante imprudencia. Pero bueno, por si acaso: ¿no sabrás *algo* de esto?

El inspector esperó que Estrático tuviera la prudencia de no cruzar su mirada con la bestia enardecida sentada al otro lado del escritorio. Él mismo mantenía la vista fija en la estatuilla. *¿Será un titán?*

—¿Tenés idea de cómo me hace quedar esto, Joaquín? Ah, no, claro, me olvidaba —prosiguió con fingida deferencia—. A vos esas cosas te importan tres carajos. Sos un espíritu libre. No le respondés a nadie. O sea, al menos, en teoría, me respondés a mí. Y cuando querés, diría yo. Pero los dos sabemos que básicamente hacés lo que se te canta el culo. No tengo problema con eso. Es nuestra forma de entendernos, ya no sé desde hace cuánto. —*Diecinueve años*—. Te quedás sentado, resolvés casos, no te metés en problemas. No. Te. Metés. En. Problemas. ¿Ahora ni siquiera podés hacer eso? ¿Tan difícil puede ser? Dejate de joder, Joaquín. —Galante se interrumpió y midió de pies a cabeza a su antiguo amigo—. No me sorprende que nunca hayas pasado de inspector.

Ambos sabían que no era cierto. Pero Galante necesitaba narrarse

una versión de los hechos que le permitiera dormir tranquilo. *Una mentira repetida mil veces*… Alzada sonrió ante la referencia.

—¿De qué carajo te reís, Joaquín? —preguntó el comisario. Alzada tuvo la sensatez de permanecer callado—. Creo que puedo decir que te conozco bien. Hablo muy en serio. Ni *un* error más. No voy a darte el gusto de despedirte. Eso te encantaría, ¿no? "Alzada, el incomprendido". Te aviso: no me obligues a hacerlo. Porque si me obligás, lo voy a hacer. ¿Me oís, Alzada?

Alzada levantó la vista. Galante nunca lo había llamado así.

El comisario de pronto pareció exhausto. Se tomó el pecho, como para calmar las palpitaciones de su corazón.

—Para terminar, porque, creas o no, tengo otras cosas que hacer, voy a justificar tu accionar con "circunstancias excepcionales", bla, bla, bla. Y quiero que cualquier estupidez que esté pendiente quede cerrada antes de que te vayas hoy de comisaría. Vas a escribir el informe…

—Para eso tengo a Estrático —interrumpió Alzada.

—No. Lo escribís *vos*. Y lo firmás, también.

Firmar el documento era el castigo definitivo: Alzada no podría cuestionar el informe posteriormente. Porque, ¿cómo iba a objetar a algo que él mismo había firmado? Galante le pasó la carpeta a Alzada.

—Pensándolo bien, quiero *dos* informes. Uno, sobre el "incidente" en La Favorita, así puedo hacer de cuenta de que todavía tengo un *mínimo* control sobre lo que pasa en mi comisaría…

—Sí, señor —replicó Alzada.

Detrás de él, Estrático farfulló algo.

—En cuanto a usted… —Galante giró hacia el agente—. Su conducta no merece siquiera que la comente. Lo pongo con este para que sea una buena influencia, ¿y así se comporta? —*Lo sabía*—. Y ya que estamos, hablemos de esa Echegaray. Porque querían encajarme otro clavo hoy, ¿no? —Ambos sabían que era una acusación injusta. Si Alzada no hubiera prestado especial atención a la denuncia de los Echegaray, estaría aquí mismo, pero su jefe estaría gritándole por la razón opuesta. —*Cara, ganás vos. Ceca, pierdo yo*. Como si le hubiera leído la mente, Galante bajó un cambio—: ¿Sabemos por qué vinieron acá, en vez de dejar que se encargue su seguridad privada?

—Creo que desconfían de ellos.

—¿Desconfían?

—Sí, señor. Norma se les escabulló.

—Ajá, entiendo. ¿Y por qué venir acá a hacer la denuncia, en vez de a través de alguno de sus contactos? —¿Estaba Galante celoso de que su subordinado se hubiera codeado con los Echegaray? *Si hubieras estado en tu oficina, los habrías tenido para vos solo*. El comisario frunció el ceño—. Sea como sea, no van a aflojar hasta que no tengan

respuestas. O hasta que la mujer vuelva, lo que pase primero. Mientras tanto, vas a darme todo lo que tengas sobre ella, todas las notas que tomaste en la entrevista. El tema ni siquiera te compete. Quiero algo que poder pasarle a Flores cuando vuelva el lunes, si esa mujer no reapareció de acá a entonces. —Adoptó un tono imperativo—: Quiero que sean bien concisos. Quiero que estén escritos a máquina. Y los quiero hoy.

—¿Algo más, señor?

—Sí, Joaquín, *algo* más: ni se te ocurra acercarte a un diputado, ni al chofer de un diputado, ni a la abuela de un diputado…

—Pero, señor, *sabemos* que tiene algo que ver con la desaparición de Norma Echegaray.

—Voy a hacer como si no lo hubiera oído. Acá no hay *ninguna* desaparición. ¿Nos entendemos?

—Sí —Alzada sintió que lo recorría un escalofrío.

—No. Quiero que me digas que entendiste.

Alzada se incorporó.

—Entendí, señor.

—Ahora, váyanse de mi oficina. —El comisario se cruzó de brazos para indicar que no tenía nada más que decir—. Los dos.

Estrático salió tan deprisa como le fue posible.

—Joaquín —dijo Galante en tono descuidado, como si la idea se le acabara de ocurrir—, quedate un momento.

Alzada, un pie ya en el umbral, se volvió con expresión de fingida sorpresa. Vio cómo Galante abría un cajón de su escritorio y sacaba una botella de Glenlivet y dos vasos.

—¿Pasamos semanas enteras sin cruzarnos y hoy nos vimos dos veces? Amerita un brindis. —*O sea que* sí *me vio esta mañana, y eso que estaba de espaldas.*

—¿Tenés tiempo? —replicó Alzada. Sabía que *él* no lo tenía: si tenía que escribir esos informes, se perdería la hora del almuerzo.

Galante se miró la muñeca; no llevaba reloj.

—Sí, claro.

Alzada, no del todo convencido, se sentó frente a él.

—Bueno —dijo, sorbiendo un primer trago de escocés—. ¿Lo declara o no?

Galante tomó un trago en silencio.

—No sé, Joaquín. La verdad, no lo sé. Aunque lo haga, todos sabemos que el estado de sitio no va a ser la solución. Ahora ya no. Porque sí, seguramente habría servido hace un par de días, esta mañana, incluso. Pero ahora no. ¿Cómo hacemos para que la gente acate el toque de queda? Los informes que recibimos cada hora dicen que hay miles y miles en la calle. Esos parásitos tomaron la ciudad.

Alzada tragó saliva. *Parásitos*. Así era como habían llamado a los

subversivos veinticinco años atrás.

—Bueno, espero que todo termine pronto, porque, la verdad, estás hecho mierda, Horacio. ¿Te acordás de cuando vos eras el buenmozo?

Alzada lucía con orgullo los mechones canos de su abundante cabellera, mientras que el comisario era completamente calvo. Por fortuna, y a diferencia de muchos hombres que se encuentran en esa situación, había optado por raparse a cero desde el instante mismo en que notó que las entradas no tenían vuelta atrás.

—Gracias, Joaco. —Galante sonrió—. Con amigos como estos… Pero tenés razón. Llevo semanas sin dormir.

—Y… la fuerza de la costumbre.

Galante rio a desgana. Desde que Alzada podía recordar, su compañero padecía un insomnio persistente. Las incontables horas robadas al sueño habían tenido un precio: en su hábitat natural, el Señor Comisario habría debido irradiar poder y prestigio. En vez, daba pena. Su viejo amigo estaba encorvado sobre el escritorio, sobre sus hombros, el peso de la edad y las responsabilidades. Galante se restregó los ojos y se pasó una mano por el pelo inexistente. *La sombra de lo que era.*

—Mirá. Hablemos de lo de recién. —El tono de Galante era fáctico—. Sabés que casi no tengo margen de maniobra. Recibí llamadas no de uno, sino de *dos* altos funcionarios pidiéndome que pase por alto determinada situación. ¿Qué podía hacer?

—Entiendo. —*Entiendo cómo llegaste a comisario y yo quedé como el inspector más viejo del cuerpo.*

—En serio. Ya sabés cómo es esto. —Alzada no dijo nada y se rascó la barba incipiente.— Además, tu subordinado estaba presente… No podía hacer una excepción delante de él. Es que… —Galante buscó la palabra correcta.

—Arriba… —Alzada señaló el techo, en el gesto universal usado por los subordinados para referirse a sus superiores. El comisario también había estado una vez en los pisos de abajo. Con él.

—Sí. —Galante sonrió, aliviado—. Aparentemente ahora soy *yo* el que está arriba. Escribime el informe sobre la Echegaray, así tengo algo para mostrar y puedo zafar de esta sin problemas, ¿sí?

Alzada se levantó.

—¿Vas a almorzar a tu casa? —preguntó Galante.

—Voy a tratar…

—Se puede circular sin problemas para ese lado. Mandale mis saludos a Paula y a Sorolla. ¿Cuántos años tiene ya, veintidós?

—Veintitrés.

Galante sonrió.

—Algún día tenemos que juntarnos, con los pibes. ¿Capaz ahora

que viene el verano?

—Sí —dijo Alzada. Sintió una puntada en el pecho. Sabía que eso nunca ocurriría.

15
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 14:25

—¡Tenía razón! —soltó Estrático apenas Alzada entró a la oficina.

El inspector le hizo gesto de que callara mientras cerraba la puerta: sabía que la acústica del pasillo podía ser traicionera.

—Ahora sí —Alzada le dio a entender que era seguro hablar.

—¡Nos sirvió el nombre en bandeja de plata! —El temor de Estrático a que lo sancionaran se había evaporado—. Ahora solamente tenemos que encontrar al diputado Pantera y…

—Y nada —interrumpió Alzada con brusquedad—. No “tenemos que” nada. ¿No estuvo conmigo recién en la oficina del comisario? ¿Y no lo oyó decir que nos olvidáramos del diputado? ¿No solo que nos olvidemos, sino que nos ocupemos de borrar toda relación? Lo único que tenemos que hacer es darle un informe limpio.

—Pero ¿y si…?

—Me parece que no entendió. —Alzada dejó caer el legajo sobre su escritorio. *Carajo*. Su plan, tan descabellado como parecía, había dado fruto. Cómo detestaba tener razón, a veces. *Funcionó*. Lo que no había anticipado era lo importante que sería el “hombre misterioso”. ¿Alguien que podía conjurar en tan poco tiempo al jefe mismo de la Policía? *Nada bueno*. Si la agenda de Pantera pesaba tanto como para disuadir al momento a la policía, ¿de qué más era capaz? Era evidente que estaba en condiciones de influir sobre fiscales, enfermar a testigos, disuadir a jueces. *En este país hay poderes con los que no conviene meterse*. Lo responsable era dejarlo—. Vamos a escribir el informe. O mejor dicho, *usted* va a escribirlo, no importa lo que haya dicho Galante.

—Por supuesto, señor. —La silla de madera se quejó cuando Estrático volvió a sentarse.

¿De dónde provenía el repentino deseo del agente de desafiar las órdenes de sus superiores? Alzada se negaba a admitir que estaba orgulloso de él. *No te preocupes, Estrático. Ya habrá otras ocasiones de luchar contra el sistema.*

—Y recuerde: nada demasiado elaborado. Quiero irme a almorzar a mi casa.

—Como diga, señor.

—Bien. —Alzada sonrió a desgano—. ¿Para cuándo el informe

sobre el incidente en La Favorita?

Estrático se puso de pie y se lo entregó. *¿Ya?*

—Está bien —dijo Alzada, tras echarle un vistazo distraído. *Qué pena la letra impoluta de Estrático. Si no lo paso a máquina, el comisario va a darse cuenta. Aunque tampoco es que vaya a prestarle mucha atención*—. Dedíquese al otro.

Alzada miró por encima del hombro de su subordinado hacia el recinto común. A través de las lamas de las persianas, estudió el panorama desierto: todos se habían ido. *Alguien sí quedó*. Una solitaria lámpara encendida en un cubículo en un rincón, una grulla bajo la cual fumaban dos oficiales. El tierno tableteo del télex, bullendo con noticias del mundo exterior, ahogaba el sonido de la conversación. *Tecnología a prueba de revoluciones.* ¿Qué hora sería? En todo caso, demasiado temprano como para encontrar a la Dolores. Desde donde estaba sentado, no se veía la entrada, pero el inspector distinguió al guardia de seguridad levantarse de su puesto destartalado. La rutina de Basilio era tan fiable como la de Immanuel Kant: así como los habitantes de Königsberg habían podido poner sus relojes en hora guiándose por el paseo cotidiano del filósofo, el guardia disponiéndose a cerrar la entrada significaba que eran las dos y media en punto. El resto de su turno lo pasaba dentro, contemplando el techo; todo parte de un programa para hacer más eficiente el cuerpo. El comisario había decidido que, como en esa circunscripción había otras muchas opciones disponibles en materia de fuerzas del orden, las tardes se dedicarían exclusivamente a atender asuntos internos. Como un banco, solo que menos ético. Las personas que llegaran en ese horario debían recurrir a otra comisaría. ¿Pero cumplir con esa disposición hoy, con la mayoría de los oficiales en la calle? O Galante se había olvidado —improbable— o sabía que, de un momento a otro, declararían el estado de sitio. *Está esperando a la caballería. Literalmente.*

Alzada consideró alcanzar a Basilio y cruzar la calle al café más próximo. Aquí estaban, en lo que podía convertirse en un día crucial en la historia argentina, sentados dentro. *Algunas cosas es mejor perdérselas.*

—¿Señor? —La pregunta de Estrático interrumpió sus reflexiones —. Creo que tengo una idea.

—¿“Cree”?

—Sí, señor.

—Sea tan amable de explicarme, Estrático.

—Tal vez no le guste, señor. —El agente se puso de pie, dubitativo.

—No muerdo, Estrático.

El agente se acercó.

—Esta mañana usted me dijo que contrastara a la Echegaray con la lista completa de NN femeninos del Gran Buenos Aires.

Alzada solo tenía una vaga recolección de la interminable lista de órdenes con las que salpimentaba las jornadas de su subordinado. Desde luego, no esperaba que hubiera cumplido una tarea tan inútil —y encima tan diligentemente.

—Hay al menos una docena que podría coincidir con la descripción física de Norma Echegaray. —El agente hizo una pausa—. Entre ellas, la mujer que vimos esta mañana.

Ahora me acuerdo.

—Discúlpeme, Estrático, pero pensaba que habíamos terminado con ese asunto.

—Sí, señor.

Alzada observó cómo el joven se armaba de coraje para continuar.

—Pero eso fue esta mañana, y esto es ahora. —Estrático se acercó un poco más—. A la mañana, aún no sabíamos que hay algo que no encaja en la situación de Norma Echegaray. Tuve una corazonada, y la seguí sin pensar. Pero ahora *sí* sabemos que hay algo raro.

—No me gusta repetirme, pero parece que está teniendo problemas para entender las órdenes que nos dieron…

—Sí que entiendo, señor —Estrático carraspeó—. Sabemos que Pantera tuvo algo que ver. No digo que la de la morgue sea Norma. Digo que *podría* serlo… para ayudar a la investigación. Es perfecta…

Alzada enarcó las cejas.

—Es una forma *conveniente* de seguir con esta línea de investigación. Si no, nunca vamos a agarrarlo. Aunque hubiera tenido algo que ver, un hombre tan poderoso habría tenido muchísimo cuidado. Iba a ser complicadísimo vincularlo al caso. E incluso si lo lográramos. Si no la encontramos, viva o muerta, lo máximo de lo que podríamos acusarle, a lo sumo, es de privación ilegítima de la libertad. Seis meses a tres años de prisión… por matar a alguien. Necesitamos un cuerpo.

Tiene razón con esto último. Sin cuerpo no habría condena.

—Espere que le explique cómo coincide todo. Es maravilloso.

—¿Ahora es “maravilloso”?

—Sí, señor.

Alzada se sintió intrigado.

—Bueno. A ver…

—La secuencia temporal coincide. El testimonio del portero también. *—¿Te creés que ese pobre boludo va a declarar?—* La distancia entre el lugar del que se llevaron a Norma y el lugar donde apareció el cuerpo de la morgue es favorable. Con el permiso de usted, por supuesto, podríamos decir que esta mañana Norma Echegaray

“amaneció” en un volquete. Tendríamos un caso menos de NN, y un informe razonable para darles a los Echegaray y empezar con Pantera.

Nada de esto es razonable.

Alzada levantó la fotografía que les había dado la señora Echegaray. El parecido era inquietante. ¿Era posible que la joven de dorado porvenir hubiera terminado en la basura —literalmente— detrás de la morgue judicial? ¿Era inconcebible? Después de todo, estaban hablando nada menos que de Norma Echegaray. No, no era posible.

No obstante, Alzada sabía que, a menudo, la realidad es más extraña que la ficción. Tenía un ejemplo de ello en su propia familia: su hermano Jorge, el revolucionario impenitente, no siempre lo había sido. Al contrario, había pasado buena parte de sus años formativos leyendo al reaccionario Heidegger, antes de transformar su vida —y su barba— a imagen y semejanza del Che. Fue Joaquín el que, durante la dictadura de Onganía, se consagró a la política estudiantil en solidaridad con los movimientos revolucionarios latinoamericanos del momento. Fue Joaquín el que invitó a su hermano adolescente a una de las reuniones del centro de estudiantes en el Nacional Buenos Aires. Fue Joaquín el que alteró el documento de identidad de Jorge para que pudiera unirse al grupo a pesar de su corta edad. Fue Joaquín el que sugirió que lo acompañara a un campo en La Pampa, bajo el pretexto de una reunión sobre estrategias de organización comunitaria. Allí, habían aprendido a disparar y, más importante, a agacharse. Después, la ironía: en el preciso instante en que el fervor político de Joaquín se desvaneció —desilusionado como estaba por el uso de la violencia como recurso—, el Alzada menor encontró la pasión de su vida. Su experiencia como maestro en las villas terminó de cimentar su convicción de que el cambio solo sería posible mediante esa misma violencia y se comprometió de lleno con la vertiente clandestina de los movimientos de base. El maestro vuelto revolucionario; el rebelde vuelto policía.

¿Por qué estas dos mujeres no pueden ser la misma?

No, razonable no era, pero podía encajar. El parecido físico, las coincidencias en el tiempo… *No necesitamos que sea verdad, solo que* parezca *verdad.* Era probable que Norma Echegaray ya estuviera muerta. ¿Y qué, si debajo de la lápida del mausoleo familiar del cementerio de la Recoleta yacía una drogadicta perdida? Alzada frunció el ceño. *Es una buena solución*. Quizás un poco demasiado cínica, incluso para su gusto.

—¿Señor? —El agente esperaba como un perro que acata la orden de quedarse quieto, pero está ansioso por ponerse en acción.

—Sí. Deme un minuto.

También había que considerar los aspectos prácticos del plan. Los Echegaray *iban* a ser un problema. ¿Que la hubieran encontrado así? Aun con el caos como excusa, no lo aceptarían. *Aunque si les presentamos una hipótesis respaldada por evidencia…* Un problema de drogas. Un lugar común, sí; desagradable, sí. Pero también, plausible. Y lo que necesitaban era plausible.

Alzada sabía que debían ser cuidadosos, que el caso no podía tener fisuras. No solo por el perfil alto de la víctima, sino por la naturaleza inquisitiva de su hermana. Protestaría cuando el agente le explicara la causa del comportamiento errático de Norma y su ulterior desaparición. No aceptaría el informe del forense sin cuestionarlo. Mañana —aunque los tanques del Ejército ganaran las calles de Buenos Aires y esa noche comenzara un nuevo orden—, mañana, como todos los jueves a las tres y media de la tarde desde hace décadas, las Madres estarían en la Plaza de Mayo. *No se rinden.* Pediría un informe toxicológico independiente. Pediría ver el cuerpo. La mayor parte de la gente no lo hacía, les bastaba con tener un cuerpo que sepultar. Pero *ella* sí. *Por suerte, también existen maneras de lidiar con eso*.

Necesitarían a Petacchi. No sería la primera vez que le pidiera un servicio de esa índole. Alzada tendría que convencerlo de que introdujera las modificaciones necesarias en su informe, incorporara la presencia de drogas recreativas en las muestras de sangre para reflejar la nueva situación, realizara cualquier otro ajuste para que los perfiles coincidieran.

“¿Por qué?”, preguntaría Petacchi. *Obediente, pero curioso*. El inspector le respondería algo así como: “Alguien apareció preguntando por una mujer con la misma descripción. Solo necesitamos un empujoncito para hacer las cosas más fáciles para la familia. ¿Entiende adónde quiero llegar?”. “Sí, señor”, respondería Elías. *Curioso, pero obediente*. Alzada remataría con un comentario para aligerar el ambiente: “Lo bien que coinciden. ¿Puede creer la suerte que tenemos?”. El inspector pasó las hojas de la carpeta del caso. *La suerte no tiene nada que ver con esto*.

—Lo que significaría… —Alzada quería que Estrático lo dijera.

—Sí —confirmó el agente—. Que podríamos caerle a Pantera.

Alzada observó a Estrático. *Miralo, perdiendo el norte.* Se preguntó si el joven había entendido las consecuencias de su acción. Dos mujeres estaban por ser sentenciadas por la birome azul en la mano derecha del agente. Una nunca sería buscada; otra, nunca encontrada. Un hombre sería condenado por un crimen que no había cometido. *Tan empeñado estás en hacer “justicia” que no comprendiste lo que pasó*. Sin aviso, sin ceremonias, sin fanfarria. Un pequeño detalle para ajustar un relato. *Así se empieza*.

Alzada presionó:

—Pantera pagaría por algo que no hizo.

—Bueno… Técnicamente, sí. Pagaría por la muerte de la mujer equivocada. Equilibraríamos los platillos de la balanza de la justicia, por así decirlo. —Estrático carraspeó—. Y sé qué puede estar pensando… —*Lo dudo*—. Que no es así como debería sonar la justicia —breve. Limpia. Rítmica.

Así era *exactamente* cómo tenía que ser la justicia: una solución decente a una situación terrible.

El plan tenía sus inconvenientes. Para empezar, Galante. *No va a gustarle*. El comisario perdería el respaldo de un ministro, pero ganaría el reconocimiento de una familia poderosa. ¿Dónde lo dejaría eso en el equilibrio de las fuerzas oscuras de Buenos Aires? Difícil saberlo.

Luego, Pantera. El hombre intocable por partida doble. Primero, porque, como diputado, gozaba de fueros: no podían arrestarlo sin la aprobación del Congreso, y era improbable que, con la que estaba cayendo, convocaran sesiones extraordinarias solo para echar a los lobos a uno de los suyos. Y, por si eso fuera poco, estaban hablando de un hombre que no había dudado en hacer desaparecer a una Echegaray. Una Echegaray. ¿Acaso no sabía quién era? Sí que lo sabía. Norma y él se conocían: por eso ella se había subido al auto del diputado. Aun así, Pantera tenía que haber sabido que habría consecuencias. Qué sensación de absoluta impunidad para hacer algo así. O, tal vez, no había sido premeditado. En cualquier caso, había corrido un riesgo muy grande dejándose llevar así por un impulso. ¿Qué lo habría hecho explotar? ¿Qué podía hacer que un posible candidato a presidente perdiera la cabeza de esa manera? "Cherchez la femme", *dicen en las antiguas novelas policíacas*.

—¿Es lindo?

—¿Cómo, señor?

—Si es buenmozo, Estrático. ¿El diputado Pantera está bueno, o es una de esas momias de setenta y cinco años que duermen en sus sillones de cuero durante las sesiones del congreso?

—Es uno de los más jóvenes, así que, estadísticamente…

—¿Usted no tiene ojos? Vamos, Estrático.

—Bueno, eh… Sí, podría decirse que es fachero. Pero no le sigo…

—Gracias.

Un romance. Habían tenido un romance. Habían estado juntos.

Pero de ser así, ¿por qué mandar asesinar a su amante? *La navaja de Occam: la hipótesis más simple es la correcta*. Había quedado embarazada. De ahí en más, pura tragedia griega —la deshonra familiar, el fin de una carrera prometedora, la pregunta inevitable de qué hacer. Y ahí, la respuesta inevitable a la pregunta inevitable.

—¿Señor?

—Estrático, si me sigue interrumpiendo, no vamos a terminar más.

Si Pantera es tan poderoso como para hacer desaparecer a una Echegaray, ¿qué puede hacernos a nosotros? Dos policías de mala muerte no serían un obstáculo para él. Pelearía con uñas y dientes, como un gato acorralado. No dudaría. Los aplastaría como a mosquitos. Alzada se dio cuenta de que le temblaban las manos. Ni el comisario podría protegerlos.

—Estrático —Alzada al fin—. Mejor no seguimos con esto.

Su subordinado puso cara larga. *¿Dónde vi antes esa cara de desilusión? Ah, sí: todas las noches a la hora de la cena.* "¿Cómo puede ser que no te preocupe?", era la perenne acusación de su sobrino. La preocupación no tenía nada que ver, o quizás era justamente eso. *No hago más que preocuparme*.

—No es mala idea, Estrático. Para nada… En fin, por hoy ya hicimos bastante, ¿no le parece? Estoy seguro de que Norma está por volver. —Esta última parte más para sí mismo que para el agente.

—Pero señor… —Estrático empezó a protestar.

—Mire, ya lo pensé. Tampoco es mi solución preferida, pero no tenemos más remedio. Hay cosas demasiado grandes para nosotros, y esta es una de ellas. El lunes, esto pasa a ser problema de Flores.

Las tres menos cuarto. Normalmente, si no había salido de comisaría para las dos, llamaba para avisar de que llegaría tarde a almorzar. Tomó el teléfono. El contestador automático otra vez.

—Paula, soy yo. Sigo acá. Sé lo que estás pensando. Llego tarde a almorzar. Es que Galante me tiene acá escribiendo un informe. Voy para allá en cuanto termine. ¿Sorolla está ahí con vos? Los veo en un rato. Chau. —Cortó, cansado.

Estrático escribía frenéticamente. Mañana le diría que ordenase la oficina de arriba abajo. Con semejante desorden, no lo sorprendía que nunca encontraran nada. Y eso, a pesar de que era, probablemente, el único cana que no tenía ningún objeto personal en la oficina. *Hay tiempo para un traguito rápido*. Alzada abrió el cajón de su escritorio, corrió papel y birome para encontrar su petaca, y se la ofreció a su subordinado:

—¿Un traguito?

A Estrático le podía la indecisión. Seguramente, su conciencia estaba recordándole la estricta prohibición de beber en servicio, aunque, por supuesto, la norma no se aplicaba a la copa de vino de rigor con el almuerzo. Pero la prohibición existía, y Estrático amaba las reglas. Por otro lado, ¿acaso no quería convertirse en el primer agente que compartiera un trago con el elusivo Alzada?

—Sé de uno que se murió con el brazo así.

—Disculpe. —Estrático se apresuró a tomarla y le dio un sorbo sin

dejar que sus labios tocaran el gollete. Su cara reflejó aún más asombro.

Alzada sonrió sin dientes. De todos los tipos de alcohol que Estrático podría haber esperado encontrar, Pedro Ximénez era el menos probable. Un intenso vino de jerez de España meridional que tomaba por asalto las papilas gustativas con la insistente dulzura de la melaza. La única bebida alcohólica que Paula se concedía.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—¿Otra?

—Sí, señor. —Estrático sonrió y le devolvió la petaca.

Alzada tomó un trago. Se figuró al diputado Pantera en su mansión, desesperado por resolver el problema de una amante convertida en inconveniente. Se figuró a Norma subiendo al auto, confiando en el chofer, lista para que se la llevara. Se figuró al chofer, reacio a rematar el trabajo. Todo producto de su imaginación.

—No sabía que tenía un hijo, señor.

—No es mi hijo —replicó Alzada de inmediato.

—Oh, disculpe.

—No tiene por qué pedir perdón, Estrático. Es una confusión común… —Alzada estaba a punto de embarcarse en una explicación cuando la programación musical de la radio cambió por la voz del locutor de las noticias. *A la mierda. Las tres*—. Ahora sí que tengo que irme —dijo, guardando la petaca en el cajón y cerrándolo con llave—. Sabe lo que tiene que hacer, ¿no? Pídale a Petacchi las fotos y el informe toxicológico, y complete el informe. Cuando vuelva de almorzar, podemos hablar tranquilos, ¿sí?

—Por supuesto, señor.

—Y déjelo sobre el escritorio de Flores cuando termine. No quiero volver a ver ese archivo nunca más.

16
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 15:45

La casa estaba a oscuras. La casa estaba en silencio. Había sido construida con las temperaturas de Buenos Aires en mente; el estrecho pasillo blanco y el piso de mármol mantenían bajo control las húmedas olas de calor. Más de una siesta de verano la habían dormido con Sorolla tumbados directamente sobre el mármol bajo un castillo de almohadas. Este silencio era extraño. Cuando llegaba a casa para almorzar, lo habitual era que a Alzada lo recibieran el aroma de una comida deliciosa, el sonido de Paula tarareando una melodía difícil de reconocer y, en el fondo, Sorolla viendo el noticiero. Hoy, podía oír el zumbido de la heladera. El inspector desanduvo su camino hasta la entrada y encendió la luz. El mantel de hule a cuadros blancos y rojos. Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Dónde está Paula?

Alzada sintió que las rodillas se le aflojaban. Miró su teléfono. Nada. Apoyó ambas manos sobre la mesada. Alivio fresco para sus palmas. Entonces vio una nota escrita con la meticulosa caligrafía de Paula: “Nos fuimos a terapia. Te amamos. P. y S.”. *Claro, es miércoles. Mierda.* Todos los miércoles Sorolla tenía sesión con el doctor Emmerich, un renombrado psicólogo. Uno podría pensar que, con veintitrés años, a Sorolla le daría vergüenza, o habría preferido ir solo. Al contrario, había pedido expresamente que Paula y Joaquín lo acompañaran. *Todas las semanas. ¿Cómo puede habérseme olvidado?* Se había convertido en una tradición familiar, lo único que se mantenía inalterable en el creciente trajín de sus existencias. Primero, un almuerzo temprano, que, distraído, se había perdido. Luego, un paseo hasta el consultorio. Charlaba con Paula hasta que terminaba la sesión de Sorolla y, en el camino de vuelta, los tres iban a comer helado a Chungo. *Joaquín, Joaquín…* Tan ocupado lo había tenido la tragedia de otra familia que había descuidado la de la suya. Miró su reloj. 15:47. Todavía podía alcanzarlos. Pero ¿qué iba a comer? En la heladera, encontró una segunda nota. Como de costumbre, Paula iba un paso por delante. “Para vos”. En el estante superior, lo que suponía una montaña de milanesas. El plato preferido de Sorolla. Fue a tomar un porrón de cerveza, cuando vio otra nota en una de las botellas de Quilmes: “Una sola…”. *Nada de cerveza, entonces*. De todos modos, no

le alcanzaba el tiempo. Si salía en ese mismo instante e infringía todas las normas de tránsito habidas y por haber, los alcanzaría llegando al consultorio. Pero eso significaría perderse el almuerzo. Decisiones, decisiones, decisiones. Con dos dedos expertos, tomó una milanesa de debajo de la compleja topografía del papel de aluminio. *De vuelta al auto.*

Alzada dobló la esquina y divisó a Paula y a Sorolla en la puerta del consultorio. A la distancia, su sobrino podría ser el muchacho que el inspector había visto esa mañana. Llevaba la misma campera de *jean*, sin la mochila. *Puede haberla dejado en casa cuando fue a almorzar*.

—Tengo que entrar —dijo Sorolla, directo como siempre.

—¿Ya?

Impasible, Paula señaló su reloj.

—Las cuatro y diez.

—Cuatro y *ocho*.

—Bueno, Joaquín, las cuatro y ocho.

—Gracias por esperarme —dijo Alzada. *¿Cómo hicieron para llegar? ¿Y a horario?*

—Bueno. Nos vemos más tarde. —Sorolla desapareció dentro del edificio.

—Veo que… —Cuando quedaron solos, Paula pasó una mano por el cuello de la camisa de su marido—. Tenés migas en la ropa. Me imagino que viste que se te había hecho tarde y decidiste que tenías tiempo para comerte una milanesa.

Alzada no tenía intención de empeorar las cosas confesando que había comido en el auto —cosa que habían quedado en no hacer nunca— y que habían sido no una, sino dos. Decidió hacerse el loco: como un adolescente que finge estar sobrio cuando llega a su casa después de una noche de fiesta, se quedó tan inmóvil como le fue posible.

Ella lo escudriñó.

—¿O fueron dos?

Alzada sabía que negarlo no haría más que agravar su situación.

—No —hipó. Al cabo de un momento, agregó—: ¿No se te ocurrió que quizás hoy no es el mejor de los días para esto? No pasa nada si se pierde *un* miércoles.

—No a todo el mundo le gusta sufrir en silencio… Lo necesita.

Si lo sabré yo. Ese era el único motivo para el inmenso sacrificio financiero que representaban para ellos estas sesiones semanales.

—Sé que es mucho pedir que cortes el trabajo y vengas a almorzar con nosotros todos los días.

—Me lo permiten.

—No me refiero a eso. Sorolla y vos no coinciden en ideas, y tal

vez por eso las cosas entre ustedes vienen estando un poco tensas últimamente, pero, así y todo, le gusta que vengas. Aprecia tu esfuerzo. En particular los miércoles. —*¿Quién lo habría dicho?*—. A vos también te interesó un día la política. ¿O empezó a fallarte la memoria, viejo?

—No es eso —replicó Alzada, preguntándose qué era realmente—. Estoy pasado de trabajo y sí, se me fue de la cabeza que hoy era miércoles. Y sí, tenía hambre. Y sí, agarré una milanesa y me la comí por el camino. Denunciame, si querés —gruñó. Entonces, sorprendido por su propia vehemencia, se apresuró a modular el tono—: Pero estoy acá, ¿no?

—Sí. —Paula respiró hondo—. Sí que estás. Caminemos.

—Dale.

—Joaco, antes de que me olvide… —comentó ella, cuando tomaron una silenciosa calle residencial. ¿Por qué no había estudiado psicología *él*? Estos tipos estaban forrados en guita. *Se necesitan las mismas habilidades que las de mi trabajo, menos la violencia*. Podrían haber vivido en un barrio como este, con calles arboladas, en vez de autos venidos abajo. *No estamos lejos de donde vivía Norma. Vive*.

—Te llamó Orestes.

—¿Quién?

—Orestes.

—Hmmm… —dudó.

—¿Tu oficial?

—¡Ah! No, no es *mi* oficial. —Alzada desechó la idea agitando la mano—. Solo me lo asignaron temporalmente, con la excusa de darme una mano. En deferencia a mi “avanzada edad”, supongo. La verdad es que *alguien* —señaló hacia arriba; era raro que mentara a Galante en voz alta— debe de sentir cierta culpa por no permitir que me jubile y, por si eso fuera poco, por ponerme a cargo de un caso de desaparición de persona.

Paula no dijo nada, pero abrió mucho los ojos. *Mierda*. Siempre se había cuidado de ocultarle las investigaciones que le tocaban, cuando eran particularmente turbadoras.

—Sea como sea —Alzada tosió—, lo devolveré con mucho gusto en cuanto las cosas vuelvan a la normalidad. No sirve. Para nada. Y lo peor —se mofó— es que los padres le pusieron Orestes.

—Bueno, la cuestión es que me llamó. —Paula parecía ofendida.

—¿Te llamó a *vos*? ¿Pero cómo…?

—¿Cómo qué, Joaquín?

—No puedo creer que ese boludo te haya llamado a *vos*. ¿Es que no se respeta nada? —*¿Por qué tiene tu número?*

—¿Terminaste?

—No sé —gruñó Alzada—. ¿Qué quería?

—Quería hablar con vos —respondió ella sin más—. Dijo que no contestabas el celular.

—No entiendo. Yo… —Alzada se tanteó el bolsillo interior del saco—. Debo de haberlo dejado en casa. Estaba tan apurado.

—Viste el refrán, las prisas son para los delincuentes y los malos toreros —se burló Paula.

Alzada frunció el ceño.

—¿Y no dejó nada dicho?

—Que el informe de toxicología salió limpio. Una copa de vino o dos con la cena. Esperá… Y que hay una anomalía: altos niveles de HCG.

—¿GCH?

—Sí, eso. ¿Qué es?

—Gonadotropina coriónica humana. —Joaquín sofocó una exclamación. *Estaba embarazada.*

—Joaquín…

—Ah, es una hormona. Un indicador no concluyente, pero sí bastante certero de embarazo.

—¿Y supongo que eso no es bueno para tu caso?

—No, no es eso exactamente.

Estaban acercándose a los límites de su acuerdo tácito. Lo habitual era que él se mantuviera elusivo respecto a los detalles de su trabajo; Paula se cuidaba de nunca ir más allá de un poco de charla al respecto. No. No iban a conversar del trabajo, y menos aún de este tipo de caso. Abrirían una puerta que Alzada no estaba seguro de que serían capaces de volver a cerrar. Una puerta que daba directamente a cómo Sorolla había ido a vivir con ellos, y a por qué estaban justo ahí, esperando a que saliera de su sesión de terapia. Con todo, estaba cansado. Las esquirlas de los secretos que había ido acumulando durante cuarenta años de matrimonio estaban comenzando a pesarle. Si tan solo hubiera una manera de sacarlo todo a la luz sin alterar el delicado equilibrio entre ellos. Una ofrenda en el altar de la deidad de la coexistencia.

—Es una mujer que está… —Alzada tropezó con la palabra— desaparecida.

—Entiendo. ¿Y está embarazada? Pero, si no la encuentran, ¿cómo puede ser que tengan su informe toxicológico?

—Bueno, resulta que… esta mujer. La vieron por última vez cuando salía de su edificio. Entonces, hablamos con el portero, y no tiene nada que decirnos. Bah. Nada, no: un número de patente. Sabemos quién es el dueño del auto, pero obviamente no es el “dueño”, así que no tenemos forma de vincularlos a los dos. No veo qué podemos hacer. Mejor dicho, no en un plazo que pueda ayudar a esa pobre mujer. Dios sabe dónde estará ahora.

—El segundo mandamiento, Joaco.

—Tenés razón —concedió Alzada, aunque creía que, si había una ocasión justificada para pronunciar el nombre del Señor en vano, era esta—. Lo que quiero decir es que, cuanto más tiempo pasa, menos posibilidades tiene. Y, si hicieron las cosas "bien", lo que doy por sentado, dadas las latitudes sociales de las que estamos hablando…

—¡Siempre con esas palabras, Joaco! ¿"Latitudes sociales"?

—Ella es de una muy, muy, *muy* buena familia. Dueños de medio Buenos Aires.

—¿Y lo del informe toxicológico entonces?

Alzada titubeó.

—Dale —lo instó ella con suavidad—. Sé que normalmente no hablamos de estas cosas, pero tengo intriga.

Ya que estamos…

—Apareció un cadáver esta mañana. A eso me refería cuando te decía que estoy tapado de trabajo. Pero pasa —Alzada respiró hondo— que no podemos avanzar con la investigación de la desa- parición. Si no hay cuerpo, no hay delito.

—Es como cuando Videla respondió a una pregunta sobre los desaparecidos en una conferencia de prensa. ¿Cómo fue qué dijo? ¿Te acordás? "Es una incógnita, es un desaparecido. No tiene entidad, *no está*… ni vivo, ni muerto".

—¿Me estás citando a Videla? ¿En serio?

—Sí —resignación en la voz. A veces se preguntaba de dónde sacaba la paciencia que requería el trabajo a tiempo completo de ser la señora de Alzada.

—Tenés razón —concedió él—. Y Videla también la tenía. Es eso: la incógnita… ¿Cómo podés condenar a alguien por homicidio solo con evidencia circunstancial? Es casi imposible hacerlo sin un cuerpo. Y precisamente por eso Videla está disfrutando de su regio departamento de Belgrano, en vez de pudrirse en una celda.

—Claro. Pero justo eso quería decir: en matemáticas, las incógnitas se resuelven con la regla de tres simple. ¿Te acordás, de la escuela?

—"Tal cosa es a tal otra como equis es a…"

—"Como equis es a…" —repitió ella, recalcando cada palabra—. Si para continuar la investigación necesitás un cuerpo, entonces encontrá uno para usarlo como término. Y después, con eso, encontrás el valor de equis.

—¿Sabés que no sos la primera persona que me sugiere eso?

—No me digas que al final Orestes no es tan mal policía… —se burló ella—. Además, y no creas que estoy diciendo que haya que condenar a alguien por algo que no hizo, pero quizá… ¿No va siendo hora de que la gente pague por lo que hace? Mirá a tu alrededor: ¡la

revolución está acá! —Señaló con un vasto gesto; había elegido la calle más tranquila de Buenos Aires para hacer esa afirmación.

Alzada sonrió.

—Vos me entendés.

—Veo que Sorolla te convenció.

—Tal vez —Paula estaba incómoda—. Digo… No estoy de acuerdo con la violencia. Pero ¿no es hora de que cambien las cosas? —Hizo una pausa—. Al menos, lo intentan.

—Aunque saben desde el principio que van a fracasar.

—No sé, Joaquín… ¿Vos solo hacés cosas que sabés que vas a lograr?

Alzada suspiró. *A esta altura del partido…*

—Pero vamos a lo que importa. ¿Se parecen?

—¿Quiénes?

—Despertá, viejo. La muerta y la desaparecida, ¿se parecen?

Todos los muertos se parecen.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no seguís adelante? Galante no va a echarte.

—En algún momento, sí. —Alzada se rio.

—Hoy no. No va a gustarle, tal vez, pero sabés que al final del día va a defenderte.

Alzada se puso serio.

—Es peligroso. Es alguien que ya mató…

—Presuntamente.

—Presuntamente mató a alguien, y por si fuera poco, a una Echegaray…

Paula no reaccionó ante la mención del apellido.

—Quién sabe qué nos podría hacer a nosotros.

—Antes que nada —intervino Paula—, ¿desde cuándo Orestes y vos son un "nosotros"?

Alzada ignoró la ocurrencia.

—Estrático solamente quiere arriesgarse porque no tiene a nadie.

—Eso no lo sabés —dijo ella con repentina severidad—. En cualquier caso, lo que tenés que hacer es buscarte un protector más poderoso que el de tu sospechoso. Sin padrino, no hay bautismo. Con los Echegaray de tu lado vas a estar seguro. No hay mejor protección que la de una familia de plata.

—Vos algo sabés de eso…

Paula sonrió.

Inadvertidamente, habían llegado a la vieja casa familiar de los Aranguren. Alzada se detuvo a admirar el esplendor de la casa chorizo en la que había pasado tantos domingos de su juventud cortejando a la joven —y exasperantemente indecisa— Paula Aranguren. La casa de piedra, de principios del siglo veinte, había sido construida imitando

los clásicos franceses. En la fachada, dos ventanas simétricas enmarcaban dos columnas jónicas de piedra, que a su vez enmarcaban la puerta principal de madera. Las ventanas casi podían pasar por puertas, ya que quedaban a apenas treinta centímetros del suelo. Estéticamente, la única diferencia entre ellas y la entrada eran dos rejas de hierro simbólicas que las hacía parecer balcones ridículos sobre setos de jazmín en miniatura. A la derecha de la puerta, sobre el timbre, la lamparita estaba quemada. Al parecer, los nuevos propietarios no le tenían tanto afecto como sus dueños originales. Alzada bajó la vista y miró a Paula a los ojos.

—Si hoy se ponen feas las cosas, te tragás tu orgullo y vas con Sorolla al *country*, a la casa de tu viejo, ¿sí?

Paula no respondió. Después dijo:

—¿Te acordás de cuando le enseñaste a Sorolla a chupar el néctar de los jazmines? Se pasaba horas sentado debajo de esas enredaderas. —Su manera de asentir a una propuesta que no le gustaba.

—Sí —dijo Alzada, demasiado preocupado como para decir más. Parecía una eternidad desde que Sorolla era niño.

—En fin, respecto a esa mujer…

Sonrió. *Es Paula la que tendría que haber sido inspectora*. Alzada se metió la mano en el bolsillo y no encontró su teléfono. Otra vez.

—¿Me prestás tu teléfono un segundo, por favor?

Antes de que Paula pudiese responder, él ya estaba marcando.

—¿Estrático? ¡Sí! Me lo dejé en casa. Sí. Demasiado pronto para confirmar. Bueno. Escuche, estuve pensando. Creo que tengo una idea… ¿Tiene las fotos? Bien. ¿Dejó todo sobre el escritorio de Flores? Fantástico. Tome la carpeta completa y vaya a esperarme al departamento de Norma Echegaray. Llame a los familiares y dígales que estén ahí en… Digamos que en… —Miró su reloj—. ¿Puede estar ahí en tres cuartos de hora? Sí. En el departamento de Norma. Una hora, mejor. El tránsito está complicado… Y no llegue tarde.

Alzada le devolvió el teléfono a Paula.

—Mirá quién habla. “No llegue tarde”.

—¿Qué?

—Nunca llegaste puntual en tu vida.

—Otra vez te pido disculpas por llegar tarde hoy. Estoy teniendo un día muy, muy complicado. —Se interrumpió para ver si se había mostrado convincente—. Así que…

—Te tenés que ir —completó ella.

—Perdón, en serio.

—Andá —dijo ella, resignada.

Una sonrisa asomó en la barba incipiente de Alzada.

—Pero te afeitás ese mamarracho.

—Se van directamente a casa, ¿sí? ¿Después de esto?

—Sí.

—Los dos.

—Sí, Joaco.

Le dio un beso apresurado en la mejilla, dijo “Sos la mejor”, y emprendió una veloz marcha rumbo a Castex 2640.

—Más vale que lo sea —gritó ella a sus espaldas—. Más vale —repitió para sí.

17
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 21:25

Afuera era noche. Joaquín fumaba, apoyado contra la puerta mosquitero de la cocina. “Siempre estás en el medio”, había dicho Paula un día, y con eso, había decidido que no podía sentarse dentro mientras ella cocinaba. Tenía razón: él siempre se colocaba para poder hacerse subrepticiamente con una porción de entraña. O de torta. O de milanesa. O una empanada. Desde el vano de la puerta, podían hablar, y Joaquín podía fumar. Aproximadamente a la mitad de su período de cortejo, después de meses y meses de fumar juntos, Paula lo había estimado un hábito asqueroso y lo había dejado, pero, para entonces, era demasiado tarde para que ella se desenamorara de él, y para que él se desenamorara de ella. Así que ella lo permitía… apenas.

—¿Lo apagás por favor? —pidió ella desde dentro—. Es el tercero al hilo.

Joaquín cambió el cigarrillo a su mano izquierda para mirar la hora, amagó un movimiento en dirección al cenicero, y finalmente ignoró el pedido.

—No sé si esta es la mejor idea que hemos tenido, o la peor.

—Que *vos* has tenido —puntualizó Paula, claramente aún enojada por la marca en la alacena, que, por supuesto, él no había logrado quitar por completo. Señaló hacia la oscuridad del exterior; se acercaba el rugido de un auto—. Ya nos vamos a enterar.

Al ver a su superior, en un acto reflejo, Joaquín arrojó la colilla en la maceta junto a la puerta de entrada. Abandonó su postura encorvada, se pasó la mano por el pelo recién lavado para cerciorarse de que estuviera bien colocado, se preguntó si todavía olía a alcohol, y se puso aún más derecho para contrarrestar esa duda.

—Buenas noches, comisario.

—Buenas noches, comisario Vukić —dijo Paula.

—Llámeme Fernando, por favor —fueron las primeras palabras del comisario.

Al franquear el umbral de la puerta de la cocina, se quitó el sombrero y tomó la mano de Paula en una casi reverencia. *Un lobo con piel de cordero*. Con el mismo gesto galante, era capaz de quebrar una mano en siete pedazos. Joaquín lo había visto.

—¿Un café, comisario, digo, Fernando? —ofreció Paula, mientras Vukić se aproximaba a la silla de la cabecera. Había elegido el punto equidistante entre la puerta de entrada y la que daba a la sala, y desde allí no perdía de vista a Joaquín.

Antes de que Vukić pudiera responder, o sentarse, Joaquín se precipitó:

—Desaparecieron a mi hermano.

Aún de pie, Vukić se giró a Paula, quien sostenía la reluciente belleza octogonal de la Bialetti. Ver la cafetera expreso temblar en sus manos le hizo sonreír.

—¿Es así?

—Él y la mujer—confirmó Paula. Su voz, firme hasta ahora, se quebró.

Joaquín no despegaba los ojos del comisario. Vio cómo Vukić se desabrochaba los botones del saco de a uno y se sentaba a la mesa, como si no hubiera oído nada. El joven inspector tomó notas mentales de su jefe, como lo haría con un sospechoso. *Como me enseñó él*. Vukić se negaba a hacer concesiones a la moda del momento —a los tonos beige, ocre, granate, verde oscuro, y a los caprichosos motivos geométricos. En vez, era todo un baluarte del clasicismo: en un impecable terno azul oscuro, se veía casi absurdo en la modesta cocina de los Alzada, en la que predominaba, por elección de Paula, un cálido beige. *¿De dónde viene a esta hora, vestido así?*

"¿Ya no vive con su esposa, no?", le había preguntado Paula una vez. "¿Cómo sabés?", había contestado Joaquín, preocupado por que el comisario se hubiera propasado con ella. "No le dijo a nadie". De hecho, Alzada solo lo sabía porque era uno de sus subordinados preferidos, y le había llevado unos papeles a su casa. "Por el traje", había contestado ella sin inmutarse. Y, al ver la expresión de desconcierto en el rostro de Joaquín, había aclarado: "No tiene una mujer que se lo planche". *Sin dudas, ella habría sido mejor policía que yo.*

Vukić golpeaba tiernamente la mesa con su anillo de sello de oro —blasón de la familia y todo. Su ceño fruncido revelaba la existencia de un proceso mental activo. Joaquín sabía que los tiburones no sobreviven si dejan de nadar, no por el singular posicionamiento de sus agallas, sino porque carecen de una vejiga natatoria en la que almacenar oxígeno para mantenerse a flote. Se preguntó si Vukić tenía una vejiga natatoria. Ciertamente, tenía un plan.

La voz de Paula al lado del horno lo sacó de su ensimismamiento.

—Ya te dije que no me gusta que uses la palabra "desaparecer" así.

—¿Así cómo? —Joaquín no despegaba los ojos de Vukić.

—Como verbo transitivo, idiota —el comisario interceptó la

pregunta, y después repitió—: Como verbo transitivo. —Una risa cavernosa le estremeció el vientre. Interrumpió el contacto visual con Joaquín y se giró—: Y sí, Paula. Me encantaría un café.

Para sorpresa de Vukić, Paula no solo trajo la cafetera, sino que se sentó a la mesa con ellos. Joaquín sabía que el comisario se sentía más cómodo en compañía de hombres. Después, para sorpresa de Joaquín, Paula encendió un cigarrillo. Con una leve sonrisa, Vukić le acercó el cenicero que ella había depositado frente a él.

—Por lo menos ahora entiendo lo de esta mañana…

Joaquín bajó la mirada, pero continuó donde se había interrumpido, a mitad tratando de evitar la cuestión de Galante, a mitad tratando de no acobardarse.

—Lo llamé porque no tengo ni idea de qué hacer. No sabemos dónde buscar. Ni a quién preguntarle. Yo…

Paula le tomó la mano conforme se le cerraba la garganta.

—Pero eso no es verdad, ¿no? —sonrió Vukić. Ambos Alzada estaban perplejos—. No me habría llamado precisamente a *mí*. No me habría invitado a su casa. Ha corrido un riesgo enorme. —Joaquín tragó saliva y esperó que su jefe no lo hubiera notado—. Supongo que sí tiene idea de qué hacer. Y también supongo, corríjame si me equivoco, que yo no fui su primera opción. —Joaquín negó con la cabeza—. Por favor, dígame que no se contactó con las Madres.

—No —dijo Joaquín.

—Bien. Están bajo vigilancia constante. Una sola llamada, un solo encuentro, y usted quedaría viuda automáticamente —explicó, volviéndose hacia Paula, luego hacia Joaquín—. ¿Y los camaradas de su hermano?

—¿Qué pasa con ellos?

—Alzada…

—No creo que él haya estado… —protestó Joaquín.

—¿Se contactaron con usted?

—No —confirmó el inspector.

—Ahí tiene los valores revolucionarios. —Vukić tosió sin un ápice de condescendencia—. Seguro que están esperando que se quiebren durante las primeras veinticuatro horas y están demasiado ocupados cambiando ubicaciones. Muy bien. Ahora que estamos todos enterados de la situación, hablemos del plan. Está claro que usted no me hizo venir acá solo para decirme que tiene un problema. O que tiene una idea. No. Yo no estaba al tanto de los detalles, pero pude sacar mis conclusiones sobre su conducta de hoy. —Por instinto, Joaquín se tomó la diestra, todavía un poco hinchada—. Usted me llamó porque *sabe* qué quiere hacer. Y necesita algo de mí.

Joaquín bajó la vista. Tanto tiempo la admiración que sentía por su superior se había visto empañada por el conocimiento de sus

oscuros manejos. “Cuando sea comisario, haré las cosas de otro modo”, se había prometido Alzada alguna vez. Alguna vez. Eso había sido hacía tiempo. Esto era ahora.

—Bien. Baje la vista, a ver si encuentra sus pelotas, con perdón, señora —Paula ni se inmutó—, y me lo pregunta. Porque para eso me invitó, ¿no?

Joaquín titubeó. Había estado pensándolo desde el momento en que Galante se había negado a ayudarlo, pero apenas mencionar esto sería suficiente para sacrificar su carrera, en el mejor de los casos, y su vida, en el peor. Volvió a tragar saliva. De repente, pasar los años que le quedaban en el cuerpo inventariando municiones en algún sótano mohoso le pareció una sanción justa por su atrevimiento.

—Vamos, Joaquín. Dígamelo —insistió Vukić.

¿Era la primera vez en quince años que llamaba a Alzada por su nombre de pila? El comisario se inclinó hacia delante con expresión hambrienta. *Por eso me llamó por mi nombre.* Vukić tenía razón. Le había atendido el teléfono. Estaba sentado en su cocina. Era tarde para arrepentirse. *No es más que decirlo en voz alta*.

—Quiero ir a buscarlo.

Joaquín se quedó esperando el impacto. Observó cómo Vukić se tomaba su tiempo para sacar otro cigarrillo del paquete y luego sonrió jovial.

—¡Ahí está! ¿Ve? No fue *tan* difícil. —Dio una larga pitada—. Bueno, ahora que las cartas están sobre la mesa, vamos a la parte buena.

La parte buena. Por supuesto que lo sabía. Solo había un par de razones por las que un subordinado, uno que tiene un hermano problemático, le pediría una reunión discreta después de haberle pegado una trompada a un compañero en comisaría. En su día franco. Vukić sabía qué le quería pedir Joaquín y, aun así, ahí estaba, sentado en su cocina, con una amplia sonrisa. ¿Por qué?

—Mire, sé que va a revivir esta noche una y mil veces —dijo el comisario, interrumpiendo el pensamiento de Alzada—. Pero ese día aún queda lejos. Para usted, y para mí. Déjese de soñar. Déjese de pensar. Personalmente, yo prefiero arrepentirme de lo que hice, a arrepentirme de lo que no hice. Así que vayamos al grano. —Vukić hizo el más imperceptible de los gestos hacia Paula. *Quiere que le diga que se vaya*. En el hogar de los Alzada, la disposición actual tendría que valer—. Está bien. Primero. Necesitamos al menos una persona más. Creo que va a oponerse al candidato que tengo en mente… Escúcheme bien antes de decir que no. —Vukić clavó su mirada en Joaquín—. ¿Conoce al muchacho este que trabaja en la oficina? No es del cuerpo. Me refiero al asistente forense de por las tardes…

—No —lo interrumpió Alzada; en comisaría, no se habría

atrevido jamás. Sabía perfectamente a quién se refería el comisario. *Por encima de mi cadáver.*

—¿De quién estamos hablando?—preguntó Paula. Joaquín sabía que lo que quería decir era: “¿He oído hablar de él en las raras ocasiones en que me contás algún chisme del trabajo?”

—No —repitió Joaquín, en parte respondiéndole a ella, en parte rechazando la propuesta de Vukić. Apagó el cigarrillo y se cruzó de brazos.

—Es… —intentó explicar Vukić—. Bueno. Tiene razón. Es… excéntrico.

Joaquín, como un niño que creía que no estaba transmitiendo la intensidad de su descontento, hizo una mueca y gruñó.

—Sí, Joaquín, entendimos que no estás de acuerdo —dijo Paula, en absoluto impresionada por las excentricidades de su esposo. Y girándose hacia Vukić—: Pero ¿es bueno, Fernando? —*¿Fernando? ¿De verdad?*

—Es bueno en lo suyo —dijo Vukić—. Se llama Elías. Es inteligente. Es eficiente. Sabrá adónde se los llevaron. Y, lo más importante, sabe estarse callado.

—¿Cómo puede estar seguro de eso? —inquirió Paula.

—Él… —Vukić vaciló buscando la palabra adecuada—. Él… sabe cómo funciona el sistema.

—¡Es un colaborador! —exclamó Alzada.

Paula lo fulminó con la mirada.

—Técnicamente no —respondió Vukić—. Lo que él hace es… Se asegura de… —Explicar la situación estaba incomodándolo hasta a él —. Se asegura de que sigan vivos.

Si Joaquín hubiese mirado a Paula, habría podido observar cómo la información calaba en ella. La sonrisa se le tensó, la respiración se le agitó. En vez, se levantó de la silla bruscamente y confrontó al comisario:

—¡Se asegura de que sigan vivos para poder seguir torturándolos! ¡No es cuestión de que se te mueran antes de establecer que son inocentes, claro!

—¿Qué quiere que le diga, Alzada? ¿Qué es lo que le haría sentirse mejor? —Vukić se incorporó para ponerse a la altura de Alzada, y al hacerlo, se elevó sobre él—. ¿Que le diga que es un experto en dolor? ¡Lo es! ¿Que sabe muy bien cuánto se puede golpear a una persona antes de que se desmaye? ¡Lo sabe! ¿Cuántos días puede pasar alguien sin comer ni beber? ¿Cuál es el voltaje adecuado para que te duela como loco, pero no llegue a freírte el cerebro? ¿Porque si eso pasa, no podés contestar más preguntas? ¿Dar más nombres? Sabe todas esas cosas, y unas cuantas más que usted no quiere ni imaginar. ¡Ese es su *trabajo*! ¡No todos podemos ser Sócrates,

Alzada, y tomarnos la puta cicuta! ¡A algunos no nos queda otra que vivir en el mundo real!

Vukić recuperó el aliento y, por un instante, pareció sorprendido de haber alzado la voz. Paseó la mirada por la cocina y volvió a sentarse. Alzada lo imitó.

En un tono más suave, el comisario continuó:

—¿Qué quiere que le diga? ¿Se quedaría más tranquilo si le digo que… que en el fondo es buena persona? ¿Que bajo ese aspecto tosco…?

—De tosco no tiene nada —bromeó Joaquín.

—Cierto, no. —Vukić sonrió—. Escúcheme. Es un tipo con recursos. Dispuesto. Conoce los centros de detención como la palma de su mano. Tiene conocimientos médicos.

Joaquín bajó la cabeza y clavó la mirada en la borra del fondo de su pocillo. Si alguien le hubiera dicho que un día se encontraría en esta situación, se habría reído en su cara. Inclinó la taza, y la disposición de la borra cambió. *Esto no está pasando.* Había tiempo para enmendar. ¿Era posible engañar al destino?

—Mi madre se la habría leído —dijo Vukić, señalando la taza de Alzada con la cabeza—. En los Balcanes se hace mucho. Yo le puedo decir algo mejor: en la vida no se llega muy lejos juntándose solo con santos, Alzada. No estoy pidiéndole que se haga íntimo amigo. Pero es la mejor opción si quiere sacar a su hermano y a su cuñada del infierno en el que están.

—Estoy de acuerdo —dijo Paula. Y con eso, la cuestión quedó zanjada.

Como si su intervención le hubiera recordado a Vukić que ella estaba presente, dijo:

—¿El todopoderoso no quiso darles una mano? Habría dicho que sabe a quién llamar para hacer esto… —Miró de soslayo a Paula.

El viejo Aranguren estaba jubilado desde hacía tiempo, pero los vínculos en los mejores círculos sociales de Buenos Aires eran duraderos. Los beneficios de pertenecer a una dinastía en una ciudad en la que eso aún significaba algo. Nadie sabía que no estaban en buenos términos, y Paula nunca iba a admitirlo en público, desde luego no ante Vukić. Joaquín no estaba preocupado; ella tenía una extraña habilidad para eso. Solo alguien que llevara muchos años casado con ella podría haber detectado la aflicción en su sonrisa cuando se puso de pie para salir, y dijo:

—Por favor, no vuelvan a levantar la voz. No quiero que despierten al nene.

Mierda.

Paula se paró en seco y miró a Joaquín, terror en sus ojos.

¿Cómo lo había explicado Vukić, cuando les enseñó a los novatos

cómo interrogar? “El miedo tiene un olor”, dijo, saboreando cada palabra. “Uno muy característico. Y no es un olor que a *nadie* le guste exudar. Lo que tienen que hacer es…” Levantando la nariz, husmeó el aire. “Detectarlo. Después, vayan y averigüen qué es lo que lo desata en esa persona”. Un escalofrío le recorrió la espalda a Joaquín. *¿Me estará oliendo a mí ahora?*

—¿Qué nene? —preguntó Vukić sin apuro. Era peor que si hubiera gritado.

Por primera vez, Joaquín vio quién era realmente su jefe. Quién Paula le había advertido, pero él se había negado a reconocer: un hombre que no terminaba de ser un caballero. Un matón con un reloj de oro decimonónico en el bolsillo. Paciente, sádico, oportunista. Un matón. *¿Por qué no me lleva preso? Sería el broche de oro a su carrera.*

—Bueno, ya que estamos… —Alzada miró a Paula. *No nos queda otra*—. Mi hermano y mi cuñada tienen un hijo. Un nene. Estaba en el departamento con ellos cuando vinieron. Por alguna razón no se lo llevaron.

—¿Qué quiere decir “por alguna razón”? —el tono de Vukić seguía tranquilo. Parecía estar casi disfrutando.

—Creo que oyó ruidos —*seguro* oyó ruidos— y se escondió instintivamente. Cuando llegamos al departamento, estaba debajo de su cama —explicó Joaquín.

Sin inmutarse, Vukić se puso de pie.

—¿Puedo verlo? —le preguntó a Paula. *¿Cómo sabe que es a ella a quien tiene que preguntarle?*

Si aún estaba asustada, ya no lo mostraba.

—Venga.

Mientras los tres caminaban al dormitorio, Alzada se preguntó si Vukić tendría la misma reacción que él, cuando le pusieron a Sorolla en brazos por primera vez. En el Hospital Británico, Joaquín se sorprendió de lo poco que pesaba y el mucho calor que irradiaba. Era como sostener en brazos una papa caliente, diminuta y rosada, arropada en un paño de lino con una cruz celeste. *Para recordarles a los padres quién es el verdadero dueño del bebé.* Cuando Jorge Rodolfo y Adela le dijeron que iban a ponerle su nombre, Joaquín se pasó días enteros llorando.

Pero no. Vukić se acercó a la cama, echó un vistazo rápido al bulto que dormía rodeado de almohadones y se volvió. Al salir, se adelantó a Alzada y le dijo:

—Solo quería ver por quién estamos haciendo esto.

De vuelta en la cocina, el comisario de pronto pareció tener prisa.

—Listo, entonces —dijo, mientras se abotonaba el saco—. Sin quejas. Ni pelotudeces como la de esta mañana. —Suavizó la voz.—

Mire, Alzada, si lo que quería era que le diera tareas administrativas *in aeternum*, habérmelo pedido. Ahora no me queda otra opción que suspenderlo. Y si Galante presenta una queja…

El inspector asintió.

—Voy a llamar a Petacchi. —Vukić enarcó las cejas y observó a Joaquín, quien se quedó quieto en silenciosa resignación—. Va a averiguar adónde los llevaron —continuó— y va a llevarnos ahí. Esta misma noche. Ya perdimos demasiado tiempo.

Joaquín miró el piso.

—Sí, señor.

—Otra cosa: esto va a salir caro —agregó Vukić—. El tipo es impecable, pero es un mercenario.

—Tenemos algunos ahorros —habló Paula.

—¿Y usted? —Alzada hizo la pregunta que había tenido en mente toda la tarde.

—¿Yo? —dijo Vukić, como si nunca hubiera matado una mosca.

—Sí, usted. —*¿Qué va a querer* él*?*

—Ya hablaremos. Por el momento, concéntrese en esto. Paso a buscarlo en un par de horas.

—Sí, señor.

—Y arréglese.

—Sí, señor —repitió Joaquín, sin saber qué quería decir.

Vukić tomó el sombrero de la mesada, se inclinó ante Paula y salió.

18
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 23:10

Como un perro apostado en su lugar preferido, Joaquín había vuelto a apoyarse en el marco de la puerta de la cocina. Alguna vez había leído que era la ubicación más segura en caso de terremoto. “Terremoto” era el apodo que su madre había conferido a Jorge Rodolfo de niño. Un día, exasperada por sus constantes travesuras, le había rogado una vez más que se quedara quieto. “¡Sos un terremoto!”, le había gritado la difunta señora de Alzada, en parte, esperando que cambiara, en parte, rindiéndose al hecho de que nunca lo haría. Terremoto. Del latín “terra”, tierra, y “motus”, movimiento. El nombre perfecto para él. Parecía que el menor de los chicos Alzada había trabajado cada día desde que nació para hacerle honor a esa descripción. Era rebelde y escandaloso e impredecible. En el bautismo de un primo, había saltado del techo de la casa a una fuente, vestido con la ropa de domingo. Joaquín sonrió. A cada ocasión, Jorge se había dedicado a sacudir la tierra y después esperado las consecuencias, impaciente y con cierta curiosidad morbosa.

Todo lo que había querido Joaquín era ponerse a cubierto. Había escapado, con éxito, del humilde departamento al lado de las vías del tren en el que se habían criado, hacinados como sardinas en lata. Había querido escapar de una facultad de Derecho que no le interesaba. Había escapado de lo que pasaba en comisaría. “El arte de interrogar a un testigo es precisamente eso: un arte”, recordó al profesor Iraola, quien daba clase apostado detrás de un escritorio que apenas ocultaba los muslos del sabio gigante. “El buen abogado solo hace preguntas cuyas respuestas ya conoce”. El joven Alzada se había imaginado a los delincuentes más rudos e inveterados en el banquillo, confesando sus crímenes a Iraola, de la mera presión de estar en su imponente presencia. Joaquín simplemente nunca había necesitado respuestas.

—No comiste nada —oyó a Paula decir desde el interior.

A veces se preguntaba qué lo había llevado a casarse con una persona de inclinaciones tan prosaicas: mantenerlo abrigado y alimentado parecía ser el objetivo principal de su vida. Miró hacia adentro y la vio cubriendo una bandeja de lasaña con papel de aluminio.

—Te comiste una sola porción —insistió ella. Cuando estaba nerviosa, cocinaba. Él, cuando estaba nervioso, comía. *Por eso me casé con alguien de inclinaciones tan prosaicas*.

—Muchos especialistas recomendarían menos de un kilo de lasaña por persona para cenar…

—Es así… para los demás —dijo Paula.

Podía oírla sonreír sin verla. Ninguno de los dos quería hablar. Ninguno quería discutir. Ninguno quería estar en esta situación, pero ahí estaban. Vukić no tardaría en regresar, esta vez acompañado de Petacchi. *Ojalá Jorge hubiera sido un poco menos valiente, y yo, un poco más.* ¿Acababa de pensar en su hermano en pasado? ¿Era así como sucedía? ¿Había empezado a hacer el duelo antes de tiempo?

Afortunadamente, Alzada oyó el rugido de la conducción temeraria de Vukić. Arrojó el cigarrillo a la maceta, se ajustó la corbata y se asomó a la cocina para despedirse. Paula no estaba. *Mejor así.*

Alzada cerró la puerta del auto y se dio vuelta para inspeccionar a Elías Petacchi. En comisaría, nunca le habría dedicado más de un vistazo a alguien como él, apenas un puntito en la pantalla de su radar. Un interino. Petacchi había comprendido —opor-tunamente para ambos— que había un inspector en particular al que convenía no romper las bolas, de modo que evitaba cruzarse con Alzada. Esa había sido su relación. Hasta ahora.

En el asiento de atrás, Petacchi parecía inquieto. El joven doctor estaba sentado en una postura que parecía al mismo tiempo artificial e incómoda, las piernas demasiado separadas, cada una rozando uno de los asientos delanteros. Sus ojos, rapidísimos, no se perdían detalle de los movimientos de Alzada mientras el inspector lo escrutaba. Una nariz prominente y fina, no completamente alineada con una mandíbula sin afeitar. Cabello oscuro —oscuro a juego con sus ojos—, que se abría como el telón de un teatro hasta alcanzar los hombros en ondas suaves, donde se encontraban con una campera de cuero y un suéter color mostaza. Debajo del cuello perfectamente almidonado de la camisa, un collar de caracoles. *Un hombre a medias*.

Bajo la mirada inquisitiva de Alzada, Petacchi se rebulló en el asiento. *No estás acostumbrado a que te miren, ¿eh?* Una comadreja como él se beneficiaba de pasar desapercibido, de no ser visto. Aun así, el forense ajustó su postura y dijo:

—Buenas noches, inspector. —Tendió una mano huesuda y tentativa en dirección a Alzada.

—Dígame una cosa —dijo Alzada, ignorando el saludo—. ¿Nunca pensó en ponerse un poco de gomina en esa melena? ¿O en cortarse el pelo, para representar dignamente la institución para la que trabaja?

—Alzada… —intercedió Vukić.

Aunque la oficina del comisario estaba en otro piso, nada sucedía en comisaría sin su conocimiento. Era perfectamente consciente del desagrado que producía Petacchi en, al menos, la mitad de sus hombres: sus conocidas colaboraciones nocturnas le granjeaban defensores y detractores. Aun así, todos ellos tenían que admitir que preferían trabajar con un médico corrupto que con uno zurdo. *Por lo menos con él sé a qué atenerme*. Alzada le dio un apretón de manos. El contacto le recordó al de una garra. El inspector le dedicó una amplia sonrisa. *Si no puedes convencerlos, confúndelos*. Petacchi respondió con una mueca aturdida.

No había tiempo para juegos. Vukić pisó el acelerador y los puso en sus respectivos sitios. Reinterpretó los semáforos como sugerencias y los cruces como chicanes. Siguió tan de cerca a los pocos autos a los que iban encontrándose en la avenida General Paz que estos terminaban por cambiarse de carril. Dedicó la mayor parte de su atención a sacar una latita de caramelos de regaliz de alguno de los muchos bolsillos de su impecable traje cruzado, del que no se había cambiado, y luego procedió a convidarlos con vehemencia. Llegaron a destino en un tercio del tiempo previsto. Alzada estaba mareado.

El complejo de la ESMA los recibió a la distancia. Más que la vista de las edificaciones del complejo, fue el repentino sentido de vacío. En la avenida General Paz, todavía había algunos faroles de alumbrado, el ocasional destello taciturno proveniente de los edificios de departamentos cercanos. Prueba de vida. Más allá, varias cuadras a su derecha, la extinción abrupta de toda luz y el comienzo de una oscuridad cerrada que se extendía hasta el Río de la Plata.

—Petacchi, cuando quiera… —dijo Vukić.

Petacchi farfulló.

—¿Y? —insistió el comisario. Estaban acercándose a la esquina del complejo. Alzada sabía que estacionar tan cerca, aun estando permitido, llamaría la atención. También lo haría continuar de largo, dar la vuelta a la manzana y pasar una segunda vez.

Petacchi carraspeó y respondió mecánicamente:

—Diría que doblemos a la derecha en Libertador y entremos por el ingreso principal. Al final de la cuadra, en la esquina de Comodoro Rivadavia. Es donde hay más movimiento. Si alguien entra a esta hora, no va a ser nada fuera de lo común. —Al inspector lo recorrió un sudor frío. *Lo común*.

A medida que manejaban a lo largo del límite sur del complejo, el inspector miró más allá de Vukić para absorber la magnitud de la estructura. Alzada había estado antes, pero no desde que lo habían reconvertido a su actual propósito. Originalmente, el predio había

albergado la Escuela de Mecánica de la Armada. La conveniencia de sus vastas instalaciones, su diseño eficiente y su inmejorable ubicación —convenientemente cerca y, al mismo tiempo, convenientemente lejos del centro de la ciudad— habían alimentado su notoriedad durante la dictadura: se encontraban ante el centro de detención más importante del país.

Un cementerio habría sido menos inquietante. Alumbrado solo por faros activados por movimiento dispuestos a lo largo de los muros perimetrales, su majestuosidad era impactante. Sobre una explanada de césped impoluto, decenas de cipreses, cedros y ceibos en flor distraían la vista de los edificios. Pasaron el Cuatro Columnas, el pabellón central, sus columnas clásicas de estilo jónico proyectando sombras patéticas sobre el césped. *Como los barrotes de un calabozo.* Alzada sospechaba que dentro no había barrotes.

—Acá —dijo Petacchi.

Viraron a la izquierda y se encontraron ante la entrada de la ESMA. Alzada se vio enfrentado con el monstruo silencioso y expansivo que descansaba pasada la valla. Había contado no menos de ocho o nueve construcciones distribuidas sobre una superficie que calculó en una docena de hectáreas, todas blanqueadas a la cal y con techo de teja española. ¿Había detenidos en todas ellas?

El médico le tocó el hombro a Vukić cuando el comisario puso rumbo a algo que habría parecido un paso a nivel —de no haber sido por los centinelas armados que lo flanqueaban.

—No aminore la marcha, salude con la mano. —*¿Cuán seguido viene acá?*

La barrera se alzó sin resistencia.

Petacchi señaló hacia la izquierda.

—El edificio al que vamos está al fondo de esta calle.

Vukić manejó con lentitud deliberada. A la izquierda, una hilera de plátanos. A la derecha, un muro de ladrillo. No se oía más sonido que el de los neumáticos sobre la grava.

Alzada se agachó instintivamente cuando pasaron ante una torre de vigilancia, dos cilindros esculpidos en concreto reforzado, uno encima del otro, cada uno con una aspillera horizontal idéntica de las que asomaban dos cañones inquisitivos. Nadie a pie. Vukić maniobró hacia la última construcción antes del muro perimetral.

—Acá al revés: vamos por la entrada de atrás —explicó Petacchi con calma. Podría haber estado hablando de un cine.

Vukić evitó la rotonda y tomó un callejón hacia aún más oscuridad. Se detuvieron frente a dos patios simétricos que daban forma de tridente a la parte trasera del edificio. Una miríada de ventanas parecía estudiarlos desde distintos ángulos. Alzada sabía que era muy poco probable que hubiera detenidos ahí: a esa altura, serían

demasiado visibles para el mundo exterior. Aunque nadie se atrevería a aproximarse tanto al complejo como para discernir su presencia. *Además, no querés darles la oportunidad de saltar por una ventana y terminar con todo.*

Así que acá es donde terminan. Esto de aquí, esta fea construcción castrense, era la respuesta a todas las insistentes preguntas formuladas en comisaría, a todos los *habeas corpus* presentados en vano, a todas las súplicas desesperadas hechas ante todo conocido posible, a todos los favores invocados a cambio de una migaja de información. “Dale, Joaco. ¿Tan ingenuo sos?” A Alzada le pareció oír la voz de su hermano. “Cuando las Madres se encuentran todos los jueves frente a la Casa Rosada demandando saber dónde están sus hijos, no es porque no sepan *dónde* están. No. Sí que lo saben. Es que saben que no van a volver”.

—Alzada, ¿sería tan amable de acompañarnos?

El inspector se dio cuenta de que Vukić y Petacchi, este último con un maletín inmaculado de cuero negro bajo el brazo, habían bajado del auto. El comisario estaba delante, y les indicaba con un gesto la entrada al edificio. De repente, Joaquín sintió frío. Se cerró dos botones del saco —como si fuera a servirle de algo—, se puso a la par de su jefe y se giró una última vez hacia el coche. Sobre la grava, alrededor del Audi plateado de Vukić, camionetas sin patente ni marcas identificatorias, estacionadas anárquicamente, pilas sueltas en un cajón.

Cruzamos el Rubicón.

La puerta lateral que había elegido Petacchi daba a un amplio, cavernoso vestíbulo. Alzada se lo imaginó en otros tiempos, concurrido y ruidoso, marinos bajando a toda prisa de sus dormitorios en los pisos altos, nunca tarde a sus tareas. A alguien se le había ocurrido alumbrar el espacio con luces atenuadas que apuntaban al techo, posiblemente con la esperanza de brindarle cierta elegancia. El resultado parecía un hotel decrépito de los años 1920. *Lúgubre*. En medio del recinto, un escritorio impasible, un marino fatigado sentado bajo una raquítica lámpara que iluminaba un termo, una carpeta, un cenicero colmado.

Vukić se dirigió hacia él con paso firme, como separando las aguas del Mar Rojo; Alzada y Petacchi lo seguían de cerca, dolorosamente conscientes del eco de sus pasos sobre las baldosas lustrosas.

—Buenas noches. Venimos a interrogar al matrimonio Alzada —le ladró el comisario con desdén al marino.

Un nudo en la garganta de Joaquín. *El matrimonio Alzada*. Podrían ser Paula y él. En ese lugar. *En este lugar*. Si hubieran tomado otras

decisiones. Si hubieran tenido mala suerte. *Si esta noche las cosas no salen como queremos.*

El marino no levantó la mirada del escritorio.

—Nombres.

Vukić le hizo un gesto a Alzada a su izquierda.

—Jorge Rodolfo y Adela —dijo Alzada como disculpándose.

—Acá no están —respondió el marino, sin siquiera abrir la carpeta.

Alzada miró a su alrededor. Puertas a la izquierda y a la derecha y delante y detrás. *Dios sabe adónde dan*. ¿Cómo iban a hacer para salir vivos de ahí?

Vukić miró a Petacchi, quien respondió simultáneamente alzando las cejas y encogiéndose de hombros. El comisario apretó los labios decepcionado y decidió volver a concentrarse en el hombrecillo del escritorio.

—Cabo segundo… —Vukić se acercó hasta que pudo leer el parche sobre el pecho del marino—. ¿Montalvo?

—Primero. Cabo primero Montalvo —le corrigió Montalvo. *Igual, no es nadie.*

—Montalvo —repitió Vukić. Lo pronunció con lentitud, como si buscara en su memoria un rostro casi olvidado. *Está indicándole que va a acordarse del apellido si tiene que quejarse*.

El cabo asintió, pero no se inmutó.

—Lo lamento, cabo *primero* Montalvo —dijo Vukić, y, durante un fugaz instante, pareció que de verdad lo lamentaba—. En serio. Quizá no entendió la primera vez que le pregunté. Y eso puede pasarle a cualquiera. Está bien.

Ya empieza. Tantas veces, Alzada se había preguntado por qué prefería las reprimendas de cualquier otro superior a las de Vukić. En la policía, las cuestiones disciplinarias se resolvían gritando, a menudo hasta el punto de escupir en la cara del subordinado, dejándolo medio sordo, porque la meta es taladrar la obediencia al cerebro. No, Vukić era diferente. Prefería el desarrollo suave y despacioso de un argumento razonado. Era bien consciente de que una erupción contenida de rabia era mucho más aterradora que los gritos: se tomaba su tiempo, hasta que uno se percataba de su propia imbecilidad. Alzada vio que el tono de Vukić comenzaba a surtir efecto. A medida que el cabo primero iba siguiendo el discurso con atención, se incorporó en el asiento y tragó saliva, la nuez de Adán subiendo y bajando visiblemente contra el nudo de su corbata negra. Se había dado cuenta de su error. Vukić tenía su total atención.

—Quizás esté cansado. O esté podrido de estar sentado detrás de ese escritorito de mierda. Capaz que se le enfrió el mate. —El comisario señaló el termo—. Así que, quién sabe, cuando llegamos,

usted no estaba en el pleno ejercicio de sus facultades mentales. Pero ahora, preste atención: nosotros… —Vukić hizo una pausa y señaló a Petacchi y a Alzada. Ambos se encogieron ante la inesperada referencia—. *Nosotros* no somos de esas personas a las que se les dice "No sé de qué me está hablando". O… —Trató de recordar las palabras que el cabo había usado como excusa.

Para sorpresa de Alzada, fue el propio Montalvo quien completó la frase:

—No están acá. —*Imbécil.*

—"No están acá". Sí. Gracias. —Vukić era un mago en acción—. No, no somos *ese* tipo de gente. ¿Entiende adónde quiero llegar? —*¿Está Montalvo asintiendo con la cabeza?*—. Mire, esto es lo que va a hacer, cabo primero: va a abrir esa carpetita tan linda que tiene ahí. —Vukić golpeó la carpeta con el dedo. Clop. Uno solo fue suficiente—. Y ahí va a buscar a los Alzada, Jorge Rodolfo y Adela, y va a decirme exactamente dónde están.

Montalvo esperó a que Vukić retirara su mano para abrir la carpeta y empezó a pasar las páginas desesperadamente. Nombres, nombres, nombres. Tantos nombres, todos escritos en tinta azul.

—Llegaron ayer —dijo el cabo, repentinamente solícito. *"Llegaron". Qué linda forma de decirlo.* Como si se hubiesen registrado en un hotel de lujo de la Costa Azul.

—Ah, sí. —Montalvo alzó la vista con lentitud, manteniendo un dedo sobre la página para no perder la ubicación—. Sé *exactamente* quiénes son.

La familiaridad hizo que a Joaquín lo recorriera un escalofrío. *¿Cuántos entran y salen de acá todos los días? ¿Y justo se acuerda de los Alzada?* No podía ser buena señal.

—A ver… —prosiguió Montalvo—. A ella se la interrogó debidamente… —Se pasó la lengua por los dientes, dejando aparecer una sonrisa venenosa. Al ver que su comentario no inspiraba reacción, agregó sin rodeos—: Él sigue acá.

Él sigue acá. Bien. Él sigue acá.

Sin olvidar la segunda parte de las instrucciones, el marino se puso en pie de inmediato. Los topes de goma de las patas de su silla tartajearon en el piso.

—Síganme, por favor —dijo, desapareciendo a paso vivo por un oscuro pasillo lateral.

19
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 17:20

El ascensor chirrió al llegar al cuarto piso.

—Lo logró, señor. —El agente sonrió, aliviado. *Creía que iba a tener que hacerlo solo*.

—Vamos. Convirtamos esto en una investigación por homicidio. En la academia le enseñaron cómo se hace, ¿no? Imagino que no se habrá olvidado.

Estrático asintió dudoso.

Alzada necesitaba que estuviera convencido: suficiente intrusión iba a suponer para ellos tener a dos policías en su casa comunicándoles que uno de sus seres queridos había muerto. Al menos, se sentirían un poco más cómodos si se lo decía uno de los suyos.

—Les explica qué están a punto de ver. Pone las fotos boca abajo sobre la mesa y las desliza hacia ellos. De a una. Comience con la de la cara. Cuando estén listos, pueden ir dándoles vuelta, ¿sí?

—¿Y el tatuaje, qué, señor?

—Puede habérselo hecho sin decírselo a la hermana que la juzga por todo. ¿Usted nunca le ocultó nada a su familia?

Estrático se aclaró la garganta.

—Y hablando de familia, no vaya a creer que me olvidé de que llamó a mi mujer.

—Perdón, señor. —Estrático fijó la vista en sus zapatos—. Es que usted no contestaba. Y, como tenía el número de Paula… Bueno, probé. Espero que no se lo haya tomado a mal.

—¿Que si me lo tomé a mal? Sí, Estrático, me pescó. Estoy celoso de la charla que tuvo con mi mujer a mis espaldas… Si fuera policía desde hace más de veinte minutos, entendería que las esposas y los asuntos policiales no se llevan bien. Algún día se casará, y ahí se lo explicaré en detalle. —Estrático esbozó una sonrisa infantil—. Hasta entonces, manténgase lejos de mi mujer. Sobre todo, no la llame "Paula". Para usted, es la "señora Aranguren". O, en todo caso, "señora de Alzada", si no conoce su apellido de soltera.

—Por supuesto, señor. Pero, volviendo a lo del tatuaje… Lo que quise decir fue… ¿Qué hacemos si no es Norma…?

—Sí, había entendido, Estrático —dijo Alzada, burlón—. Créame,

no se van a fijar en el detalle. Nunca lo hacen. Lo único que necesitamos para avanzar es una orden de arresto, y lo único que necesitamos para una orden de arresto es una mínima duda. Aparte, nadie jamás se murió por mirar una foto. —Estrático hizo una mueca de disgusto—. Y para contestar a su pregunta: ¿alguna vez oyó que castigaran a un policía por meter la pata? No. Al contrario. Así que, si nos dicen que la de la foto no es Norma, nada de movimientos súbitos, pedimos disculpas, nos vamos por donde vinimos, ¿sí?

Si nos equivocamos, Galante nos cortará la cabeza y las exhibirá empaladas en estacas. Pero no necesito que piense en eso ahora. El inspector le dio a Estrático una palmada en el hombro un poco más fuerte de lo necesario. El sonido retumbó en la piedra fría del *palier*.

Cohibido, Alzada pulsó el timbre.

El agente se acomodó los rulos detrás de las orejas.

—Ahora muéstreme de qué es capaz, Estrático.

El departamento era tal como Estrático lo había descrito.

La señora Echegaray les abrió la puerta sola y los guio por un pasillo hasta el *living*. Se la veía a sus anchas en el departamento de su hermana. *Debe de pasar mucho tiempo acá*. Alzada fue invitado a sentarse en una silla de diseño peligrosamente baja, y el inspector supo que iba a costarle mucho volver a ponerse en pie, pero aceptó por cortesía. Estrático se sentó en una banqueta de aluminio con una cornamenta de ciervo que sobresalía a los costados. Sentada en un sofá color gris ratón bajo una descomunal acuarela que representaba el Amazonas y que se extendía desde una esquina hasta el ventanal que daba a la avenida Figueroa Alcorta, la señora Echegaray estudió a los recién llegados.

¿Dónde se metió el ingeniero? Probablemente, los Echegaray suponían que se trataba de una mera visita de cortesía para ponerlos al día con la investigación. Tal vez, incluso, para anunciarles buenas noticias.

—Salió con unos amigos —dijo ella, como si le hubiera leído la mente—. ¿Un whisky?

—No, gracias, señora. —Estrático meneó la cabeza.

Alzada tomó nota de una compleja estructura de antiguas bibliotecas que rodeaban un diminuto televisor, dos orquídeas, un piano contra la pared.

—Comencemos. —Alzada se giró hacia Estrático.

—Señora… —El agente dudó. Puso la carpeta que contenía las fotografías sobre la mesa de vidrio que separaba a los policías de la señora Echegaray—. Tenemos novedades.

La mujer se inclinó hacia delante.

No es demasiado tarde. Estamos a tiempo de poner una excusa e

irnos.

—Me temo que encontramos a su hermana —Estrático maniobró alrededor de sus palabras.

—¿Se teme?

Alzada sintió que se le revolvía el estómago.

—Antes de que empecemos, permítame una introducción…

—No es necesaria ninguna introducción. —Ella no despegaba los ojos de la carpeta.

Estrático extendió el brazo para tomarla.

Alzada se puso de pie y paseó vagamente la mirada por el departamento.

—Disculpe, ¿podría usar el baño, por favor?

—Sí —un hilo de voz—. Al fondo del pasillo, a la izquierda.

Alzada vio a Estrático suplicándole con los ojos que no lo dejara solo. Pero reaccionar a tiempo era crucial: si no, vomitaría sobre el kilim que se extendía a sus pies. Estrático debió de registrar el malestar, porque su expresión pasó de la resignación a la aceptación.

Alzada le dio ánimos con una inclinación de cabeza y salió.

¿Cuántos cadáveres había visto a lo largo de su carrera? Cientos. *No me acostumbraré jamás*. Un dolor de cabeza palpitante crecía en sus sienes. Avanzó apoyando las manos en las paredes estucadas del pasillo, hasta que encontró el baño y cerró la puerta detrás de sí. Una serie de arcadas improductivas. Esperó que el sonido no viajase al *living*.

Lo que más recordaba del primer cuerpo que había visto era el olor: como el terrario de Jorge, cuando de niño no atendía a sus tortugas con la debida diligencia. Alzada se apoyó en la pileta con las dos manos y bajó la cabeza. ¿Por qué había tenido que ir él? Había sido al menos diez kilómetros fuera de su distrito. Vukić lo eligió a dedo para la tarea. “Esto hágalo usted. Y no espere a Galante”. Por el terror en los rostros de los pescadores cuando llegó a los humedales del interior del delta del Paraná, supo que también era su primera vez. Los dos hombres, un poco menores que él, estaban sacando bultos de entre las totoras, y disponiéndolos en fila en la orilla, el pasto bajo ellos cuajado con el barro por sus botas de goma.

—Buenas noches, chicos.

Levantaron la vista con una mezcla de sospecha y alivio.

Alzada se acercó.

Cuatro cuerpos. Las manos atadas a la espalda con alambre de cobre. Las clavículas quebradas para facilitar el amarre. Los pies atados. Dados a la orilla después de un par de días, por cómo estaban hinchados. ¿Y los hematomas? *Como si hubieran caído desde mucha altura*. ¿De dónde venían?

El pescador de expresión más viva debía de estar preguntándose lo mismo, porque alzó la vista al cielo. Alzada recordó las diez plagas bíblicas. Una tormenta de granizo y fuego. ¿Qué más iba a caer del cielo?

—Como boyas, señor.

Le decían "señor". Tenían miedo de llamar a los policías locales. Probablemente los habían visto bromear sobre esto, jugando a las cartas en el bar del pueblo. Tenían miedo de él también.

—¿Cómo dice?

—Me los encontré flotando, atrapados entre los juncos.

—¿Allá? —Alzada señaló el agua y se preguntó cómo alguien podía orientarse en la oscuridad absoluta.

—Sí, señor. Esta mañana, cuando fui a poner las redes…

—Bueno… Déjenlos a la puerta de la morgue antes de que abra. Y no le digan nada a nadie sobre esto, ¿sí? —Alzada se cercioró de mirar a los ojos de ambos—. A nadie.

—¿Es una amenaza? —*Ya no me dice "señor".*

A Alzada la ocurrencia le tomó por sorpresa.

—Es una recomendación. —*Una recomendación que yo también voy a tener que seguir.*

El alba despuntaba sobre el delta.

Alzada había apretado los labios, como lo estaba haciendo ahora. Se restregó la cara con agua fría una última vez y se secó con una toalla color durazno. La plegó con cuidado y la regresó a su lugar.

Un último vistazo en el espejo.

—No puede ser. No puede ser. No puede ser.

Cuando Alzada volvió al *living*, la señora Echegaray solo decía eso.

—No puede ser. No puede ser.

—Lo lamento mucho, señora —Alzada volvió a meterse en la conversación.

¿Qué ha pasado?

Estrático había enmudecido.

Era ella nomás. Hicimos esto solo para tener una orden de arresto y resulta que era ella.

Alzada se puso en piloto automático.

—Gracias por su colaboración, señora. Vamos a dejarla para que realice las gestiones necesarias. Obviamente, seguiremos trabajando en el caso y la mantendremos informada en todo momento. No es necesario que nos acompañe a la puerta.

La señora Echegaray se recompuso con sorprendente velocidad. Se alzó, se acomodó el vestido y los acompañó hasta la salida. Únicamente cuando abrió la puerta mostró una grieta en su serenidad:

de repente, tomó las manos de Alzada en las suyas.

—Por favor, dígame si puedo ayudarlos en algo.

Era ella nomás.

Era ella nomás.

Era ella nomás.

De vuelta en el ascensor, y antes de que la señora cerrara la puerta, Alzada reparó en unas marcas en el parqué de la entrada del departamento. Como si alguien hubiera movido los muebles sin cuidado.

20
(1981)
Sábado, 5 de diciembre; 23:50

Subieron las escaleras en fila india; Montalvo a la cabeza, seguido de cerca por Vukić, Alzada y Petacchi en la retaguardia. A cada pisada, un sonido amortiguado. El inspector bajó la vista y vio que caminaban sobre planchas de corcho. *¿Habían hecho obras? Tal vez para adaptar el lugar a sus nuevas funciones…* Alzada se estremeció.

Tras tres tramos de escalera, otro escritorio. Este, vacío. *Qué audacia, nadie que vigile. No audacia, impunidad*.

—Cuidado con el techo —recomendó Montalvo, inclinando levemente la cabeza e internándose con confianza en la oscu- ridad.

Alzada levantó la mano y palpó una viga en ángulo. Estaban en un altillo. *Así que* sí *que los tienen en los pisos más altos*. Podría haber jurado que caminaban por un corredor en forma de L, pero en las sombras era difícil discernirlo con precisión.

Se detuvieron. A Alzada, el lugar le pareció arbitrario. Pero a medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la escasa luz que entraba por una estrecha ventana a lo lejos, distinguió el contorno de una puerta. Y de otra. Y de otra. De pronto, entendió que estaban en un pasillo, filas de puertas a un lado y a otro. ¿Cuántos pisos tenía este edificio? ¿Y cuántos pasillos como este? ¿Cuántos Alzadas detrás de cada puerta?

—Acá —dijo Montalvo, frente a una puerta de chapa acanalada.

—Gracias, cabo primero Montalvo —dijo Vukić.

El marino titubeó durante un instante antes de dirigirse a Petacchi:

—¿A usted no lo conozco de algún lado?

El médico se sobresaltó. ¿Acaso creía que no lo reconocerían? *Por eso estás acá.* Alzada se dio cuenta de que la sorpresa de Petacchi no se debía a que lo reconocieran, sino a que lo reconocieran recién ahora. Para el inspector, el momento era lógico: cuando entraron al edificio, Montalvo debía de haber intentado recordar quién era, pero la interpelación de Vukić lo había distraído. Después, en algún punto mientras subían por las escaleras, la idea había dejado de molestarlo. Ahora que habían llegado hasta aquí, el marino estaba planteándose si había hecho bien en permitirles la entrada. ¿Había cometido un error? ¿Le traería problemas? Alzada miró a Montalvo y pudo ver cómo lo

embargaba la duda. El cabo, nervioso, se acomodó el cuello de la camisa. *Un poco tarde para arrepentirse*.

Vukić parecía haber llegado a la misma conclusión:

—Es un momento, enseguida bajamos —le dijo al cabo, intentando tranquilizarlo.

Montalvo —al parecer aún bajo el hechizo de Vukić— se apresuró a desandar camino escaleras abajo. En cuanto el marino desapareció, Vukić abrió la puerta. *No tiene llave.* Alzada se persignó.

A la distancia, lamentos.

La habitación estaba oscura. Una tela negra sobre la ventana. La única fuente de luz una ranura cerca del techo. Sobre un colchón podrido, un bulto yacía de espaldas, envuelto en una manta, una capucha sobre su cabeza.

El sonido de los pasos entrando a la celda hizo que el despojo incoherente se estremeciera. Seguramente habría retrocedido, si su cuerpo quebrantado le permitiera emitir algo más que un esbozo de temblor. O si el tamaño del recinto posibilitara tal movimiento.

Los tres se quedaron mirándolo, espaldas contra la pared, miedo a pisarlo.

—Elías —Vukić indicó a Petacchi que se aproximara.

De un movimiento ágil, el joven médico se arrodilló junto al camastro y se puso manos a la obra. Primero, depositó su maletín en el piso. Luego, le quitó la capucha.

Jorge. Era Jorge. Incluso en la oscuridad, Alzada lo supo.

Petacchi extrajo un estuche con diversos implementos del bolsillo interno de su campera y los dispuso sobre el colchón. *Inteligente. Usa el maletín como señuelo, por si se lo confiscan*. El doctor no parecía particularmente impresionado por el estado de su paciente. Observándolo, Alzada se preguntó a cuántos habría tratado entre las paredes de este centro de detención. Cuántos en otros.

Joaquín se aproximó a su hermano destrozado, mientras Petacchi tomaba su estetoscopio y abría lo que, en otra encarnación, podría haber sido una camisa de pijama, y ahora eran poco más que harapos calados pegados a la piel. Aunque los movimientos de Petacchi eran suaves, cada uno de ellos producía una mueca de dolor en su paciente. Joaquín distinguió dos marcas alargadas en el torso de su hermano. La forma del objeto que habían usado. *¿Una correa? ¿Un palo? Apenas llegó, seguramente. Definitivamente hace un rato.* Las contusiones habían comenzado a oscurecerse. Sobre el lienzo del pecho de Jorge, Joaquín reconoció las inconfundibles marcas de la picana: las descargas eléctricas le habían creado al Alzada menor dos pezones adicionales. Como picaduras de araña demasiado grandes, las heridas estaban abiertas. *Recientes*.

Joaquín oyó a su hermano murmurar.

—¿Qué? —preguntó.

El murmullo no aumentó.

Solo cuando se acuclilló junto a él, al lado de Petacchi, reconoció la exhalación de Jorge Rodolfo: estaba llamando a su mujer.

Joaquín dudó un instante. Pero conforme sus ojos se habituaron a la penumbra, comprendió que no iba a tener que responder a su hermano. Si la anatomía es la rama de la biología que estudia las estructuras orgánicas de los seres vivientes, este era un ejemplo de anti-anatomía: ya no había estructura. El único argumento a favor de clasificar a Jorge como ser vivo era un abdomen hinchado y magullado que se estremecía a intervalos irregulares. Sus miembros estaban plegados en ángulos inverosímiles. La silueta del torso se había vuelto irreconocible. *¿Qué es ese ruido?* Joaquín estuvo a punto de preguntar por el jadeo ronco en voz alta, cuando se dio cuenta de que lo que oía era a su hermano respirar.

Con urgencia, Jorge alzó la cabeza.

—Joaco.

—Acá estoy —dijo Joaquín, acercándose a su hermano. A lo largo de la sien, una llaga irrigaba sus ojos cerrados. La nariz aquilina estaba rota.

—Acá estoy —repitió Joaquín, acariciando su frente afiebrada.

—No les dije… —Cada palabra era un esfuerzo. Jorge abrió los ojos; el blanco de sus ojos ya no era blanco—. No les dije nada. Nada.

—Chist —Joaquín procuró sosegarlo. Sabía que después de semejante tratamiento, las personas confesaban cosas que habían hecho y cosas que no habían hecho.

—No dije nada. Te lo juro —insistió Jorge.

Joaquín le tomó la mano. *Mojada*. Bajó la mirada. Parecía que Jorge se había pintado las uñas de rojo oscuro. Joaquín se acercó la mano de su hermano. La distancia corta confirmó sus temores: le habían arrancado las uñas meticulosamente.

—Adela —dijo Jorge.

A fin de distraer su atención de la mano —cualquier cosa salvo la mano— Joaquín miró a su alrededor. Vukić estaba apostado junto a la puerta. Por su expresión, Alzada supo que estaba empezando a ponerse nervioso. *Estamos demorándonos demasiado*. Petacchi continuaba, imperturbable, con los gestos de una revisación de rutina levemente modificada. Le había tomado el pulso y estaba procurando levantar cuidadosamente al Alzada menor para examinarle las costillas. Pero, aun para Joaquín, que no era médico, era evidente que, en todo caso, habría que examinar todo el cuerpo. *Trabajaron a fondo. Y en apenas veinticuatro horas. Impresionante*. Su propia apreciación lo llenó de horror.

—Oí a Adela —Jorge lo intentó de nuevo, sus labios apenas separados.

Joaquín no podía mirarlo. En la pared, garabatos. Fechas. Nombres. Apenas dos años antes, el gobierno había permitido una inspección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Habían visitado este lugar con pompa y circunstancia. ¿Acaso no habían estado acá estas paredes? Joaquín decidió concentrarse en el piso. Las mismas baldosas de la cocina de Jorge Rodolfo. ¿Podía ser, o su mente le estaba jugando una mala pasada? Al lado del colchón, la humedad —u otra cosa— había creado un caprichoso cerco. Era una de esas manchas que hay en todas las casas, y a las que, a fuerza de mirarlas, año a año, se termina por atribuirles significado. Esta de acá, también, tenía potencial. Si hubiera ornado la irregular superficie del banco de trabajo de Joaquín, o la madera de la mesa de la cocina, o las sinuosas grietas del mármol del baño, podría haberse convertido en un destornillador. O, tal vez, en una esbelta cría de jirafa. A lo mejor en un violín. Joaquín sabía que había que elegir la figura correcta desde el principio. *Una vez que has visto algo, ya no puedes no verlo*.

—Acá no hay mucho que hacer —anunció Petacchi.

Con parsimonia, limpió cada uno de sus instrumentos y los volvió a sus lugares en el estuche. *¿Con "acá" quiere decir "acá en la ESMA", o sea que, en un hospital sí podría tratarlo?*

Petacchi se puso de pie.

—La temperatura está totalmente descontrolada. Y sería negligente por mi parte no mencionar que sus indicadores vitales… son un desastre.

Al oírlo hablar con tanta serenidad, a Alzada le entraron ganas de abrirle la cabeza contra la pared. Entonces entendió: la calma era a beneficio de Jorge. Joaquín miró a su hermano. En efecto, no había mucho que hacer. Sería un milagro si sobreviviera esa noche.

Vukić entendió:

—Vamos.

—Señor, diría que antes de moverlo, tenemos que hablar del plan.

—En *eso* no me meto —terció Petacchi—. Es la primera vez que estoy acá arriba. Normalmente, los atiendo en la enfermería. En el sótano.

—El sótano, no…, por favor —imploró Jorge.

—Bueno… —Vukić habló con una cadencia aletargada. *Es el tono que usa para dar malas noticias*—. No se sorprenda, Joaquín, pero el plan es este: salimos por la puerta.

—¿La puerta principal? —Alzada quería que le confirmara.

Vukić asintió con la cabeza.

¿Me estás cargando? Alzada se tomó un momento para evaluar las

circunstancias. Cuadró los hombros, y, con los brazos sueltos, estudió la situación. No le gustó lo que veía.

Para empezar, estaba su hermano. ¿Eran ampollas lo que tenía en los pies? *Deliberadas*. Contuvo las ganas de vomitar. Joaquín se había fumado su último cigarrillo. Esos pies desnudos, desollados, no pertenecían a alguien que pudiera correr. *¿Va a poder caminar siquiera?* Petacchi tenía razón, habría que llevarlo a cuestas.

Luego estaba el médico. Petacchi no podría ayudarlos a mo- verlo. *Cinco metros, tal vez diez*. Después, quién sabía. Y no disuadiría a lo que les esperara fuera de la celda. Porque Joaquín vio con claridad que el verdadero problema comenzaría cuando abrieran esta suerte de puerta. Pensar que podían escapar —ni hablar de sobreponerse— a cualquier resistencia que opusieran los marinos era, por decirlo de una manera amable, temerario. Y Vukić serviría de poco al respecto. *Se impone, convence, pero está poniéndose viejo*. En cualquier caso, era demasiado tarde. Debían ponerse en movimiento. Ya. ¿Cómo era? “La línea que separa la valentía de la estupidez es tan fina que no sabés que la cruzaste hasta que estás muerto”. *Lo sabremos pronto.*

Un gemido. Petacchi estaba procurando incorporar a Jorge Rodolfo. *No vamos a poder*.

—¿Qué, nos vamos, así, sin más? —preguntó Joaquín una última vez.

Vukić asintió confiado.

Eso, para Alzada, fue suficiente.

—Yo me encargo de mi hermano, gracias. —Sin esfuerzo, Joaquín apartó a Petacchi y se arrodilló frente al colchón como si fuera un altar. Tomó a Jorge con suavidad por el cuello y las piernas.

—Adela —dijo su hermano.

Alzada y Vukić intercambiaron una mirada. *Vamos*.

21
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 18:55

—Vamos allá. Búsqueme el formulario de orden de arresto —le dijo Alzada a Estrático, conforme entraron en la oficina del inspector.

—Hola, Joaquín.

—¿Qué carajo…?

Alzada encendió la luz. En su silla, el comisario Galante.

—Ah, sos vos. Qué cagazo me hiciste pegar, Horacio. ¿Qué mierda estás haciendo acá?

—¿Qué mierda estoy haciendo *yo*? —Galante se veía viejo y cansado. El par de horas que había pasado había acentuado los efectos de su persistente vigilia: sus hombros, caídos de forma que el traje parecía que le quedaba grande, sus ojos enrojecidos, como de haber llorado, o de estar a punto de hacerlo.

—La ciudad entera es un caos. Doce muertos por el momento, y quién sabe cuántos más habrá. Así que me apiadé de ustedes. Justo había bajado para decirles que se tomen lo que queda del día…

El inspector acercó una silla para sentarse frente a su jefe.

—¿Te dije que tomaras asiento?

Alzada apenas había rozado la silla cuando se apresuró a incorporarse.

—Volví para emitir una orden de arresto para Pantera.

—¿Perdón? —Aun con la disparidad de estatura que les otorgaban sus respectivas posiciones, la figura de Galante imponía.

—Sí, señor. Tengo pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? ¿Que entró a un auto y que ese auto le pertenece a Pantera? Dale, Joaquín. Ningún juez en su sano juicio va a firmarla. Sabés tan bien como yo que condenar a alguien por homicidio es imposible sin cuerpo.

—Pero es que *tenemos* un cuerpo.

—Tienen un cuerpo —repitió Galante.

—Sí, señor. Los Echegaray la identificaron.

—¿Me estás cargando?

—No, señor. —Alzada carraspeó—. Identificaron… El cuerpo… es el que apareció frente a la morgue esta mañana. Les llevé fotos a los familiares y corroboraron…

—¿Qué? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Hiciste pasar a esa NN por

Norma? ¿Que la adicta de la basura era una Echegaray? ¡Estás haciendo cualquier cosa, Joaquín! Pero tengo que decir, y seguro que vos lo sabés bien, que la suerte te acompañó en esta, hijo de puta. ¿Y si no la identificaban, qué? ¿Si no hubiera sido ella? ¡Nos iban a echar! ¿En qué carajo estabas pensando?

—Estaba pensando en hacer mi trabajo, señor.

—A mí no me cargues. ¿Qué te creés, que no me doy cuenta de lo que hiciste? ¡Ahora tengo un homicidio entre manos! —El comisario dio una fuerte palmada sobre el escritorio—. Pero claro, tenías que hacerlo. Ese fue tu plan desde el principio, ¿no, hijo de puta? ¡Obligarme a investigar a Pantera!

—Señor, si me permite… —*¿Justo ahora vas a interrumpirlo?*

—No, no le permito. —Galante señaló a Estrático—. Y usted… —El comisario se quedó en silencio. Respiró hondo tres veces y se acomodó el nudo de la corbata—. En fin… ¿Qué es todo esto? ¿Quién es este nuevo y comprometido Alzada? La verdad, prefería al de antes. Al menos no me traía tantos problemas. ¿Qué carajo te pasó?

Alzada farfulló algo ininteligible.

—Esta mañana me tomaste desprevenido. Pero esta segunda vez, esta es mi culpa, ¿verdad? Tendría que haber sabido que no serías capaz de llevar este caso. Con tu historia…

—¿Mi historia?

Galante lo ignoró.

—¿Y ahora qué? ¿Creías que ibas a hacerle una visita a Pantera?

—Venía a buscar una orden de arresto.

—Ah, sí. —Galante hizo una pausa—. Una orden, decís.

—Fue por encargo, Horacio.

—Por encargo —repitió Galante incrédulo—. ¿Estás diciéndome que le pusieron precio a la cabeza de Norma Echegaray?

—Eso exactamente es lo que te estoy diciendo.

—Sabés que no hay forma de que esto llegue a juicio, por más que tengas un cuerpo, y que sean los Echegaray. No estamos en el negocio de la venganza, al menos ya no… —Una sonrisita asomó a su rostro—. Pero *por supuesto* pueden resolver esto por su cuenta… Eso sí que podés sugerírselo cuando hables con la familia. Sí, vos. Yo ni en pedo me meto en esto…

Vidrio en pedazos.

Como un camarero torpe dejando caer una bandeja repleta de copas. *Casi.* Alzada lo había oído muchas veces. Era un cóctel de otro tipo.

Para Alzada, fue el silencio. El ruido de vidrios rotos inicial podría haber sido otra cosa. Un ladrillo a través de una vidriera, por ejemplo. Pero el constante murmullo del gentío en la calle se había acallado de

golpe. Alzada solo se dio cuenta ahora que ya no estaba.

La primera vez que había visto una bomba molotov, Joaquín había tenido la misma reacción: admiración estupefacta. *Hermoso*. En esa ocasión, su ubicación privilegiada le había permitido ver el recorrido desde el momento en que fue lanzada por un brazo enérgico, dibujó una parábola en el aire, luego estalló contra un volquete. Joaquín se había unido a los que se quedaron mirando fascinados por las llamas. Por eso sabía, sin necesidad de verlos, que los transeúntes frente a comisaría se habían alejado, pero no mucho: no podían despegar la mirada del espectáculo. Estaban en silencio. Impresionados. Mirando las llamas crecer en la fachada.

Alzada corrió hacia la puerta principal. Cuando llegó a la altura de los agentes sentados en sus cubículos, los dos amagaron con ponerse de pie, cigarrillos en mano.

—¿Necesita ayuda, jefe? —dijo uno.

Alzada quería gritarles que lo siguieran, pero se dio cuenta de que, si hablaba, revelaría su respiración agitada, y no quería que sus subordinados le perdieran el poco respeto que aún parecían tenerle. Pasó frente a ellos sin responder.

La bomba molotov había sorprendido al guardia de seguridad cerrando la puerta principal. Las siete de la tarde. Basilio había dejado el llavero colgando del lado de afuera y decidido dedicar toda su atención a disfrutar del espectáculo. *Es tan vago que prefiere salir entre las llamas antes que cruzar la comisaría y salir por la puerta del costado. Ahí tenés a la seguridad privada.* El inspector golpeó la puerta de vidrio blindado con la palma de la mano hasta que consiguió llamar su atención. Alzada vio que al guardia le temblaban las manos mientras luchaba con la cerradura.

El inspector salió a la calle y se convirtió en el centro de atención. Tal como lo había supuesto, parte del gentío había detenido su marcha en dirección a la Casa Rosada para convertirse en público. Estaban dispuestos —a una distancia prudencial, por supuesto— en un semicírculo perfecto alrededor de la entrada de la comisaría. Alzada quedó en medio, los brazos en jarras, un director de orquesta exhausto. *¡Qué calor!* A pesar de que la noche se aproximaba, la temperatura no había descendido.

—¿Por qué sigue acá?

—Hay un matafuegos… —comenzó Basilio.

—Váyase a su casa —lo cortó Alzada.

—¿No quiere que…?

—Lo hago yo —respondió el inspector, quizá con demasiada rapidez. *No sé si voy a poder.* Ni siquiera estaba seguro de dónde estaba el extintor, menos aún de si sabría usarlo.

Alzada miró a su alrededor. La distancia entre la multitud y ellos

estaba menguando por momentos. Desgastada la novedad del estallido, habían empezado a rodear a los dos hombres.

—Deme su saco —le ordenó el inspector a Basilio.

El guardia estaba confundido.

—No quiere que vean eso. —Alzada señaló el parche que asomaba de debajo de un pliegue en el brazo del guardia. "Seguridad". Y debajo: "Policía Federal".

Por muy buena que hubiera sido la intención de Alzada, su comentario había surtido el efecto contrario al deseado. Basilio estaba aterrorizado. El inspector intentó restarle importancia:

—A ver, con este clima, no va a necesitarlo, ¿no?

El guardia titubeó.

—Vamos —insistió Alzada—. Deme las llaves. Yo me encargo de cerrar cuando me vaya.

Basilio le entregó el saco, inclinó la cabeza en agradecimiento, murmuró un "Buenas noches, inspector" y se perdió en la multitud.

¿En qué estaba? Alzada instintivamente se volvió en dirección a las llamas, solo para volver a girarse; no era buena idea darle la espalda a la turba.

Quien hubiera arrojado la bomba molotov había elegido el momento perfecto del día para hacerlo. En la media luz del atardecer el fuego era imponente. En el piso, los fragmentos de cristal habían olvidado su encarnación anterior como botella de vino tinto. Por encima de ellos, a la altura de los ojos de Alzada, el revoque decimonónico de la fachada barroca crepitaba bajo las llamas, la pintura color amarillo pastel comenzaba a ennegrecerse. El inspector vio el punto exacto de la pared en el que había impactado la bomba incendiaria. *Menos mal que son aficionados y apuntan mal*. Treinta centímetros más arriba y el proyectil habría entrado por la ventana y estallado en el interior de la comisaría.

Por fortuna, las llamas no iban a extenderse, ni tampoco a durar mucho. Es lo que tienen los explosivos caseros: probablemente no habían usado el líquido inflamable necesario, sino alcohol de farmacia, o incluso caña. Una de las pocas ventajas del desmesurado precio de los combustibles. Además, habían olvidado agregar un espesante a la mezcla antes de meter en la botella el pedazo de trapo que oficiaba de mecha. El etanol estaba comenzando a evaporarse. Si las llamas no conquistaban una nueva superficie pronto, se extinguirían. Así y todo, Alzada entendió que *algo* tenía que hacer para apagarlas. *¿Dónde mierda está Estrático?*

Como si lo hubiese invocado mágicamente, el agente salió a la calle, matafuegos en mano. Alzada estaba empezando a agradecer los momentos en que Estrático aparecía de la nada. El inspector le

arrebató el extintor; no podía esperar que alguien que claramente se hacía la manicura fuera capaz de usarlo.

Alzada forcejeó con la traba de seguridad de la boca del aparato y apretó la palanca para comprobar que se movía. *¿Supongo que es así?* Contempló las llamas, que parecían surgir de la piedra, y casi lamentó tener que apagarlas. Apuntó con la boca a las llamas menguantes, no sin antes indicarle a Estrático que se apartara.

El agente se interpuso entre la turba y él, permitiendo que Alzada maniobrara sin tener que preocuparse por estar de espaldas a la multitud. *Bien, pibe*.

Alzada volvió a apretar la palanca, esta vez hasta que sus manos palidecieron. Una espuma color caldo de pollo brotó de la manguera y fue tragándose las llamas. *Cómo pesa, mierda*. Movió el extintor de un lado a otro. *Parecía más fácil cuando lo hacía Paul Newman en* Infierno en la torre.

Alzada depositó el matafuegos en el piso con cuidado de no pisar la espuma. *Lo único que me falta es arruinarme los zapatos*. Se recostó en el marco de la puerta para contemplar la decepción de la turba. *El culpable no debe de andar lejos*. El inspector sabía que era una parte fundamental de la mentalidad del pirómano: el orgullo por su tarea era demasiado como para arrojar la bomba molotov y darse vuelta. Aunque fuera contra sus propios intereses, habría sentido la necesidad de quedarse a mirar.

Estrático se le acercó.

—¿Lo ve, señor?

—Silencio, Estrático.

A diferencia de otras protestas, el gentío no parecía compuesto de los usuales militantes. Todas las clases sociales argentinas estaban representadas. *Para empezar, podemos descartar a las abuelas*. Los ojos de Alzada escudriñaron a los transeúntes. *Ahí estás.* La persona más absorta por el espectáculo. Un joven. Demasiado atento a los movimientos de los policías. Ropa oscura de pies a cabeza, la cara oculta por un pañuelo. *Seguro que hay otros, siempre trabajan en grupo*. Daba igual. Aunque Alzada se precipitara sobre el muchacho, para cuando lo alcanzara ya estaría lejos. En la esquina, autos volcados en llamas. *¿Cómo voy a volver a casa?*

Galante apareció. *Era hora*. Enfundado en su terno, el comisario estudió ceremoniosamente la pared tiznada, después el extintor, después a Alzada, después aprobó la situación con una inclinación de cabeza. *Esto va a traer consecuencias*.

—No vamos a estar orgullosos de este día —suspiró Galante.

—¿Querés decir que…?

—Joaquín. —El comisario se interrumpió, como si estuviera

buscando términos más sencillos para explicárselo, aunque ambos sabían que Alzada solo quería oírselo decir en voz alta—. Esto me acaba de dar la excusa para… No, esto me *obliga* a dar la orden de abrir fuego.

—¿Balas de goma?

—Por ahora.

—¿Señor? —Una voz proveniente del interior de la comisaría hizo que los tres se dieran vuelta hacia la puerta. *¿Pintadini sigue acá? Eso significa que Galante sabe que la noche va a ser larga.*

—Un minuto, Pinta.

—Señor —repitió Pintadini, esta vez en un tono de seriedad tal que Galante le hizo ademán de que se aproximara.

—¿Ya es oficial? —preguntó.

—Todavía no. Pero anunciaron que va a dar un discurso por cadena nacional. En cualquier momento. —Pintadini sonrió con suficiencia—. Eso quiere decir dentro de una hora, más o menos.

Si De la Rúa declara el estado de sitio, podemos olvidarnos de encontrar a Pantera.

Galante cerró los ojos un instante.

—Por hoy ya estamos.

—Puedo quedarme —respondió Alzada, sorprendido ante su propia iniciativa. ¿Por qué se había ofrecido? ¿Qué más podía hacer? Ni siquiera había caído la noche, que siempre saca lo peor de la gente, y ya estaban bombardeando comisarías con molotov. ¿Qué vendría después? Sin duda, no algo a lo que pudieran enfrentarse seis canas agotados. No. El presidente no iba a hablar por cadena nacional para darle las buenas noches a la población. *Va a mandar a los militares*.

—Yo también —dijo Estrático.

—No. Cerremos la comisaría —decidió Galante—. Pinta puede dejarme en el Departamento Central en el camino a su casa. ¿Dónde dejaste tu auto, Joaquín?

Alzada tuvo que pensar.

—No muy lejos de este lío. En la cuadra del departamento de Echegaray.

—¿Unos veinte minutos caminando?

—Sí, señor —Alzada asintió. *Hoy van a ser al menos treinta*—. Pero desde ahí, agarro directamente Figueroa Alcorta.

Galante pareció aliviado.

—Tené cuidado. Hay barricadas en las villas. —Se dirigió a Estrático—: ¿Y usted?

—Vine caminando.

—Muy bien. Dejen sus insignias acá. No necesito que me den la noticia de que los lincharon. —*“Necesito”*. Alzada tragó saliva—. Buenas noches, Joaquín.

Cuando Alzada estaba dándose vuelta para irse, Galante lo tomó del brazo como si se le acabara de ocurrir algo.

—Y no quiero volver a saber nada de ese asunto de los Echegaray, ¿me escuchás? Dejá todo, ¿sí?

Alzada asintió.

Galante suavizó:

—Ya es hora de que vuelvas a tu casa.

22
(1981)
Domingo, 6 de diciembre; 00:05

Vukić abrió la maltrecha puerta y salió al pasillo. Alzada lo seguía de cerca, con su hermano en brazos, Petacchi cerraba la marcha. Solo habían avanzado un par de metros cuando las piernas de Jorge Rodolfo se escaparon de la sujeción de Alzada y golpearon el suelo. *No llegamos ni a las escaleras.* El comisario se volteó para identificar el ruido y, sin detener su marcha, se pasó el brazo derecho de Jorge por encima del hombro. Entre los dos policías, los pies del Alzada menor apenas rozaban los escalones.

Cuando llegaron a la planta baja, Alzada vio que Montalvo había abandonado su escritorio y vigilaba cómodamente la operación desde el otro lado de la recepción. *¿Hace cuánto tiempo que nos mira?* El inspector había estado tan concentrado en no dejar caer a su hermano que había desatendido lo que los rodeaba.

Alertado por su presencia, Vukić inmediatamente se adelantó hacia el marino, dejando a Alzada solo con todo el peso de Jorge. De lejos, alguien podría haberlos confundido con dos amigos que se habían pasado de bebida, y, apoyados el uno en el otro, esperaban la llegada del colectivo para volver a casa. Pero si esa persona se acercara, se daría cuenta de que se trataba de una situación espantosamente distinta: uno de ellos no se tenía en pie.

—Nos lo llevamos —anunció el comisario.

—Momento, momento, momento. —El tono de Montalvo era firme, su postura suelta, casi relajada. *Sabe que estamos a su merced*—. Visitar a un detenido…, bueno. Está bien. —*Nada de eso: te diste cuenta de que metiste la pata y ahora tratás de arreglarla*—. No está permitido. Es más, está totalmente prohibido. Pero somos colegas, etcétera… Podemos hacer una excepción.

Alzada esperaba que Montalvo terminara de objetar de una buena vez. No estaba seguro de cuánto tiempo más podría sostener a Jorge sin la ayuda de Vukić.

Montalvo prosiguió:

—¿Pero *llevárselo*? No, eso es una cosa *muy*, muy distinta. ¿Qué les hace pensar que pueden llevarse a un detenido? No solo es una violación flagrante del protocolo… —Soltó una tos fingida—. Es que nos están faltando el respeto a los que nos sacrificamos… —*Así que es*

eso—. Para mantener a salvo la nación. —*Desde tu escritorio*—. ¿Tienen idea de la planificación que lleva ubicar a un parásito de estos? —Alzada tragó saliva. Él mismo había usado muchos términos poco halagüeños para referirse a Jorge, nunca "parásito"—. ¿Tienen idea del esfuerzo que supone encontrar a estos subversivos? ¿El trabajo que lleva extraerlos cuidadosamente de la sociedad? —*Cuidadosamente, sí*—. ¿Y ahora se van a llevar a este, para qué? ¿Para que vuelva a la calle? ¡Mañana le pone una bomba!

Alzada se preguntó qué opciones estaban pasando por la mente de Vukić. Sabía que el comisario estaba usando el tiempo del discurso de Montalvo para darle forma a su siguiente jugada. Alzada se habría enfrentado al marino directamente. Ese infeliz estaría tan sorprendido de que alguien se le plantara que lo más probable era que se tranquilizara y accediera a que se marcharan. ¿Pero qué pasaría si les salía el tiro por la culata y desafiar a Montalvo exacerbaba la situación? Los segundos parecían minutos. *Lo mejor es no decir nada*. En efecto, el silencio, de a poco, estaba empezando a surtir efecto: la retórica del marino estaba desinflándose.

—No, esto no es lo que indica el protocolo —repitió Montalvo. Finalmente se quedó callado—. No se muevan.

Desapareció por una puertita lateral.

Una voz retumbó en el recinto:

—A ver, ¿qué está pasando acá?

El comandante caminó hacia ellos despacio, como si el mundo no fuera a empezar a girar hasta que llegara él. Alzada solo había adivinado su rango. *Es difícil con el uniforme de fajina.* Pero si el tamaño de la panza de un hombre puede considerarse un indicador infalible de su estatus en una jerarquía, este tenía que ser, por lo menos, contraalmirante. Las dos manos gordas subiendo y bajando sobre el cinturón conforme se acercaba deliberadamente. Detrás de él, Montalvo se había vuelto casi invisible.

Alzada retrocedió un paso, Vukić avanzó.

Cuando ingresó al cuerpo, Alzada cometió el error común de tomar al comisario por una bestia bruta. Le había llevado algún tiempo entender que el instinto de Vukić iba más allá. Entonces, comenzó a observar cómo solo le llevaba segundos encontrar soluciones siempre eficaces, siempre limpias, siempre imprevisibles. Ahí, había nacido su apreciación por el guerrero nato que era su superior. Por supuesto, uno podía argumentar que un cana cualquiera podría haber tenido la misma reacción, obedeciendo al impulso atávico de acercarse al adversario para medirse con él: de cerca, el comisario era una presencia imponente y eso quizá disuadiría al oficial. Pero Alzada sabía que ese no había sido el razonamiento de

Vukić. *Boxeaba cuando era joven*. Como un pugilista que esquiva un puñetazo de su oponente echándose hacia delante en vez de hacia atrás, el comisario tenía que haber calculado que si se metía en el espacio personal del gordo, el hombre no tendría el margen necesario para apoderarse de Jorge. Primero tendría que sortearlo a él. Y de pasada, había generado un punto ciego, con lo que los Alzada ya no estaban en la línea de visión del comandante. *Ojos que no ven, corazón que no siente*.

—Estos. Que dicen que quieren llevarse a Alzada —explicó Montalvo desde detrás de su superior.

Joaquín no era tan alto como Vukić, pero por encima del hombro del comisario pudo distinguir una frente amplia y atezada, sobre la cual el tiempo había comenzado a sembrar las primeras arrugas. Pelo negro engominado con tal perfección que parecía hecho con plantilla.

—Buenas noches, caballeros. —*"Civilachos", debe de estar pensando. Se le nota el desprecio desde acá*. El comandante habló sin apuro. No iba a ningún lado. Ellos tampoco—. Soy el comandante DeCervatelli.

—Buenas noches, señor —respondió Vukić con deferencia.

—Me acaban de despertar… —*Mentira*—. Solamente para que clarifique una norma de procedimiento particularmente importante acá en la ESMA. Y, aunque es bastante obvia, parece que no todos la entienden. —Los miró de a uno. *¿Dónde se metió Petacchi?* DeCervatelli fijó la vista en Vukić, como si este fuera un niño que necesita tomar conciencia de la gravedad de su travesura—. A la ESMA se entra —se regodeó con cada palabra—, pero de la ESMA no se *sale*.

Alzada tragó saliva.

DeCervatelli no parecía un monstruo. Al contrario, parecía un tipo decente —un hombre que tenía claras sus prioridades, que dirigía bien a sus subordinados en la academia, que era respetado por ellos. Parecía alguien con quien podría tomarse unas cervezas y probablemente estar de acuerdo en unas cuantas cosas. Jorge Rodolfo cada vez le pesaba más.

—Es un caso muy particular… —dijo Vukić.

—*Todos* los casos son muy particulares —lo cortó el comandante.

—Señor, permítame. —Sin perder un segundo, Vukić se acercó a su interlocutor y le susurró algo al oído.

Alzada esperó que el eco del recinto vacío trabajase a su favor, pero apenas llegó a entreoír unas pocas palabras. ¿"Peces gordos"? *Sonamos*.

Jorge Rodolfo parecía ser de la misma opinión, porque, como un borracho inoportuno, interrumpió, en una voz bastante más clara de lo que habría creído posible:

—No les dije…

¿Dónde le dolerá más? Alzada estrechó con fuerza las costillas de su hermano. Jorge dio un respingo, y calló.

El sonido atrajo la atención de DeCervatelli, quien sorteó a Vukić para echar un vistazo al guiñapo ensangrentado en los brazos de Joaquín. Alzada se estremeció.

—Y por si no hubiera quedado claro —lo interceptó Vukić—, creo que sería negligente irnos sin declarar explícitamente que apreciamos mucho lo que ustedes están haciendo por la patria.

El comandante se cuadró, hinchado de orgullo. *Gracias a Dios*.

—No querría bajo ningún concepto que nuestra visita diera la impresión de que no valoramos los esfuerzos que hicieron, que *hacen*, por la seguridad de todos nosotros.

—Bueno —dijo DeCervatelli. Se acarició el bigote con la izquierda. *Se siente halagado*.

—¿Entonces? —dijo el comisario, tentando a la suerte.

—Justo hablábamos de eso el otro día. Nada nos gusta más que colaborar con nuestros colegas de las otras fuerzas. Desgraciadamente, no todo el mundo lo ve así. El otro día tuve que oír a uno hablar de no sé qué "preso político". ¿Lo puede creer? ¡No hay presos políticos en la Argentina, sino delincuentes! Ah, si todos los oficiales de policía fueran tan correctos como usted… Y bueno… —Se interrumpió. *Ahí viene*—. Si cree que va a servirles más de lo que nos sirvió a nosotros, amigo mío —le puso a Vukić una mano en el hombro en un gesto de camaradería—, es todo suyo.

Vukić respondió a la sonrisa del marino con una risa nerviosa.

—Igual, ya tenemos suficientes para el… —DeCervatelli hizo una pausa deliberada—. El *traslado* el martes que viene.

Por el rabillo del ojo, Alzada vio que Montalvo pugnaba entre una sonrisa de satisfacción y una mueca de disgusto. *Menos mal que existe la jerarquía militar*.

—Sí. No hay más que hablar. Llévenselo —ordenó el comandante. Daba la impresión de que, pasado su disgusto inicial, la situación casi lo divertía. *Quiere volver a quien sea que se estuviera trabajando*—. En todo caso, nos dio todo lo que tenía, un par de nombres y una dirección, y para cuando llegamos se habían marchado. Así que, buena suerte para ustedes, caballeros.

DeCervatelli comenzó a dirigirse hacia la puerta por la que había venido. Montalvo regresó de mala gana a su puesto detrás del escritorio. ¿Era esa la señal para que Alzada emprendiera el camino hacia la salida? ¿Era mejor esperar a que Vukić tomara la iniciativa? ¿Por qué seguía ahí parado? El comandante se detuvo y se dio vuelta para encararlos. *Por esto*.

—Una cosa más. —El tono seguía siendo moderado, tranquilo—. Cuando terminen con él… —DeCervatelli alzó el índice derecho en

advertencia—. Ya saben qué tienen que hacer.

Vukić se apresuró a asentir. Joaquín se estremeció.

—No quiero que aparezca flotando en el Río de la Plata. —La junta jamás había parecido preocupada ni por la aparición de cadáveres en el río, ni por las preguntas incómodas. Si acaso, les importunaba, y solo levemente, tener que responder ante la opinión pública internacional que, de todos modos, tenía memoria a corto plazo—. Si es así, es *usted* el que va a tener el problema. ¿Cuál es su nombre?

—Comisario Fernando Alejandro Vukić. —El comisario dio un paso adelante—. Policía Federal.

Alzada se dio cuenta en ese preciso instante de que, en toda la noche, nadie le había pedido que se identificara. ¿Qué habría dicho si le hubiese preguntado a él?

—Bien. —La respuesta directa pareció agradar al comandante—. Nada de cabos sueltos. ¿Nos entendemos?

Sin esperar respuesta, les dio la espalda y se marchó.

Vukić empezó a dar zancadas hacia la puerta. Alzada no podía pedirle que lo ayudara con Jorge Rodolfo, no quería llamar la atención. Unos veinticinco o treinta metros los separaban de la puerta por la que habían entrado. Era ahora o nunca. *Ahora.*

Alzada cargó a Jorge y rogó para que no se deslizara. El cuerpo de su hermano estaba calado. *¿Por qué está así de mojado?* Alzada lo sintió escurrirse. Le resultaba más y más difícil sujetarlo sin lastimarlo.

Veinte metros.

El olor. Al principio lo había atribuido a las condiciones sanitarias deficientes del lugar. Pero ahora, inclinado sobre Jorge Rodolfo, intentando sostenerlo, entendió su origen. *¡Hace solo un día que está acá!* Todo este tiempo había considerado que la morgue era la experiencia más desagradable de su vida. Alzada se obligó a pensar en un olor placentero, pero nada le vino a la mente. Entonces intentó evocar un olor feo, uno que no fuera ofensivo, fétido y rancio al mismo tiempo. Un olor que no fuera producto de intentar descomponer a un ser humano en vida. Trató de contener las arcadas.

Quince.

Sus pasos habían adquirido una cualidad fangosa sobre la piedra. Los fluidos habían calado su flanco izquierdo y ahora goteaban por afuera de sus zapatos. Quién sabe qué color tendría el reguero que estaba dejando a su paso. Sintió que Jorge se aferraba a él y eso le dio fuerzas. *Vamos, Joaquín.* Un par de pasos más. Solo necesitaba dar unos pocos pasos más.

Diez.

Tenía a Vukić delante de él, ¿Petacchi venía a la zaga? Alzada se

acordó de la esposa de Lot, convertida en una estatua de sal por mirar atrás. El médico tendría que arreglárselas solo.

Cinco metros.

Joaquín vio a Vukić abrir la puerta y sostenérsela. Era todo lo que necesitaba. Sacó fuerzas de donde no las había. Pasó de largo, y salió a la noche.

23
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 19:40

Algo no andaba bien.

No era inusual que Alzada volviera tarde del trabajo. No porque fuera el oficial más trabajador de la comisaría, lejos de eso, pero entre una cosa y otra, y el tránsito de Buenos Aires, solía llegar de noche. A pesar de su tardanza crónica, siempre se aseguraba de estar para el noticiero de las nueve. En comparación, hoy era temprano. Joaquín miró el reloj. Ocho menos veinte.

Tampoco era inusual encontrarse a Paula y a Sorolla sentados frente al televisor. Después de toda una vida mirando solo las noticias, y ante la insistencia de su sobrino, Paula había accedido a ver series, y, como había predicho su Virgilio particular, ahora era aficionada a varias. Los dos habían intentado que Joaquín se les uniera, en vano. Un día, finalmente, vio con ellos unos pocos minutos de una serie ambientada en una funeraria de los Estados Unidos. Pero Joaquín no necesitaba ese tipo de entretenimiento macabro y prefería dedicar su tiempo libre a leer al comisario Montalbano.

Lo que era inusual era el silencio. Cuando Paula y Sorolla veían juntos la tele, siempre había risas y comentarios y gritos ahogados y bromas compartidas y el tintineo del microondas que anunciaba que el pochoclo estaba listo. Ahora, mientras Joaquín se quitaba el saco y la corbata, y los dejaba sobre el respaldo de una silla de la cocina, del *living* no venía ni un sonido. Se asomó. Paula y Sorolla estaban sentados, en total silencio, contemplando la pantalla. El arco iris de rayas verticales indicaba que no había señal. Joaquín se aproximó al sofá. *¿Me lo he perdido?*

Imposible. Había encendido la radio en el momento mismo en que subió al auto. Prefería manejar en silencio, porque no le gustaba dividir su atención entre el estado de la calle y la transmisión radial, pero como esta podía dar paso al discurso del presidente de un momento a otro, hizo una excepción. Contradiciendo el vaticinio de Galante, no había encontrado ni barricadas, ni clavos miguelitos, que lo preocupaban más, por la dificultad de verlos en la noche. Alzada sabía que, en las carreteras, se usaban caños de acero con clavos para obligar a los camiones que transportaban alimentos a detenerse. Se había sentido casi decepcionado al ver que no encontraba más que

unos pocos grupos aislados de manifestantes, adolescentes en su mayor parte, quemando neumáticos a la vera de la calzada. *¿Esto es la revolución? Vi cosas peores un martes.*

Debe de estar por empezar.

Joaquín se quedó de pie detrás de Paula, los muslos contra el respaldo color crema del sofá. *¿Me oyeron entrar?* De pronto, el celeste de la bandera argentina ocupó la pantalla. En la franja central blanca, el sol antropomórfico parecía entre aburrido y tenso, el ceño fruncido, los labios apretados arrugando sus comisuras. La voz de un locutor anunció que el "doctor Fernando de la Rúa" se dirigiría a la población. *Doctor… Lo que necesita el país, otro abogado.* "¿Justo vos te quejás, *doctor* Alzada?", se habría burlado Paula, si lo hubiera dicho en voz alta.

De la Rúa apareció en pantalla. Su imagen, vuelta familiar por sus constantes apariciones mediáticas —más en estas últimas dos semanas — mantenía su aura remarcable. Eran las cejas negras como orugas, que contrastaban fuertemente con el pelo blanco. O quizá su penetrante mirada de profesor. O su nariz, una estalactita en potencia. O sus orejas de sabio. El presidente empezó con un sucinto "compatriotas" y se abocó a leer el mensaje. *No tiene tiempo que perder. Si yo fuera él, ya me habría ido*. De la Rúa hizo mención a "grupos enemigos del orden y de la república" que se aprovechaban de las "horas difíciles" que vivía el país para "intentar sembrar discordia y violencia".

Algún asesor tenía que haberle dicho que, a la mitad del discurso, se pusiese sus anteojos redondos de marco metálico para distraer del hecho de que estaba anunciando que la conmoción no le dejaba otra opción que declarar el estado de sitio "para asegurar la ley y el orden en el país". Solo como "medida de emergencia", añadió. Lo de los anteojos funcionaba: disimulaban sus ojeras y lo alejaban de parecer un maníaco hambriento de poder. En vez, parecía un tecnócrata moderado comprometido con el bien común. En el fondo, los ornamentos dorados a la hoja de la Casa Rosada.

A De la Rúa le tomó apenas cuatro minutos despojar a los ciudadanos de cada una de sus libertades cívicas y políticas. Joaquín se dio cuenta de que estaba golpeteando el piso con el pie izquierdo. Si Paula no hubiera estado absorta en el discurso, le habría dicho que parara. *Vivimos en un estado democrático basado en leyes*. Así y todo, durante los siguientes treinta días, De la Rúa no estaría obligado a cumplir la Constitución. *Como si el estado de sitio no hubiera terminado de la peor manera en nuestro país*… Joaquín esperaba que, en cualquier momento, Sorolla saltara indignado. *Nada.* Sorolla no pestañeó. La transmisión terminó.

Paula se volvió hacia él.

—Joaquín —dijo muy despacio, las sílabas ligeramente desconectadas, como si su nombre no le fuera familiar, como si estuviera aprendiendo a pronunciarlo.

Se puso de pie y lo abrazó con fuerza. *¿Por qué no nos abrazamos más seguido?* La estrechó más contra él, tanta que apenas logró distinguir lo que Paula estaba diciendo, su voz amortiguada por la camisa:

—Joaco, está pasando otra vez.

24
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 19:45

Joaquín soltó a Paula con el mismo cuidado con que de niño despegaba de sus sobres las estampillas que quería para su colección. Primero, los sumergía en agua tibia para aflojar el adhesivo, después separaba cada estampilla del papel con unas pinzas.

—¿Y ahora qué hacemos? —Paula se sentó otra vez en el sofá.

Sorolla se incorporó de golpe y desapareció.

—¿Adónde va? —Joaquín tomó asiento en el lugar que el joven acababa de desocupar. Preguntaba principalmente para evitar el silencio; era habitual que su sobrino se retirara a su habitación. Desde que llegó, había sido silencioso —casi como si pensara que su presencia era una imposición. Joaquín sintió que el corazón se le encogía al pensar que Sorolla pudiera sentirse una molestia en su propio hogar.

—A escuchar la radio, lo más probable.

Si interrumpían la programación, la mejor manera de mantenerse al tanto sería a través de la radio de onda corta.

—Esperamos, entonces ¿no? —dijo Joaquín.

—No va a pasarle nada.

¿Cómo puede…? Tal vez se refería a otra cosa. Alzada no dijo nada.

—Te dejaron salir temprano. —*Ella tampoco quiere estar a solas con sus pensamientos*.

Joaquín asintió con la cabeza.

—Galante insistió.

—¿Creés que van a traer al ejército?

Joaquín volvió a asentir. ¿Qué otra explicación había? De no ser así, ¿por qué iba Galante a ordenar que cerraran la comisaría? Sabía que, tarde o temprano, contaría con refuerzos.

—¿Por ahí te mandó a casa porque se siente en deuda con vos? —La pregunta de Paula interrumpió sus reflexiones.

—¿Porque me falló una vez cuando lo necesité? ¿Hace veinte años?

Ella sonrió un poco.

—Sí, no. Es porque los militares salen a la calle.

Joaquín suspiró. La historia tendía a repetirse —o al menos a

rimar—, y sí, la democracia argentina no era de las más estables, pero ¿cuántas veces más en sus vidas iban a tener que hablar de la posibilidad de vivir en dictadura? *¿Cuándo es el momento de decir "basta"?*

—¿Y el caso cómo va? —Paula no le dio tiempo para cavilar.

—¿El…?

—Sí, el caso del que me hablaste esta tarde. ¿Conseguiste lo que querías?

Parece que no hay temas livianos esta noche.

—Al final, tuvimos que dejarlo.

—Qué lástima.

—Sí. Una lástima.

Sorolla irrumpió en la sala de estar.

—Quiero ir.

La experiencia y Paula le habían enseñado que ella era más hábil manejando todo lo concerniente al muchacho. "La doctrina del elefante en el bazar", le gustaba llamarlo a ella. Él procuraba no tomárselo a mal. Joaquín agarró *Un mes con Montalbano* de la mesa ratona. Lo mejor que podía hacer era centrarse en el libro.

—Toda la ciudad, todo el conurbano están movilizados —insistió Sorolla.

Joaquín se imaginó a su sobrino hace un momento en su cuarto, practicando su discurso para convencer a su tía de que lo dejara ir. *Un hombre no tiene que andar pidiendo permiso para salir de su propia casa*. ¿Habían sido demasiado blandos con él? Muchos argentinos habían sobrevivido a experiencias traumáticas y estaban bien.

—Tu tío y yo… —Ella sabía que podía hablar en su nombre—. Pensamos que es mejor que no vayas esta noche.

—Especialmente al centro —agregó Joaquín sin levantar la vista del libro. *Espero que te hayas divertido esta mañana, boludo, porque es lo único que vas a ver de los cacerolazos.*

—Especialmente no al centro, querido —suavizó Paula.

—¿Sin un motivo? ¿Solo "no"?

—No seas impaciente, Sorolla. Dejame que termine.

—Perdoná —se disculpó de inmediato.

—Gracias. —Paula calló durante un momento para reflexionar. *¡Qué paciencia hay que tener para lidiar con estos chicos!*— Bueno, para empezar, estarías infringiendo el toque de queda. ¿No lo dijeron por radio?

—No me importa el toque de queda —oyó Joaquín decir a Sorolla. *¿Por qué tengo la impresión de que no voy a llegar muy lejos con el libro?*— Y a nadie más le importa, ahora ya no. Hay miles y miles de personas en la calle…

—Eso me lleva a mi segunda razón: nos preocupa que… que…

Joaquín sabía perfectamente adónde quería llegar Paula.

—Vos sabés que no podés manejarte en una multitud —logró decir ella al fin—. ¿O eso no te preocupa? El otro día hablábamos de cómo ser más consciente implica fijarse límites. Tal vez eso debería conllevar… ¿Cómo lo dicen…? "No ignorar una preocupación justificada por un impulso repentino." ¿A vos qué te parece?

¿De dónde carajo saca esas frases? Probablemente de esos libros que ella le insistía que leyera, pero él rechazaba como "psicología pop". Joaquín miró con disimulo a Sorolla. La mención a fijarse límites lo tenía mordiéndose el labio.

—Declararon el estado de sitio. El problema no es solo que haya mucha gente —prosiguió ella—. Sería muy fácil que hubiera… algún incidente, querido.

—¿"Incidente"? No parece algo que dirías vos… Más bien, parece algo que diría *él*. —Joaquín no lo miró, pero se imaginó a su sobrino señalándolo con desprecio—. ¿Te referís a que la policía va a hacer lo de siempre? ¿A que van a reprimir a civiles desarmados? Nunca me pareció que eso te molestara. Pero hoy sí, porque el civil puedo ser yo, ¿no? ¡Qué hipócrita!

—Sorolla —le advirtió Paula. Ella debía de haberse dado cuenta de que Joaquín había renunciado a leer la página que miraba con tanta atención.

—La gente está juntándose en todas las esquinas —insistió Sorolla —. Todos mis amigos van.

—Tal vez es hora de hacerse otros amigos —lo chicaneó Joaquín.

Paula lo fulminó con la mirada.

Ya sé, ya sé. No estoy ayudando.

Ella regresó su atención al joven.

—Va a haber otros cacerolazos.

Su sobrino resopló. No parecía en absoluto convencido.

—Así es *precisamente* como llegan las dictaduras. Empiezan por declarar el estado de sitio. ¿Después qué? Necesitamos frenar esto antes de que sea demasiado tarde. ¿No entendés? No se trata de salir a hacer ruido con ollas y sartenes. Se trata de hacer una *revolución*. ¡Y hay que hacerla *hoy mismo*! —Sorolla estaba acalorándose. En parte, su propia arenga lo estaba convenciendo. En parte, también, porque el ardiente revolucionario era incapaz de hacer nada sin la aprobación de Paula. *¡Cómo la respeta!* Y no pintaba bien: cruzada de brazos, sonreía y asentía. Iba a sonreír y asentir hasta que se diera por vencido y regresara a su habitación. Joaquín vio que Sorolla también se había dado cuenta y comenzaba a desesperarse porque no la estaba convenciendo. En cualquier momento, esa misma inquietud haría que se pasara de la raya—. Lo que más me sorprende es que *ustedes* no

quieran ir. Después de todo…

A Paula le tembló el mentón.

—Deja tranquila a tu tía. —Joaquín había estado callado, pero ya no más. Marcó con el índice el punto de la página que había estado tratando de leer.

—Por fin —su sobrino se volvió hacia él— el señor se digna a participar de la conversación.

—Bueno, en eso te equivocás. Esto no es una conversación. Si fuera una conversación, estaría escuchándote. Si fuera una conversación, me *interesaría* lo que tuvieras que decir. —Joaquín hizo una pausa para darle a Sorolla oportunidad de responder; este tragó saliva. No necesitaba mirar a Paula para saber que estaba poniendo su clásica cara de "Joaquín, por favor"—. No sé qué fue lo que te hizo pensar que ese es el caso. Tu tía acaba de explicarte muy pacientemente por qué no podés ir —carraspeó—, así que no podés ir.

—Qué autoritario. ¿Por qué será que no me sorprende?

Había tenido muchas conversaciones con Paula sobre por qué ella había entablado un vínculo tan cercano con Sorolla, y él no.

—Tiene muchas cosas interesantes que decir —le había explicado, inconsciente de que estaba dándole celos—. Y creo que no te das cuenta del respeto que te tiene.

—Miedo, querrás decir —había replicado Joaquín, entre a la defensiva y dolido.

—No —había objetado ella—. Cómo te mira, como un ciervo joven mirando al jefe de la manada. —Alzada había emitido un sonido burlón—. Y la manera en que *vos* lo mirás…

—No lo juzgo porque sufra de estrés postraumático, si eso es lo que estás insinuando.

—No, ya sé. Te juzgás a vos mismo.

—Qué querés que te diga, Paula. Es más fácil.

Joaquín consultó a Paula con la mirada, quien asintió para animarlo.

—Bien. —Respiró hondo—. Tengamos esa discusión. —Puso un señalador entre las páginas del libro y pausó antes de cerrarlo—. Sentate.

Sorolla se sentó.

—Tirame tu mejor argumento. Pero te advierto… —Joaquín dejó el libro sobre la mesa—. Ya los oí todos. ¿Qué va a ser? ¿Un clásico, del tipo "Decís que querés un mundo mejor, pero querés que lo construyan los hijos de los demás"?

Sorolla se quedó en silencio.

—Es eso, ¿no? Tal vez me equivoco, pero creo que nuestro desacuerdo no es sobre *qué* queremos para el país, sino sobre *cómo* lograrlo. Y, por eso, estamos teniendo esta conversación precisamente

esta noche, y no otra. La agitación social que defendés, la revolución que anunciás, ¿te paraste a pensar si son viables? ¿Qué implican? Querés salir a la calle hoy y protestar. ¿Qué resultado pensás ver mañana?

—Entonces *sí* pensás que hay que hacer algo. —*La esquivó bien.*

—¡Por supuesto! —dijo Joaquín con énfasis, para especificar enseguida—: Pero no que tenés que hacerlo *vos*.

—Si todos pensaran así, nunca cambiaría nada, tío.

—Buen argumento. —En cualquier otra circunstancia, para este momento, Joaquín ya habría pasado de alzar un poco la voz a gritar a todo pulmón. *Quizás tenga algo que ver que Paula esté observando nuestro diálogo como un árbitro de tenis excesivamente celoso*—. Pero no me parece que esta familia tenga que sacrificar a ningún integrante más en nombre de ninguna causa.

Sorolla bajó la cabeza.

—Golpe bajo.

—Puede ser. —*Lo es*—. Pero podés entenderlo, ¿no? ¿Especialmente vos?

—¿"Especialmente yo"? ¿Por qué?

—Por… Por… —Joaquín bregó por encontrar las palabras. ¿Cuántas veces había discutido con Jorge Rodolfo? ¿Cuántas veces había hablado con tanto cuidado? ¿Y de qué le habían servido tantas vueltas?— Lo que tu tía fue demasiado educada como para decir es, ¿y si te pasa algo? ¿Si te agarra un ataque de pánico y los manifestantes te pasan por encima?

Sorolla palideció.

—Y eso, por no hablar del hecho de que, sí, la policía está sobregirada, y sí, es muy probable que se pasen esta noche. Eso te lo garantizo. Supongo que lo que quiero decir es que "especialmente vos" tenés la excusa perfecta.

—¡Pero yo no *quiero* excusas! Estoy cansado de hablar y hablar y ver que nunca cambia nada. ¿Cómo puede ser que *vos* no estés cansado? —Sorolla se puso de pie.

Joaquín lo imitó y se ajustó el cinturón.

—*Estoy* cansado. —Al decirlo, el sentimiento lo inundó—. Nosotros ya cumplimos con nuestra parte, y ahora queremos que nos dejen en paz. Para vos, yo debo ser un… ¿Cuál es la palabra para alguien como yo? ¿Cómo diría el abecé del buen revolucionario? Un espectador…

—Un espectador apático —dijo Sorolla, desdén en su voz.

—Sí. Eso. Un espectador apático, bien cómodo con su empleo en el Estado, ¿no? Bueno, te digo esto: laburar para mantener una familia no tiene nada de deshonroso, hijo. —Se dio cuenta de que lo había llamado "hijo"; Sorolla no reaccionó—. ¿Te creés que no soy

consciente de los compromisos que tuve que hacer en mi vida?

Joaquín paró para mirar a Paula. *¿Ahora?* Nunca se habían dado el lujo de prepararse para el momento inevitable del "cómo decírselo". El destino les había dado al niño, y lo habían aceptado encantados. "Hablaremos del tema cuando surja", se habían dicho. Pero hay temas que no afloran en las interacciones cotidianas. *Si no, ¿cómo podríamos vivir?* Joaquín volvió su atención a su sobrino—: Y ya que hablás de tácticas policiales, ¿sabías que con treintaidós estuve en un grupo antidisturbios?

Sorolla se sobresaltó.

—Sí, sé que cuesta imaginarlo. —Joaquín sonrió—. Estaba en mejor estado físico entonces. ¿Y sabés por qué lo hice? Estaba hasta las manos, ya había pedido todos los favores posibles en el cuerpo para que tu padre no tuviera problemas, y esta ni siquiera era la dictadura que lo hizo matar, fue la anterior. Tuve que reemplazar a alguien en el grupo antidisturbios, porque ese alguien tenía un primo que se encargó de "perder" el prontuario de Jorge Rodolfo. La red de favores que mantiene el sistema en marcha… En fin. Durante seis meses, cada uno de mis turnos empezaba poniéndome el equipo de protección. Y lo hacía con ganas. Lo hacía por tu padre, por tu tía, por vos, aunque ni siquiera habías nacido. Es más, lo haría de nuevo.

—¿Tenías miedo?

—Por supuesto.

—Qué bueno.

Joaquín sonrió.

—Si creés que el hecho de que yo tuviera miedo te iba a haber dado algún tipo de ventaja sobre mí, se ve que no tenés la más puta idea de lo que…

—Groserías, no —intervino Paula.

—Perdón. —Inclinó la cabeza en deferencia y carraspeó—. A lo que voy es que no hay nada más peligroso que subestimar a tu adversario. Tal vez pensás que los canas son lentos, que están gordos, que no saben apuntar. Que son como los villanos de una película de vaqueros, apostados detrás de una escenografía de cartón. Nada más lejos de la realidad. Están en un estado físico impresionante y bien entrenados y… Y estás ahí, y ves que la multitud avanza… —Alzada había sentido terror. Apenas llenaba el uniforme del hijo de puta al que había reemplazado. Cada vez que se ponía en formación, pensaba: "Es la última vez que me la juego por Jorge". Había agradecido el peso de sus borceguíes, que lo anclaba al pavimento y le impedía escaparse corriendo en la dirección opuesta. Había recitado para sí las instrucciones tácticas, repitiéndolas una y otra vez como una plegaria —. En realidad, miento: antes de verlos, los *oís*. Es algo que no se ve en las fotos. Una ola gigantesca que se toma su tiempo en llegar a la

orilla. Tan fuerte que no oís ni al hombre que tenés a tu lado masticando chicle con la boca abierta. En ese momento, te das cuenta de que no tenés ni la menor idea de lo que estás haciendo. Apenas podés mantener la línea. Y entonces… —Joaquín hizo una pausa para mirar a Sorolla, quien lo escuchaba absorto, como cuando de chico su tío le contaba de San Martín y del cruce de los Andes para liberar Argentina del dominio español—. Entonces, oís la orden, cerrás los ojos y cargás. —Joaquín volvió a callar, esta vez para darle un efecto dramático—. Ahí, ¿creés que uno saca la fuerza de la valentía de sus convicciones? ¡No! ¿Que es porque les han prometido vino y mujeres sin fin en el Valhalla? ¡No! ¡Lo *único* que te impulsa es el miedo! —ahora estaba gritando—. Así que cuando decís que te alegrás de que yo tuviera miedo, pienso: no hay forma de que esta noche lo deje ir ahí. *Ellos* tienen las de ganar. *Ellos* entendieron algo que vos aparentemente no entendiste, y es que en todas las situaciones hay bandos. Y que, cuando se enfrentan dos bandos, la opción es sencillísima: *nosotros* o ellos. —Con la última palabra, Joaquín apoyó el índice en el pecho de su sobrino.

—Bueno —dijo Paula—. Me parece que con eso estamos. Voy a hacer algo para cenar.

—Te ayudo, tía. Total, no tengo otra cosa que hacer… —Sorolla retrocedió hasta que Joaquín bajó el brazo, y siguió a Paula a la cocina.

—No pongas cara de enojado —la oyó decir Joaquín—. Ya sabés que se pone así porque…

—Sí, lo sé —dijo Sorolla, suavizando el tono inmediatamente y enlazando su brazo al de Paula.

Joaquín respiró hondo. *¿Cómo lo hace?* ¿Era mejor dejar esa conversación para otro momento? No había esperado alterarse tanto por su sobrino. Lo mejor era dejar que las cosas se enfriaran antes de volver a hablar del tema. *Comer unos ñoquis*. Cuando Paula estaba preocupada, amasaba ñoquis.

Y aun así, a pesar de sus buenas intenciones, no bien entró a la cocina sus primeras palabras fueron:

—Explicame una cosa. Si hubiera un enfrentamiento, ¿qué pensabas hacer?

—Usar el sentido común —respondió Sorolla con toda naturalidad, mientras ponía los tres individuales sobre la mesa—. A vos te dio resultado, ¿no?

Paula puso una olla a calentar. Desde donde estaba Joaquín, apoyado en una de las alacenas de la cocina, solo veía su espalda. *Está sonriéndose.*

—¿Y si te sacuden con un millón de voltios, qué pensás hacer? —insistió.

—Dale, eso no va a pasar.

Joaquín alzó las cejas y esperó a que el joven se explicara.

—Porque no me van a agarrar. —Sorolla sonrió, poniendo platos y vasos sobre la mesa.

—Ah, claro. —*Igual al padre*.

Alzada notó un dolor en el costado. Sorolla había heredado los rulos negros de Jorge Rodolfo y su afición al café —*para ser justos, eso tal vez venga de Paula*. Lo sorprendente era cómo compartía rasgos de carácter con su padre, cuando había sido muy pequeño para haberlos aprendido de él. ¿Cómo era posible? ¿La inconsciencia se transmitía genéticamente?

A Sorolla siempre le incomodaba cuando alguien, ignorante de sus circunstancias familiares, comentaba cuánto se parecía a Joaquín, en especial cuando pensaban que era el padre. Joaquín nunca le había dado importancia a esa reacción y la había descartado como algo común en los chicos, pero ahora cayó en la cuenta: ¿se avergonzaba de él, como le pasaba a Jorge? ¿Era por eso que estaba teniendo las *mismas* discusiones, después de transcurridas dos, tres décadas? *Yo solo lo hago para sobrevivir.*

—Me parece que tendrías que dejar las politiquerías mientras puedas y dedicarte a cosas más tranquilas. ¿No te interesaban las aves, pibe?

—Joaquín, por favor. —Paula le pasó una taza de café.

Él hizo un gesto como preguntando "¿Ahora? ¿Con la cena?", pero no se negó.

—Primero —Sorolla puso los cubiertos—. A mí no me digas "pibe". Segundo, por si no lo sabías, trabajo en la sección de mamíferos sudamericanos. Así que, si querés ofenderme, por lo menos asegurate de decirlo bien: son marsupiales, no aves. Pequeños marsupiales. Y tercero, si tu único argumento es ese, debo de estar ganando. —Se volvió hacia la cocina y metió la punta de un dedo en la salsa de manteca y salvia. Dio un respingo y lo sacó enseguida—. Entiendo lo decepcionado que debés estar. ¿Qué habrías querido que fuera, policía como vos? —*La misma recriminación que Jorge*.

—¿Y qué tiene de tan malo ser policía? —Su hermano nunca le había contestado.

Sorolla ignoró la pregunta y continuó:

—Que yo trabaje en la rehabilitación de monitos del monte heridos para retornarlos a su hábitat natural debe de ser terrible para vos. Cuando te preguntan por mí, ¿qué decís? ¿Mentís? ¿Decís que trabajo en un banco?

—Dale, Sorolla —dijo Paula, regresando su atención al agua hirviendo.

—No tenés ni idea de qué estás hablando.

—¿No será porque ustedes nunca me explican nada? Siempre me responden lo mismo: “Algún día” —La única persona a quien Joaquín permitía que lo imitara lo hacía con dolorosa precisión, hasta la inflexión—. “Algún día”, dicen. ¡Ni siquiera sé dónde están!

Paula y Joaquín intercambiaron una mirada. La única promesa que se habían hecho el uno al otro que los dos sabían que habían roto.

—Era lo más seguro para todos —dijo Paula.

—Si querés que tenga idea, vas a tener que contarme. —Sorolla se dirigió a Joaquín y agregó—: Podemos empezar con esto: ¿mi viejo también te decepcionó? ¿Se lo *dijiste*?

—Sorolla, me parece que va a ser mejor dejar las cosas acá —lo intentó de nuevo Paula.

—No, no, Paula, dejalo —concedió Joaquín, sarcástico—. Hasta hoy, nunca lo había oído hablar tanto.

—No me sorprende que te odiara.

Paula insistió:

—Sorolla, por favor.

—¿Podés dejarte de defenderlo? —el sobrino se dirigió a ella—. Y no me digas lo que tengo que hacer. No sos mi madre.

Paula se paró en seco, en la mano el colador. Abrió la boca como para decir algo, cambió de opinión y siguió ocupándose de los ñoquis.

Llegó el momento.

—¿En serio querés saber la verdad sobre tu padre? ¿Saber por qué no hablamos de él?

Sorolla asintió, seguro de sí mismo.

—Sí, *fue* una decepción. Pero no por las razones que debés de pensar. Era ingenuo, temerario, a veces directamente estúpido. Le encantaba estar en medio de la acción. Tenía que meterse en cosas con las que no tenía un carajo que ver. Tuve que rescatarlo tantas, pero tantas veces, que yo mismo me metí en problemas por él. Pero aun así, no fue *eso* lo que me decepcionó. —Joaquín dudó—. No. Lo que nunca entendí fue que pudiera querer más a una causa política que a vos.

—¡Mentira! —chilló Sorolla.

—No preguntó por vos. ¡Ni una vez! —gritó Joaquín.

—Mentira —repitió Sorolla, más suave, para poder contener las lágrimas. Miró a Paula en busca de confirmación; ella mantenía la vista fija en la cocina—. ¡Ojalá te hubieran matado a vos!

Eso habría querido yo también.

—¡Por lo menos él no era un asesino!

—¡BASTA! —gritó Paula.

—Entonces, ¿cómo llamarías a lo que le hizo a tu madre?

La voz de Paula retumbó en la cocina:

—¡YA BASTA! ¡Suficiente!

Joaquín y Sorolla vieron atónitos cómo Paula se volvía más y más

pequeña hasta que se hundió en el piso y se acuclilló frente al horno, el bol de ñoquis con salsa todavía en la mano. Los dos corrieron hacia ella y se arrodillaron sobre las baldosas frías a una distancia respetuosa.

—Paulita… —intentó Joaquín.

—Tía… —intentó Sorolla. Lo único que logró fue que soltara el bol.

No había forma de consolarla. Lloró y lloró con sollozos violentos. Le entró hipo. Tuvo que desviar la atención para luchar contra las convulsiones. Su enojo por el hipo fue en aumento. Lloró todavía más. Los dos hombres se acercaron, hasta que los tres formaron una masa de miembros doblados sobre sí mismos. Finalmente calló.

Permanecieron así, incómodos, un buen rato.

—A ver —fue lo primero que dijo Paula, después de rechazar la ayuda de ambos para ponerse en pie, y ponerse en pie. Se acomodó el vestido verde de verano, se pasó la mano por la cara para limpiar el poco rímel que se atrevía a usar y carraspeó con firmeza—. Vos —comenzó por Sorolla—. Ni siquiera habías nacido cuando pasó todo esto de lo que hablás con tanta certeza. —*Sí que había nacido*—. Por lo que pasó esta noche me di cuenta de que, claramente, no tenés la menor idea, o tal vez tenés solo una idea remota, de lo que pasó con tus padres. Y eso es culpa nuestra. Pero podemos cambiar las cosas. A partir de hoy, podés preguntar y vamos a responderte. Con respuestas que *sirvan*. —Miró a Joaquín, quien asintió—. Mientras tanto, tenés que saber que, aunque *nunca* te lo diga, tu tío te ama más que a nada en este mundo. —Luego agregó—: Aparte de mí, claro.

Joaquín sonrió.

—Y vos. —Paula se volvió hacia su marido.

Su sonrisa desapareció al momento.

—Vos…

No hizo falta que dijera más: él sabía.

Paula plegó el repasador que había estado usando en seis cuadrados perfectos.

—Por fortuna para *los dos*… —Colgó el repasador en la manija de la puerta del horno y distribuyó por igual una mirada severa y juiciosa, un rey Salomón argentino enojado—. Cuentan con una cabeza de familia que no pierde la calma cuando las cosas se complican. —Joaquín frunció el ceño, pero no dijo nada—. Así que pueden confiar en que mi decisión será la correcta. Primero: Joaquín, ponete el saco.

—¿Con el calor que hace?

—Bueno. Andá sin saco.

—No pienso ir a ningún lado —replicó Joaquín.

—Sí, vas a ir. —Paula había tomado una decisión.

Alzada se puso a buscar su saco. *¿Me lo saqué en el living cuando llegué?*

—Joaquín.

—¿Ahora qué querés? —respondió desde el pasillo.

—El otro Joaquín, digo. —Jamás llamaba así a su sobrino. *Está furiosa.*

—Sí, tía —Sorolla le dio un sorbo a su café, seguramente frío para entonces.

—Pedile disculpas a tu tío.

El inspector reapareció en la cocina. Su saco colgaba, cuidadosamente doblado, de la alacena en la que se había apoyado hace un momento. Sorolla debía de haberlo sacado del respaldo de la silla cuando puso la mesa.

—Ah, acá está.

Sorolla esperó a que su tío se pusiera la prenda.

—Tío, perdón por lo que te dije. No quería…

—Suficiente, gracias —lo interrumpió Paula y se frotó las manos —. Ya perdimos demasiado tiempo. Los ñoquis deben estar fríos…

Joaquín miró el cuenco: aún humeaba.

—No me tomé el trabajo de amasarlos para que no los comamos. Vamos a cenar. Después, los dos se van al cacerolazo al centro.

—¿Y vos? —preguntaron al unísono.

—Ah, no. —Paula rechazó la idea con un ademán exagerado, como si fuera la pregunta más tonta que hubiera oído en su vida. *¿Está sonriendo?*—. Vayan ustedes, chicos. Que se diviertan.

25
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 21:55

Viajaban en un silencio exquisito.

Joaquín siempre había odiado manejar de noche. Ahora que el oculista le había dicho que tenía que usar anteojos, también estaba eso. “Me hacen viejo”, se quejó la primera vez que se vio con ellos.

El siseo de los pocos autos que desafiaban el toque de queda oficiaba de ominosa banda de sonido. Joaquín los ignoraba, manteniéndose a una velocidad inferior a la máxima. Una lógica idiota, sin duda: estaba siendo prudente, mientras llevaba a Sorolla al más imprudente de los lugares. Veinte minutos después de salir, con un sobrino mudo y obstinado en el asiento del acompañante, Joaquín seguía convencido de que un cacerolazo no iba a resolver nada. Ni siquiera uno tan multitudinario como del que informaban los noticieros. Si el gobierno había ignorado todas las protestas anteriores, encontraría cómo hacerlo con esta. El cacerolazo se había originado como un símbolo de la desesperación popular —las amas de casa golpeaban las ollas y sartenes que no podían llenar de comida para sus familias— y se había convertido en una forma habitual de mostrar descontento. Era barato, era instantáneo, era ruidoso. No requería de organización. *Su espontaneidad es precisamente el problema*. Un cacerolazo podía transformarse de una marcha pacífica en una revuelta violenta en minutos.

Lo que no tenía *nada* de espontáneo era la percepción. Los arquitectos del fenómeno habían logrado desplazar el discurso sobre la pobreza de lo habitual —las villas, cuya existencia se da por sentada— a lo novedoso, la clase media argentina. Una especie en peligro de extinción. No, la imagen no solo estaba bien pensada, sino que era fenomenalmente efectiva: ahora, a las protestas iba hasta gente en traje, gente con la que el público televisivo podía identificarse fácilmente. *Eso* era lo que había atraído la atención de la opinión pública internacional, por hipócrita que fuera. En toda su gloria defectuosa, las imágenes habían hecho que los espectadores occidentales se revolvieran en sus asientos ante la idea de que pudiera pasarles lo mismo. Menos de medio siglo antes, para muchos europeos la Argentina había representado una tierra de promisión en la que dejar atrás para siempre un pasado de miseria. Ahora, los términos se

habían invertido, y todo argentino que pudiera demostrar una conexión —en el caso de los Alzada, un casi olvidado abuelo gallego— procuraba conseguir la ciudadanía y huía. *Por lo menos puedo decir eso de mí, que no me fui*. Por el rabillo del ojo, el inspector miró a su sobrino. Lo que le había parecido enfurruñamiento era en realidad somnolencia. *Miralo al pequeño revolucionario*. Al girar en Monroe, Joaquín tuvo que rozar su brazo para pasar los cambios. Sorolla volvió a la vida.

—¿Adónde vamos?

—Al cacerolazo. ¿No era eso lo que querías?

Sorolla resopló.

—Digo, ¿dónde *exactamente*? Porque sé que no vas a querer estacionar esta tremenda máquina en cualquier lugar… —dijo irónico, acariciando el vapuleado tablero del auto como si fuera una mascota.

—Sí, no —Joaquín sacudió la cabeza—. Había pensado por lo de Vukić.

—¿El que era tu jefe?

—Sí.

—No lo conozco.

—¿De verdad? —Joaquín podía acordarse de al menos una ocasión en la que se habían encontrado—. Bueno, tenés suerte. Hace un rato dijiste que querías saber más sobre tu pasado, ¿no? Él es una parte importante del nuestro, y pensé que podía interesarte conocerlo. No solo conocerlo: podés preguntarle lo que quieras.

—¿Estará despierto? —Sorolla pareció repentinamente incómodo, como si deseara que encontraran a Vukić dormido.

—Eso espero. Cuento con que debe de necesitar solo un par de horas por noche. Y no es tan tarde todavía.

—¿Dónde vive?

—Chacarita.

—Qué bueno. Desde ahí podemos caminar hasta Parque Centenario.

—¿La gente está juntándose ahí?

—Entre otros muchos lugares —dijo Sorolla—. ¿O preferís que vayamos a Plaza de Mayo?

¿A la escena de todas las masacres de la historia argentina reciente?

—No, vamos a Parque Centenario mejor.

—Sí, eso supuse. —Sorolla sonrió.

Cualquiera otro día, el paso de tortuga con el que Joaquín conducía por la calle Estomba habría provocado que lo siguiera una fila de conductores impacientes por sobrepasarlo. Ahora estaban solos. En un par de cuadras estarían en lo de Vukić. Cuando llegaron al último semáforo antes de la esquina de Roseti y Lacroze, Joaquín encontró lugar para estacionar, justo enfrente de un pequeño café que

le resultó familiar. Al aproximarse, se acordó: allí solía comprar unos sandwichitos deliciosos que llevaba cada vez que visitaba a su antiguo jefe. O debería decir, *cuando* lo iba a visitar. Señaló al otro lado de la calle, el único edificio de más de dos plantas de la cuadra.

—Es allá.

—Nadie en su sano juicio va a meterse con un auto estacionado frente a lo del excomisario general de la Federal —comentó Sorolla. *Exacto*. Cuando el joven descubrió dónde su tío pensaba estacionar el auto, añadió—: Medio justo el lugar, ¿no?

—Me las arreglo.

Era algo más que medio justo. Habría sido difícil con un auto de diez centímetros menos. Joaquín iba a tener que esforzarse. Después de la tercera maniobra, las manos le sudaban y producían un sonido húmedo sobre el volante de cuero.

—¿Querés que lo haga yo? —preguntó Sorolla.

—No sé —replicó Joaquín—, ¿trajiste el inhalador?

Sorolla puso los ojos en blanco ante el infantil chicaneo de su tío:

—Sí.

El inspector lo intentó de nuevo, oyó que la rueda tocaba el cordón de la vereda y giró el volante en la dirección opuesta. *Ya está.*

El portero eléctrico.

—¿Fernando? —le preguntó Alzada a la lustrosa placa de metal.

En respuesta, un persistente ruido blanco.

A Vukić no podía producirle temor hacerlos pasar. Es más, si no había perdido su toque mágico, incluso los había visto llegar: Alzada sabía que era de esos policías que se jubilan, pero nunca dejan de serlo. Probablemente, los había detectado en el momento mismo en que aminoraron la marcha en la cuadra, y luego los había visto estacionar y acercarse al edificio. *¿Por qué tarda tanto?*

A Alzada no le agradaba andar dando vueltas. Menos cuando eran las dos únicas personas en la calle desierta, solo acompañadas por el resplandor de los faroles. ¿No había dicho Sorolla que habría multitudes en la calle? Al parecer, la revolución todavía no había llegado a este vecindario.

¿Tocaba otra vez? *No, va a parecer que estoy impaciente*. Además, Vukić podría interpretarlo como una impertinencia, y ofender al “Lobo” nunca era buena idea. *No*. Tendrían que esperar.

Esto le dio oportunidad a su camisa de secarse antes de volver a ponerse el saco. Joaquín contempló el Clio y admiró su logro. *Menos mal. Iba a tener que oír las cargadas de Sorolla una semana entera*. Observó a su sobrino. Joven y alto y soñador. *Inocuo*. De espaldas a la calle. *Inconsciente*. ¿Por qué estaba de cara al edificio?

—Tenés que estar atento a la calle.

—Si no hay nadie —protestó Sorolla, pero obedeció.

—Precisamente. —Alzada se llevó instintivamente la mano al cinturón, aunque había tomado la decisión de no salir armado esta noche—. Demasiado tranquilo para mi gusto.

La aurora artificial, provocada por la multitud de bengalas a la distancia, solo acentuaba el silencio. *La calma antes de la tormenta.*

Una sombra del otro lado de la valla.

—¿Qué está haciendo acá? —preguntó una voz ronca. *¿Por qué bajó en vez de abrirnos?*

—Yo también me alegro de verlo, Fernando —contestó Alzada.

—¿Qué está haciendo acá? —repitió Vukić. Enfatizó cada palabra.

—Vamos, tranquilo. —Alzada vio pánico en los ojos de Sorolla cuando este distinguió en las sombras la pistola que les apuntaba. El inspector se puso su saco con calma—. Baje el arma de una vez, somos nosotros.

—¿Quiénes son “nosotros”?

—Mi sobrino y yo —dijo Alzada—. Sorolla, ¿se acuerda?

Un rezongo desde el otro lado del portón. Finalmente, una mano emergió de entre dos rejas. Sorolla se apresuró a estrecharla. *Muy bien, pibe*. La expresión en su cara delató que no estaba habituado al contacto físico con personas de edad. Suele suponerse —la gente hace lo mismo con los reptiles— que la piel de los viejos es áspera y seca, pero, en realidad, una mano anciana se siente como la de alguien que pasó demasiado tiempo en la pileta: arrugada y suave.

—¿No se enteró de que hay toque de queda?

—¿Nos hace pasar de una buena vez?

—Mire quién se pone nervioso ahora. —Un nuevo rezongo, esta vez con una sonrisa.

La puerta se abrió con lentitud.

26
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 22:30

En la penumbra del *living*, Alzada y Sorolla esperaban a que Vukić preparara café. Había insistido. Una solitaria lámpara Tiffany con un motivo de libélulas era la única fuente de luz. El inspector notó el cuidado con el que había sido ubicada: suficientemente cerca del sofá en el que estaban sentados y, al mismo tiempo, a una distancia prudencial de la ventana, con toda probabilidad para evitar que los transeúntes supieran que había alguien en casa. *¿Se volvió paranoico con los años?* Al cabo de unos minutos, Sorolla amagó con ponerse de pie para curiosear. Alzada abruptamente lo tomó del brazo y volvió a hundirlo en el sofá. Vukić habría oído los pasos desde la cocina, y con certeza iba a desaprobar que alguien husmeara en su guarida. Porque era eso, una guarida. Sorolla tendría que conformarse con estudiarla desde donde estaba.

Alzada no había conocido este departamento hasta que Vukić se quedó viudo. Los vecinos murmuraban que estaba perdiendo la cabeza. El inspector había tenido miedo de que Vukić se pegara un tiro; Paula, de que muriera de hambre. A falta de otro modo de cancelar su deuda con él, habían optado por cuidarlo. Alzada había encargado al almacén de la esquina que se ocupara de hacerle llegar provisiones semanalmente, él mismo lo visitaba periódicamente con tápers de comida casera. Sus visitas habían ido espaciándose y acortándose, hasta que, al fin, pararon.

En las sombras, Alzada vio que, desde entonces, poco había cambiado. Cada pared estaba recubierta de anaqueles de madera clara que contenían una abundante colección de libros dispuestos en filas inmaculadas, confiriendo la impresión de un estudio moderno y prolijo. Sin duda, hecho todo por él mismo. El comisario era demasiado desconfiado como para permitir la entrada a nadie sin haberlo investigado previamente. Alzada sabía que todos esos libros versaban sobre un único tema: la guerra. Desde técnicas de combate cuerpo a cuerpo hasta estrategia global, desde tratados de historia hasta relatos de ficción, desde las cruzadas hasta las guerras de los Bóeres. Con un gesto, le indicó a Sorolla la mesa del comedor, sobre la que había un taller de aeromodelismo. Parecía que Vukić había ido depositando los modelos terminados frente a los tomos de los

conflictos bélicos en los que había servido cada uno. Había unos cuantos que le sonaban. Alzada reconoció un caza *Spitfire*, orgullo de la fuerza aérea británica durante la Segunda Guerra Mundial, frente a un volumen sobre Malta; el *Messerschmitt* alemán, con una biografía de Rommel; el *P-47 Thunderbolt*, con su nariz a cuadros, acompañaba un manual de aviación. Aparentemente, a Vukić la jubilación le había sentado bien.

—¿Azúcar? ¿Leche? —preguntó desde la cocina.

Como dos niñitos sorprendidos planeando una travesura, los dos se enderezaron en sus asientos.

—No, gracias —respondió Alzada.

—En serio, Fernando —dijo Alzada, cuando el excomisario trajo la bandeja con mano temblorosa—. Solo pasábamos a saludarlo.

“El Lobo”. A Vukić no le decían así tanto por la etimología balcánica de su apellido como por su apariencia lupina: gris y astuto y feroz. Ahora, las canas y las pecas habían suavizado sus facciones, y, aunque su postura seguía siendo impecable, su voz vibraba con la fatiga de una vida larga. *Si yo tengo sesenta y cinco, él debe tener por lo menos ochenta, ochenta y cinco.*

—De verdad, no tendría que haberse molestado —insistió Alzada.

—Me gusta que hayan venido. —Vukić ignoró el comentario pasándole una taza—. ¿Se acuerda de este juego de café?

—Sí, claro —mintió el inspector. Procurando ganar tiempo, ladeó la cabeza, como si el nuevo ángulo fuera a ayudarle a recordar dónde había visto antes la porcelana color crema con bordes dorados.

—Es el regalo que ustedes nos hicieron cuando Marisa y yo nos casamos.

—Por supuesto —confirmó Alzada, esperando haber sonado convincente. *Si tan solo Vukić no fuera un detector de mentiras humano.*

Pero el comisario había vuelto su atención a Sorolla.

—Sabe, estuve casado dos veces. Y por dos veces soy viudo. La segunda era de su edad. Pero tampoco tuve suerte: también murió antes que yo. ¿Seguro que no quiere leche?

—Fernando… —interrumpió Alzada.

Vukić entendió.

—¿Ya empezó la guerra?

—Por eso vinimos al centro —replicó Alzada.

—Usted siempre tuvo unas ideas delirantes… —El comisario sonrió, socarrón—. Me alegro de ver que algunas cosas no cambian.

Con su taza en una mano y el platito reposando sobre el faldón de su chaleco azul oscuro, ya no era el hombre que había hecho temblar a Buenos Aires durante más de una década.

Alzada sonrió.

—Va a hacer que me ponga colorado, Fernando.
—¿Sigue siendo inspector?
—Sí —contestó Alzada, resignado. Estaba empezando a pensar que había una conjura generalizada para enfrentarlo hoy a todos los temas espinosos de su vida. *Solo está tratando de mostrarse amable*. Después de todo, apenas se habían vuelto a ver desde que el comisario pasó a retiro.
—¿No le dije que se jubilara lo antes posible?
—Sí que me lo dijo. Y más de una vez.
—Usted además tenía el motivo perfecto para hacerlo.
Alzada frunció el ceño.
—Perdón. Veo que sigue siendo enemigo de la palabra “perfecto”, ¿no?
Alzada sonrió.
—En particular, cuando no es aplicable.
—¿Qué tal lleva Galante la comisaría?
Con el regreso de la democracia, la vieja guardia había sido pasada a retiro de un plumazo. Galante había salido muy beneficiado por esa operación: jugaba lo suficientemente sucio como para ser bueno en su trabajo y lo suficientemente limpio para las relaciones públicas. Durante mucho tiempo, Alzada había albergado rencor contra Galante por la manera en que se había comportado con su superior, pero, en retrospectiva, quizá Vukić había sido el más inteligente de todos. *Se retiró justo a tiempo de que nadie se acordara de su nombre cuando comenzaron los juicios.*
—Y… estoy en robos y hurtos, pero adivine quién está investigando una desaparición de persona…
Vukić se encogió de hombros.
—Bueno. Por lo menos de eso sabe algo.
Alzada abrió mucho los ojos y señaló a su sobrino con la cabeza.
—Muy sutil, tío —dijo Sorolla. Hasta entonces, se había limitado a observarlos en silencio. *¿Querías que te prestara atención? Ahí tenés*.
—¿Y usted a qué se dedica, joven? —Vukić acompañó su pregunta inclinándose hacia delante para invitar a la respuesta. *El modo típico de hacer a alguien entrar en confianza.*
—Yo… Yo… —tartamudeó Sorolla, su actitud decidida de pronto desvanecida.
—Usted no es policía. —Una afirmación, no una pregunta.
—No, yo… —*Es más difícil de lo que parece, ¿no?*
—Es revolucionario —Alzada intentó cortar el silencio incómodo. Sabía que, para Vukić, cualquiera que pretendiera cambiar el país, en particular recurriendo a la violencia *amateur*, era, como mínimo, ingenuo.
—Encima, es idéntico a él —dijo Vukić.

¿Qué carajo…?

—¿Conoció a mi padre?

Vukić tragó saliva. ¿Podía ser? ¿Era posible que los años lo hubieran reblandecido? El comisario carraspeó y se acomodó en su asiento. Inmediatamente volvió a ser él. Este *es el Lobo que recordaba*. Con una mezcla de diversión y desdén, dijo:

—Un revolucionario. Muy bien…

—Ya que hablamos de esto… —Alzada se bebió de un trago el café que le quedaba—. Está haciéndose tarde, Fernando.

El inspector se puso en pie y se acercó a la ventana. Aun con las persianas completamente bajadas, una rendija vertical permitía a alguien en esa posición dominar la calle sin ser visto desde fuera. *No es casual*. Entornó los ojos para ver mejor y distinguió su auto. Sonrió. En efecto, Vukić los había visto venir desde mucho antes de que tocaran el timbre. *Será viejo, pero no perdió las mañas*. ¿Cómo habría manejado *él* la situación con los Echegaray? No le habrían importado una mierda "los inconvenientes de la democracia": el debido proceso, las órdenes de allanamiento, y de detención, los fueros, los sucesivos informes. "Para cazar a un lobo se necesita un lobo", le gustaba decir al excomisario. Alzada sabía que, si hubiera usado el método de Vukić, el caso ya estaría resuelto.

—Por favor, mándele mis saludos a Paula. —La voz de Vukić lo sacó de sus reflexiones. Sorolla estaba de pie al lado de la puerta.

—Serán dados —dijo Alzada con deferencia. Tenía tiempo para decidir si iba a mencionarle la visita. *Lo único que va a querer saber es si finalmente pidió algo a cambio*—. Ya que hablamos de…

—No es el momento. —Vukić desestimó el tema con el mismo ademán con el que lo hacía cada vez. Petacchi había recibido un sobre suculento, dos meses de sueldo de Alzada. ¿Por qué Vukić nunca se había cobrado el favor?

—Podría visitarme un poco más seguido, desgraciado. Me parece que no lo veo desde… —Vukić se interrumpió—. Y no se meta más con desaparecidos. Jubílese de una vez. Ya hizo suficiente.

El inspector bajó la cabeza.

—Lo digo en serio —prosiguió el comisario—. Que uno piense que, si tuviera una segunda oportunidad, haría las cosas de otro modo, no quiere decir que lo hiciera mal la primera vez. Cuando llegue la hora de ajustar cuentas con el barba —señaló al techo— va a ver que opina igual que yo. Ahora váyanse, antes de que termine la revolución. Disfruten.

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —terció Sorolla.

—Debo decir que me sorprende, Joaco —dijo Vukić, como al descuido. Sonaba como algo que podría habérsele ocurrido recién después de que ellos se hubieran ido—. No lo tenía yo a usted como

alguien interesado en la política. No sé, me lo imaginaba en su casa, leyendo.

—Bueno, sí, ese era mi plan, pero ¿qué le puedo decir? —Alzada agarró afectuosamente la nuca de Sorolla—. Este.

En cuanto salieron al *palier*, Sorolla fue a tocar el botón del ascensor. Alzada tuvo que darle un manotazo para impedírselo. El zumbido del ascensor alertaría a los vecinos de que Vukić tenía visitas. Otra cosa que no extrañaría cuando se jubilara: los agotadores ascensos a los pisos altos cuando querían caerle de sorpresa a alguien. Sorolla pareció haber entendido. Aun así, y para sorpresa de Alzada, emprendió un ruidoso trote escaleras abajo.

—Sabés que vamos por las escaleras para evitar el ruido del ascensor, ¿no?

—Sí —dijo Sorolla. *No, no lo sabías*. Su sobrino comenzó a descender con cuidado de no hacer ruido sobre los escalones de mármol.

Cuando Alzada llegó a la planta baja, Sorolla lo estaba esperando con la puerta abierta, contrición en la cara.

—Tío… Gracias por venir conmigo esta noche. Y por traerme acá.

—No hay problema. —Alzada apretó los labios, casi haciéndolos desaparecer—. Pero… bueno. No le cuentes a tu tía que estuvimos acá, ¿sí?

—¿No le cae bien Vukić?

—De hecho creo que lo aprecia.

—Entiendo —asintió Sorolla. *No, no entendés. Y está bien.*

Cuando Sorolla se giró para salir, Alzada aprovechó su punto ciego para santiguarse. Después, se adelantó a su sobrino.

—Vamos.

27
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 23:10

Alzada y Sorolla bajaban por la avenida a toda velocidad. *Ya hemos perdimos suficiente tiempo y ahora este desvío*. El desvío en sí no era el problema, al contrario. Si Sorolla hubiera caminado en dirección a Chacarita, Alzada habría sugerido otra ruta al momento. Ni siquiera había hecho falta hablarlo: iban a evitar Jorge Newbery, la avenida que dejaba solo un muro entre ellos y el cementerio más grande del país. ¿Quién sabe? Quizá su sobrino compartía su respeto por los muertos. Tampoco es que Alzada fuera supersticioso, y, además, desde fuera casi no se notaba, porque el perímetro del cementerio eran cinco metros de muro de concreto, de los cuales se pintaba de blanco periódicamente apenas la parte inferior. A esta hora de la noche, estaría iluminado por la luz mortecina del alumbrado público. Solo el portón principal evidenciaba que Chacarita no era una prisión, sino un camposanto, con sus dos estatuas de leones custodiando celosamente los restos mortales de medio Buenos Aires. Los de Carlos Gardel. Los de Jorge Rodolfo, si le hubieran dado la opción. En su lugar: muchos miles de pesos a un sepulturero bien dispuesto, un viaje furtivo a un cementerio remoto, una tumba sin identificación. *Sí. Mejor tomar Dorrego*.

A ambos lados de la calle, Alzada observó cómo la gente salía de los edificios para unirse a ellos. A lo largo de los últimos días la demografía de la protesta había cambiado considerablemente. Ya no eran las turbas hambreadas provenientes de la provincia de Buenos Aires, ni los delincuentes oportunistas que habían aprovechado para convertir la ciudad en un campo de batalla y obligado a De la Rúa a declarar el estado de sitio. *Son familias como la nuestra*. Hombres de camisa arremangada, mujeres que se daban aire con abanicos, chicos por todos lados. Muchas remeras de Maradona, que había sustituido a San Judas Tadeo como el patrono de las causas difíciles y desesperadas.

El ritmo de la marcha fue acelerándose, como si una fuerza invisible instilara en ellos una repentina urgencia, un temor a perderse lo que estaba por ocurrir. Con su habitual inconsciencia, Sorolla casi trotaba, ayudado por sus shorts de tres tiras y su juventud. Alzada se mantenía un par de pasos detrás de él para recuperar el aliento. No

más de eso: sabía cuán fácil es perder a alguien en una multitud. Las conversaciones a su alrededor tenían un tono victorioso. El inspector procuró resistirse a la alegría contagiosa que expresaba el rostro de su sobrino, a la tentación de abandonar todo intento de control y “fluir”, como estaba seguro de que decía Sorolla. No, necesitaba mantenerse alerta.

Cuando doblaron a la derecha en Juan B. Justo, Alzada observó dos furgones policiales color azul medianoche, rejas sobre las ventanillas, estratégicamente estacionados a uno y otro lado de la avenida. Detrás del de la izquierda, un camión hidrante. Preparados para una maniobra de pinza. Diez policías antimotines a pie, diez pistolas de gas lacrimógeno en las caderas, diez camisas de manga corta. *El calor, como la violencia, es democrático*. El inspector estaba seguro de que más adelante habría más como ellos. *Así que esto es estar del otro lado*. Una sensación incómoda, como la que mucha gente dice que siente cuando la policía los para por superar la velocidad máxima. *Estoy nervioso, aunque sé que no hice nada malo*. Una falta de control. A su alrededor, la multitud se espesaba.

El ritmo de la marcha de los manifestantes se ajustó para acomodar a los muchos que se les habían ido uniendo en los últimos minutos; la avenida ahora una arteria esclerosada, obturada por el descontento de un país decepcionado. Alzada encontró consuelo en un rápido cálculo a ojo: no había suficientes fuerzas en la ciudad —ni en la provincia— para que constituyeran una amenaza. Además, la mayoría iba a estar concentrada en Plaza de Mayo frente a la Casa Rosada, destino preferido de los que marchaban. Si se mantenían lejos de allí —estaban a unos seis kilómetros—, estarían seguros.

Cada vez que Alzada notaba que se relajaba, volvía a estudiar el gentío en busca de agitadores. No podía evitarlo. Un muchachito enojado que arrojase un tacho de basura contra un patrullero era todo lo que hacía falta para desencadenar una masacre. Y había más que vecinos en esta multitud. Alzada no necesitaba fijarse al detalle para distinguir a los *paterfamilias* indignados de aquellos entrenados en la revolución callejera, aunque esa noche estuvieran esforzándose por pasar desapercibidos. Las bufandas y pañuelos que normalmente cubrían sus caras habían desaparecido. Aun así, la elección de no llevar camisa —*es imposible agarrar las costillas expuestas de un adolescente a la carrera*— y las zapatillas atadas con celo —*saben que son más rápidos que cualquier policía con equipo protector*— los hacía fácilmente identificables. Y sus joyas, idénticas: silbatos colgando del cuello —*la única protección posible contra una carga de la policía montada*. Además, no cedían al impulso natural de caminar por el medio de la calle solo porque hoy estuviera permitido. Esta gente estaba familiarizada con las tácticas policiales, había estudiado a

fondo los manuales de represión callejera. La manera más eficiente de dispersar una multitud es cargar contra la parte central y dividir al enemigo en grupos pequeños y manejables. Precisamente lo que Napoleón III tiene en mente cuando construye en París las primeras avenidas: espacio para cargas frontales de caballería, espacio para control de multitudes. *Por eso estos payasos circulan por la vereda.* Como estaba haciendo Alzada. Como haría Sorolla, si prestara atención.

Palmas. Y silbidos. Y gritos. Los tañidos y tartajeos de ollas y sartenes y planchas golpeando espumaderas y cucharones. Un país encontrando su ritmo. Alzada estaba fascinado por la potencia del gentío. La marea había cambiado. El hambre había cedido. Ahora era furia. Espasmos sincopados de rebelión. Ojotas sobre el asfalto. Manos asiendo con fuerza las banderas argentinas en las que tantos se envolvían a pesar del calor. Para sorpresa de Alzada, fue en medio de esa cacofonía cuando se sintió a salvo por primera vez: dejó de escrutar las caras de quienes lo rodeaban en busca de conductas sospechosas. Paró de evaluar posibles vías de escape y, en cambio, dejó que la muchedumbre guiara sus pasos. Hasta se permitió sentir expectativa cuando doblaron a la izquierda por la avenida Honorio Pueyrredón. Estaban casi al fin de su peregrinaje.

Alzada vociferó un nervioso “¡Hijos de puta!” y se sobresaltó por el sonido de su propia voz. Le señaló a Sorolla el árbol de Navidad tan pronto como apareció sobre el horizonte de frentes sudorosas. Sonrió. Este año no celebraban el nacimiento de Jesús, sino el parto con fórceps de una nueva Argentina. *Esto le habría encantado a Jorge*.

Junto a ellos, Alzada reconoció a una periodista de Canal 9. No parecía particularmente impaciente por prepararse para aparecer en cámara: bajo el estado de sitio, las emisoras experimentarían dificultades para transmitir en directo. En su defecto, almacenarían el material que filmaran hasta que pudieran difundirlo. La oyó murmurar algo sobre “la última dictadura” y tuvo que sonreírse. *Mitad descripción correcta, mitad expresión de deseo.* Detrás de ella, un par de periodistas de cadenas internacionales luchaba por abrirse hueco suficiente entre la gente como para obtener tomas significativas de la protesta que justificaran sus gastos en el extranjero. Sin mirarlos dos veces, Alzada sabía que fracasarían. *Afortunadamente para la policía —y la mayoría de líderes mundiales— las manifestaciones no fotografían bien.*

Es la más antidemocrática de las paradojas: cuanto más éxito tienen los organizadores, más complicado es comunicar el tamaño de una protesta, ya sea a través de palabras, fotos o, incluso, videos. A nivel del suelo, las imágenes fallan en su intento de captar la magnitud de la muchedumbre, porque no hay lente lo suficientemente

amplia como para abarcar los ríos de gente. Por eso, los fotógrafos eligen tomar imágenes que apelen a la emoción —un manifestante furioso, una madre llorando, un cartel significativo ante un fondo borroso. Esas imágenes son el equivalente de la parábola de los ciegos que, queriendo conocer lo que era un elefante al tacto, tantearon cada uno una parte diferente del animal, y dieron cada uno una versión completamente divergente de lo que pensaban era el animal entero. A la inversa, desde el aire, los individuos que componen una multitud se amalgaman, y las imágenes no transmiten la energía de la manifestación. La indignación. La sensación de estar en la multitud, de *ser* la multitud, está irrevocablemente perdida para el espectador. Aunque no es que a este gobierno le preocupara la perspectiva de ser objeto de noticias embarazosas en el plano internacional, no tenían esa inhibición que surge de saberse visto. Eran los herederos de los líderes que no solo habían albergado, sino también ganado, una Copa Mundial de Fútbol mientras llevaban a cabo una guerra sucia. No se habían ruborizado entonces, no lo harían ahora. Si lo consideraran necesario, habría gas lacrimógeno y balas de goma. Y más.

—¡Manos arriba! ¡Esto es un asalto! —gritó una voz amplificada por un megáfono. A Alzada siempre le había parecido un eslogan anticorrupción muy ingenioso. Contagioso, también.

—¡Manos arriba! —gritó a medio gas, con miedo a hacer el ridículo.

Una mujer que venía caminando junto a él lo miró, sorprendida por el inesperado aporte, y sonrió con aprobación.

—¡Manos arriba! —Alzada volvió a intentarlo, esta vez con convicción. Después de un par de veces, alzó las manos por encima de su cabeza como lo hacía el resto de la multitud, las palmas en dirección a la Meca política argentina. La frase, como un mantra, ganaba impulso a través de la repetición. Bajo su hechizo, Alzada comenzó a gritarla. Sintió un alivio extraño. Sintió el dolor de cada persona que lo rodeaba. Sintió una ira que nunca había sentido. Sintió una repentina necesidad de llorar sin motivo —o por todos los motivos, no estaba seguro. Se sintió bien.

—¡Manos arriba! —Alzada finalmente cedió ante el peso de sus brazos, su corazón agradecido de no tener que seguir bombeando contra la fuerza de gravedad. Al bajarlos, apoyó una mano sobre el hombro de Sorolla, que llevaba un rato en silencio. Alzada lo sintió encogerse. Miró a Sorolla y Sorolla estaba pálido. *Esto no está bien.*

—Respirá, gordo, respirá —le dijo Alzada a Sorolla. *¿Para qué me dejé llevar por esta pelotudez? Tendría que haber estado prestando atención, eso es lo que tendría que haber estado haciendo. No gritando como un idiota.* Se detuvo. *No tengo tiempo para esto ahora.* Tenía que encontrar

de inmediato una vía de escape para salir del gentío y, aún más urgente, encontrar un punto de aterrizaje para cuando su sobrino se desmayara. *¿Cuánto tiempo tenemos?* Porque Alzada había visto esa expresión antes: si veinte años de criarlo le habían enseñado algo, era que la cuestión no era si Sorolla iba a desvanecerse, sino cuándo. Alzada tomó a Sorolla del brazo. *No voy a perderte justo ahora*. Miró a su alrededor. Izquierda, derecha, izquierda otra vez. Alzada giró en una y otra dirección, buscando desesperadamente un lugar tranquilo. Gente por todos lados. Estaban atrapados.

¡Ahí, sí! A unos veinte metros, una panadería con una entrada retranqueada. "Pastelería Jerónimo" fue el nombre que Alzada discernió sobre el toldo a rayas verdes y blancas. Sintió el peso de Sorolla aumentar. *Veinte metros, en esta multitud y en este estado, mejor apurarnos*. Alzada le echó un último vistazo. La cara de su sobrino estaba en blanco. No faltaba mucho para que se desmayase. Aterrado, Alzada consideró la posibilidad de que igual no sería capaz de llevar a Sorolla.

—Disculpe. Permiso. Permiso. —Alzada fue abriéndose paso entre la turba. Firme pero suavemente. Lo último que necesitaba era sembrar el pánico y provocar una estampida. Había pasado un brazo por los hombros de Sorolla, su otra mano sujetaba el pecho de su sobrino para mantenerlo erguido. La camisa de Alzada ya estaba calada de sudor. La gente apenas se movía, renuente a ceder sus asientos en primera fila para el espectáculo de la revolución. Las caras de los pocos que sí lo hacían mostraban preocupación. Sorolla apenas si arrastraba los pies, su brazo laxo al cuello de su tío. Faltaban al menos diez metros. Cada paso que daban era acompañado de un golpe sordo: los hombros impacientes de Alzada contra los de los otros. Se tambaleó ante el peso de su sobrino. *No puedo.* Tengo *que poder.*

Alzada miró al cielo, no para solicitar intervención divina, sino para despejar la cabeza y pensar en alternativas. El resplandor de las bengalas había teñido la noche de un rojo humoso. *Paramos acá.* Tendría que depositar a Sorolla en el suelo y cuidar de él hasta que pasase el ataque de pánico. *No puedo hacer más.* Después, reevaluaría la situación.

—Perdoname, gordo —le dijo a su sobrino mientras lo ayudaba a sentarse.

En ese momento, un desconocido levantó a Sorolla desde el otro lado. Era un hombre nervudo, de la misma edad que el inspector. No dijo nada. Sostuvo a Sorolla como si no pesara. Evaluó los alrededores como lo había hecho Alzada hace un momento y pareció llegar a la misma conclusión. Sin siquiera mirarlos, el desconocido movió eficientemente a Sorolla en dirección a la panadería. Alzada encontró sus últimas fuerzas y ayudó al hombre a maniobrar a su sobrino hasta

el rinconcito que formaba la puerta del local. *¿Qué es eso que hay en el piso, sangre seca?* Cuando levantó la vista para agradecerle, el desconocido se había ido.

—Bueno, acá estamos —anunció Alzada, esperando sonar tranquilizador. Solo cuando Sorolla quedó apoyado contra las rejas que protegían la puerta del negocio, le dio la espalda. *Estamos en medio de la puta nada.*

—¿Sorolla? —La voz de Alzada se mezclaba con los crecientes gritos de indignación de la multitud. "¡Ladrones!"

No hubo respuesta.

Se acuclilló junto a su sobrino, la mirada puesta en el gentío.

—¿Estás bien? —*¿Qué pregunta es esa?*

Alzada se acercó y puso dos dedos sobre la estremecida carótida de Sorolla. Había demasiada conmoción a su alrededor para encontrar el pulso. Se dio cuenta de que él mismo había comenzado a hiperventilar, lo que tampoco ayudaba. *Acordate, Joaquín: nadie se muere de un ataque de pánico*.

Por fin, Alzada encontró el latido. Con cuidado, verificó el pulso con su reloj de pulsera. Ciento cincuenta. La mala noticia: a esa frecuencia, el ataque de pánico estaba en su apogeo. La buena noticia: a esa frecuencia, no iba a durar mucho más.

—¿Trajiste las pastillas? —preguntó Alzada a un Sorolla apenas consciente—. ¿Dónde está tu inhalador?

Sorolla abrió los ojos, mirando a la distancia como si no pudiera ver. Aun así, respondió:

—El inhalador es para el asma.

¿Por qué carajo no trajo las pastillas?

—Bueno, bueno. Escuchame. —Alzada tomó la cara de Sorolla entre sus manos—. Solo tenés que respirar. Ya sé, ya sé, es más fácil decirlo que hacerlo. Pero si te concentrás en la respiración, todo va a estar bien.

—¿Tío?

—¿Sí? ¿Qué necesitás?

—Que me sueltes la cara.

—Por supuesto, por supuesto. —Alzada acató, abochornado. Él no era ninguna Paula.

¿Qué habría hecho *ella* si hubiera venido a la protesta? *Tendría unas pastillas extra en la cartera.* Sonrió. *Si nos viera…. No. Si nos viera, me diría: "Reaccionaste a tiempo, va a estar bien. Ahora, veamos cómo seguimos".* O eso es lo que necesitaba creer. Alzada se incorporó y plantó deliberadamente las piernas para que la multitud no lo moviera, para proteger a Sorolla, y para respirar.

¿Cómo voy a hacer para sacarlo de acá? Sin mover los pies, Alzada se

asomó del rincón y consideró las opciones. Estaban cuatro cuadras al norte del árbol de Navidad. De haberse tratado de una movilización aprobada por las autoridades, ese habría sido el lugar para estacionar al menos una ambulancia. No podían contar con que ese fuera el caso esta noche. Y no podía arriesgar el esfuerzo físico de abrirse paso por el gentío con Sorolla a la rastra para llegar hasta ahí y ver que no había nadie esperándolos. *Descartemos el árbol*. Podían probar el trayecto opuesto, desandar camino y volver al auto. Pero llegar adonde estaban les había tomado casi una hora, y eso desplazándose en el sentido de la protesta. A contracorriente les llevaría al menos el doble de tiempo. *¿Va a poder caminar?* Alzada no podría con él —eso había quedado demostrado— y ambas alternativas dependían de que Sorolla se tuviera en pie, y de que no le diera otro ataque de pánico a mitad del trayecto. Siempre podía ir él y volver con ayuda, pero eso significaba dejarlo solo, sin saber cómo evolucionaría la protesta. Si él no hubiera estado, la multitud ya habría pisoteado a Sorolla. Estaban atrapados. Estaban más que atrapados. *Estamos hasta las*… *Esperá.*

Alzada extrajo su teléfono del bolsillo del pantalón. *Gracias a Dios. Veamos.* No tenía sentido llamar a Paula, que siempre era su primera llamada. No iba a poder llegar a donde estaban ellos, y tampoco hacer nada desde su casa. *¿Para qué preocuparla?* No. Era mejor no decirle nada, al menos hasta que tuviera un plan. *Necesito*… Necesitaba a alguien joven y en buen estado físico y con el suficiente compromiso político como para haber salido esta noche. O lo suficientemente aburrido. Ninguno de sus contactos reunía esos requisitos. La mayoría de sus amigos y conocidos estaban o retirados, o a punto, como él, y habría apostado un riñón a que todos estaban en casa tomando mate, nada impresionados por las noticias. Entonces, se le ocurrió. Estrático.

Gritos ininteligibles a la distancia. A un par de pasos de Alzada, un hombre levantó una radio al aire para que todos oyeran.

—Escuchen esto —proclamó, subiendo el volumen. ¿Era *él* el que los había ayudado? El inspector no estaba seguro. Informes de marchas en otros puntos de la ciudad. En Palermo, Belgrano, Almagro, Caballito, hasta en Boedo y Villa Crespo, en todas partes los ciudadanos habían decidido desafiar el estado de sitio. Alzada se inclinó en dirección al corro que rodeaba al de la radio, cuando anunciaron disturbios frente a la Casa Rosada. *Obvio*. La policía había recibido orden de desalojar la Plaza de Mayo —tal vez la última decisión errada de este gobierno. La resistencia había sido furiosa. La muchedumbre rugió cuando oyó que los heridos se contaban por decenas. *Esperemos que no cunda el pánico. De ninguno de los dos lados*. Podía vivir el resto de sus días sin volver a oír el ruido de tonfas sobre cuerpos. Con cada momento que pasaba, la opción de Estrático sonaba

mejor.

Cierto, tal vez no fuese la opción más apropiada. ¿Llamar a un subordinado tan tarde para pedirle un favor personal? Alzada quedaría en deuda con él. Aunque ¿qué podría ser lo peor que le pidiera el agente? El inspector había sobrevivido veinte años a la infinitamente más aterradora amenaza de que Vukić se cobrara el favor. No, lo que lo frenaba era que Estrático sabría de su vida personal. Respiró hondo. Estrático sabría estar callado. *¿Qué otra opción tengo?* Se miró la mano derecha. Si se concentraba, incluso después de todos estos años, aún podía sentir un cosquilleo en los nudillos de cuando había golpeado a Galante. Se descubrió regodeándose, y de inmediato se sacudió el sentimiento de exuberancia que lo había inundado. Estrático no daba la impresión de ser muy casero. Con un poco de suerte, estaría en el centro. O incluso cerca. *Veamos por dónde anda.*

—¿A quién llamás? —quiso saber Sorolla, intentando ponerse en pie.

—Quedate ahí, ¿dale? —Más una orden que una pregunta.

—Espero que no sea a la tía Paula —aventuró su sobrino desde el piso.

—¿Cómo creés que hice para llevar casado cuarenta y dos años? —Alzada hizo una pausa—. Llamé a Estrático.

—¿A quién?

—Un compañero de trabajo.

—¿Anda por acá cerca?

—En realidad, no. Pero dice que llega en veinte minutos. Vamos a ver si es así. —Con repentina conciencia de que la incertidumbre podía agravar la ansiedad de Sorolla, agregó—: No te preocupes. Si dice que viene, viene. Todo va a estar bien.

Alzada dio la espalda al muchacho. Como el solícito perro guardián en que lo había convertido su profesión, dedicó toda su atención a interpretar la multitud. Hasta hacía pocos minutos, habían estado desplazándose en dirección a la plaza; ahora la masa estaba completamente estancada.

—Todo va a estar bien —repitió Alzada, esta vez más para sí que para Sorolla. Se volvió para asegurarse de que Sorolla lo había oído, y sus ojos se encontraron con los del joven. La misma mirada que le había dedicado hacía veinte años la mañana en que se había ido a vivir con ellos. La misma desconfianza absoluta. Alzada se giró, incómodo.

Todo *iba* a estar bien, salvo que Sorolla tenía “episodios”. Así había recomendado el terapeuta que llamaran a sus ataques de pánico, que aparecían, con puntualidad británica, cada semana. Alzada se había opuesto a la idea: “Para mí que hay que llamarlos por su

nombre. ¿Qué favor estamos haciéndole si le mentimos? Si tiene que tomar medicación y todo. No es como si no fuera a saber que está pasando algo”. Paula apenas había levantado la cabeza para responder: “¿Estás seguro de que vos —justamente *vos*— querés jugar al juego de la honestidad radical?”. Habían vuelto a llamarlos “episodios”.

Todo estaría bien, si Sorolla no tuviera un miedo desesperado a la oscuridad. Y sí, su velador era de ayuda cuando Alzada se levantaba para ir al baño a la madrugada, pero también era un recordatorio perpetuo de todo lo que habían perdido en la noche. Todo estaría bien, si Sorolla pudiera ver al gato del vecino sin prorrumpir en chillidos incontrolables. Si pudiera acompañar los sábados a su tío a ver una película de guerra. Todo estaría bien, para empezar, si no le hubieran arrebatado su hogar. Si tuviera padres. Si no los hubieran desaparecido. Desaparecidos. ¿Por qué insistían en ese término? No era como si alguien aún mantuviera la esperanza secreta de que volvieran algún día. “Asesinados” era más correcto. Y no solo asesinados, borrados permanentemente de la memoria colectiva. Como si nunca hubieran sido. ¿Cuándo iban a comenzar a llamar a las cosas por su nombre? Pero Paula tenía razón: ese no era un juego al que él pudiera jugar, y ganar. Alzada se sintió flaquear.

“¡El pueblo, unido, jamás será vencido!”, coreaba la multitud. ¿Era un eslogan más o era de hecho verdad? ¿Era posible que acciones ciudadanas produjeran cambios políticos? Alzada detestaba pensar que fuera cierto. Más que nada, por lo que significaba eso para su generación: ¿Podrían *ellos* haber derrocado la dictadura, si hubieran salido a la calle en 1976 como la gente estaba haciendo ahora? ¿Por qué no habían protestado entonces? Por supuesto, habían estado las Madres. Pero, con el tiempo, las Madres habían dejado de ser un fenómeno novedoso y se habían convertido en otra idiosincrasia argentina, una pálida evidencia de la mancha indeleble de la nación.

¿Por qué habían sido solo *ellas*? ¿Podría Alzada haber asistido a sus reuniones? Ciertamente no, si quería mantener a su familia en vida. ¿Podría haber hecho las cosas de otro modo, antes de la desaparición de Jorge? ¿Podría haberle advertido? Pero lo había hecho, se recordaba cada vez que lo despertaba una pesadilla. ¿Podía haberle advertido *más*? *Lo hice*. Alzada casi dijo las palabras en voz alta. Se las repetía y se las repetía, pero no le daban alivio. Su único consuelo era pensar que Jorge, terco como una mula, nunca habría parado.

Así y todo, Alzada supo, al contemplar la muchedumbre a su alrededor, que podía haber hecho más. Dejando a Sorolla a sus pies, se recostó contra la parte de la vidriera que no estaba protegida por metal y dio la bienvenida al frescor del vidrio en su espalda


empapada.

28
(2001)
Miércoles, 19 de diciembre; 23:50

Alguien lo pisó. Una zapatilla verde fluorescente. *¿Quién carajo…?* Alzada se enderezó instantáneamente, furioso contra el desconocido por su descuido, furioso consigo mismo por haber bajado la guardia. Pero cuando vio la cara amable, dudó. Antes de que pudiera decidir qué hacer con el extraño, Estrático se asomó desde detrás.

—¡Llegaron los refuerzos, inspector!

Cualquier otro día —bajo cualquier otra circunstancia— Alzada habría puesto los ojos en blanco. ¿Por qué estaba tan ridículamente contento todo el tiempo? Ahora, no podía estar más feliz de verlo. Alzada miró su reloj. Casi medianoche. *¿Cuánto llevo en el suelo?*

—Este es Mati. —Estrático interrumpió sus pensamientos presentándole al hombre de las zapatillas verdes.

Alzada tendió su diestra, que Mati estrechó con fuerza.

—Disculpe. Lo pisé, señor —dijo Mati.

¿Me dijo “señor”? El tal Mati ya le caía bien. Mati con la abundante cabellera recogida en un hermoso rodete que le coronaba la cabeza. Alzada evaluó de nuevo el entorno. La multitud se había vuelto más densa; casi no había lugar para estar de pie. Con razón el muchacho lo había pisado.

—No pasa nada. Y, por favor, decime Joaquín.

—Con todo respeto, señor, nunca me lo habría imaginado en un cacerolazo —dijo Estrático—. Y para colmo, sin saco.

—Solo estoy acá por él. —Alzada sonrió, apartándose a un costado para revelar un bulto en posición fetal. Le hizo gesto a Sorolla de que se levantara, pero su sobrino no se movió.

—Les presento a Sorolla.

—¿Está consciente? —preguntó Estrático.

—Apenas.

El agente se acuclilló junto a Sorolla y sacó una servilleta de papel para exponer un par de pastillas. *¿Siempre anda con eso encima?* Alzada también se agachó, no sin antes cerciorarse de que Mati lo hubiera reemplazado en su puesto de centinela. Al acuclillarse, se dio cuenta de que no podría mantener la posición mucho tiempo. *Soy demasiado viejo para esto*.

—¿Qué es eso? —inquirió Alzada.

—Algo para amortiguar el golpe —respondió Estrático, ofreciéndole una píldora a Sorolla—. Es un ataque de pánico, ¿no?

Alzada confirmó asintiendo con la cabeza. La naturalidad con la que los jóvenes hablaban de estos temas siempre lo dejaba medio aliviado, medio avergonzado.

—¿Sorolla? —intentó Estrático.

Sorolla no respondió. *Incluso así, es igual a él*. La última vez que vio a su hermano, Jorge agonizaba en el asiento trasero del auto de Vukić, en una carrera contra el tiempo que no podía ser ganada. *Ahora no, Joaquín.*

Sorolla levantó la cabeza y miró al agente. Sin perder un instante, Estrático le puso una pastilla en la boca como una madre pájaro alimentando a su pichón. Sorolla se replegó a su postura original, la cabeza entre los hombros.

Estrático se giró a Alzada:

—¿Los tiene seguido?

Esto es demasiado para mis rodillas. Alzada se incorporó, y murmuró:

—Cada tanto.

Estrático también se puso de pie y contempló el gentío.

—Vinieron en auto, ¿no? ¿Dónde estacionaron?— Al parecer, había comprendido la necesidad de cambiar de tema.

—En la cuadra de la casa de Vukić.

—¿El comisario Vukić? Es de un poco antes de mi época… —dijo el agente con cautela.

—Del otro lado de la Chacarita.

—¿Quiere que lo llevemos hasta allá? —propuso Mati, volviéndose hacia ellos. *Alguien está prestando atención*. En su remera sin mangas de Nirvana, parecía una estatua griega esculpida en el bronce de temporada.

—Este… —dudó Alzada. Entonces, como pidiendo disculpas por haberlos llamado, agregó—: Es bastante lejos.

—Bastante, sí —dijo Estrático—. Y, con tanta gente, se va a complicar.

—Sí —concedió Mati—, pero tenemos que irnos ahora.

—Sí, claro —asintió Estrático—. Lo que habría que decidir es adónde…

Alzada ya había repasado todos sus contactos y el agente era el único al que había encontrado.

—Esperá, ya sé. —Estrático sonrió ante su propia idea—. Ahora que lo pienso. ¿Sabe quién vive a dos o tres cuadras de acá?

Alzada lo miró desconcertado.

—Dolores, señor.

—¿Dolores *Dolores*?

—Sí, señor.

Joaquín conocía a Dolores desde hacía casi veinte años, y solo ahora se dio cuenta de que apenas sabía algo de ella. Si hubiera dejado de aparecer por comisaría, no habría tenido modo de contactarla.

—No está lejos de acá. El único problema es… —titubeó Estrático—. ¿Y si está trabajando?

—¿Hoy? —Alzada no pudo ocultar su sorpresa.

—Nunca se sabe… —dijo el agente—. Voy a llamarla a ver si está.

—¿Quién es Dolores? —preguntó Sorolla desde el suelo. *Ah, ahora sí que estás despierto*.

—Es… Es… —Alzada buscaba en vano la palabra apropiada.

Estrático cubrió el micrófono de su celular y le dio una mano:

—Es una amiga de tu tío —susurró—. De comisaría.

—Ya me explicará por qué tiene su teléfono —bromeó Alzada.

—Es fácil —replicó Estrático—. Esta mañana me dijo que le hiciera los papeles para que saliera. Tengo memoria eidética, señor. Eso es cuando…

—Ya sé qué quiere decir “memoria eidética”, Estrático. *—Es cuando uno solo necesita ver algo una vez para memorizarlo. Lo que* no *sé* es *cómo ella puede ser tan imprudente como para dejar su número y su dirección verdaderos.* ¿De qué habían servido todas sus precauciones?

El agente habló por el teléfono, una mano apretada contra la oreja izquierda.

—Sí, ¿Dolores? Soy Orestes. ¿El de comisaría? *—¿Qué otro Orestes va a ser? No estamos en una tragedia griega*—. Sí. ¿Estás en tu casa? Escuchame. Tengo que pedirte un favor. —Orestes se rio—. No, no te hagas ilusiones. No es esa clase de favor…

Alzada sonrió con expresión burlona y vio que Mati hacía lo mismo. *¿Por qué le parece gracioso a él?*

—¿Podemos pasar? —prosiguió Estrático—. Dale… Estoy con el inspector Alzada y… ¿Sí? Bueno, bueno. Sí. Dale. En unos minutos estamos ahí. Gracias. Chau.

Mati se acuclilló junto a Sorolla.

—Bueno, joven Alzada. Me parece que esa fue la señal de largada.

Alzada pensó oponerse. Al fin y al cabo, era *su* sobrino. Podía llevarlo él mismo. Pero percibió la ternura con que Mati se cercioraba de tener bien sujeto a Sorolla por la cintura y las piernas, la habilidad con la que lo levantó en un único y veloz movimiento. Alzada quedó desarmado.

—Bueno, ahí vamos, entonces —anunció Mati en un tono alegre que a Alzada le recordó a Estrático.

29
(2001)
Jueves, 20 de diciembre; 00:05

—Buenas noches, inspector.

La Dolores no les abrió vistiendo un *négligé*, como el inspector había medio temido, medio esperado. Encontró que escapaba al cliché de mesalina con considerable decoro: pantalón de pijama de hombre azul de rayas y una remera gris con el logo de la UBA. La universidad en la que había estudiado Alzada.

—Buenas noches, Dolores. —Alzada se sintió aliviado por las pequeñas rutinas que nunca cambian.

Mati saludó con una inclinación de cabeza y entró al departamento apartándolos con suavidad. Había llevado a Sorolla en brazos, él solo, durante cinco cuadras, sin esfuerzo aparente y sin decir palabra. Depositó al sobrino de Alzada sobre el largo sofá blanco de líneas geométricas que presidía el *living* y usó una manta que había en un extremo del mueble para taparlo. Sorolla no pasó ni un segundo habituándose a su nuevo entorno: en poco tiempo estaba profundamente dormido. *Cuando vengan los gitanos, te encontrarán sobre el yunque con los ojillos cerrados.* Alzada se sacudió el recuerdo del poema de Lorca; las cosas no acababan bien para el niño dormido.

—Adelante, inspector. Adelante —dijo Dolores a Alzada y a Estrático, que se habían quedado ante la puerta. Se asomó al descanso, como si estuviera preocupada de que alguien los hubiera visto.

—Buenas noches, Dolores. —Estrático le dio un beso en la mejilla, pasó y se sentó junto a Mati en el borde del sofá, donde ambos se enfrascaron en la lectura de una pila de revistas.

—Muy amable —dijo Alzada, cuando fue su turno de cruzar el umbral, usando excesiva ceremonia para disimular su incomodidad.

Así que acá es donde duerme el enemigo… El *living* de Dolores era completamente distinto a cualquier cosa que hubiera podido imaginar. En realidad, ¿qué había imaginado? Algo más romántico, seguro. Parecía el interior de una heladera: blanco, sobrio, puro diseño. Alzada lo sabía porque todos los muebles parecían incómodos. Excepto uno en un rincón, un sillón con apoyapiés. Sobre él, un libro. *Las venas abiertas de América Latina.* Alzada sonrió.

—No los traigo acá, inspector —dijo Dolores.

—¿Cómo? —dijo Alzada, distraído.

—Sabe qué quiero decir, inspector.

—Yo no… No quise… —protestó Alzada, avergonzado de haber sido descubierto.

—Por supuesto que no, inspector —respondió ella, divertida. Y prosiguió—: ¿Alguien quiere una copa de vino tinto?

Estrático y Mati asintieron. Alzada se quedó de pie cerca de la puerta, sin saber si sentarse. Antes de que pudiera responder, Dolores desapareció en la cocina. Decidió seguirla.

Dolores pasó frente a la heladera, la pileta, la cocina y el microondas y se detuvo ante la ventana. Todos los equipos estaban alineados a lo largo de una de las paredes del pequeño e inmaculado ambiente. *Más quirófano que cocina*. Dolores tomó un cigarrillo a medio fumar del borde de un cenicero y se apoyó en el alféizar.

Alzada se le acercó.

—No sabía que fumaba. —Trató de recordar si, en las incontables horas que Dolores había pasado en comisaría a lo largo de los años, alguna vez la había visto con un cigarrillo.

—No, no fumo —contestó ella con desparpajo, dos columnas de humo saliéndole por las fosas nasales—. Lo dejé hace años.

Alzada sonrió.

—Para mí es solo este, mientras espero a que se me sequen las uñas —explicó agitando una mano frente a la cara de Joaquín. Verde cobalto.

Alzada tendió la mano hacia el paquete de cigarrillos.

—¿Me permite?

Dolores asintió.

—¿Y usted?

—Yo tampoco fumo —dijo Alzada, una vez hubo encendido el cigarrillo—. No va a contarle a Paula, ¿no?

—No soy *tan* mala en mi trabajo, inspector. Por cierto, ¿le sirvió el dato que le pasé?

—Yo tampoco soy malo en el mío —dijo Alzada con una sonrisa.

De repente, fue consciente de lo cerca que estaban. Dolores debió de serlo también. Dejó el cigarrillo en el cenicero y tomó hábilmente una botella de vino tinto y cuatro copas.

—Además, nunca me la presentó —agregó sin asomo de malicia —. Cuando termine, pase al *living* con nosotros, inspector.

Afuera, el ruido había empezado a disminuir. Alzada se asomó a la ventana. En la calle, una fila de ambulancias. *Por eso puede permitirse alquilar en este barrio*. Hacía al menos una década que Alzada no pisaba un hospital. Las ventajas de haber criado a un niño cuya idea de diversión consistía en un viaje de una hora al Zoológico de Buenos Aires, porque “los lémures, tío, los lémures”, luego un camino de

animal en animal memorizando cada pequeño detalle de los carteles hasta que llegaban a sus favoritos. Alzada sabía que la visita al hospital había ocurrido cuando Sorolla empezó a hacer preguntas.

Joaquín había estado ayudando a Paula con los preparativos para el asado. Cortes de carne sobre cada superficie de la cocina. El inspector pelaba papas bajo la mirada vigilante de su esposa, quien simultáneamente cortaba verduras en juliana. Ambos permanecían en silencio, ambos tenían muchas cosas en la cabeza, ambos pensaban en lo que había pasado la noche anterior.

Sorolla se había sentado a cenar junto a Joaquín mientras Paula les daba los últimos toques a los ñoquis.

—¿La Ley de Punto Final significa que el poder judicial ya no va a procesar a los militares?

Mirá vos. ¿Cómo sabía el niño qué significaba "procesar"? *¡Tiene diez!* ¿Y "poder judicial"? Lejos quedaban los días en que la justicia argentina había sentenciado al exgeneral Jorge Rafael Videla a prisión perpetua por crímenes de lesa humanidad. Sorolla se había reído durante días ante las imágenes del "señor con el bigotito". Así había decidido llamar al más temible representante de la dictadura. Durante mucho tiempo, lograron eludir las preguntas de su sobrino sin mayores complicaciones. "Algún día vamos a tener que hablar con él, ¿sabés?". Pero ese "algún día" les había parecido un futuro muy lejano. Al principio, porque era muy susceptible de ser distraído. Después, su rango de atención fue en aumento, pero bastaron algunas respuestas evasivas. Pero, últimamente, las dudas de Sorolla comenzaban a tomar forma. Ahora, cuando se sentaban a comer, sus preguntas obviamente ensayadas, Joaquín podía ver que Sorolla sabía que había algo que no le contaban. No se equivocaba.

—Sí. —Paula se armó de paciencia—. Es porque los malos ya fueron todos presos.

—O sea, que no hay más malos —quiso confirmar Sorolla. A Joaquín el comentario del niño le resultó esperanzador, quizás lo que quería era poder dormir tranquilo.

—No, mijo. —Paula metió la cuchara de servir en el cuenco de los ñoquis y se sentó—. Coman.

Poco convencido, Sorolla masticó el primer ñoqui y preguntó:

—¿Y los que se llevaron a mami y a papi?

Paula miró a Joaquín en pánico. Joaquín sugirió ir a Chungo después de la cena. Sorolla se comió todo el plato sin hacer más preguntas. *El helado no va a funcionar siempre*.

Ahora la atención de Joaquín estaba dividida entre terminar con las papas y encontrar una excusa plausible para irse de la cocina. Los invitados llegarían en una hora. Era perfectamente posible pasarla sin

enzarzarse en una discusión con Paula sobre cómo la noche anterior se habían salvado por muy poco.

—Estuve pensando toda la mañana —dijo Paula. *Demasiado tarde* —. Tenemos que presentar un frente unido, Joaquín.

—No tenemos que "presentar" nada, Paula. *Somos* un frente unido —replicó con cierta amargura, dolido por la sugerencia de ser considerado desleal.

Alzada miró el reloj de la cocina. Cincuenta y cinco minutos. Cincuenta y cinco minutos para dilucidar cómo explicarle a Sorolla lo que ellos mismos encontraban inexplicable. La Ley de Punto Final no era física cuántica: consistía en dar carpetazo a toda investigación contra los sospechosos de haber cometido delitos de lesa humanidad durante la última dictadura. El flamante gobierno democrático había elegido lidiar con el pasado de una manera inédita, convirtiendo a los argentinos en el primer pueblo que juzgaba a sus propios antiguos jefes de Estado. Tribunales argentinos, jueces argentinos, leyes argentinas. Un único problema: ¿dónde parar? Habían condenado a las juntas militares, pero no harían lo mismo con sus subordinados. Un gesto simbólico, para demostrar que el país entero apostaba por una política de borrón y cuenta nueva. Implicaba que estaban preparados para comenzar a restaurar una paz social gravemente erosionada. Implicaba que Vukić nunca iría a juicio. Implicaba que nunca se haría justicia con los Alzada. Todo en aras de una nueva Argentina. ¿Cómo explicarle el concepto de "cabo suelto" a un nene de diez años?

—Estás pelando más papa que cáscara —dijo Paula, lo único aún bajo su control. En esa fracción de segundo, alejó su mirada de su propio cuchillo. Cincuenta minutos para que llegaran los invitados. Siete puntos de sutura en el índice izquierdo de la señora de Alzada.

—¿Inspector? —Estrático se asomó a la cocina—. Cavallo renunció.

—Oh —contestó Alzada, distraído. Si el ministro de Economía había cedido a la presión, ¿De la Rúa también caería? Eso los pondría a merced del siguiente *amateur* incompetente en la línea de sucesión. Pero, por lo pronto, también significaría que habían ganado. *Nosotros.*

—Señor… —titubeó Estrático—. Es tarde.

—Sí. —Alzada le dio una última pitada a su cigarrillo.

—Ahora que Sorolla está sano y salvo, me parece que nos vamos.

—Claro, por supuesto —dijo Alzada, apagando su cigarrillo al lado del que Dolores había dejado a medio fumar—. Entiendo.

—¿Necesita algo más?

—No, nada. —Alzada todavía tenía la cabeza en otro lado—. Muchas gracias.

Estrático se volvió para irse.

—Espere…

—¿Sí, señor? —Estrático reapareció. *Siempre solícito. Siempre amable*. Cuando él se retirara, Estrático iba a hacerlo mejor.

—Dígame la verdad, ¿la barba me queda muy mal?

—Bueno, señor… —dijo Estrático dirigiéndose a la puerta—. Dolores está en el *living*.

—Otra cosa. —Alzada carraspeó y se centró—. No sé cómo agradecerle, Estrático. Por todo.

—De nada, inspector. —El agente dejó el tema atrás con una sonrisa—. Nada que no se solucione con ocho horas de sueño. Nos vemos el viernes.

—¿No trabaja mañana?

—No, señor. El nuevo sistema de turnos.

—Lástima.

Estrático lo miró con interés.

—Es que todo esto me hizo pensar… Me gustaría hacerle una visita de cortesía a cierto diputado… —Alzada vaciló—. Y necesitaría un compañero…

—Voy con usted.

—¿Sí?

—Estoy aquí, ¿no?

Alzada asintió.

—Bueno… Cuídese, Orestes. ¿Me oye?

Estrático sonrió.

—Sí, señor.

Alzada regresó al *living*. En el sofá, Sorolla dormía tan apaci- blemente como en su propia cama; en la otomana, Dolores leía. Cuando lo oyó entrar, levantó la vista del libro.

—Tengo que terminar esto para mi clase de mañana.

—No creo que haya clase mañana.

Alzada se dio cuenta de que no había tenido ni un momento para pensar en las consecuencias de lo que había ocurrido hoy. *¿Voy a ir a comisaría como si no hubiera pasado nada?* ¿Cómo sería su día? Probablemente llegaría tarde, miraría a un equipo de limpieza eliminar las manchas de la bomba molotov en la fachada, se tomaría un cafecito, reabriría el caso Echegaray. *Podemos empezar desde cero*.

—Pueden quedarse todo el tiempo que quieran. —Dolores señaló la copa vacía sobre la mesa ratona—. Tome un poco de vino, inspector.

Alzada se sentó en la punta del sofá a los pies de Sorolla. Qué pequeño placer, ver al chico dormir. Al menos *eso* lo había hecho bien. Tomó la botella, rellenó la copa de Dolores y se sirvió.

—No sabía que estudiaba —dijo, señalando con cierta incomodidad las letras en la remera.

—Hay muchas cosas que no sabe de mí, inspector.

—Sí. —Joaquín bebió un sorbo de vino.

Mañana —hoy— es jueves. Por la tarde, como cada jueves de los últimos veinte años, iría al cementerio de San Isidro a contarle a Jorge cómo había ido su semana. Quizás esta vez llevaría al chico, y a Paula.

Paula. Alzada tomó su celular y llamó a casa. *¿Cómo voy a explicarle lo que pasó con Sorolla? ¿Y que estoy en el departamento de esta mujer?*

Un timbrazo. Dudaba que fuera a despertarla, con ambos en la calle.

Dos timbrazos. *¿De verdad se ha ido a dormir?*

Tres. *Bueno, listo*. Aunque hubiera estado dormida, ya habría atendido.

Cuatro.

¿Paulita?

Al otro lado del teléfono, un sereno:

—¿Aló?

A María Cardona, por tu entusiasmo y tu esfuerzo.
A Federico Andornino, por tu sabiduría editorial y por hacerme sudar: viste la novela que *Arrepentimiento* podía ser y estuviste dispuesto a llevarnos hasta allí.
A mis lectores, desde el primer esbozo hasta el último repaso.
A Ben, por la Fanta, las risas y la perspicacia.
A Clare, la mejor lectora que he conocido.
A Olga, por convencerme de que mandara el manuscrito.

En esta edición en español:
A Mercedes Güiraldes, por tu hacer y el de tu equipo para que *Arrepentimiento* vea la luz en Argentina.
A Graciela, por tu ayuda con los tacos.
A María y a Javi, por leer a Alzada con la misma atención y dedicación que la primera vez, si es que eso es posible, y ofrecer sugerencias tan audaces.

Por razones particulares y sin orden particular: Basak, Chris Yeung, Vicky Iglesias, Esther Pedraza, Satoshi Tabuchi, Ron Wong, Irina Guerreirinho, María Boada, Marian Matachana, Pablo García, Natalia García, Karen Havelin, Amelia Collingwood, Natasha Naayem, Mariángeles Parra, Rosalie Digby y Elena Pastor.

A todas las personas a las que alguna vez aburrí hablando del libro que estaba escribiendo.

A Juan Andrés Requena, por hacerme leer a Antonio Machado y decirle a la Eloísa de diecisiete años que trabajara en su oficio.
A la doctora Fernanda Estrático, por prestarme su augusto apellido.
A mi Buchklub, por recordarme por qué me gusta tanto leer.
A Kara, por mantenerme alerta.

A Nina, a través de todos los husos horarios.
A Alicia, por tu locura.
A Chipi, por las llamadas a altas horas.
A Miriam, por llamarme “hermana”.
A tía Car, por mostrarme el significado de “incondicional”.
A María, por leer la novela “en orden” y por recordarme lo de la baldosa.

A Javi, por todo. Por ser un ejemplo de cómo estar en el mundo.
A Écol, por tu audacia tranquila.
A tía Blanca, por enseñarme las cosas difíciles.
A mamá, por ponerme las canciones de María Elena Walsh, y por

enseñarme a leer.



¡Seguinos!

